MISTY WILSON

Un otoño en Bramble Falls



Montena

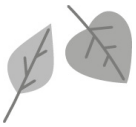
MISTY WILSON

Un otoño en Bramble Falls

montena

Para todas las lectoras que beben latte *con especias de calabaza, llevan sudaderas, recolectan manzanas, ven* Las chicas Gilmore*, van a huertos de calabaza, comen golosinas de maíz dulce y adoran el otoño.*
Esto es para vosotras.
Que todas encontremos a nuestro Cooper

Capítulo uno



El caviar está asqueroso y quien diga lo contrario miente.

Y, aun así, paladeo las huevas como si se tratara de un vino caro, justo como me dijo mi padre antes de abandonarme en un rincón e irse a hablar con uno de los muchos hombres de pelo cano que asisten al evento. Si no me encontrara en la gala anual de la Street Media Corporation lo escupiría sin pensarlo dos veces. Pero no puedo avergonzar a mi padre comportándome como si fuera la chica que está junto a la planta artificial escupiendo comida cara en la servilleta. Así que me lo dejo en la boca con la esperanza de que las huevas se disuelvan para no tener que tragármelas.

Enfrente de la deslumbrante sala de eventos del hotel, atestada de opulentos vestidos y esmóquines, toca una banda de jazz. Tan solo cuatro parejas utilizan la pista de baile mientras el resto de los asistentes permanece de pie hablando o se sienta en las mesas, ataviadas con lujosos manteles de lino blanco y centros de orquídeas. La gala de esta noche no es solo una celebración de los lucrativos resultados del año pasado, también es un evento de

networking con posibles inversores. Todos los peces gordos de la ciudad de Nueva York están aquí bailando y riéndose y conociendo a gente nueva y adinerada.

Yo no soy más que una becaria con la fortuna de tener un padre importante.

—Ya veo que has encontrado un manjar exquisito —dice el señor Street sobresaltándome al aparecer a mi lado.

Señala con la cabeza la cucharilla de caviar que sostengo en la mano. De ninguna manera voy a insultar al anfitrión de esta fiesta, por no mencionar que es el CEO y fundador del conglomerado mediático, así que me trago las huevas derretidas y le ofrezco una sonrisa. O al menos espero que lo parezca.

—Así es. Están deliciosas —miento al tiempo que trato de contener una arcada.

—Según me han dicho hay que presionarlas contra el velo del paladar para degustar su sabor mantecoso y disfrutar al máximo de su excepcional textura. —El señor Street niega con la cabeza—. Personalmente nunca he entendido su atractivo, pero hay gustos para todo.

«¿Estás de broma?».

Podría haber estado aquí intercambiando frases ingeniosas sobre lo repulsivas que son las huevas y sobre cómo la gente que hay en la sala tiene que estar fingiendo que las disfruta. Pero no, en lugar de eso, soy igual de falsa que las demás.

Qué bajón. Menuda oportunidad de *networking* acabo de perderme…

—¿Qué tal van las prácticas, señorita Mitchell? —pregunta el señor Street. La luz proveniente de las arañas de cristal destella en sus cálidos ojos marrones y en su incipiente calva.

—Genial —contesto—. Estoy aprendiendo muchísimo.

Es tan solo una verdad a medias. No es fácil aprender de periodistas y creadores de contenidos novatos cuando eres la hija de Brad Mitchell, presidente de Street Media. Tenía cinco años cuando papá me lo enseñó todo sobre la importancia de la integridad periodística y el anonimato de las fuentes. A pesar de que este es el primer verano que estoy en la empresa de forma oficial, ya llevo dos viniendo con mi padre para aprender los entresijos de la empresa, técnicas para entrevistar, cómo escribir un artículo convincente, y cómo reconocer y filtrar prejuicios. Mi padre dice que llevo el periodismo en la sangre y que un día, cuando él se jubile, ocuparé su lugar. Lo único que necesito es una sólida experiencia y los contactos adecuados.

En otras palabras: necesito a los Street.

—Eso suena fantástico. —El señor Street toma un sorbo de su copa de champán—. ¿Ha trabajado en algún proyecto que le haya gustado especialmente?

El punto álgido del verano ha sido seguir a un periodista que cubría el Model Icon Fashion Show, pero no voy a decirle eso, claro.

—Me ha encantado trabajar en política internacional. Cubrir las elecciones al Parlamento Europeo y la situación en Ucrania ha sido una experiencia muy reveladora.

—Ahora que lo dice, su padre mencionó que le interesaba asuntos externos. ¿Sabía que yo empecé como reportero en esa sección?

Pues claro que lo sabía. Una buena periodista hace bien sus deberes.

—Vaya, no tenía ni idea —digo mientras me inclino un poco hacia él fingiendo interés—. ¿Tiene alguna anécdota interesante que contar de aquellos días? ¿Algún consejo que me pueda dar?

—Déjalo ya, Ellis. —Oigo a mi espalda. Mi padre se ha unido a nosotros. Apoya una mano en mi hombro y añade—: No debes

monopolizar el tiempo de Edward esta noche. Es el anfitrión y tiene que adular a mucha gente.

El señor Street se ríe entre dientes.

—Me temo que es cierto, muy a mi pesar. Tal vez podamos comer los tres juntos la semana que viene.

—Me encantaría —contesto.

—Revisa mi agenda con Anita, Brad, y lo dejamos organizado. Tengo la sensación de que tu hija va a hacer grandes cosas. Emana pasión. —Me dedica una sonrisa resplandeciente—. Vaya a por un poco más de caviar, señorita Mitchell, antes de que se acabe.

El señor Street se dirige a un grupo de peces gordos que se hallan inmersos en un acalorado debate mientras mi padre se gira hacia mí, sustituyendo su sonrisa de trabajo por la sonrisa de padre, una diferencia probablemente imperceptible para nadie que no sea yo. Cuando me ve la camisa se le borra la sonrisa del rostro.

—¿Eso que llevas puesto es una de tus creaciones? —pregunta. Cada palabra rezuma decepción.

Avergonzada, me estiro la prenda entallada de cuello *halter* que confeccioné a partir de una camisa Oxford de segunda mano. Le he añadido uno de los camafeos decorativos de mamá y lo he combinado con una falda de seda hasta los pies de Carolina Herrera. Me pareció adecuado para un evento de etiqueta, aunque mi padre no es de la misma opinión.

—Así es —confirmo, arrepentida de no haberme puesto algo más sencillo.

—Bueno, por lo que parece, y a pesar de esto, has causado buena impresión.

Me encojo de hombros.

—Tampoco es que haya dicho mucho.

—¿Sacaste a colación asuntos externos, tal como habíamos

quedado?

Asiento con la cabeza.

—Eso hice.

Papá me guiña un ojo.

—Bien hecho, cariño. El lunes organizo lo de la comida. —Señala con un ligero movimiento de cabeza a una sinuosa mujer rubia, de treinta y tantos años, que lleva un impresionante vestido dorado—. ¿Por qué no te presentas a Catherine Howe? Es la productora ejecutiva de WorldNet Studios.

Mi padre le dedica su sonrisa de trabajo a un grupo de hombres mayores que se encuentra al otro lado de la sala antes de volver a dejarme sola en un rincón.

Me vibra el teléfono en el bolso de mano y, aunque sé que no debería, lo saco para mirar el mensaje.

Fernie Comidista: Date prisa y lárgate de ese festival del sopor. ¡Hay fiesta en mi casa! Ha venido Jordan ;)

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolso y suspiro. Me encantaría mandar al cuerno esta pesada gala y salir con mis amigos para variar. Me encantaría presumir de mi conjunto con gente a la que de verdad le importe lo guapa que voy esta noche. Pero si quiero que me admitan en Columbia y trabajar en Street Media tengo que esforzarme. No tengo tiempo para fiestas ni para chicos. Últimamente me falta tiempo hasta para mi mejor amiga.

Por eso me cuadro de hombros, hago caso omiso de mis doloridos pies y me dirijo hacia Catherine Howe para presentarme.



La tenue luz del sol se filtra por la ventana de mi habitación. Tumbada en la cama bocabajo y apoyada sobre los codos, observo en el portátil la intimidante solicitud de la Universidad de Columbia. Al otro lado de la ventana la banda sonora de la ciudad se repite incesantemente: el ruido de bocinas, los gritos de un grupo de trabajadores de la construcción, el estruendo de las sirenas, el arrullo de las palomas… Noto la ansiedad a la altura de las costillas mientras escribo la información de contacto, que ya es más de lo que hice la última vez que abrí la solicitud.

Tal vez la universidad me ponga más nerviosa de lo que pensaba…

Clico en la siguiente sección e inmediatamente entierro la cara en el edredón de felpa blanco. ¿Por qué me resulta tan estresante? ¿No es esto lo que quiero?

Vuelvo a erguir la cabeza y me fijo en la otra pestaña que tengo abierta: la página web del ITM. El año pasado elegí una asignatura optativa de Comercialización de Moda y la profesora me sugirió que le echara un vistazo al Instituto Tecnológico de la Moda, porque tenía talento. Ni que decir tiene que eso no forma parte de mi plan de vida. Papá y yo estamos de acuerdo en que Periodismo es una carrera con más salidas. Llevo esforzándome desde que nací para entrar en Columbia. Ahora bien, no hago daño a nadie por mirar la solicitud del ITM. Solo por ver qué piden…

No estoy procrastinando con la solicitud de Columbia para nada.

Cuando se termina de cargar la página y clico en Admisiones, me invade una sensación de calma, probablemente porque no representa todo mi futuro y no siento la presión que eso conlleva.

Estoy leyendo las indicaciones para la redacción: «Dinos por qué te interesa la moda, incluyendo tu experiencia y tus fuentes de

inspiración», cuando alguien llama a la puerta.

—Adelante.

Clico en los requisitos del portfolio al tiempo que mi padre entra en la habitación. Tiene los ojos cansados y los hombros hundidos. Parece una persona completamente distinta de la de anoche en la gala. Se acerca arrastrándose hasta la cama y se sienta.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿Estás bien?

—Tu madre… —Se detiene cuando capta lo que hay en la pantalla del ordenador y entrecierra los ojos. Se me cae el alma a los pies—. ¿Qué estás mirando ahí? Creí que ya habíamos aclarado eso.

—Lo hicimos. —Cierro el ordenador—. No es nada.

—Tienes muchísimo talento para la moda, Ellis, pero acordamos que no era más que una forma de demostrarles a los de Columbia que tienes intereses diversos.

—Ya lo sé. Solo estaba curioseando. Pensé que sería buena idea enviar una solicitud al ITM por seguridad. Todo el mundo envía solicitudes a universidades donde tiene la certeza de que las admitirán, por si acaso.

—Entiendo. —Mi padre asiente con parsimonia, escéptico—. Bueno, mantén la vista en tu objetivo. No dejes que tus aficiones te distraigan de lo que importa. Tienes que ser tenaz y centrarte si quieres triunfar.

—Ya lo sé, papá. Ya he empezado a cumplimentar la solicitud de Columbia. No te preocupes.

«Aunque solo haya escrito mi nombre y mi dirección».

—Bien. De todas formas, lo que vine a decirte es que queremos hablar contigo. —Se pone de pie y se frota la nuca—. Tu madre nos espera en el salón.

Frunzo el entrecejo. Algo no anda bien…

—Vale.

Dejo el portátil sobre la cama y sigo a mi padre hasta el salón, donde mi madre nos espera sentada en el sofá de cuero gris con la espalda recta, retorciéndose las manos y con la vista fija en el suelo. Lleva el pelo rubio cobrizo recogido en un deslavazado moño y tiene las mismas ojeras oscuras que mi padre. En mi cerebro se disparan todas las alarmas.

Levanta la vista cuando me siento a su lado en el sofá.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días. —Me vuelvo para mirar a mi padre, que observa con fijación la pared que hay detrás de mí—. ¿Qué sucede?

—Bueno —empieza a decir mi madre—, queríamos hablarte de algo. Estoy segura de que has notado que las cosas entre tu padre y yo han estado…

—¿Tensas? —sugiero.

—Exacto. Las cosas han estado tensas últimamente. Me resulta muy difícil contarte esto, pero ahí va: hemos decidido darnos un tiempo.

Empiezo a sentir el pánico a la altura del pecho.

—¿Os vais a divorciar?

—No —contesta mi padre con rapidez.

Mi madre le lanza una mirada fulminante y vuelve a centrarse en mí.

—No nos precipitemos.

Niego con la cabeza.

—Vale, sé que os habéis estado peleando un montón, pero ¿no podéis arreglarlo?

—No. Esta vez no —responde mi madre—. Tu tía Naomi tiene espacio en su casa y creo que lo mejor es que nos separemos durante un tiempo.

Miro a mi padre con la esperanza de que se oponga; con la

esperanza de que encuentre una solución. A él siempre se le ocurren soluciones para todo, pero se limita a mirar la pared con la mandíbula apretada.

—¿Papá? ¡Di algo! ¡Haz algo!

—No hay nada que hacer, Ellis. La decisión ya está tomada —dice mirándome por fin a los ojos. En su cara asoma la sombra de una incipiente barba y lleva el pelo alborotado, como si se hubiera pasado la mano cien veces por entre los mechones. Parece derrotado.

—Será duro estar separados, pero lo superaremos —afirma mi madre con una leve sonrisa.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunto.

Mi madre abre un poco los ojos al darse cuenta de lo que sucede.

—Vaya. Bueno, tú te vienes conmigo a Bramble Falls.

—¡¿Qué?! —No puedo respirar—. Eso sí que no. Empiezo el instituto la semana que viene —le recuerdo.

—Irás al instituto de Bramble Falls durante un tiempo. Estaremos de vuelta para Acción de Gracias.

—De eso nada. No pienso ir a un instituto nuevo. Papá, díselo.

Mi padre se pinza el puente de la nariz.

—Como ya he dicho, la decisión está tomada, Ellis. Ya has oído a tu madre.

Me pongo de pie y me cierno sobre ella, que sigue sentada con los labios apretados, tratando de esquivar mi mirada.

—No pienso ir a la dichosa Connecticut. No puedes obligarme a abandonar mi hogar, a mis amigos, el instituto, en mi último año. ¿Y qué hay de mis compromisos? A ver, que soy voluntaria en la residencia de ancianos y voy a seguir con las prácticas en Street Media después de las clases tres días por semana. Y por fin este año voy a ser la editora del periódico escolar. Lo siento mucho, pero no.

No puedo irme. Es imperativo que me quede si quiero que me admitan en Columbia. ¿Por qué no puedo quedarme con papá?

Mi madre por fin me mira a la cara con el semblante serio y una expresión inescrutable.

—No hay nada que debatir. —Se pone de pie—. Nos vamos mañana a primera hora, así que yo que tú empezaría a hacer la maleta.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera puedo despedirme de Fern ni avisar en el trabajo? Se supone que iba a comer con el señor Street la semana que viene. Por favor, mamá. No me hagas esto.

El corazón me late desbocado y las lágrimas sin derramar me emborronan la vista. No me puedo creer lo que está ocurriendo.

—No puedes quedarte —dice con los ojos brillantes por las lágrimas—. Lo siento.

Le doy la espalda a mi madre.

—Papá, por favor —le ruego mientras camino hacia él pestañeando con insistencia para contener las lágrimas. Me niego a hacerlo.

Mi padre me abraza y me besa en la coronilla.

—Es temporal, Ellis. Podrás seguir con las prácticas más adelante, ¿vale? Seguro que al señor Street le encantará comer contigo cuando vuelvas.

Me libero de su abrazo, negando con la cabeza, desconcertada. ¿Cómo puede permitirlo?

Aprieto la mandíbula y miro a mi padre y a mi madre alternativamente.

—¡Os odio a los dos por hacerme esto!

—Ellis…

Mis pies descalzos golpetean el parquet con cada paso que doy hacia mi dormitorio, dando así por zanjado cualquier argumento que

mi madre estuviera a punto de esgrimir. Cierro la puerta de un portazo y me acerco a la ventana, donde, por fin, doy rienda suelta a las lágrimas, que me zigzaguean por las mejillas.

En el exterior el sol baña la ciudad. La gente se enfrenta al sábado por la mañana como si el mundo no acabara de derrumbarse y de empezar a arder. Como si no hubieran puesto mi vida patas arriba. Como si no acabaran de destruir mi futuro.

Hasta que empecé el instituto, mis padres y yo solíamos ir a visitar a mi tía Naomi y a mi prima Sloane en verano. Sé lo que me espera.

Y también sé que no se me ha perdido nada en Bramble Falls, Connecticut.

Capítulo dos



Mi madre y yo llegamos a Bramble Falls temprano el domingo por la mañana. El sol naciente destella en el rocío, confiriéndole al pueblo un tono dorado. Los arces azucareros, cuyas verdes hojas se aferran a los estertores del verano de la misma forma en que yo me aferro a mi hogar, desafiando sin descanso el cambio inexorable que está por llegar, delinean la calle tranquila.

Noto la ventana del coche fría contra la frente mientras contemplo el pequeño pueblo, que tiene exactamente el mismo aspecto que cuando era niña: pequeñas casas reposando sobre pequeños jardines perfectamente cuidados. Algunas personas pasean con sus pequeños perros por la acera.

Todo aquí es pequeño.

Ya echo de menos Nueva York. Echo de menos su envergadura y los sonidos y el ajetreo. Echo de menos la comida y los músicos callejeros y las librerías. Mierda. Echo de menos hasta la basura y la pestilencia y el metro.

No pinto nada aquí.

Mi madre se para frente al único semáforo del pueblo y se gira hacia mí, sonriente, como si no hubiera ningún problema y todo fuera de lo más normal. Veo que mueve los labios, así que me quito los AirPods. La voz de Gracie Abrams se va apagando poco a poco.

—¿Qué? —pregunto.

—He dicho que es un sitio muy bonito, ¿no te parece? ¿Te acuerdas de todo esto? —Señala con un gesto la plaza Mayor de Bramble Falls, que nos queda enfrente.

El cenador blanco en el que solíamos hacer pícnic mi prima Sloane y yo, y donde quedábamos con sus amigos, se yergue rodeado de la misma hierba recién cortada que siempre me pareció como la seda al contacto con mis pies descalzos. El verde césped está salpicado de árboles, cuyas ramas proyectan sombras sobre los lechos de crisantemos naranjas y granates.

—Pues claro. Ya había salido de tu útero la última vez que vinimos —digo desdeñosa.

Mi madre frunce el ceño y acelera al cambiar el semáforo. Seguimos por la carretera que circunda la plaza y pasamos por la antigua ferretería que aún exhibe el letrero desgastado por el sol que lleva toda la vida en el escaparate: HERRAMIENTAS Y MÁS; por la cafetería en la que Sloane y yo solíamos tomar densos batidos de malta y donde comíamos perritos calientes con chili los días en que el calor se hacía insoportable; por la diminuta oficina de correos desde la que enviaba postales a mis amigos de Nueva York, y por el mercado donde, accidentalmente, robé algo por primera vez.

Admito que el pintoresco pueblo es bonito y que guardo recuerdos entrañables de aquí. Pero los buenos recuerdos no bastan para sofocar mi mal humor. Este sitio no es mi hogar y no voy a fingir que estoy emocionada por mudarme aquí solo para hacer feliz a mi madre. Sobre todo porque es culpa suya que esté aquí atrapada.

Soy consciente de que está pasando una mala racha, pero sigo sin entender por qué he tenido que venir yo con ella. No puede ser que lo haga para no sentirse sola. Al fin y al cabo, vivirá con tía Naomi y con Sloane. Tampoco creo que lo haga para no sentir nostalgia, porque sin duda el último lugar de la tierra donde querría estar ahora mismo es en casa. Cada línea de pensamiento que se me ocurre me lleva a la misma conclusión: lo hace por despecho, para fastidiar a papá, y yo no soy más que un daño colateral.

Al conducir por delante de una diminuta tienda de tarjetas, una mujer de pelo castaño y rizado y pronunciadas arrugas nos saluda con la mano. Mi madre le devuelve el saludo.

—¿La conocemos?

—No. —Mi madre se ríe—. Aquí la gente se saluda. Estaba siendo simpática.

—Ya veo.

Deja escapar un suspiro.

—Esto nos va a sentar bien, Ellis —afirma sin apartar la vista de la carretera—. A las dos.

Apago la música y guardo los auriculares porque la casa de Naomi está a un par de manzanas del centro.

—Seguro que sí.

El silencio se prolonga hasta que giramos por el camino del Azafrán y aparece ante nuestros ojos la casita blanca de estilo colonial con la puerta y las contraventanas pintadas de un azul vivo. Tía Naomi sale corriendo de la casa con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos extendidos, lista para darnos un buen abrazo, antes incluso de que hayamos accedido a la entrada con el coche.

Genial.

Mi madre gira el volante del BMW y lo aparca casi sin mirar antes de salir del coche y abrazar a su hermana. Un segundo después

Sloane sale despacio con una sonrisa que me recuerda a la de mi tía. Yo me parezco más a mi padre, pero Sloane es una réplica de su madre: el mismo pelo rubio claro cortado hasta los hombros y con un espeso flequillo, y los ojos color azul cielo. Además llevan camisas de franela a juego.

—¿Qué tal, Ellis? —dice Sloane, que me abraza en cuanto salgo del coche.

—¿Qué tal? —contesto dándole unas palmaditas en la espalda. Odio que la emoción que siento al ver a mi prima de nuevo se vea teñida por las circunstancias.

Ahí va otra cosa que ha arruinado mi madre.

Se separa de mi abrazo y me coge por los hombros.

—¿Cómo lo llevas?

Ya sé que solo intenta ser amable porque sabe lo de mis padres, pero no soporto esa mirada compasiva. Lo último que necesito es que sientan lástima por mí. Lo que necesito es irme a mi casa.

—Estoy bien —respondo forzándome a sonreír un poco—. ¿Tú qué tal? ¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Va todo genial. —Da un paso atrás y dibuja una sonrisa tan grande que me sorprende que no le duela—. ¡Estamos tan emocionadas de que os quedéis con nosotras…! Sobre todo en esta época del año.

—Ah, sí, Ellis —exclama mi madre dando un paso hacia mí—. Estás de suerte. En ningún sitio se celebra el otoño como en Bramble Falls.

—Si tú lo dices…

No podría importarme menos el otoño en Bramble Falls. O cualquier otra cosa en Bramble Falls, la verdad.

Tía Naomi me abraza con fuerza y la calidez de su abrazo, junto con el casi olvidado aroma a champú de coco que desprende,

consigue limar un poco las asperezas.

—Madre mía, cuánto te he echado de menos. —Me suelta al tiempo que me recoge un largo mechón castaño detrás de la oreja. Me inspecciona de arriba abajo deteniéndose en mis vaqueros Khaite y en la sudadera corta y sin mangas que llevo puestos—. Guau. Sí que has crecido desde la última vez que te vi.

—¿A que sí? —interviene mi madre regalándome una sonrisa radiante.

Tía Naomi la mira disgustada.

—No me puedo creer que hayas tardado todo este tiempo en volver. Tengo la sensación de que me he perdido tanto…

Mi madre baja los hombros.

—Cosas de la vida.

—Ni que lo digas. —Tía Naomi niega ligeramente con la cabeza y le lanza una mirada a mi madre que solo una hermana podría descifrar. Después se gira hacia mí y sonríe—. Lo que importa es que ahora estáis aquí. Vamos a instalaros.

Mi madre abre el maletero del coche y saco una de las dos únicas maletas que me ha dejado traer tras recordarme que la casa de Naomi no es lo bastante grande para un armario tan extenso. Aunque, por lo que parece, sí que es lo bastante grande para mis accesorios de costura, que se empeñó en que metiera en la maleta a pesar de que llevo más de un año sin apenas usarlos.

Le echo una miradita a los bártulos de costura antes de arrastrar la maleta por los escalones del porche detrás de tía Naomi y de Sloane. Mi madre me sigue con sus bolsas, nos detenemos en el recibidor y dejamos las maletas en el suelo.

La casa es pequeña (qué sorpresa) pero está cuidada con mimo. A nuestra izquierda, en el salón alfombrado, hay un sofá cubierto con una funda beige junto a un sillón reclinable de vichí azul, situado

frente al televisor de pantalla plana. Las paredes están cubiertas de fotos y proyectos artísticos con marcos disparejos colgados sin ningún orden. Las estanterías están repletas de chismes y de libros. Justo enfrente se vislumbra la pequeña cocina en forma de L. Unas cuantas macetas confieren algo de vida al espacio, y la encimera está a rebosar de tazas horteras con mensajes otoñales como: «Menudo bellezón», «Eres canela en rama» o «Eres el corazón de mi manzana».

No tiene nada que ver con nuestro espacioso e inmaculado piso en Nueva York. Aun así, la casa de tía Naomi siempre me ha resultado extrañamente acogedora y agradable.

—¿Qué tal si os enseño los dormitorios? Ya os haré un tour de la casa después —propone tía Naomi—. Hacía tanto que no veníais aquí que puede que hayan cambiado algunas cosas.

Se me escapa una risa burlona. Este es el típico sitio donde nunca cambia nada. Mi madre me fulmina con la mirada y asiente en dirección a su hermana.

—Suena bien.

Nos dirigimos las cuatro al cuarto de invitados de la primera planta.

—Annie —le dice tía Naomi a mi madre—, esta será tu habitación.

El dormitorio está pintado de azul claro y es sencillo. En el interior hay una cama doble apoyada contra la pared, un escritorio en el rincón y un tocador de caoba.

Mi madre deja la maleta en el suelo.

—Es perfecta. Gracias.

Tía Naomi sonríe y me hace una seña para que la siga.

—Ellis, iba a ponerte en el cuarto con Sloane, pero tu madre me dijo que probablemente preferirías tener tu propio espacio.

Gracias a Dios.

Me conduce a través del pasillo y se detiene frente a una puerta que yo nunca había abierto. De hecho, ni siquiera recuerdo haber reparado en ella.

—Por desgracia —comenta mientras gira el pomo, que está algo suelto—, no nos quedan más dormitorios. —Abre la puerta y sube por unas escaleras que crujen.

La sigo con desgana. La temperatura se va incrementando conforme subimos al descansillo, donde los rayos de sol se filtran por la ventana iluminando las motas de polvo en suspensión.

—Siento que huela un poco a cerrado aquí arriba —se disculpa tía Naomi al tiempo que abre una pesada ventana con el marco de madera.

Echo un vistazo alrededor de la enorme habitación, que abarca el espacio de toda la casa. Está llena de cajas, la mayoría rebosantes de lo que parece una sección completa de accesorios otoñales de una tienda de adornos: calabazas de plástico, guirnaldas de hojas artificiales rojas, amarillas y naranjas, ornamentos otoñales de madera, coronas de flores de otoño y posavasos tejidos en forma de calabaza y manzana.

Yo soy la primera que disfruta de un *latte* con especias de calabaza y un jersey calentito, pero esto es pasarse un poco.

Sigo a tía Naomi por un estrecho pasillo que hay entre las cajas deshaciéndome de las telarañas (reales y de mentira) hasta que llegamos a una zona despejada a la altura del hastial donde, por lo visto, voy a dormir yo.

Hay una cama individual cubierta con lo que se me antoja una colcha *vintage* de Laura Ashley. El armazón de la cama es de hierro forjado y parece antiguo; también hay un tocador de color blanco sucio y unas cuantas alfombras que tía Naomi ha distribuido por la zona para cubrir el suelo.

Pero nada puede tapar el hecho de que esto es un desván. No puedo evitar sentirme como Sara, la de *La Princesita*. Dejo escapar un suspiro. Al menos tiene ventana…

—Ya sé que dista mucho de ser perfecto —se apresura a aclarar mi tía, sin duda al verme la cara—, pero espero que estés cómoda.

Miro de reojo a mi madre, que me insta a agradecerle su hospitalidad con un solo gesto de cabeza.

—Gracias —digo entre dientes—. Es genial.

Decir que estoy enfadada con mi madre por meterme en esto se queda cortísimo, pero no es culpa de tía Naomi. Le estoy agradecida por habernos hecho un hueco, aunque sea en el último sitio donde me gustaría estar.

«Enseguida volveremos a casa. Esto es temporal», me recuerdo. Sloane sube las escaleras entre jadeos, cargada con la caja donde están la máquina de coser y los materiales de costura.

—¡Sloane! —salta mi madre—. No hacía falta que subieras eso. Ya lo habríamos hecho Ellis y yo.

Suelto un bufido, molesta: fue idea suya traerla. Lo tiene claro si pensaba que iba a cargar yo con eso por los dos tramos de escaleras.

—No pasa nada, tía Annie. Me encanta ayudaros. ¿Dónde quieres que lo ponga?

Antes de que pueda contestar que no importa porque ya no coso, tía Naomi interviene en la conversación:

—¡Es verdad! Annie me dijo que diseñabas ropa, así que subí una mesa para que pongas la máquina. —Señala a nuestra izquierda, hacia una antigua mesa de costura polvorienta y un taburete. Sloane se dirige tambaleándose hasta el lugar indicado y deja la caja con un gruñido—. Me imagino que para tus creaciones utilizarás toda clase de telas especiales que serán fáciles de conseguir en la ciudad. Aquí

disponemos de una colección de cajas con donaciones de la recogida de ropa benéfica del mes pasado. La gente donó tanta ropa que el centro benéfico dijo que les lleváramos el resto en diciembre. Puedes usar lo que consideres que te sirve.

Decido no comentarle que casi todas mis creaciones las hago con tela Oxford de segunda mano. En lugar de decirle lo que pienso, respondo:

—Vale, gracias. Suena bien.

Mi tía aplaude y nos dedica una sonrisa deslumbrante.

—¡Genial! Estaba pensando en preparar el desayuno. ¿Qué os parece?

—Me muero de hambre —dice mi madre—. ¿Y tú, Ellis?

—Yo me conformo con un café, la verdad. Me imagino que este sitio todavía no ha entrado en el siglo veintiuno y sigue sin haber un Dunkin', ¿o me equivoco? ¿Hay algún café decente?

Mi madre suspira, exasperada, pero Sloane se ríe y me explica:

—Sigue sin haber un Dunkin', pero tenemos El Gato Cafeinado. —Levanto la ceja—. Es una cafetería gatuna. El café está riquísimo y unos gatos de lo más monos se pasean por el interior. Se pueden adoptar. Créeme, te encantará. Te acompaño.

—Bueno, no hace falta que…

—No seas tonta. No pienso dejar que deambules por el pueblo tú sola el primer día. Venga, vamos.

Salimos todas de mi habitación y bajamos las escaleras en fila india.

—Pasadlo bien —dice mi madre, que dibuja un «sé amable» con los labios antes de que Sloane y yo salgamos al aire fresco de la mañana, un bien merecido alivio del calor del desván y de la presencia sofocante de mi madre.

Durante dos manzanas, Sloane no deja de hablar de su mejor

amigo, Asher, del trabajo de su madre, del campamento teatral al que asistió en verano y de lo emocionada que está con el comienzo del curso pasado mañana, hecho que decido ignorar porque me provoca arcadas.

De camino pasamos por delante de varias casas con gente sentada en el porche, bebiendo café y leyendo el periódico. Todos parecen conocer a Sloane. Ya cerca del centro, pasamos por la librería y la floristería de Bramble Falls, donde se ofrecen flores otoñales con un cartel escrito a mano.

Por fin llegamos al edificio verde turquesa ubicado en la esquina de la calle del Melocotón con la avenida de los Robles, prácticamente enfrente de la plaza Mayor. No recuerdo qué había en su lugar la última vez que estuve en Bramble Falls, aunque ahora sobre la puerta cuelga un cartel de madera donde puede leerse EL GATO CAFEINADO.

Sloane me abre la puerta y entro en el local con cuidado de que no se escape ningún felino de los que merodean por allí. El olor a café se entremezcla con el del azúcar y perfuma el ambiente, consiguiendo que se me haga la boca agua y se me levante el ánimo antes incluso de saborear la cafeína. Tenemos seis personas delante, así que estudio la carta de la pizarra que hay tras el mostrador mientras esperamos.

No parece que haya *latte* con especias de calabaza.

—¿Qué vas a pedir? —pregunta Sloane mientras nos vamos acercando al mostrador y un gato gordo tricolor se le restriega por el muslo y dibuja ochos entre sus piernas.

Suspiro.

—No tengo ni idea. No… —Estoy a punto de girarme hacia ella cuando capto por el rabillo del ojo al chico que hay detrás del mostrador. Entorno los ojos como si así pudiera cerciorarme de lo

que estoy viendo—. Sloane, ¿ese no es…?

«No puede ser».

Sloane se fija en lo que estoy mirando y sonríe.

—¿Cooper Barnett? El mismo. ¿Te acuerdas de él?

¡Pues claro que me acuerdo de él!

Recuerdo que Sloane nos presentó la última vez que estuve aquí. Él nos proclamó «mejores amigos» en el mismo instante en que ella se marchó de viaje con su padre, que todavía no había muerto.

Durante esos dos cortos meses fuimos inseparables. Recuerdo beber Capri-Suns y comer Doritos sabor ranchero con él en el lago que hay a las afueras del pueblo, con sus largas piernas tendidas sobre el muelle mientras divagaba emocionado sobre la historia del azúcar de repostería y la razón por la que se usa sal en la masa del pan.

Recuerdo echar carreras con la bici por la ensenada del Sauce, con los hombros rojos y pecosos, antes de que se la pegara al intentar esquivar el único bache que había en el pueblo.

Recuerdo que nos colábamos en el autocine la noche que programaban películas clásicas. Lloró un montón con el final de *Liberad a Willy*.

Recuerdo comernos cajas enteras de polos solo por leer los chistes escritos en los palos mientras nos columpiábamos juntos en la hamaca que había en el jardín de detrás de la casa de tía Naomi.

Y, además, una chica siempre recuerda su primer beso.

Pero…

—No lo recuerdo con ese aspecto —digo, incapaz de reconciliar la imagen del chico mono y larguirucho que conocí con la del espécimen que hay a tres personas de distancia—. ¿Cuándo se volvió así de…?

—¿Buenorro? —sugiere con una risita.

Me encojo de hombros.

—Pues… sí.

El pelo castaño, antes corto, ahora le crece formando gruesos mechones que se le ondulan a la altura de las orejas y le cubren la frente, y lleva un delantal color crema que ciñe su cuerpo esbelto y atlético. Al acercarnos poco a poco, aprecio un puñado de pecas claras sobre la nariz que nunca le había visto cuando éramos pequeños. Sigue teniendo las mejillas rellenas, acentuadas por un hoyuelo, aunque ahora las acompaña una mandíbula angulosa, lo cual le añade cierto atractivo a su encanto juvenil.

Por decirlo empleando unas palabras que bien podrían aparecer en una de las tazas de tía Naomi: «Me ha dejado ojiplática».

—Dio un estirón en segundo —susurra Sloane sacándome del trance—. Después se deshizo de aquellas gafas redondas tan frikis que no paraba de subirse ajustándoselas a la nariz, y me atrevería a decir que empezó a hacer pesas en el gimnasio del instituto.

La señora que tenemos justo delante coge en brazos un gato blanco y peludo del suelo y se retira al final del mostrador. Damos un paso adelante y noto que se me cierra el estómago de una forma extraña.

«Cooper Barnett está buenísimo».

—Hola, Sloane —dice con una sonrisa.

Me mira durante una milésima de segundo antes de abrir la boca para preguntarle qué quiere tomar, pero vuelve a mirarme y entonces se le borra la sonrisa de un plumazo. Abre sus ojos ambarinos como platos y me observar atentamente.

¿Cómo se me habían olvidado esos ojos tan impresionantes?

—Hola, Coop —le digo a mi vez, curvando los labios en una sonrisa que no puedo contener. Se le tensa la mandíbula, pero permanece callado. Se me ocurre que igual no se acuerda de mí—.

Soy Ellis Mitchell, la prima de Sloane.

Miro a Sloane, que está a mi lado observando a Cooper con el ceño fruncido.

—Ya sé quién eres, Ellis —contesta con un matiz de disgusto en la voz.

—Ah. —Me flaquea la sonrisa—. Vale. Hace mucho tiempo que no nos veíamos. ¿Cómo ha ido todo?

—He estado ocupado. —Se gira hacia Sloane—. ¿Qué te pongo?

Esto… Valeee.

—Tomaré un té verde, porfa —responde. Y a continuación se vuelve hacia mí cambiando el peso de una pierna a la otra, visiblemente incómodo—. ¿Tú qué quieres, Ellis?

—No tendrás por casualidad un *latte* con especias de calabaza fuera de la carta, ¿verdad? —Le ofrezco mi mejor sonrisa para tratar de derretir un poco esa actitud tan extrañamente fría conmigo.

—No. —Observa la fila que hay detrás de mí y suspira. Se nota que está impaciente por que nos apartemos—. Te recomiendo un *latte* de la cosecha. Lleva especia de calabaza, avellana y pan de jengibre. Es lo más parecido que vas a encontrar en Bramble Falls y es un millón de veces mejor.

—Eso lo dudo, pero vale: te lo compro. Tomaré el tamaño más grande que tengas del *latte* de la cosecha.

Asiente con la cabeza, teclea algo en la pantalla que tiene delante y me dice cuánto es sin mirarme a los ojos ni una sola vez. Pago con la tarjeta, y Sloane y yo avanzamos hasta el final del mostrador para esperar por nuestras bebidas.

—Vale, ¿qué acaba de ocurrir? —pregunta entre dientes Sloane.

—Yo iba a preguntarte lo mismo. ¿En qué momento se volvió tan gilipollas?

—¡Nunca! Cooper es el tío más majo que conozco. ¿Qué le hiciste?

—¡Nada! Llevo años sin venir. La última vez que estuve aquí éramos muy amigos. —No menciono lo del beso. Se preguntaría por qué no se lo conté en su momento y no me creería cuando le dijera la verdad: que no fue para tanto. Además, eso es irrelevante porque no cambió las cosas entre Cooper y yo—. Estuvimos intercambiándonos mensajes cuando volví a casa.

—¿En serio?

—Durante un tiempo, antes de que nos liáramos mucho con los estudios. No hay nada que explique esa actitud hacia mí. No tuvimos ninguna pelea.

—No sé, chica. A Cooper le cae bien todo el mundo. No sé lo que hiciste, pero debió de ser bastante gordo.

—Pero ¡si no hice nada! —exclamo, consiguiendo con ello que uno de los gatos se esconda tras una papelera, y llamando la atención de dos mujeres que esperan por sus bebidas y, ni que decir tiene, la de Cooper. Me arden las mejillas, así que bajo la vista hacia la puntera recta de mis botas de cuero negro de Stuart Weitzman.

Cuando por fin llegan las bebidas, las cogemos, pero antes de marcharnos Sloane se inclina sobre el mostrador.

—Oye, Cooper. ¿Sigue en pie lo de esta tarde?

Él asiente con la cabeza.

—Estaré allí a las seis.

Levanta el dedo pulgar en señal de aprobación y la sigo hasta la puerta.

—¿Qué sucede esta tarde? —le pregunto mientras intento no pisar un gato atigrado con un jerseicito verde.

Me mira por encima del hombro con su mejor sonrisa.

—Estamos en septiembre. Eso significa que hemos entrado oficialmente en la temporada del Festival de la Caída de la Hoja.

—Vaaale. Y eso significa…

Sloane se para de repente y casi derramo el *latte* al chocar con ella. Se gira y se me queda mirando.

—Significa que tenemos mogollón de trabajo por hacer. Bramble Falls es conocido por darlo todo en otoño. Hay actividades de temática otoñal todos los fines de semana de septiembre y octubre. Ya sabes: recolectar manzanas, paseos en carreta, laberintos de maíz, tallado de calabazas, una búsqueda del tesoro otoñal, un programa doble de películas de terror en el cine al aire libre, la Carrera de las Especias de Otoño, la Hoguera de las Botas y las Mantas y el Baile de la Calabaza.

—El Baile… ¿de la Calabaza?

—Es una fiesta en la que se baila mucho —me explica casi temblando de la emoción—. Y todo esto desemboca en el gran festival que se celebra el primer fin de semana de noviembre y que pone fin a la temporada. Básicamente es una fiesta enorme que dura el día entero. En Nueva York tenéis el desfile de Macy's por Acción de Gracias. Aquí tenemos el desfile de Bramble Falls alrededor de la plaza.

Me la quedo mirando fijamente, muda por lo emocionada que se muestra con estas celebraciones.

—Viene gente de todas partes a disfrutar de esta experiencia en Bramble Falls —continúa explicándome—. Es divertidísimo, y además le reporta muchos beneficios al pueblo. Y como mi madre es la alcaldesa y preside el Comité de Turismo, nos toca a nosotras planear, montar y participar en las celebraciones. La madre de Cooper también forma parte del comité, así que él colabora con frecuencia. Más tarde vendrá a casa para bajar las cajas más pesadas del desván, porque ya ha llegado la hora de convertir este pueblo en un oasis otoñal.

—Entiendo. —Me aclaro la garganta. No puedo evitar sentir

curiosidad—. Entonces, Cooper y tú estáis… ¿juntos?

—Por supuesto que no —responde—. No me malinterpretes. Está bueno y es un encanto, pero no me interesa. ¿Por qué lo preguntas?

Me mira con una sonrisa suspicaz y pongo los ojos en blanco.

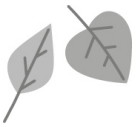
—Simple curiosidad. Y ahora, andando. Salgamos de aquí.

Sloane me obedece y dad media vuelta mientras bebe de su té. La campanilla que hay sobre la puerta tintinea cuando sale.

Antes de irnos me vuelvo para echarle un último vistazo a Cooper y lo pillo observándonos. Nuestras miradas se cruzan durante lo que parece un mero instante y un millón de años a la vez. Pero aparta la vista de inmediato.

No quiero que me importe el hecho de que Cooper parezca odiarme (del mismo modo que tampoco me importa nada de este pueblo). Ojalá pudiera olvidarme de él, de la misma forma que lo hice los últimos tres años. Sin embargo, ahora que estoy aquí y lo he vuelto a ver, no puedo evitar sentir nostalgia. Los recuerdos del mejor verano de mi vida que pasé con ese chico tan majo de Bramble Falls me envuelven como una manta. Me uno a Sloane en el exterior con la promesa de la nueva estación flotando en el ambiente y sin dejar de preguntarme quién es Cooper Barnett y cómo sería pasar el otoño con él.

Capítulo tres



Me noto los rizos de la nuca apelmazados por el sudor mientras, subida en una vieja silla de madera, intento colocar por la fuerza una barra extensible de plástico para cortinas entre el travesaño y una de las paredes del desván. Ya que me obligan a quedarme aquí, qué menos que procurarme un poco de intimidad por si alguien necesita entrar en el desván.

Una vez he colocado los rieles, uno a cada lado del travesaño, me bajo de la silla y doy un paso atrás para admirar las nuevas paredes de mi habitación: unas vaporosas cortinas blancas que he confeccionado a partir de unos manteles de época que encontré en las cajas de donaciones. Los bajos de encaje aportan un efecto desgastado pero distinguido que me pareció apropiado. Además, aunque nunca se lo confiese a mi madre, utilizar la máquina de coser me ha ayudado a mitigar un poco la ansiedad que me produce estar aquí atrapada.

—Qué buena idea —dice mi madre, sobresaltándome—. Lo siento, no era mi intención acercarme con sigilo. Esos ventiladores hacen

mucho ruido.

Descorro la cortina y quedan a la vista tres ventiladores.

—Ruidosos, pero necesarios.

—Ni que lo digas. Esto es una sauna. —Mi madre pasa al otro lado de la cortina e inspecciona mis diminutos aposentos—. De verdad que lamento lo del desván.

Me encojo de hombros.

—Lo prefiero a dormir en la habitación de Sloane.

Mi madre se da la vuelta y se sienta en la cama para admirar mejor las cortinas.

—Las has hecho tú, ¿no?

—No te emociones mucho. Las he cosido por necesidad, no por placer.

—Bueno, sea cual sea el motivo, te han quedado muy bien.

—Gracias.

Se produce un silencio incómodo antes de que vuelva a hablar.

—Valoro mucho que estés intentando verle el lado bueno a todo esto. Eres una buena hija.

Asiento con la cabeza y me cruzo de brazos con la vista clavada en el suelo.

Mi madre se muerde el labio y coloca las manos sobre las rodillas mientras los ventiladores combaten otro silencio incómodo.

—A ver —dice por fin—. Sé que estás muy enfadada conmigo, pero ¿por qué no te lo tomas como una oportunidad para comportarte como una adolescente normal y corriente durante un tiempo? —Le lanzo una mirada asesina—. No tiene por qué ser todo tan duro. Vas a pasarte el resto de tu vida trabajando.

—No quiero ser una adolescente normal y corriente. Quiero que me admitan en Columbia.

—Y lo conseguirás. Lo único que digo es que aproveches para

pasarlo bien mientras estés aquí. Sal con Sloane, disfruta del encanto del pueblo, trabaja en tus diseños… —Hace una pausa, como si dudara, y añade—: Tal vez puedas dedicarte a lo que tú quieres en lugar de preocuparte por no decepcionar a tu padre.

Las cejas se me disparan hasta el nacimiento del pelo.

—Lo dices como si todo lo que hago lo hiciera por complacer a papá. —No contesta—. Te equivocas. Lo hago porque yo quiero.

Si no he trabajado mucho en mis diseños últimamente es porque no he tenido tiempo de acercarme a las tiendas de segunda mano, por no hablar de las horas que me lleva preparar nuevas muestras. No tiene nada que ver con mi padre.

Asiente con la cabeza.

—Vale.

Pero el tono de su voz dice otra cosa. Dice que no me cree. Dice que no me quiere llevar la contraria. Como siempre.

—Y me niego a disfrutar de los encantos del pueblo —digo, retomando la palabra. La irritación se va propagando por mi cuerpo como un incendio descontrolado—. Quiero estar en Nueva York, ir a mi prestigioso instituto y terminar las prácticas, que muchos pagarían por tener, para poder conseguir el objetivo por el que llevo esforzándome los últimos tres años. Estamos hablando de mi futuro, mamá. Que tú no tengas trabajo no significa que a los demás no nos preocupe cómo conseguirlo.

A mi madre se le descompone el rostro, que pasa de la calma a una expresión de dolor, y a mí se me forma un nudo en el estómago. No es que sea mentira: mi madre renunció a su trabajo en una galería de arte de la ciudad para quedarse en casa y cuidar de mí. Pero no quería que sonara como si ser ama de casa no fuera duro.

Trago saliva y miro al suelo.

—Lo que quiero decir es que quiero hacer grandes cosas, ¿vale?

¡Qué más da si coincide con lo que papá quiere para mí! Él me está ayudando a alcanzar mis objetivos. Estar aquí es dar un paso atrás, así que no te empeñes en convertir todo esto en algo positivo.

Mi madre se levanta de la cama y se queda de pie. Abre la boca como si fuera a decir algo, pero vuelve a cerrarla, da media vuelta y se marcha del desván escaleras abajo.

Me dejo caer en la cama con un gruñido.

Cojo el teléfono, que lleva todo el día en silencio encima del desgastado tocador, y compruebo la hora: las 5.46 de la tarde. Busco a mi padre en los contactos y pulso el icono verde de llamada.

Pese a que fue mi madre quien se quedó siempre conmigo en casa, me llevo mejor con mi padre. Ella me ayudaba con los deberes, pero era mi padre quien me mantenía motivada, quien me daba el empujoncito necesario para que obtuviera las notas perfectas, para que me involucrara, para que me esforzara y probara cosas nuevas, para que me planteara el futuro.

Es muy inteligente y generoso, y lo adoran en Street Media. Incluso de pequeña, cuando me limitaba a seguirlo por su oficina para pasarle la grapadora o el pisapapeles de latón de su escritorio, ya sabía que quería ser como él.

Viajaba mucho por trabajo, así que a veces pasaba semanas sin verlo. Sin embargo, ahora la distancia entre nosotros tiene un matiz diferente: lo odio por haber permitido que ocurriera esto y a la vez lo echo de menos.

El teléfono da la señal de llamada. Una vez. Y otra. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando oigo por fin su voz al otro lado de la línea: «Este es el teléfono de Brad Mitchell. Deja un mensaje de voz y te devolveré la llamada en cuanto me sea posible».

Cuelgo y arrastro la pantalla con el pulgar hasta llegar al contacto de Fern, que responde al primer tono.

—¡Ellis! Cuéntamelo todo.

Me da un vuelco el corazón al oír su voz.

—Es horrible.

—No llevas allí ni doce horas.

—Ya, así que imagínate.

Oigo cómo resopla.

—¿Qué tiene de malo? Aparte del hecho de que no estés aquí conmigo, claro.

Al otro lado de la línea se oye un ruido de arrastre y me imagino a mi mejor amiga cogiendo una silla de la mesita blanca de la cocina, sentándose en ella y haciéndose un ovillo como si fuera un pretzel para hablar por teléfono, como hace siempre. Esa imagen me provoca nostalgia.

—Para empezar no hay *latte* con especias de calabaza. —Fern sofoca un grito ahogado. Puede que ella sea una comidista, pero las dos nos dejamos llevar por nuestros instintos más primarios en lo que se refiere al otoño—. Exacto. Y estoy casi segura de que el chico que trabaja en el café me odia.

—¿Ya te has granjeado un enemigo? Estoy impresionada.

—Mi madre me ha matriculado en el instituto, pero al no tener alumnado suficiente, no hay clases avanzadas de preparación universitaria. Tampoco hay periódico escolar.

—Eso suena como tu peor pesadilla.

—Y la cosa no acaba ahí: duermo en el desván.

—Joder, Ellis. Métete en un autobús ahora mismo y sal de allí pitando. Puedes vivir aquí conmigo —dice Fern. Y sé que va en serio.

—Ojalá pudiera. Por lo menos así no me pasaría el día discutiendo con mi madre.

—¿Así de mal van las cosas?

—Peor que mal. —Suspiro—. Cuéntame algo de allá. ¿Qué tal fue

la fiesta de inauguración de tu casa? No me puedo creer que me la perdiera.

Los acaudalados padres de Fern son inversores inmobiliarios y le regalaron un apartamento por su decimoctavo cumpleaños. Nuestros planes son vivir allí juntas mientras estudio en Columbia.

—¡Ay, Dios mío! Ojalá hubieras venido. Fue un despiporre.

Fern empieza a contarme su noche de chicos y de borrachera y karaoke, y sus encontronazos con la policía de Nueva York y su viejo y amargado vecino. Menciona a todos los *influencers* de la ciudad de Nueva York que fueron a su fiesta y sus planes para colaborar con ellos.

Conocí a Fern en el periódico escolar hace dos años. Por aquel entonces ella soñaba con tener una sección de consejos, pero acabó por labrarse un nombre en las redes como crítica culinaria. Con sus incontrolables rizos pelirrojos, su tez blanca y esos ojos suyos de un verde claro, es objetivamente preciosa. Y además es objetivamente divertida. Este último año se ha hecho famosa, así que está terminando el instituto online mientras viaja por el país ganando toneladas de dinero de los patrocinadores que ha conseguido ejerciendo de crítica culinaria adolescente, porque sus vídeos son superentretenidos y sus comentarios sobre la comida, acertados. Por culpa de su creciente popularidad, nos ha costado mucho mantener nuestras cenas de los jueves en Nom Wah, nuestro local favorito de *dim sum* en Chinatown.

Su nombre y su carrera profesional están despegando, y le llueven las oportunidades. Mientras tanto, yo estoy aquí atrapada en punto muerto.

—Jordan no paró de preguntar por ti —dice antes de que la oiga beber lo que me imagino que debe de ser un batido verde. Pongo los ojos en blanco—. ¡Ni se te ocurra poner los ojos en blanco!

—¿Cómo sabes que iba a hacerlo? —Me río. Y suena muy extraño. Entre el incesante trabajo y las interminables peleas de mis padres los últimos meses, llevaba mucho tiempo sin sonreír de verdad, por no hablar de soltar una buena carcajada.

—Porque te conozco. Ya sé que dices que los chicos son una distracción…

—Porque lo son —le suelto.

—Pero no tienen por qué serlo. Él sabe que estás ocupada y no le importa. Dale una oportunidad.

—No estoy buscando una relación.

Las relaciones son obstáculos devoradores de tiempo que te apartan de tu objetivo.

—Vale, pero no tiene por qué ser nada formal. Cuando vuelvas, puedes limitarte a pasarlo bien sin tomártelo en serio.

Fern no se toma nada en serio. Es alérgica al compromiso.

Por desgracia, hace cuatro meses encontré tiempo para ir a una de las fiestas en la azotea de Fern y acabé perdiéndome en los ojos oscuros de Jordan, delineados por sus espesas pestañas de color azabache, y en su impoluta melena negra que la brisa hacía ondear, y nos besamos. Intenté pasármelo bien y no darle mucha importancia, pero él quería más.

Incluso si lo hubiera llegado a conocer lo bastante como para plantearme algo más serio con él, estoy demasiado ocupada para meterme en una relación. Así que, lección aprendida.

—Eso no va conmigo. No me interesa, Fernie. Lo siento.

Quizá disponga de tiempo para chicos cuando me hayan admitido en Columbia. Hasta entonces, tengo muy claro mi objetivo.

El suspiro de Fern casi me derriba desde Nueva York.

—Piénsalo, Ellis. Ahora tengo que irme. He quedado con Franky para cenar en el Burro Nervioso.

Me suenan las tripas.

—Ay, me muero de ganas de comer ahí desde que abrieron.

—Ya lo sé, cariño. Iremos cuando estés de vuelta.

—Ya me dirás qué tal.

—Puedes ver mi vídeo —dice Fern. Se oye ruido de papeles—. Ya me dirás tú qué tal en el instituto el martes.

Ahogo un gruñido.

—Claro.

—Te quiero, Ell. Hablamos.

Cuelga. Lanzo el teléfono sobre el colchón y me tumbo imitando la forma de una estrella de mar. Cierro los ojos mientras el aire de los ventiladores me recorre todo el cuerpo. Igual este es el momento en que me despierto y descubro que todo ha sido una pesadilla. Cuando abra los ojos, me encontraré de nuevo en mi habitación de Nueva York, donde la luz del sol se filtra por el ventanal, y estaré rodeada de fotos de Fern y mías pegadas aquí y allá en las paredes pintadas de color rosa palo. Sumergiré los dedos de los pies en la acolchada alfombra blanca de camino al sofá, donde me sentaré a esbozar unos diseños…

El sonido de alguien llamando suavemente a la puerta me saca de mi ensoñación.

—Ellis, vamos a subir —me advierte mi madre al pie de las escaleras. Todavía no se ha dejado ver desde lo de esta mañana. Me incorporo y escucho con atención.

—Pues claro que me acuerdo de ti. —Oigo que mi madre le dice a otra persona que sube con ella—. Ellis no dejó de hablar de ti durante meses desde que nos fuimos de aquí. Creo que fue el mejor verano de su vida.

—¿Ah, sí? —dice una voz grave y titubeante.

Ay, no.

No, no, no.
Me olvidé por completo de que esta tarde venía Cooper Barnett.

Capítulo cuatro



—Ellis, sal a ayudarnos —dice mi madre desde el otro lado de las cortinas.

Me miro los pantalones cortos grises y el top amarillo sudado que llevo puestos, llenos de polvo y suciedad después de haberme pasado todo el día limpiando mi pequeña sección del desván. No tengo espejo, pero me imagino que llevo la coleta alta medio suelta y despeinada, y que los restos de maquillaje me emborronan las ojeras.

Ni de broma voy a salir con esta pinta.

Mi madre descorre las cortinas.

—¿Me estás ignorando a propósito? —me pregunta sin apenas mirarme a la cara.

—Estaba durmiendo —le miento.

Miro a Cooper, que se gira precipitadamente hacia las cajas llenas de adornos para fingir que no estaba escuchando.

—No te creo —contesta—. Levántate. Aquí colaboramos todos.

—Lo que tú digas —murmuro.

Salgo de mala gana de mi improvisado dormitorio y avanzo por el abigarrado desván. Me cruzo de brazos tratando de esconder lo sucia que voy.

—Ellis, te acuerdas de Cooper, ¿verdad? —me comenta mi madre al tiempo que lo señala con un gesto—. Pasasteis juntos el verano de segundo curso.

Me atrevo a mirarlo. Él también me mira antes de levantar una caja. A juzgar por la forma en que se le tensan los bíceps y cómo se le definen los músculos de la espalda bajo la camiseta blanca diría que es bastante pesada.

—Claro —respondo—. Ya hemos hablado esta mañana.

O algo parecido…

—Ah, genial —exclama mi madre ampliando su sonrisa.

Tía Naomi y Sloane se cruzan con Cooper en las escaleras.

—Oye, Naomi —dice Cooper—: ¿Pongo esto en el salón?

—Sí, perfecto.

Cooper baja la caja pesada por las escaleras mientras Sloane me ofrece una más ligera con una sonrisa nerviosa.

—¿Han mejorado algo las cosas desde esta mañana? —me plantea en voz baja mientras mi madre y tía Naomi seleccionan las cajas, dejando las más pesadas para Cooper.

—No ha intentado matarme, pero tampoco me ha dirigido la palabra.

—¿Le vas a preguntar qué le pasa? Porque me encantaría saberlo.

A mí también. Aunque prefiero preguntárselo cuando no haya parientes cotillas cerca.

Me encojo de hombros.

—Supongo que acabaré preguntándoselo. —La rodeo con una caja en brazos—. Por ahora lo único que quiero es acabar con esto y darme una ducha.

Pasamos la hora siguiente trasladando cajas del desván al salón. Cooper actúa como si yo no estuviera allí y a mí me encantaría que fuera cierto.

Para cuando hemos terminado, estamos los cinco sudorosos. Tengo que esforzarme para apartar la vista de las mejillas acaloradas de Cooper o de los marcados abdominales que desvela la camiseta cuando se la levanta para secarse la frente.

Es la viva imagen de la distracción. Igual hasta tengo suerte de que no quiera saber nada de mí…

—He pedido pizza —anuncia tía Naomi mientras sigue sacando adornos de las cajas del salón y los apila en montones que solo ella y Sloane entienden—. Estará al llegar.

—Vaya. Yo tengo que marcharme —dice Cooper—. Le dije a mi madre que estaría en casa a las siete. Ya llego tarde.

—No estarás pensando que ibas a venir a mi casa a ayudar y que no te iba a dar de cenar, ¿verdad? —pregunta tía Naomi—. No te preocupes, ya le he mandado un mensaje a tu madre para avisarla.

Cooper esboza una sonrisa forzada.

—Ah, vale. Genial.

—Cooper, jamás te había visto tan callado —observa Sloane antes de beberse un botellín de agua de un trago.

Por un segundo cruzamos las miradas, pero dura tan poco que me pregunto si no me lo habré imaginado. Se encoge de hombros.

—Estoy cansado. Hoy ha venido mucha gente al café.

—Cooper trabaja en El Gato Cafeinado —le explica Sloane a mi madre.

—Qué bien. A ver si me acerco esta semana —comenta mi madre —. Estoy pensando en solicitar trabajo en la tienda de manualidades que hay justo al lado.

Enarco las cejas. Eso no me lo había contado.

—¿Ah, sí? ¿Por…?

Mi madre sonríe.

—Echo de menos trabajar y me gustaría contribuir a los gastos.

—De eso ni hablar —se niega tía Naomi, restándole importancia al tema con un gesto de la mano—. No quiero tu dinero.

Cooper frunce el entrecejo, confuso.

—¿Contribuir a los gastos? ¿Cuánto tiempo os vais a quedar?

—¿No te lo ha contado Ellis? Nos hemos mudado aquí… temporalmente —añade al ver mi cara de horror—. Pero estaremos lo bastante como para plantearme buscar trabajo.

Sloane me pasa el brazo por encima del hombro.

—Y el tiempo suficiente para que Ellis venga a clase con nosotros. ¿No te parece emocionante, Cooper?

Cómo le gusta provocar…

No puedo descifrar su expresión: parece conmocionado y a la vez una pizca horrorizado. No dice nada antes de que mi madre intervenga:

—Igual coincidís en alguna clase.

Se me queda mirando fijamente.

—Sí, puede ser.

Sloane se vuelve en mi dirección.

—El martes por la mañana te enseño el instituto y te digo dónde está la secretaría.

—Gracias.

Sloane va un curso por debajo de mí, así que, si el instituto de Bramble Falls se parece en algo a mi antiguo instituto, donde cada curso está en un pasillo distinto y raramente interactuamos con los demás, estaré sola esta semana.

Llaman a la puerta.

—¡Adelante! —grita tía Naomi.

Me vuelvo como un rayo hacia ella. ¿Es que aquí la gente invita a cualquiera a entrar en casa sin saber quién es?

Un chico negro rellenito y bajito con el pelo de un divertido color azul, un pendiente en la nariz y una chapa con la palabra ELLE en el uniforme rojo de Quesiliciosa entra con dos cajas de pizza.

Busca con los ojos entre las cajas y los adornos hasta dar con tía Naomi, oculta tras aquel desorden, y le sonríe.

—¿Las llevo a la cocina, Naomi?

—Ya las llevo yo —se ofrece Cooper al tiempo que coge las pizzas —. ¿Qué hay, Sterling?

—No podría estar mejor —contesta con una gran sonrisa.

Sloane da un paso en su dirección y le entrega el dinero.

—¿Quieres llevarte un trozo para el camino?

—Gracias, pero no me apetece. Estoy hasta arriba de pizza —dice despidiéndose con la mano.

—Eso no es posible —insiste Sloane—, pero lo acepto. Sterling intenta darle la vuelta, pero la rechaza—. Quédatela.

—Gracias.

—Sterling, esta es mi prima Ellis. Va a venir al instituto con nosotres —le dice Sloane—. Ellis, te presento a Sterling. Está en mi curso.

Le sonrío.

—Encantada de conocerte, Sterling.

—Lo mismo digo. —Se mete las manos en los bolsillos y se vuelve hacia el grupo—. Bueno, tengo que hacer la siguiente entrega. Buena suerte con la decoración. Nos vemos el fin de semana, Naomi.

—Gracias, Sterling.

—¿Qué sucede el próximo fin de semana? —pregunto cuando se ha ido y todo el mundo se dirige a la cocina a por la pizza.

—El sábado es la recolección de la manzana en el manzanar de los Vanderbilt —me explica tía Naomi emocionada.

Asiento con la cabeza mientras dispongo dos trozos de pizza de queso en mi plato.

—Guay.

—¿Vas a venir? —se interesa Sloane—. Siempre necesitamos voluntarios que trabajen en la caja, hagan de guías en los tours, ayuden a la gente a recolectar, carguen los coches o indiquen a los participantes dónde están los baños.

Me quedo paralizada, con la pizza a medio camino de la boca, y contesto:

—Estooo… No sé. A ver, empezar en un instituto nuevo ya es bastante. Déjame ver cómo se desarrolla la semana.

La cara de mi madre rezuma decepción.

—Tiene sentido —responde Sloane dándole un bocado a su pizza.

—Lo entendemos perfectamente —añade tía Naomi con una sonrisa—. Es un gran cambio.

Cooper no abre la boca y parece sumido en sus pensamientos. Su madre forma parte del Comité de Turismo y él mismo está aquí esta noche, así que adivino que será uno de los voluntarios. Probablemente mi respuesta lo haya aliviado.

Media hora después, Cooper se marcha a su casa sin decirme ni adiós, y yo me voy a la ducha. Pero justo antes de meterme, alguien llama a la puerta del baño. La abro y me encuentro a mi madre ahí plantada.

—Vas a ayudar el fin de semana que viene —me ordena en voz baja, muy seria. Nunca la había visto así de seria, la verdad.

—Mamá…

—Tu tía nos ha abierto las puertas de su casa gratis. Ha llenado la nevera y se ha esforzado por acomodarnos en las habitaciones a

cambio de nada. Lo mínimo que puedes hacer es presentarte voluntaria para las actividades del fin de semana.

—Así que vas a castigarme por tu decisión de mudarnos aquí —le digo notando el enfado en la boca del estómago. No es justo. ¿No es suficiente castigo tener que estar aquí?

—No es un castigo, Ellis —replica, molesta—. Ofrecerte voluntaria significa que eres amable, y que haces lo correcto. Son nuestra familia y nos están echando una mano. A mí puedes odiarme y tratarme como si fuera la peor persona del mundo, pero no te he educado para comportarte como una malcriada que se cree mejor que los demás. Sinceramente, ni siquiera puedo creerme que estemos teniendo esta conversación. —Da media vuelta, pero antes de marcharse añade—: Estarás allí el próximo fin de semana. Es una orden. Si hace que te sientas mejor, piénsalo de este modo: ayudar al ayuntamiento con esta actividad quedará genial en ese expediente escolar tuyo que tanto te preocupa.

Desaparece por las escaleras negando con la cabeza y yo cierro la puerta del baño. Los veinte minutos siguientes me los paso llorando. El agua borra el rastro de las lágrimas y el ruido de la ducha amortigua los sollozos. Nada es como debería. Estoy rodeada de familia en un pueblo donde todo el mundo se conoce y nunca me he sentido tan sola.

Capítulo cinco



Sloane conduce los tres kilómetros que nos separan del instituto de Bramble Falls. El edificio original de ladrillo descansa sobre dos pilares blancos y se yergue en medio de un campo moteado de grandes árboles y arbustos. Detrás del edificio se ven grandes extensiones de bosques interminables, donde una espesa niebla atrapa el sol temprano de la mañana sobre el dosel arbóreo, creando la pintoresca ilusión de que los árboles brillan.

Sloane deja el coche en el aparcamiento de estudiantes y nos bajamos de su destartalado cinco puertas marrón. Me pasé el último día de las vacaciones de verano encerrada en mi cuarto trabajando en la solicitud de Columbia mientras los demás celebraban el Día del Trabajo con una barbacoa en el jardín junto a sus amigos. Además he pasado una mala noche. Mi cerebro parecía un carrusel incesante de pensamientos que no paraba de dar vueltas a la discusión con mi madre, a que mi padre todavía no me haya devuelto la llamada, a mi primer día de instituto… Y esta mañana me acababa de quedar dormida cuando ha sonado la alarma.

Le he echado un vistazo al único perchero del que dispongo, repleto de básicos para el otoño. Pensé que me vendrían bien. Lanzo un suspiro, y procuro no pensar en el divertido y original conjunto que podría haber llevado si hubiera estado en Nueva York. Toca resignarse, así que he optado por un vestido abotonado sin mangas que confeccioné con una camisa Oxford holgada y lo he combinado con unos calcetines largos rojos y unos mocasines marrones claros de Gucci. Para rematar mi atuendo, me he atado un lazo verde y azul también de Gucci alrededor del cuello de la camisa y lo he sujetado con el camafeo de mi madre. Me he moldeado unas ondas en el pelo y he tratado de disimular mis ojos cansados con corrector y rímel. Por suerte no he tenido que enfrentarme a la mirada asesina de Cooper tan temprano. Sloane me ha dicho que no trabaja en el café por las mañanas cuando hay clase.

Estamos subiendo los escalones de cemento por los que se accede al instituto cuando unas cuantas chicas vienen corriendo en nuestra dirección y se abrazan a Sloane comentando a voces lo mucho que la han echado de menos, a pesar de que la estuvieron viendo por el pueblo todo el verano. ¿Me ha dado un vuelco el corazón de envidia?

Conozco a mucha gente en Nueva York: algunas van a las mismas extraescolares que yo, con otras compito por ver quién saca mejores notas, con otras hago terapia cuando se acercan los exámenes y con otras camino hasta el instituto. Pero Fern es la única amiga íntima que me ha durado un poco. Todas las demás se cansaron de mí porque estaba demasiado ocupada para salir con ellas. Después de negarme a ir a unas cuantas fiestas, dejaron de invitarme. El instituto al que voy es muy competitivo, así que todo el mundo está centrado en sus resultados académicos. Aunque, en su tiempo libre, mis antiguos amigos hacen lo que haría cualquier adolescente: ir al cine, fiestas, fiestas de pijamas, ir de compras, tener citas. Mi

tiempo libre lo dedico a cualquier cosa que me ayude a entrar en la universidad de mis sueños o a obtener un trabajo en la empresa donde trabaja mi padre. Cuando empecé el instituto los amigos pronto se transformaron en un eco del pasado. El único motivo por el que Fern y yo funcionamos bien es porque no dependemos mucho la una de la otra.

Sloane me presenta a todo el mundo, incluidas a sus amigas Hannah, una chica blanca bien formada de pelo moreno ondulado y que lleva un peto vaquero muy mono, y Preeti, una chica india despampanante con unas pestañas para morirse. A las dos las conocí hace muchos veranos, pero apenas me acuerdo de ellas. Cada cual se va en una dirección diferente: unas se dirigen a las taquillas, y otras se van a buscar a más amigas. Sloane me sonríe y dice:

—Te va a encantar esto.

Le ofrezco la sonrisa más convincente que soy capaz de exhibir dadas las circunstancias. «Seguro que sí».

Sloane me da un empujoncito, cruzamos las puertas dobles y accedemos al interior del recinto. Un banderín azul del instituto cuelga del techo de la zona común, donde los alumnos se entretienen hablando con amigos o revisando el teléfono sentados en las mesas. Un poco más adelante, cubriendo las paredes blancas recién pintadas, hay una hilera de taquillas metálicas azules.

—El alumnado de primero y segundo está al final de ese pasillo —me explica Sloane señalando el de la derecha—. Yo soy júnior, así que estoy en el pasillo central y a ti te toca en ese. —Señala el pasillo de la izquierda—. Es muy fácil orientarse aquí. Los cursos se distribuyen en forma de U y ambos extremos conducen hasta aquí. Es imposible perderse.

—Me alegro. Tengo un pésimo sentido de la orientación.

—Lo recuerdo —dice con una carcajada, probablemente porque se está acordando del día que me las arreglé para perderme en el centro comercial durante una de mis visitas estivales.

Sloane me enseña el polideportivo y el salón de actos, el aula de arte y el de música, donde además ensaya la banda en invierno. Una vez ha terminado el corto tour del instituto, me deja frente a la pesada puerta de caoba de la secretaría.

—Vale, igual no te vuelvo a ver hoy, así que buena suerte, pásalo bien y nos vemos en el mástil que hay a la entrada cuando acaben las clases —dice Sloane al tiempo que se fija en alguien a mi espalda —. ¡Ash! ¡Espérame! —Me echa un último vistazo—. Avísame si necesitas que le dé un puñetazo a Cooper.

Me río.

—No sabía que eras tan violenta.

—Lo que quiero decir… —Me pasa el brazo por el hombro— … es que estoy ahí si me necesitas.

—Entendido.

Sloane baja el brazo y me sonríe antes de salir prácticamente corriendo en dirección a un chico de rasgos asiáticos muy mono. Viste unos pantalones cortos de baloncesto y una sudadera, y le cuelga del hombro una mochila naranja. Le sonríe mientras la ve acercarse. Sloane dice algo que le hacer reír antes de revolverle el pelo moreno y desaparecen por el pasillo júnior. Yo me giro hacia la secretaría, respiro profundamente y abro la puerta.



Después de hacerme elegir las optativas y de mostrarme la taquilla, la auxiliar administrativa me deja sola en el pasillo de los de último curso.

Por suerte, Sloane tenía razón: no me resulta difícil encontrar mi primera clase. Entro y me siento en uno de los pupitres del fondo. Algunos estudiantes se vuelven a mirarme. Otros cuchichean con sus amistades preguntándose quién soy y confirmando que no han oído que se haya mudado nadie nuevo a Bramble Falls. Alguien comenta que le oyeron decir a alguien llamado Forrest que una tal Betty Lynn le había contado que soy neoyorquina, y eso me recuerda que estoy en un pueblo pequeño, donde las noticias vuelan.

El señor Beck, mi profesor de Física, me pide que me presente a la clase porque, a pesar de ser este el primer día de instituto, soy la única desconocida. Empieza a detallarnos los contenidos de la asignatura, que pronto deriva en un discurso sobre su forma de evaluar y los trabajos de recuperación y la importancia de la ciencia para la raza humana.

Cuando empieza a dar la clase, tras avisarnos de que va a colgar la presentación online pero que tomar apuntes nos ayuda a retener la información, el chico que se sienta a mi lado se inclina en mi dirección.

—Oye, chica nueva, ¿me prestas un boli? —susurra.

Tengo que contenerme para no poner los ojos en blanco. ¿A quién se le ocurre venir sin boli el primer día? Miro en la mochila, saco un boli morado con un pompón del mismo color en el extremo y se lo ofrezco, no sin reparar en sus ojos del color azul de un iceberg que contrastan con su tez morena. Tiene el pelo rubio y lo lleva largo en el centro y escalado en los laterales hasta acabar corto.

Parece que Bramble Falls es la guarida secreta de los tíos buenos.

Se queda mirando el boli del pompón y sonríe.

—Gracias —vuelve a susurrar. Se muerde el labio inferior y añade —: ¿podrías dejarme también una hoja de papel?

Lo miro inexpresiva.

—¿Lo dices en serio?

Se encoge de hombros. Rasgo una hoja de mi cuaderno pautado en color morado, porque nadie ha dicho que los apuntes no puedan ser bonitos.

—Gracias. Otra vez —murmura con una sonrisa juguetona. Se queda mirando el papel y se lo lleva a la nariz—. ¿Está perfumado?

Claro.

—Chist.

—¿De dónde has sacado este papel? Lo necesito.

—Eso es cierto —murmuro a mi vez.

Se echa a reír.

—Soy Jake, por cierto.

El señor Beck se vuelve a mirarnos. Ignoro a Jake, aunque por el rabillo del ojo veo cómo se gira para mirar al frente, se reclina en su silla y se dispone a atender al profesor de Física. O al menos eso aparenta…

Estoy casi segura de que está escribiendo una notita en la hoja de papel.

El resto de la hora pasa rápido y, tras dos clases sin incidentes, entro en el aula de Cálculo con la espalda recta, exudando una seguridad en mí misma que estoy lejos de sentir. Es uno de los trucos de mi padre para tener éxito: «Jamás le muestres tus debilidades a la gente —dice siempre—. El éxito se basa en la percepción. Pon una sonrisa y finge hasta que sea cierto».

Estoy tan ocupada tratando de decidir si sentarme al fondo de la clase otra vez o si dejar de esconderme y situarme delante que no reparo en Cooper, que está sentado en un pupitre de la segunda fila. Lleva una camiseta gris y unos vaqueros con los bajos vueltos que le cubren las botas de ante marrón. El alumnado que entra detrás de mí empieza a ocupar los asientos, así que me muevo hacia delante y,

sin saber bien cómo, acabo sentándome en el pupitre vacío que hay junto al suyo.

Se me queda mirando e inspecciona mi atuendo antes de apartar la mirada y decir:

—Ellis.

—Cooper. —Abro la cremallera de mi mochila y saco un cuaderno nuevo y un lápiz—. No sabía que estabas en esta clase.

—Ya, bueno. Tampoco es que hablemos, así que no sé por qué habrías de saberlo.

Frunzo las cejas.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

Se vuelve hacia mí como un rayo, pero no dice nada, se limita a observarme con la mandíbula muy tensa.

—¿Se puede saber qué problema tienes? —le pregunto por fin.

—Que no tengas ni idea de lo que pasa ya dice mucho.

Recoge las cosas de su mesa, se levanta y se echa la mochila al hombro. Me quedo observándolo mientras le pide a otro alumno que le cambie el sitio y, al segundo, lo veo sentado al lado de una chica rubia mientras que un chico pelirrojo y pecoso ocupa su lugar junto a mí.

¿Qué narices le pasa?

Me paso el resto de la clase distraída, estrujándome el cerebro, tratando de descubrir qué hice mal. La última vez que nos vimos antes de marcharme aquel verano estábamos sentados en la cima del monte Estrella hablando de nuestras cosas. Me trenzó el pelo (al parecer había aprendido haciendo trenzas de pan) mientras planeábamos todo lo que íbamos a hacer en el futuro, como si el verano no hubiera llegado a su fin. Como si no fuera a marcharme de Bramble Falls.

Antes de despedirnos quería abrazarlo, pero no estaba segura de

si lo encontraría extraño, así que me limité a decirle que nos veríamos el verano siguiente. Se acomodó las gafas en la nariz y asintió con la cabeza. Parecía que estuviera a punto de llorar (para entonces ya había averiguado que lo hacía a menudo), así que decidí que sería mejor no prolongar la despedida.

Cuando regresé a casa, estuvimos mensajeándonos continuamente durante un tiempo. Muchas veces hasta bien entrada la noche. Pero luego empezó el instituto y se fueron espaciando los mensajes. No recuerdo el último que nos mandamos, aunque estoy segura de que ninguno de los dos se sentía molesto por nada.

Tiene que haber algo que se me escapa, aunque no puedo preguntárselo porque, ¿qué es peor? ¿Que años atrás hiciese algo que le molestó, o que ni siquiera recuerde haberlo hecho?

Cooper sale de la clase antes incluso de que acabe de sonar el timbre. Suspiro, recojo mis cosas y me voy a comer.

En Nueva York suelo ir a la biblioteca a hacer deberes durante la hora de la comida. El bibliotecario me deja comer allí, porque me comprometí a dejarlo todo limpio. Pero dudo de que me permitan hacerlo aquí, siendo nueva. Así que guardo mis cosas en la taquilla y sigo a los alumnos de último curso hasta la sala común.

Cojo una bandeja para la comida y camino entre las mesas con la desagradable tarea de decidir dónde me voy a sentar entre cientos de estudiantes que no conozco de nada.

—¡Chica nueva! —exclama alguien. Me vuelvo para mirar en la dirección de la que proviene la voz familiar y reconozco a Jake, que me sonríe. Se echa a un lado para hacerme un hueco—. Puedes sentarte aquí con nosotros.

Jake está rodeado de chicos que, o bien asienten con la cabeza, o simplemente se me quedan mirando. A dos de ellos se los ve musculosos y llevan camisetas blancas con el logo del equipo de

fútbol americano de Bramble Falls a la altura del pecho. Un par de chicas me sonríen antes de continuar con la conversación. Y Cooper está sentado justo enfrente de él porque, no podía ser de otra forma, son amigos.

Recorro la sala con la mirada en busca de alguna cara familiar, pero no he hablado con nadie en ninguna de las clases esta mañana. Así que asiento con la cabeza y me siento junto a Jake.

—Gracias —le digo.

—Gente, esta es Ella —me presenta Jake.

—Ellis.

—Ay, perdón. Esta es Ellis.

—He oído que eres la sobrina de la alcaldesa —comenta uno de los chicos mientras se lame los restos anaranjados de un Cheto que pringan sus gruesos dedos. Mueve la cabeza como si tuviera espasmos para apartarse el pelo castaño ceniza de los ojos.

—Así es.

—¿De verdad? ¿Eres la prima de Sloane? —pregunta Jake mientras le da un bocado a su sándwich de pavo y lechuga.

—Culpable.

Se me queda mirando atentamente mientras mastica, y a continuación añade:

—Tenéis los mismos ojos.

—Es cierto —digo, sin saber muy bien cómo reaccionar ante el hecho de que se haya fijado en el único rasgo que comparto con mi madre.

—Tu prima es más habladora que tú. No lo digo como algo malo. Sloane mola mucho. A ver, tampoco es que no hablar sea malo… —Me lo quedo mirando fijamente—. Ya me callo.

Todos los que están en la mesa se ríen y, al percatarme de que Jake se ha puesto colorado, no puedo evitar unirme a ellos.

Jugueteo con un tomate cherry que hay en la bandeja evitando mirar a Cooper, aunque juraría que puedo sentir sus ojos puestos en Jake y en mí.

Dedos de Cheto señala mi bandeja.

—¿Vas a comerte eso?

—¿Lo quieres?

—Si no te lo vas…

—No le quites la comida, Caracol —lo riñe Cooper—. Dale tiempo a terminar.

No sé si pensar que es un detalle que les pida a sus amigos que se aparten de mi comida o enfadarme porque no me hable, pero me defienda. En cualquier caso, se me suele ir el apetito cuando duermo mal, así que cojo la manzana y le paso la bandeja al chico.

—Todo tuyo.

—Gracias.

Coge el sándwich de queso y le lanza una sonrisita a Cooper.

—Por cierto, se llama Caracol —me informa Jake.

—¿Caracol? —Levanto una ceja al oír el apodo. O al menos espero que lo sea.

—Es el más lento del equipo —me aclara Jake—, aunque no pasa nada, porque juega de defensa.

—No tengo ni idea de lo que significa eso, pero vale.

—Creo que nos conocimos hace mucho tiempo en una de tus visitas estivales —comenta Caracol—. Probablemente todavía me llamaban Brent por aquel entonces.

—¿Ah, sí? —Me esfuerzo por recordar—. No me acuerdo de ti.

—Qué sorpresa —exclama Cooper entre dientes.

Jake lo mira, confuso.

—Y este es Cooper.

—Ya nos conocemos —le informa Cooper.

—Vaya —dice Jake mientras pela una naranja. Se gira hacia mí y añade—: No sabía que ya conocías gente aquí.

—La verdad es que no conozco a nadie. Ya no.

Los ojos ambarinos de Cooper se encuentran con los míos al tiempo que Caracol dice con la boca llena de sándwich de queso:

—Seguramente estarás ocupadísima ayudando con los preparativos de las actividades, ¿no? Como vives con la alcaldesa Sullivan…

—Eso parece —respondo apartando la mirada del chico que se sienta frente a mí.

Jake se mete un gajo de naranja en la boca.

—Bueno, yo voy a ayudar en la caja de la fiesta de la recolecta de manzanas de este fin de semana. El entrenador nos obliga a presentarnos voluntarios a una de las actividades, así que pensé que estaría bien hacerlo cuanto antes. Podemos ser compañeros de voluntariado —dice, dándome una amistosa palmada en el hombro.

—Vale.

Jake me dedica otra de sus sonrisas resplandecientes. Parece el típico chico popular capaz de librarse de un suspenso a base de encanto y belleza: el tipo de chico que no soporto; sin embargo, parece simpático. Y si no hay forma de librarme del voluntariado, qué mejor que compartirlo con alguien que podría convertirse en un amigo.

Y no le falta razón a mi madre con eso de añadirlo a la solicitud universitaria. Tal vez consiga que tía Naomi me escriba una carta de recomendación. Entonces sí que habrá merecido la pena, sobre todo porque tampoco es que aquí pueda apuntarme a clases de preparación universitaria, ni hay actividades extraescolares con las que engordar mi currículo.

Le doy un mordisco a la manzana. Ahora que tengo un plan, me

siento mucho más relajada. Puede que Bramble Falls no me ofrezca muchas oportunidades en lo que se refiere a entrar en Columbia, pero cuenta con el Festival de la Caída de la Hoja, y pienso sacarle partido.

Capítulo seis



Sloane no para de hablar de camino a casa después del instituto. Habla de Asher (por fin se ha sacado el carnet de conducir), de las clases (su profesor de español tiene fama de duro), de la nueva novela de su saga favorita (sale la semana que viene) y de mi nuevo amigo.

—¿No te parece que Jake está ridículamente bueno? —pregunta.

—Sí. Aunque no es mi tipo. —En realidad no es que tenga un tipo determinado, pero si lo tuviera, no sería él.

—Por favor… ¿De quién no es el tipo Jake? Si te gustan los tíos, es tu tipo: es atlético, divertido, amable. —Aparta la vista de la carretera un segundo para mirarme—. No puedes juzgarlo por no traer material al instituto.

—Es toda una línea roja —digo solo medio en broma.

Sloane pone los ojos en blanco dramáticamente al tiempo que aparca el coche en la entrada. Recogemos las mochilas y entramos en casa, donde encontramos a tía Naomi sentada en el salón, que aún está organizando los adornos otoñales.

—Hola, chicas. ¿Qué tal ha ido el primer día? —pregunta mientras saca un montón de candelabros naranjas de distintos tamaños de una caja.

—El mío ha ido bien, pero no le preguntes a Ellis. Ha tenido que compartir su material escolar —contesta Sloane lanzándome una mirada pícara.

Le doy un empujoncito en el hombro.

—¡Venga ya! ¿Quién se presenta en clase el primer día con las manos vacías?

Tía Naomi levanta un dedo.

—Ahí tiene razón Ellis.

Sloane niega con la cabeza.

—Cómo no, las dos superfrikis de la organización estáis de acuerdo en que no llevar material al instituto es una blasfemia. Pero se trata de Jake, y si quieres ser amiga suya, más te vale acostumbrarte.

—¿Jake Keller? —pregunta tía Naomi—. En ese caso, lo retiro. Es una monada. Como un cachorrillo extraviado e indefenso… Te recomiendo que metas un cuaderno y un lápiz en tu mochila solo para él.

Me quito los zapatos.

—Tal vez necesite amigos nuevos.

Sloane se echa a reír y la sigo al salón.

—¿Puedo pedirte un favor, tía Naomi?

Suelta los posavasos que lleva en la mano y se me queda mirando.

—Lo que quieras.

—¿Me escribirías una carta de recomendación para añadir a mi solicitud universitaria si colaboro en las actividades otoñales del pueblo?

—¡Qué idea tan fantástica! No me puedo creer que no se me ocurriera antes. El Comité de Turismo de Bramble Falls quedará muy bien en tu currículo. Por supuesto que te escribiré la carta. ¿Eso quiere decir que has cambiado de idea?

—Sí. Creo que será una buena experiencia. —O al menos eso les parecerá a los de las universidades.

—Genial. Te apunto para algo el sábado.

—¿Podría trabajar con Jake?

Tía Naomi me mira a mí primero y luego a Sloane, que está apretando los labios para sofocar la risa.

—No es por eso —aclaro.

«¡El tío ni siquiera se digna a llevar un lápiz a clase!». Me gustaría gritarles por enésima vez.

—Si tú lo dices… —murmura Sloane.

—Yo te creo, cariño —dice tía Naomi, aunque no parece muy convencida—. Vale, veré si puedo ponerte con él.

—Gracias. ¿Sabes dónde está mi madre?

—Creo que está en su habitación.

—Vale, gracias.

Estoy subiendo las escaleras mientras llamo a mi padre por teléfono por enésima vez cuando Sloane me grita:

—¡Tengo el teléfono de Jake, si lo quieres!

—¡No, gracias! —grito yo también cuando vuelve a saltar el contestador de mi padre. Otra vez. Finalizo la llamada con un suspiro.

Una vez arriba, encuentro la puerta del dormitorio de mi madre entreabierta.

Llamo con suavidad.

—¿Mamá? ¿Estás ahí?

En el interior suena música clásica. No había sorprendido a mi

madre escuchando música clásica en la vida, pero tararea la melodía, así que conoce la pieza.

Abro la puerta despacio y la veo sentada junto a la ventana frente a un gran lienzo colocado en un caballete. La paleta de colores reposa en la mesilla, a su lado. Da una pincelada de rojo oscuro en el lienzo completamente ausente al mundo que la rodea. Igual que me ocurre a mí cuando creo algún diseño.

O igual que solía ocurrirme, para ser más exactos, pues no puede decirse que haya creado mucho últimamente…

La música avanza en un *crescendo*, y el volumen se incrementa, se vuelve más intensa. Las pinceladas de mi madre se transforman: ahora son más gruesas. Más largas. Más atrevidas.

Me mantengo fuera de su campo de visión mientras la observo mezclar colores y crear formas, dejando espacios negativos de forma estratégica hasta que se revela lo que ha pintado en el lienzo: un río que atraviesa un pequeño pueblo con un paisaje urbano de fondo en la distancia.

—Guau —susurro. Mi madre es una artista y yo no tenía ni idea. Me recuerda a Bob Ross.

La sobresalto, y se gira hacia mí llevándose la mano al pecho.

—¡Ellis!, casi me da un ataque del susto.

—Perdón. He llamado a la puerta.

Suelta una bocanada de aire.

—No pasa nada.

—¿Por qué no estaba enterada de que sabes hacer eso? —pregunto señalando la espectacular pintura.

Me sonríe con aire casi melancólico.

—No estaba segura de que aún pudiera hacerlo. No he pintado nada en casi dos décadas. Hoy he rellenado la solicitud de empleo en la tienda de manualidades y solo de estar allí ya me han entrado

ganas de volver a coger los pinceles.

—Se te da superbién. —Me acerco al lienzo y me inclino hasta que estoy lo bastante cerca como para apreciar la complejidad de los detalles. La forma en la que ha utilizado el blanco para dibujar una vetas en el agua, dándole la apariencia de que resplandece. La forma en que las pinceladas con las que ha dibujado algunas ramas de los árboles son más intensas que otras para darles volumen, captando así la atención del espectador. Los sutiles trazos amarillos que se entremezclan de modo impecable con el fondo crean la ilusión de que son rayos de sol.

—Gracias, cariño. ¿Qué tal ha ido tu primer día?

Me aparto del lienzo.

—No ha ido mal. Oye ¿tú has conseguido hablar con papá? No ha respondido a ninguna de mis llamadas.

Mi madre niega con la cabeza con una expresión inescrutable en el rostro.

—No. Seguro que está ocupado con el trabajo. Ya te llamará.

—Ya, supongo. —Procuro ahuyentar la sensación de que algo no va bien, por no hablar de que debería estar con él en Nueva York ahora mismo, claro—. Bueno, me voy a estudiar.

—¿Ya vas a ponerte a estudiar el primer día de clase? —pregunta mi madre, tan sorprendida que las cejas casi le llegan al nacimiento del pelo.

Me río de lo horrorizada que parece estar solo de pensarlo.

—Si tengo que quedarme aquí, sin clases de preparación universitaria ni acceso a un montón de extraescolares, necesito sacar sobresaliente en todas las materias.

—Siempre sacas sobresaliente en todo.

—Porque siempre estudio. Incluso el primer día —le recuerdo.

Suspira.

—Está bien. Pero para que conste, no pasa nada por sacar un notable de vez en cuando.

—Por encima de mi cadáver, mamá.

Se ríe, pero añade:

—Lo digo en serio.

—Y yo también. —Me dirijo a la puerta, pero me detengo antes de salir—. ¿Qué vas a hacer con el cuadro cuando lo termines?

—Pues no lo sé. Probablemente me deshaga de él para no abigarrar la casa de tía Naomi.

—¿Puedo quedármelo yo?

—Claro. ¿Por…? Tampoco es que sea deslumbrante —agrega, dedicándole una mueca al cuadro.

Me gustaría decirle que a mí sí que me parece espectacular. Me gustaría decirle que el paisaje urbano me recuerda a nuestro hogar. Me gustaría contarle que me pone triste porque es el pueblo el que está en primer plano. Me gustaría decirle que me encanta que haya sido capaz de crear algo que me haga sentir, porque nunca había sentido nada al contemplar un cuadro.

Pero, en lugar de eso, le digo:

—Quedará bien en mi dormitorio del desván.

Asiente con la cabeza y esboza una sonrisa esperanzada.

—Vale. Te lo subo cuando lo termine y se haya secado.

—Genial.

Salgo al pasillo, no sin antes volver a echarle un último vistazo al cuadro, donde la ciudad, difuminada, parece el reflejo de un viejo recuerdo. Me gustaría contarle que tengo miedo de que eso se convierta en una realidad…

Capítulo siete



El manzanar de los Vanderbilt es un terreno de ocho hectáreas situado a la salida del pueblo. Los árboles están plantados en grandes hileras a la misma distancia los unos de los otros, y hay indicadores de madera pirografiada en los que se especifican los tipos de manzana que pueden recolectarse en varias zonas de la vasta plantación.

Sloane prepara palomitas y se las da a los niños. Mi madre reparte unas cestas de mimbre marrón muy monas a los visitantes para que recolecten las manzanas mientras que tía Naomi se pasea de un lado a otro asegurándose de que todo vaya según lo previsto.

Cooper ayuda donde se le necesite, pero, pese a que ha pasado por mi lado en varias ocasiones, ni siquiera me ha saludado. Aunque he decidido que ya no me importa. Ya me he estresado bastante esta semana con ese tema. Además tengo a Sloane, a Jake e incluso a Caracol, y poco a poco voy haciendo amigos.

Cooper Barnett se puede ir a la porra.

En el interior de una cabaña que hay junto al aparcamiento de

gravilla, empaqueto manzanas, pasteles, salsa de caramelo y chucherías después de que Jake lo pase todo por caja. Llevamos trabajando ahí dentro desde que llegué hace dos horas y, si he de ser sincera, no ha estado nada mal.

—Treinta dólares y noventa y cinco centavos —dice Jake al ver acercarse a una mujer de mediana edad con la cesta llena de artículos.

Le echo un vistazo a lo que hay en la cesta y calculo…

—Yo diría que más: treinta y cuatro con veinticinco.

Jake niega con la cabeza y saluda a la señora. Pasa los artículos por caja mientras observo la pantalla por encima de su hombro y veo subir el precio más y más, hasta que se detiene en treinta y cuatro dólares justos.

Jake me dedica una sonrisa.

—Gano yo. Otra vez.

—Pero yo me he acercado más —protesto.

—Pero te has pasado. Lo siento mucho, perdedora.

Le doy un empujoncito y se echa a reír.

—¿Qué forma es esa de hablarle a una chica, Jake? —lo reprende la señora chasqueando la lengua.

Levanto la barbilla para contener la risa.

—Eso es. Has herido mis sentimientos.

Se gira y me mira de frente con una expresión de falsa sinceridad.

—Lo lamento, Ellis. No era mi intención ofenderte. —Curva los labios, dibujando una sonrisa—. Pero el que queda segundo en una competición de dos personas es literalmente el perdedor. Yo no he escrito el diccionario.

La señora coge la bolsa y se aleja negando con la cabeza.

—¡Que tenga usted un buen día, señora Miller! —le grita Jake.

—Te odia —le digo a carcajadas.

—Qué más da. La señora Miller me odia desde que tenía ocho años, cuando me pilló comiéndome los arándanos que había plantado en su jardín.

—Guau. Menudo diablillo estabas hecho —exclamo mientras un nuevo cliente se acerca a la caja.

—Ocho con cincuenta —susurra Jake.

—Seis con setenta y cinco.

Mientras Jake registra los artículos, se oye un tumulto a mi espalda que reclama mi atención. Me giro y veo a una mujer mayor, de unos ochenta años, toda sofocada mientras intenta impedir que un niño pequeño bastante asalvajado abra una caja de manzanas de caramelo. Tiene el pelo corto, con unos rizos muy definidos que hacen que su cabeza parezca de algodón, y lleva los labios pintados de rosa chillón.

—Enseguida vuelvo —le digo a Jake antes de acercarme a la señora.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Aparta los ojos del niño un tanto reticente.

—Ay, no, querida. Estoy esperando a que uno de los voluntarios termine con la recogida de manzanas. Ya no estoy tan ágil como solía, sobre todo si el suelo es irregular, o hay que trepar por las escaleras. —Señala al niño, que es la viva imagen de un torbellino—. A Harley no se le da bien esperar, así que pensé que estaría mejor aquí dentro, explorando la zona, mientras aguardamos. —Luego añade con un hilo de voz—: Ya ves cómo ha salido…

A mi espalda, Harley empieza a lanzar melocotones al aire.

—Mira, yaya. Sé hacer malabares.

Uno de los melocotones aterriza en el suelo con un ruido sordo. Sin duda se ha magullado. La mujer suspira.

—Yo puedo acompañaros, así no tenéis que esperar aquí dentro.

—Oh, no es necesario. Ya sé que estás trabajando en otra cosa. Me lo llevaré fuera otra vez para evitar que destroce el local.

—De verdad que no me importa —le aseguro—. Harley —lo llamo y le hago señas para que se acerque—. Deja esos melocotones en su sitio y ven aquí. Vamos a ir a recolectar manzanas. —El muchacho se acerca correteando, casi haciendo entrechocar sus diminutos pies.

Estamos a punto de salir de la tienda cuando tía Naomi nos detiene.

—¿Vas a llevarlos tú a recolectar manzanas? —pregunta con una ceja levantada.

—Sí. ¿Hay algún problema?

—No, no, claro. Es solo que no conoces el terreno.

—No pasa nada, son hileras de árboles. Además, seguro que encuentro un montón de gente a la que preguntarle si me pierdo.

—Son ocho hectáreas —dice la mujer que está a su lado. Su cara me suena de algo, aunque al principio no logro identificarla: entonces me fijo en sus ojos, del mismo llamativo color ambarino que los de Cooper. Está mirando algo que se encuentra a mi espalda —. Cooper, ¿puedes ir con la sobrina de Naomi? Acompaña a estos dos a recolectar manzanas. No quiero que acabe perdiéndose como les pasó a los Turner el año pasado.

No me vuelvo a mirar a Cooper ni le doy la oportunidad de contestar.

—¿Por qué no viene Jake conmigo? —Levanto el pulgar en dirección a la caja registradora—. Él también puede ayudarme.

—Jake tiene cola en este momento —responde tía Naomi—. Además, prefiero no hacer cambios en la caja sin antes cuadrar las cuentas, y la verdad es que ahora no tengo tiempo de hacerlo.

—No te preocupes, Cooper conoce bien este sitio —añade su

madre con una amable sonrisa.

«Mala suerte que perderme sea ahora mismo el menor de mis problemas».

No he hablado con Cooper desde el primer día de instituto, y no pensaba hablar con él de nuevo antes de volver a Nueva York. Con la excepción de alguna que otra mirada que le he interceptado, básicamente me ignora, incluso a la hora de comer, cuando compartimos mesa. No me puedo creer que hoy me vea obligada a pasar tiempo con él.

Lanzo un resoplido en señal de que acepto mi destino y me giro hacia Cooper, que ya ha levantado a Harley del suelo y lo lleva sobre los hombros. Harley se ríe con expresión traviesa mientras tira de los mechones de Cooper como si fueran riendas.

—¡Arre! —chilla.

—Ay, qué bochorno —murmulla la abuela del niño. Pero Cooper se lo toma con calma y le pide a Harley que se agarre con fuerza.

—Salgamos —dice, sonriéndole a la señora.

Tiene una sonrisa estúpidamente preciosa.

—¡Oye, chica nueva! —grita Jake desde el otro lado de la tienda —. Fueron ocho con setenta y cinco, perdedora.

Me guiña un ojo antes de volver a concentrarse en la cola de clientes. Sonrío y niego con la cabeza. Cuando me giro de nuevo sorprendo a Cooper observándonos antes de salir del edificio y dirigirse a los manzanos.

Me acerco a la señora y entrelazo mi brazo con el suyo.

—Me llamo Ellis.

—Encantada de conocerte. Yo me llamo Dorothy.

Posa su aterciopelada mano en mi brazo y salimos juntas al exterior.



Es un día fresco de septiembre. Ha llovido copiosamente por la mañana y la hierba, aún húmeda, me empapa las botas mientras avanzamos por la huerta. La semana pasada empezaron a cambiar las hojas y el verde resplandeciente va dando paso a las tonalidades de amarillo y rojo que están por venir. Las familias pululan por los alrededores, recolectando diversos tipos de manzanas y depositándolas en las cestas. Algunos se suben a las escaleras de madera situadas en distintos puntos del manzanar para quien las necesite.

Dorothy y yo no tardamos en ponernos a charlar animadamente sobre Street Media y mis planes universitarios. Por su parte, ella está deseando hablarme de sus paseos diarios con sus amigas, a las que llama cariñosamente «sus chicas»; de las partidas de bridge de los domingos; de sus personajes favoritos de la serie *Ley y orden: unidad de víctimas especiales*, y de su antiguo empleo como agente de viajes.

Mientras paseamos bajo un cielo plomizo, la piel de los brazos se me pone de gallina y el olor dulce de las manzanas me cosquillea la nariz. De pronto Harley tira con fuerza del pelo de Cooper y grita:

—¡Párate aquí! —Cooper hace una mueca de dolor y se detiene frente a un árbol cargado de manzanas de un rojo intenso. Harley se desliza por la espalda de Cooper y se queda mirando las manzanas que cuelgan de las ramas—. Quiero esa.

Todos estiramos el cuello tratando de localizar la manzana que ha elegido.

—¿Esta? —pregunta Cooper mientras le da golpecitos a una que cuelga de las ramas altas.

—No, esa no. La que está arriba del todo. —Harley señala con su

dedo regordete una manzana que queda fuera del alcance de Cooper.

—Harley, a esas no llega nadie. Elige una de las de aquí —lo insta Dorothy señalando las manzanas de las ramas más bajas.

Harley da una patada en el suelo y dibuja una mueca desafiante, haciendo un mohín.

—No.

—No hay problema, Dorothy. Voy a por una escalera —digo mientras me suelto de su brazo—. Espere aquí.

Tras abrirme paso entre dos hileras de manzanos y esquivar las ramas bajas, llego a la escalera más cercana que he encontrado. Está plegada, apoyada en un manzano. La levanto con esfuerzo y doy unos pasos para tratar de colocarla en posición horizontal cuando Cooper me rodea con la mano.

—Ya la llevo yo —dice al tiempo que la sujeta.

—Puedo hacerlo yo —le respondo mientras la suelto, sin ocultarle que estoy molesta.

—Ya sé que puedes hacerlo —replica levantando la escalera con facilidad—. Pero no hace falta. Yo puedo llevarla más rápido, lo cual no deja de ser de vital importancia, pues quién sabe en qué lío se meterá ese chico si lo dejamos solo más de treinta segundos.

Sonrío porque tiene razón.

—Yo diría tres segundos. En serio.

—Desde luego. Nunca había visto a nadie con tanta energía —responde Cooper, y siento que su coraza de hielo se ha agrietado por primera vez cuando me devuelve la sonrisa.

—Harley, baja de ahí —le ordena Dorothy mientras el niño se columpia de una rama como si fuera una barra de gimnasia artística —. Te vas a hacer daño.

De camino con la escalera, observamos que el manzano se agita

cada vez a mayor altura, hasta que vemos cómo Harley, aferrado con brazos y piernas a una rama esquelética, se está acercando poco a poco a la manzana que ha escogido.

Cooper y yo nos detenemos de golpe y nos lo quedamos mirando.

—No he podido detenerlo —se excusa Dorothy, preocupada.

Los manzanos no son especialmente altos, aunque este tiene la suficiente altura como para que se lastime si se cae. Extiende el brazo para arrancar la manzana de la rama, pero la mano le resbala y la manzana cae al suelo. Se me hace un nudo en el estómago a causa del pánico que me entra cuando lo oigo gritar. Harley se aferra con más fuerza a la rama y empieza a llorar.

—No pasa nada, Harley —lo tranquilizo mientras Cooper coloca la escalera—. Agárrate fuerte. Ya voy a por ti.

—Vale —gimotea.

Cooper se me queda mirando.

—Debería subir yo a buscarlo.

Niego con la cabeza mientras pongo el pie en el primer peldaño.

—Tú tienes más fuerza. Será mejor que sujetes la escalera hasta que bajemos.

Además, el terror que leo en sus ojos me recuerda que le dan miedo las alturas, aunque no tengo la menor intención de echárselo en cara justo ahora que ha empezado a hablarme.

Asiente con la cabeza y sujeta los largueros de la escalera visiblemente aliviado.

—Vale.

Subo un peldaño tras otro hasta que llego a lo más alto. Harley aún se encuentra a unos treinta centímetros de distancia, pero no puedo acercarme más.

—Vale, colega. Voy a necesitar que te arrastres hasta mí.

Extiendo los brazos hacia él mientras espero.

Se me queda mirando, inseguro, hasta que por fin lanza un resoplido y asiente. Avanza hacia mí con movimientos lentos y medidos.

—Vale, ahora deja caer los pies pero sin soltarte, y yo te agarro —le digo una vez que está justo encima de mí, haciendo que la rama se combe convenientemente hacia abajo.

Separa los tobillos del tronco y deja caer las piernas sobre mi brazo izquierdo mientras yo me agarro a la escalera con el derecho para no perder el equilibrio.

—Ya te tengo. No te preocupes. Ahora suéltate.

Se suelta de la rama con los ojos llorosos y se deja caer a peso en mis brazos. Lo bajo poco a poco manteniéndolo delante de mí hasta que alcanza un peldaño con los pies.

—Baja tú primero —le indico, aunque no estoy segura de que me haya oído, porque en cuanto ha puesto el pie en la escalera ha salido pitando.

—Muchísimas gracias a los dos —dice Dorothy con la mano en el pecho.

Harley inspecciona el suelo.

—¿Dónde está mi manzana?

Cooper camina hacia el lugar hasta donde ha rodado la manzana de Harley y la recoge.

—Aquí la tienes. No ha ido muy lejos.

—Ay, gracias.

Harley pasa corriendo por debajo de la escalera y al hacerlo golpea la base, que está algo inestable, provocando que se incline un poco a la derecha.

Todo lo que ocurre a continuación sucede muy rápido.

La escalera empieza a moverse y cae. El grito se me queda atorado en la garganta.

Trato de saltar, pero se me ha quedado el zapato enganchado en uno de los largueros, y se me tuercen el tobillo y el cuerpo, ahora en caída libre.

La escalera golpea contra el suelo justo en el momento en que yo caigo sobre los brazos extendidos de Cooper, que está jadeando y es la viva imagen del pánico.

Se me queda mirando a los ojos con verdadero terror antes de procesar que me ha cogido a tiempo.

—¿Estás bien?

—Eso creo.

Suspira con fuerza y cierra los ojos un segundo. Casi puedo percibir la sensación de alivio que lo invade. Después afirma:

—Tenías razón con lo de los tres segundos.

Me lleva un segundo darme cuenta de que se refiere al tiempo que puede pasar Harley sin estar vigilado, pero en cuanto lo entiendo, me río a carcajadas. Cooper esboza una media sonrisa.

—¡Has dicho una palabra malsonante! —me grita Harley.

—No, no lo hice. —Hago una pausa—. ¿O sí?

—Sin duda —conviene Cooper, divertido.

—Dijiste «mierda» —me aclara Harley.

Dorothy inspira profundamente.

—Harley Andrew Dempsey. No se usan palabras de adultos.

—Ella no es una adulta y la ha utilizado —replica Harley acusándome con el dedo—. Y a ella no le has dicho nada.

—Ella no tiene seis años y yo no soy quién para echarle la bronca —le aclara Dorothy.

—Tienes razón. No debería haberlo dicho. Cuando llegue a casa, me castigaré a mí misma por decir una palabrota.

Me mira como si estuviera como una cabra.

—¿A quién se le ocurre castigarse a uno mismo? Eres muy rara.

Cooper se echa a reír mientras Harley se marcha corriendo, sin tan siquiera recoger la manzana del suelo.

—Voy a bajarte, si te parece —dice Cooper, captando de nuevo toda mi atención.

Noto un calorcito en el pecho en cuanto me doy cuenta de que le estoy rodeando el cuello con los brazos como si me fuera la vida en ello. Asiento con la cabeza, me suelto, y Cooper me deja en el suelo. Pero al apoyar el pie noto un dolor agudo en el tobillo izquierdo y me caigo de culo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Cooper agachándose a mi lado—. ¿Te has hecho daño en el pie?

—En el tobillo, pero no pasa nada —respondo al tiempo que me levanto cargando el peso en el pie derecho.

—Lo siento mucho, Ellis —se disculpa Dorothy.

—No hay nada que sentir.

Intento sonreír a pesar del dolor.

—Harley, ven aquí.

El niño se acerca como una bala y Dorothy lo obliga a pedirme disculpas, pese a que el muchacho no tiene ni idea de qué ha hecho mal.

—Será mejor que volvamos y le pongamos un poco de hielo a ese tobillo —sugiere Dorothy.

Sin previo aviso, Harley trepa por la espalda de Cooper de la misma forma que escaló el manzano.

—Eso sí que no —dice Cooper soltándole los brazos. Harley pone los pies en el suelo—. Ahora es el turno de Ellis. ¿Puedes guiarnos tú? No sé si sabré volver.

—¿Qué dices? No pienso subirme a tus hombros.

—No puedes caminar con el tobillo así. Te llevaré a cuestas.

—¿Y no habrá un carrito de golf por ahí que podamos utilizar? —

Cooper se me queda mirando.

—Está bien —refunfuño—. Vas a tener que llevarme un buen rato.

—Sobreviviré —asegura mientras se arrodilla.

Avanzo cojeando hasta él y apoyo las manos en sus hombros. Él extiende los brazos por detrás de mí, me sujeta por los muslos y se incorpora conmigo a cuestas sin el menor esfuerzo.

—¿Puede andar sola, Dorothy? —pregunto.

—Ya no estoy tan ágil como antes, pero todavía no soy una inválida, cielo. ¿No te he hablado de los paseos diarios con mis chicas?

—Vale, tiene usted razón —asiento con una sonrisa—. Pero el suelo es bastante irregular, como ya dijo antes, así que tenga cuidado.

Cooper avanza despacio hacia la tienda, procurando no adelantar a Dorothy, mientras que Harley zigzaguea alrededor de los árboles.

—¿Nunca se cansa? —le planteo a Dorothy.

—Qué va. Es como el conejo de Duracell. De hecho es como si tuviera cada vez más energía, como si la propia actividad le recargara las baterías.

Harley pasa por nuestro lado corriendo con los brazos en cruz, haciendo el avión. Intento no pensar en los músculos de Cooper que noto bajo las palmas de las manos. Ni en el aroma a azúcar, limón y detergente que desprende. Ni en el calor que emana su cuerpo, y que me calienta de arriba abajo.

En lugar de eso, intento centrarme en mi tobillo, que no cesa de palpitar. No puedo sentirme atraída por un tío que pasa de mí. Un tío al que no volveré a ver cuando me vaya de Bramble Falls.

—¿Sabes qué? —le digo a Cooper—. La última vez que estuve aquí fui yo quien te llevó a cuestas.

Cooper se echa a reír.

—No me lo recuerdes.

—Eso no te lo crees ni tú. Acababas de saltar al lago desde el muelle flotante…

—Venga ya, Ellis —protesta, pero intuyo una sonrisa escondida.

—Y saliste como una exhalación del agua, llorando.

—¡Me había clavado un anzuelo oxidado en el dedo gordo!

—Cierto, pero no tuve que llevarte a cuestas por la herida. Acabaste subido a mi espalda porque no parabas de berrear por si te tenían que poner la vacuna del tétanos.

—Una preocupación legítima —dice en su defensa.

—El anzuelo apenas había traspasado la piel. Ni siquiera sangraste —le recuerdo entre risas—. No había motivo alguno para que no fueras andando.

—¿Fuiste al médico? —pregunta Dorothy, lo cual me recuerda que no estamos solos.

—Ni se te ocurra, Ellis —interviene rápidamente Cooper.

—Tres veces —respondo muriéndome de la risa—. Fue tres veces al médico esa semana porque decía que el médico se equivocaba. Estaba convencido de que se iba a morir.

Dorothy se echa a reír también, y Cooper me aprieta los gemelos, consiguiendo que me encienda por dentro y empiece a silbar y a crepitar como si se hubiera desatado un voraz incendio.

—Ya, ya —se ríe, negando con la cabeza—. Te odio.

Ese sentimiento me devuelve a la realidad. No puede verme, pero asiento con la cabeza, borro la sonrisa y me quedo callada.

—Ya lo sé.

Y no lo soporto, a pesar de que intento autoconvencerme de que no me importa.

Una vez hemos salido del terreno, Dorothy y yo esperamos en el aparcamiento con Harley mientras Cooper entra en la tienda a por

una bolsa de manzanas para que se la lleven a casa, pues la recolección no ha salido como esperaban.

—Dorothy, ha sido un placer conocerte —le digo mientras Cooper le entrega unas manzanas de regalo.

—Lo mismo digo.

Dorothy pelea con su nieto hasta conseguir meterlo en el coche y se marchan. Cooper me lleva al interior, se dirige a un pasillo que hay en la parte trasera y me deposita en un pequeño cuarto de empleados.

—Siéntate aquí. —Señala una silla con un movimiento de cabeza —. Enseguida vuelvo.

—Ah, vale.

Cooper regresa a los cinco minutos con un kit de primeros auxilios y una compresa de hielo envuelta en una toalla fina. Se sienta en una silla frente a mí, se inclina hacia delante, se da un golpecito en la pierna y señala mi pie con la cabeza.

Lo levanto no muy convencida y él me lo coge, me quita la bota y la deja caer en el suelo. Me levanta la pernera del pantalón. Noto un escalofrío cuando las suaves yemas de sus dedos me rozan la piel.

—Puedo hacerlo yo sola —le informo.

Levanta la vista y me lanza una mirada a través de esas pestañas tan espesas con la que sin duda me está diciendo: «Cállate».

Miro para otro lado, porque esos ojos hipnóticos podrían acabar conmigo.

—¿Dónde te duele?

Me toco la parte externa del tobillo. Asiente con la cabeza y aplica la compresa de hielo en ese lugar, sujetándola mientras carraspea.

—Lo siento —se disculpa.

—¿Por?

—No debería haberme alejado de la escalera, sobre todo con

Harley correteando por ahí. No me he dado cuenta.

—Ah. —Por algún motivo pensé que iba a disculparse por su comportamiento conmigo desde que llegué al pueblo. Pensé que tal vez podríamos volver a ser amigos. Tenía la esperanza de que lo fuéramos—. No pasa nada. Seguro que mañana ya tengo el tobillo como nuevo.

Asiente con la cabeza, pero sigue pareciendo que se siente algo culpable.

—Además, me has salvado la vida —le recuerdo.

—Dudo de que hubieras muerto —dice con una sonrisa.

Me encojo de hombros.

—Podría haber pasado. Ahora nunca lo sabremos.

Deja la compresa de hielo sobre una mesa, desenrolla una venda elástica y empieza a envolverme el pie hasta el tobillo.

Me entrega la compresa de hielo.

—Póntela en el tobillo veinte minutos y luego descansas otros veinte.

—Vale, gracias.

Cooper se levanta y me ofrece las manos para que se las coja. Me fijo bien en ellas y encuentro la cicatriz en el pulgar izquierdo de cuando se quemó con una bandeja de horno la última vez que estuve aquí. Ya casi no se aprecia (es blanca en lugar de rosada), pero sigue ahí. Otro recordatorio de lo distintas que eran las cosas entre nosotros entonces.

Le cojo las manos procurando ignorar el hormigueo interno que me provoca tocarlo. Cuando me está ayudando a levantarme, no sé qué se apodera de mí, pero, sin pensar, le propongo:

—¿Quieres ir a comer unos tacos cuando salgamos de aquí?

Tarda un poco en contestar. Se me queda mirando y me pongo coloradísima; me regaño a mí misma en silencio. Que hoy haya sido

amable conmigo no niega el hecho de que se haya comportado con total indiferencia hacia mí desde que llegué al pueblo. Me siento estúpida por haberme dejado llevar.

—¿Tacos? —dice por fin con un expresión inescrutable en el rostro.

Bajo la vista hacia la camisa de Cooper para apartarla de esos ojos cautivadores y me muerdo el labio. ¿Debería decirle que lo olvide? ¿Finjo que estaba bromeando?

—Sí. Podríamos volver a ese puesto tan guay al que solíamos ir todos los días después de nadar.

—Ese sitio está cerrado —me informa con rostro inexpresivo al tiempo que me suelta las manos—. Se ha convertido en un puesto de helados. —Retrocede un paso sin mirarme a los ojos. Me doy cuenta de que está volviendo a encerrarse en sí mismo—. Voy a salir afuera.

Asiento con la cabeza en un intento de ocultar mi vergüenza.

—Ah, vale. Gracias por tu ayuda.

—No hay de qué. —Se pasa la mano por el pelo con la vista fija en el suelo—. Siento lo de tu tobillo. Ya nos veremos por ahí.

Pierdo el ánimo antes de que salga por la puerta, dejando la rama de olivo que le he ofrecido partida por la mitad abandonada en el suelo del cuarto de empleados.

Capítulo ocho



El lunes, cuando Sloane y yo entramos en el instituto, nos encontramos las paredes empapeladas de pósteres que anuncian el baile de inicio de curso. La emoción se palpa en el ambiente. Las clases se llenan de comentarios a media voz sobre quién irá con quién al baile, y se empieza a organizar la cena. Las chicas revisan las tiendas online en busca del vestido perfecto.

Toda esa excitación parece haberse agotado el miércoles, cuando comienza la espera por ver quién será el o la primera valiente que invitará a alguien al baile. Mientras tanto, yo me concentro en caminar de un sitio a otro con un tobillo inútil, procurando no llegar tarde.

Jake apoya mi bandeja de comida en la mesa, me deja que me siente yo primero y después se sienta él a mi lado.

—Guau, qué caballeroso por su parte llevarle la comida a su damisela —suelta Caracol.

Jake le enseña el dedo corazón. Ha estado llevándome la mochila y los libros toda la semana y siguiéndome a todas partes mientras

cojeo de clase en clase. Ya se me ha bajado la hinchazón del tobillo, y aunque todavía me duele, es más que probable que pueda llevar yo mis cosas, pero Jake sigue insistiendo. Para ser sincera, no sé si tiene mucho que ver con la caballerosidad. Al ayudarme se libra de los primeros minutos de clase…

Cooper llega tarde a la comida, pero cuando lo hace se sienta al otro lado de la mesa junto a la chica rubia tan mona con la que también se sienta en Cálculo. Antes, en clase, no se ha movido de la otra punta del aula, y cuando he pasado por delante de él en el pasillo ni siquiera se ha dignado a mirarme.

Procuro olvidarme de que el sábado reconocí por un instante al chico que solía conocer porque, según parece, volvemos a fingir que somos unos desconocidos. Es cierto que ha dejado de ser borde conmigo, pero sigue mostrándose distante. Indiferente. Despegado. Imagino que está bien que sea así, pues cuanto más pienso en el fin de semana pasado, más avergonzada me siento por haberle mostrado mis cartas solo para lograr que me rechazara.

—Voy a dar una fiesta el viernes —anuncia Jake—. Mi madre está de viaje por trabajo.

—Genial.

Le doy un mordisco a mi comida.

—¿Vendrás?

—No.

Suelta una risita.

—¿Ni siquiera lo vas a pensar? ¿No y ya está?

—No hay nada que pensar —le digo encogiéndome de hombros—. Tengo que estudiar Física.

Jake frunce el ceño.

—Pero la fiesta es el viernes por la noche.

—Sí, ya te he oído la primera vez. Sigo teniendo que estudiar.

Caracol se echa a reír y niega con la cabeza. Jake hace una mueca y me espeta:

—Eres una empollona.

Me echo a reír.

—A ver, es que no nos podemos permitir ser unos vagos los dos. ¿Cómo vas a aprobar Física si no estudio yo?

Jake mira hacia otro lado con cara de culpable. Probablemente acaba de darse cuenta de que lo he pillado copiándome en el examen sorpresa de hoy.

—No sé a qué te refieres, pero incluso si lo supiera, preferiría que vinieras a mi fiesta y que suspendiéramos física los dos.

—Eso no va a ocurrir. —Apoyo una mano en su hombro y añado —: Lo siento, Jakey.

—Oooh, le has puesto un apodo cariñoso y todo… —exclama Caracol.

—Suena como si fuera un niño pequeño —protesta Jake.

—Bueno, blanco y en botella…

Caracol se echa a reír mientras Jake se pone de pie con cara de pocos amigos.

—Yo soy superamable contigo, y así es como me lo pagas.

Me río.

—Eres amable conmigo para que te deje copiar cuando haya examen.

—De eso nada. Esto es más bien un incentivo. —Suspira y recoge mi bandeja—. A lo mejor podrías estudiar un poco más esta noche y mañana, y así no tendrás que hacerlo el viernes.

—Podría. Pero no creo que lo haga.

—Dile de una vez que lo pensarás —me dice Caracol—. No quiero que ande quejándose y dándome la paliza toda la semana.

Me echo a reír.

—Vaaale. Lo pensaré.

A Jake se le ilumina la cara.

—¡Vamooos!

Lo espero mientras recoge nuestras bandejas. Cuando regresa, me tiende la mano para ayudarme a levantarme y, pese a que no la necesito, se la cojo.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve a cuestas hasta clase?

—Estoy segura. Gracias.

No necesito que más chicos me lleven a cuestas por ahí.

Entrelaza su brazo con el mío.

—Vale, pues te acompaño hasta la clase de Arte.

Asiento con la cabeza y le dejo que me vaya abriendo paso entre la multitud de estudiantes de último año que abarrota la sala.

Echo un vistazo atrás porque me siento observada, y pillo a Cooper mirándonos. Le sonrío con timidez, pero él tensa la mandíbula, da media vuelta y sale por el portón que conduce al patio.



—Hola, Ellis —dice papá cuando contesta el teléfono el viernes por la noche.

Hemos intercambiado algunos mensajes desde que me mudé a Bramble Falls, pero han sido breves e insustanciales: «Espero que hayas tenido un buen día en el instituto», «Le he reenviado tu dirección de correo electrónico a tu tía» o «¿Sabes dónde guarda la plancha tu madre?». Echo de menos mantener una conversación de verdad con él, pero anda siempre tan ocupado… No he conseguido que contestara al teléfono hasta hoy.

—No me puedo creer que hayas respondido… —digo con una sonrisa mientras me acurruco en la cama.

—Ya. —Se oyen ruidos metálicos de fondo y suena distraído—. Acabo de llegar del trabajo.

—Oh, vaya. Has vuelto a salir tarde de la oficina. ¿Tienes algún plan divertido para esta noche? —le pregunto, aun sabiendo que nunca tiene planes divertidos excepto trabajar, porque esa es su idea de pasar un buen rato.

—La verdad es que no, pero, oye, ¿necesitas algo? Iba a salir a por la cena…

—Ah. —Se me borra la sonrisa de la cara—. Ya veo, vale. No, no necesito nada. Solo quería hablar contigo. Te echo de menos.

Lo oigo suspirar.

—Yo también te echo de menos, Ellie Belly. Pero tú y tu madre volveréis pronto a casa. Será como si nunca os hubierais ido.

«Pero nos hemos ido. Mamá me sacó a rastras de mi vida, y nunca la perdonaré por ello».

—Tienes razón. Solo desearía que «pronto» no quedara tan lejos.

—Ya lo sé, pero el tiempo pasa volando. —Se oye el repiqueteo de las llaves de papá—. Bueno. Llámame mañana. Buenas noches, Ell.

—Vale —digo pese a saber que lo más probable es que no me conteste cuando lo llame—. Te quiero.

—Vale, te quiero. Hablamos.

Mi padre cuelga. Dejo el teléfono a mi lado en el mismo instante en que Sloane descorre la cortina y suelta un montón de vestidos de distintos colores y telas encima de la cama. Justo la distracción que necesitaba después de una llamada tan decepcionante.

—¡Mi madre! ¿Cómo pesa tanto esto?

—Hummm, ¿por qué me has traído unos cincuenta vestidos? —contesto mientras les echo un vistazo.

—Porque mañana se celebra la merienda de la sidra dulce. Yo compré mi vestido hace meses, pero nos falta escoger uno para ti de este montón. —Se sienta a los pies de la cama—. Todos vienen con elegantes sombreros y guantes a juego, pero habría necesitado otro par de brazos para traerlos de una sola vez.

—¿Y a qué se debe que tengas tantos vestidos?

—La gente dona sus vestidos de gala cuando ya los ha llevado y se cansa de ellos, y mi madre los recoge. Todo lo que ves aquí es de segunda mano, además de monísimo… de una forma muy particular. Venga, te los voy mostrando y tú escoges el que más te guste.

—¿Y no puedo llevar uno de mis vestidos? —pregunto, pese a ser consciente de que no traje nada ni remotamente adecuado para la merienda. Lo único que metí en mis dos miserables maletas fueron básicos de lo más sencillos.

Sloane niega con la cabeza.

—Ni pensarlo. Estos son elegantes, extravagantes y de lo más apropiado. Eso sí, has de abrazar el absurdo… A menos que te importe llevar ropa de segunda mano, claro. Sé que te chifla la moda de Nueva York.

—No, no. Está bien. Compro en tiendas de segunda mano cada dos por tres. O al menos solía hacerlo.

Me desplazo hasta el otro extremo de la cama.

—Vale, guay. Seguro que encuentras alguno a tu medida.

Sloane se pone de pie y levanta la primera opción: un vestido abullonado amarillo con los hombros rectos y el cuello de pico.

—Este parece de tu talla.

Pongo cara de estar cascando nueces con la boca, y Sloane se ríe al ver mi expresión.

—Vale. Eso significa que no.

Lo aparta a un lado de la cama.

—Un «no» descomunal —confirmo—. Ni abrazando el absurdo…

Seguimos revisando el montón de vestidos, riéndonos y sintiendo vergüenza ajena con algunos. Al final escojo un vestido de corte trapezoidal verde pistacho con los hombros al descubierto. Es de raso y llega hasta la rodilla. Para ser sincera, ese vestido es tan adorable que, en una fiesta, cualquiera que lo llevara puesto captaría la atención de todos los asistentes. Sloane recoge el montón de vestidos.

—Vale. Estaba esperando a que termináramos para contártelo.

—Contarme ¿qué?

—Se supone que tengo que convencerte de que vayas a la fiesta de Jake.

—¿Ah, sí? ¿Y quién lo dice?

—Jake. Obvio. Me ha mandado seis mensajes en las últimas veinticuatro horas para recordármelo. Y como tampoco estás estudiando…

—No sé. La verdad es que no me apetece ir. —Pasar la noche en una fiesta donde casi no conozco a nadie no suena especialmente bien—. ¿Tú qué vas a hacer?

—Iré si quieres que te acompañe, aunque no lo tenía planeado.

—Entonces voto por que nos quedemos.

—Perfecto. ¿Quieres que veamos una peli?

Miro de reojo el viejo televisor y el reproductor de DVD (aún más antiguo) que mi tía subió aquí hace un par de días. Están desenchufados y desconectados encima de un pequeño aparador.

—¿Cuál? —pregunto mientras trato de recordar la última vez que me senté a ver una película. Sinceramente no me acuerdo.

Sloane se encoge de hombros.

—¿Qué te parece *Prácticamente magia*? Al fin y al cabo, estamos en temporada.

—No la he visto.

Sloane aspira una bocanada de aire y deja caer el montón de vestidos en el suelo.

—Ellis, ¿de verdad somos familia? —Agarra los cables ensortijados y enchufa el televisor. Después lanza los mandos a la cama—. Voy a buscar el DVD de la peli y a preparar palomitas. Tú encárgate de conectarlo todo.

—Eso está hecho.

—Prepárate para enamorarte de dos hermanas y de sus tías —corea mientras trota escaleras abajo.

Veinte minutos después, mi prima y yo estamos tumbadas bocabajo en mi cama, llenando las sábanas de migajas y restos de semillas y viendo cómo Sally intenta protegerse del amor.

Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Capítulo nueve



Cuando llegamos Sloane y yo a la plaza Mayor al día siguiente, tía Naomi ya se encuentra ubicando a los voluntarios en los lugares que tienen asignados. La observo con admiración. Es increíble la capacidad que tiene de encargarse de tanta gente y de organizar hasta el último detalle para que todo vaya sobre ruedas sin desfallecer y sin dejar de ser amable con todos.

Una violinista ataviada con un vestido rosa chillón coloca su atril en el cenador. Por todo el césped se han distribuido mesas blancas redondas de distintos tamaños, de dos a seis comensales. Sobre los manteles de algodón color crema reposan tazas de té de porcelana con dibujos otoñales de muy buen gusto, y los platillos a juego. El toque final lo aportan los centros de mesa de flores silvestres, naranjas y doradas, que ha donado un vivero local.

—¡Ay, Dios mío! Pero qué preciosas estáis —exclama tía Naomi cuando nos acercamos.

—Querrás decir ridículas —la corrijo.

—¿No te sientes como si te hubieras vestido para el Derby de

Kentucky? —pregunta tía Naomi señalando su enorme sombrero.

—Creo que vamos un poco excesivas incluso para el Derby de Kentucky —respondo sonriente.

—Excesivas suena perfecto. No lo olvides —dice guiñándome un ojo.

—¿Nos necesitas para algo antes de que nos vayamos a la mesa de las rifas? —pregunta Sloane revisando la plaza en busca de algo… o de alguien.

—No, no. Podéis iros cuando queráis. Pasadlo bien, chicas.

Tía Naomi saluda con la mano a alguien que está a nuestra espalda, y, al cabo de una milésima de segundo ya ha desaparecido.

Damos una vuelta a la plaza mientras Sloane me va contando lo que sucederá a lo largo del día en los distintos puestos. Estoy tan inmersa en el resumen de la merienda que no me percato de que Cooper está sentado a la mesa de las rifas hasta que lo tengo delante. Está revisando su teléfono y tampoco parece darse cuenta de que estamos ahí, lo cual no deja de ser una suerte, pues soy incapaz de apartar los ojos de él.

Lleva puestos una corbata verde oscura y unos tirantes grises encima de una camisa blanca de etiqueta que le queda algo ceñida justo allí donde debe estarlo. Se la ha arremangado por debajo de los codos y, pese a que no alcanzo a ver el traje completo porque lo tapa el letrero rojo que cuelga del frontal de la mesa (RIFA DE LA MERIENDA DE LA SIDRA DULCE DE BRAMBLE FALLS), me ha bastado verlo de cintura para arriba para dejarme sin respiración.

De pronto alza la vista y me pilla observándolo.

—¿Qué hay?

—Hummm, ¿qué haces? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir? —pregunta a su vez, confuso.

—A Sloane y a mí nos han asignado esta mesa. Pregúntale a tía

Naomi dónde se supone que…

—Ahora que lo dices… —lo interrumpe Sloane—, mi madre me ha cambiado al comité de bienvenida.

Me la quedo mirando.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Me lo ha dicho hoy por la mañana.

A Sloane nunca se le ha dado bien mentir. Cuando éramos pequeñas, siempre nos pillaban en todo si para librarnos teníamos que contarles alguna mentirijilla a nuestros padres. Y ahora llevaba la palabra «mentira» escrita en su bonita cara.

—Pero si le acabas de preguntar…

—Ya, bueno, pasadlo bien. Adiós.

Da media vuelta y se marcha de allí casi a la carrera. Suspiro y me siento en la silla junto a Cooper.

—A Sloane se le da fatal mentir —afirma él mientras sigue avanzando por la pantalla de su móvil.

—Efectivamente.

—Y ¿por qué le pediría a Naomi que intercambiara nuestros puestos?

Deja su teléfono al lado del mío en el centro de la mesa.

—No tengo ni idea, pero si tuviera que adivinarlo, diría que es porque no soporta que la gente se lleve mal y porque cree que si no nos queda otra que pasar el día juntos, volveremos a ser amigos.

Cooper asiente con la cabeza, pero no hace ningún comentario. Está observando a la gente que va llegando vestida de etiqueta. El espacio que nos rodea se llena de un silencio incómodo; el ambiente está cargado por el recuerdo compartido del rechazo del fin de semana pasado. Al final dice:

—Anoche me encontré con Dorothy.

—¿Ah, sí?

—Llevó a Harley a cenar a Quesilicioso y se detuvo junto a mi mesa solo para ponerte por las nubes.

Sonrío.

—Oooh, a mí también me cayó muy bien.

—Vale, como nativo de Bramble Falls que soy, tengo la responsabilidad de asegurarme de que has sido informada sobre los lugareños. Sobre todo si van a ser tus amigos.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—¿Te diste cuenta de que Dorothy no dejaba de hablar de sus paseos con sus chicas?

—Sí.

—Vale, pues Dorothy y sus chicas son archiconocidas en el pueblo. Las llaman las cotillas.

—¿Por alguna serie de la tele?

—Más bien porque son la fábrica de rumores de Bramble Falls.

Se me desencaja la mandíbula.

—¡Venga ya! ¿Dorothy la anciana entrañable? No es posible.

—Sí que lo es. Son los ojos y los oídos de este lugar. Dan vueltas a la plaza todos los días para mantenerse en forma y compartir rumores.

—Cooper, déjalo ya. —Me echo a reír—. No sé si hablas en serio.

—Te estoy diciendo la verdad. —Él también se ríe, obsequiándome con su hoyuelo.

—¿Dorothy? —Niego con la cabeza—. Esto es un escándalo.

—Pensé que debías saberlo, por si vuelves a hablar con ella.

—Gracias. Tendré cuidado de no compartir mis secretos más íntimos e inconfesables.

Sonríe de nuevo y me mira a los ojos, hasta que una sombra se proyecta sobre nosotros.

—Dos papeletas, por favor —dice alguien a mi derecha.

Cooper sigue sin apartar la vista de mí. Yo me doy la vuelta para atender a una mujer blanca y alta de pelo castaño claro. Corto dos papeletas del rollo y ella me entrega dos dólares, que le paso a Cooper para que los meta en la caja fuerte. Cuando se marcha la mujer con sus papeletas, introduzco los números en la ruleta de la rifa situada enfrente de las dos cestas que espera ganar: una contiene una entrada gratuita para varios eventos de Bramble Falls, incluidos el partido de inicio de curso escolar, que es dentro de dos semanas, el pase doble de pelis de miedo en el autocine en octubre, la representación de *Wicked* en el teatro comunitario en noviembre y el Baile de la Nieve en diciembre; la otra cesta está llena de productos especiales del Gato Cafeinado. Todavía no he probado las galletas, pero se me hace la boca agua solo de verlas.

—Necesito un *latte* de la cosecha —afirmo al darme cuenta de que tengo el estómago vacío—. ¿Te importa encargarte de la mesa tú solo unos minutos?

—Vale —dice Cooper poniéndose de pie. Se me van los ojos a los pantalones de etiqueta gris oscuro, que le quedan como un guante. Si quedarse embobada mirando a Cooper fuera un deporte olímpico, ganaría el oro. Me limpio la boca con la mano por si estoy babeando en público—. No voy a hacer que camines hasta allí con el tobillo mal. Quédate tú vigilando la mesa. Enseguida vuelvo.

—Ha pasado una semana. Mi tobillo está perfectamente —protesto, volviendo a mirar a esa cara suya tan increíblemente atractiva—. Y aunque no lo estuviera, solo hay que cruzar la calle. —Pero ya se ha ido—. ¡Cooper! ¡Para! Puedo…

—No te oigo bien —grita sin darse la vuelta.

—¡Al menos llévate la tarjeta de crédito!

Sigue su camino, ignorándome.

En su ausencia vendo veinte papeletas a cuatro personas, y las cuatro introducen sus números en la cesta del Gato Cafeinado. Así que cuando Cooper vuelve con mi *latte* y una galleta de color rojo oscuro, estoy más que lista para comprobar por qué gustan tanto.

La parto por la mitad. En el interior, un remolino blanco de una sustancia cremosa se mezcla con la masa ligera y mantecosa. Le ofrezco la mitad más pequeña, pero la rechaza.

Me encojo de hombros.

—Genial. Más para mí. ¿Qué clase de galleta estoy a punto de ingerir?

—Malvavisco de terciopelo rojo —responde Cooper mientras le doy el primer mordisco.

Creo que es posible que haya gemido de placer. Cooper se echa a reír.

—Te gusta, ¿eh?

Estooo, vale. No cabe duda: acabo de gemir de placer.

—Gustar se queda cortísimo —digo cuando por fin me trago el bocado—. Esto es lo más sexy que he comido en mi vida.

Cooper frunce el entrecejo, pero esboza una sonrisa divertida.

—¿Acabas de decir de un alimento que es sexy?

—He llamado sexy a esta galleta de malvavisco de terciopelo rojo, me reafirmo en ello. Intenta llevarme la contraria.

Se ríe.

—No me atrevería.

—Bien por ti. Por cierto, deberían echarte del café.

—Y eso ¿por qué?

Señalo lo que queda de la galleta.

—Porque llevo aquí dos semanas enteras. He entrado en ese café todos los días a por un *latte*. Y ni una sola vez se te ocurrió insistir en que probara una de estas galletas. Eres el peor empleado del

mundo. —Sacudo la cabeza, le doy otro mordisco y me lleno el carrillo de esa maravilla untuosa—. Me has estado privando de ellas todo este tiempo. Si no me odiaras ya, te echaría a patadas de nuestra amistad. Eres el peor examigo del mundo.

Cooper se revuelve en la silla.

—No te odio.

—¡Venga ya! —le replico mientras me chupo el malvavisco del dedo. Cooper lo sigue con la mirada y noto un calorcillo extraño en las mejillas. Me llevo las manos al regazo—. Has dejado muy claro lo que sientes.

—«Odiar» es una palabra muy fuerte.

—Ah, bueno. ¿Sería más acertado decir que te caigo bastante mal? Porque eso sí que sería decepcionante. Por lo menos «odiar» implica que algo nos importa lo bastante como para provocar un sentimiento tan intenso.

—Que a ti te importe algo no es el problema —se queja.

—Vale. Entonces dime: ¿cuál es el problema?

Uno de los teléfonos vibra ruidosamente en la mesa y los dos bajamos la vista para ver de dónde procede el ruido. Es mi teléfono el que está encendido.

Jake Robabolis: Hey. Te eché de menos anoche ☹ ¿Qué planes tienes para hoy? ¿Estás trabajando en la MSD (la Merienda de la Sidra Dulce)?

Cooper enarca una ceja.

—¿Jake Robabolis? ¿Te refieres a Keller?

—Sí. Me pidió un boli prestado el primer día de instituto y todavía no me lo ha devuelto.

—¿Guardas todos tus contactos con su mote correspondiente para acordarte de quiénes son?

—Podría decirse que sí —asiento mientras me como el último trozo de galleta con los ojos cerrados para disfrutar al máximo de su sabor.

—¿Y sigo yo en esa lista? —pregunta indeciso. Está nervioso.

Abro los ojos.

—Claro.

Coge su teléfono, pulsa unas cuantas teclas y vuelve a dejarlo sobre la mesa justo cuando mi teléfono vuelve a vibrar.

Cooper Verano: ¿Qué mote utilizas
para recordarme a mí?

—Interesante. Pensé que sería más bien «Cooper Llorón» o «Cooper Aguafiestas» o «Cooper Autobronceador».

No sé si reírme o resoplar.

—Cualquiera de esos habría funcionado. Igual fui muy generosa…

Cooper tensa las comisuras de sus alegres ojos al reírse.

Tengo que dejar de mirarlo. Está demasiado bueno.

Ya casi hemos dejado de reírnos cuando la chica guapa de Cálculo con la que Cooper se sienta durante la comida se acerca por su lado de la mesa. Luce una melena lisa rubia y larga, con mechas doradas. Tiene la nariz pequeña y los labios carnosos. Lleva puesto un vestido de un color amarillo que recuerda el de las margaritas. Sus ojos risueños no se apartan de Cooper. Resulta más que evidente…

—Hola, Coop —dice—. ¿Qué tal va por aquí? Pensé que estabas en el comité de bienvenida.

—Hola —responde acercándosele un poco—. Y lo estaba, pero me cambiaron con Sloane.

—Acabo de ver a los del comité de bienvenida sentados a una mesa bebiendo sidra dulce. Vaya lata que no puedas disfrutar de la merienda.

Cooper se encoge de hombros sin darle mayor importancia.

—Tenemos nuestra propia fiesta aquí montada.

Me río y le digo:

—Si para ti esto es una fiesta, necesitas salir más.

Se gira hacia mí con una sonrisa de superioridad en la cara.

—Tú te saltaste la fiesta de Jake de anoche por estudiar, pero soy yo el que necesita salir más.

—¡Oye! Que al final acabé viendo *Prácticamente magia* con Sloane —le replico, a la defensiva—. Además, para qué necesito vida social si no me voy a quedar el tiempo suficiente para hacer amigos de verdad. ¿No?

—Me encanta esa película —confiesa Cooper.

—¿En serio? —pregunto escéptica.

—En serio. Solo de pensar que puedes hacer un conjuro para evitar enamorarte… ¡Ojalá!

Ladeo un poco la cabeza tratando de entender ese comentario cuando la chica rubia se aclara la garganta.

—Soy Chloe —se presenta, interrumpiéndonos y saludándome con la mano—. Tú eres Ellis, ¿verdad? Comemos juntas todos los días (o algo parecido) pero aún no nos habíamos presentado.

—Tienes razón. Encantada de conocerte oficialmente.

—Cooper me contó que solíais ser amigos.

—Así es. —Le echo una mirada—. Solíamos serlo.

—Me alegro de que mi viejo vestido sirviera para algo —comenta mirándome de arriba abajo—. Te queda mucho mejor a ti.

—Gracias. —Me siento obligada a agradecérselo.

Procuro no compararme con otras chicas, pero este momento

dedicado a discernir si el vestido le queda mejor a Chloe que a mí amenaza con minar mi autoestima.

Se vuelve hacia Cooper, que sigue teniendo los ojos puestos en mí.

—Hablando de vestidos —dice, captando de nuevo su atención—. Mi madre y yo hemos ido de compras esta mañana y ya tengo el vestido para el baile. Te envío una foto y así podemos ir a juego.

Oh.

Hay algo entre Cooper y Chloe.

No sé por qué no se me había ocurrido antes. Los he visto juntos un millar de veces estas dos semanas. ¿Por qué odio pensar en ello?

«Contrólate, Ellis».

—Suena bien —contesta Cooper.

Chloe sonríe.

—Bueno, vale. —Nos mira a Cooper y a mí alternativamente—. Os dejo con vuestra fiesta privada. Encantada de conocerte, Ellis. Nos vemos luego, Coop.

Miro al frente, a las parejas y familias sentadas en la mesa bebiendo sidra dulce y pasándolo bien.

—Es cierto que te queda bien el vestido —afirma Cooper a mi izquierda con voz queda.

Cierro los ojos y aprieto los labios, consciente de que solo trata de ser amable y hacer que me sienta mejor. Seguro que se imagina que me estoy comparando con su despampanante novia porque ella lo llevó el año anterior, pero ¿de verdad tenemos que hablar del vestido?

—Gracias. —Me vuelvo y lo miro a los ojos—. Así que tú y Chloe… ¿eh?

—¿A qué te refieres? —pregunta pese a que ambos sabemos lo que estoy preguntando.

—Parece maja. Hacéis una buena pareja.

—¿Ah, sí?

Se muerde el interior de la mejilla sin añadir nada más, pues en ese momento suena por los altavoces un recordatorio de la rifa. La gente se arremolina junto a la mesa, y Cooper y yo pasamos los próximos veinte minutos ocupados, moviéndonos con desenvoltura, trabajando juntos de forma impecable.

Cuando ya ha pasado el apuro, Cooper dice:

—Chloe y yo no estamos juntos.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—Creo que si fuera así lo sabría.

—¿Y Chloe lo sabe?

Frunce el entrecejo, no sé si confuso o molesto; es difícil distinguirlo.

—Sí, lo sabe. ¿Por qué lo preguntas?

Me encojo de hombros.

—Estaba pensando en unirme al grupo de las cotillas.

No le ha hecho gracia el chiste. Cooper se limita a mirarme fijamente, a la espera de que le responda con sinceridad.

—Vais a ir al baile juntos y a ella pareces gustarle. Ha sido simple curiosidad. Ya sé que solo voy a quedarme un par de meses, pero me gusta saber lo que sucede a mi alrededor. Eso es todo.

—Ya —dice, pero se me queda mirando como si acabara de admitir que él me gusta; como si acabara de pedirle que saliéramos. Siento una mezcla de pánico y vergüenza que me urge, o bien pelearme con él, o bien salir por patas.

—¿Y qué hay de Jake? —le suelto, como si me importara lo más mínimo si tiene novia. Además, creo que puedo afirmar sin riesgo a equivocarme que, si la tuviera, ya lo sabría.

Cooper aparta la vista.

—Jake está soltero. —Golpea la mesa con el pulgar unas cuantas veces antes de añadir—: Y Caracol también, por si te lo preguntabas.

Los dos sabemos que no.

—Vale. Y ¿qué hay de Sloane y Asher?

Eso sí que me produce curiosidad. Cooper se vuelve para mirarme y esboza una sonrisa burlona.

—A ver, ellos dicen que solo son amigos, pero…

—¡Ya me lo parecía!

Cooper se echa a reír, consiguiendo que toda la tensión que se había acumulado entre nosotros comience a disiparse.

Unos minutos más tarde, tía Naomi nos da permiso para abandonar nuestros puestos. Cooper se va con Chloe y yo me uno a Sloane, Preeti y Asher en su mesa. Pero por mucho que lo intente no puedo dejar de mirar en su dirección. Puede que no estén juntos, pero eso no evita que me sienta celosa por lo que sea que hay entre ellos.

Capítulo diez



—Lo siento, lo siento, lo siento, Ellis —dice Sloane sin aliento mientras se acerca corriendo al mástil de la bandera a la salida del instituto el martes—. Se me ha olvidado que hoy empieza la extraescolar de Teatro. —Me entrega las llaves—. Puedes llevarte el coche. ¡Mierda! No, no puedes. Joder, tienes que sacarte el carnet.

—No necesito el carnet de conducir en Nueva York. No pasa nada. Puedo hacer los deberes mientras te espero.

—¿Seguro? Siento que tengas que quedarte en el instituto.

—Estaría haciendo lo mismo en casa. De verdad que no pasa nada.

Es verdad que no me importa, aunque no veía el momento de quitarme las botas de una patada y tirarme en la cama a hacer los deberes.

—Vale, nos vemos en la sala polivalente en hora y media.

Sloane sale corriendo y yo vuelvo a entrar en el instituto.

Unos cuantos rezagados permanecen en el interior hablando. Veo a Jake, a Cooper y a Caracol sentados en una de las mesas con unos

amigos y me dirijo hacia ellos.

—Hola, chica nueva. ¿Qué haces aquí todavía? —pregunta Jake.

Apoyo la mochila en la mesa.

—¿Sigues llamándome «chica nueva» porque no te acuerdas de mi nombre?

—Pues claro que no, Ella —contesta. Le doy un puñetazo afectuoso en el hombro y se echa a reír—. ¡Que estoy de coña! Madre mía. A partir de hoy solo te llamaré Ellis. Y ahora en serio. ¿Qué haces aquí?

Dejo escapar un suspiro.

—Sloane tiene Teatro, así que estoy aquí atrapada. —Entonces se me ocurre una idea—. A no ser que tú puedas llevarme a casa…

Jake frunce el ceño.

—El entrenamiento de fútbol empieza en cinco minutos, pero podría saltármelo.

—¿Y no te dejarán en el banquillo en el siguiente partido si haces eso? —plantea Cooper.

Jake lo fulmina con una mirada que dice alto y claro «Cierra la boca, tío», y se vuelve hacia mí.

—No pasará nada. Yo te llevo.

—No, prefiero esperar. De verdad que no me importa.

Valoro que esté dispuesto a saltarse el entrenamiento para llevarme a casa, pero tampoco es que tenga tanta importancia.

—Podría llevarte Coop —sugiere encogiéndose de hombros y girándose hacia él—. Estabas a punto de irte, ¿no?

—No hace falta —respondo con rapidez—. Mejor espero a Sloane.

Las cosas con Cooper siguen algo confusas. Es como si hubiéramos dejado algo sin resolver y anduviéramos con pies de plomo para evitarlo cada vez que hablamos. Y yo sigo sin saber de qué se trata. Nunca sé a qué atenerme con él y, la verdad, no tengo

ganas de que me den un latigazo emocional.

—Nada de eso. Nos vamos, Mitchell —dice Cooper colocándose mi mochila en el hombro junto con la suya—. Te llevo a casa.

—De verdad que no hace falta.

—Ya lo sé.

Empieza a caminar hacia la puerta. Tras un momento de duda, suspiro y salgo detrás de él, agradecida de que mi tobillo esté completamente curado, pues tengo que correr para mantener el ritmo de sus largas zancadas.

—¡Adiós, Ellis! —grita Jake a mi espalda. Le digo adiós con la mano y salgo del edificio con Cooper.

Una vez en el aparcamiento, me monto en su furgoneta oxidada color burdeos mientras él acomoda las mochilas en el hueco que hay entre nosotros. Sale del aparcamiento y conduce en silencio durante unos minutos… hasta que ya no puedo más.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me mira y contesta:

—Vale.

—¿En el instituto por qué te comportas como si no me conocieras?

—No sé a qué te refieres.

—Cooper.

—¿Qué?

—¡Venga ya! Ahora estamos los dos solos. Sin excusas, sin distracciones. Dime por qué, después de lo bien que lo pasamos en la merienda de la sidra dulce, vuelves a mostrarte distante conmigo. Dime qué hice mal. ¿Qué problema tienes conmigo? —digo exasperada—. Ya sé que debería saberlo, ¿vale? Pero no puedo solucionarlo si no me lo cuentas.

A Cooper se le ponen blancos los nudillos unos instantes, pero al fin deja de sujetar el volante con tanta fuerza.

—Está bien. —Suspira—. Cuando te fuiste, pensaba que éramos amigos. Me puse furioso cuando pasaste de mí.

—¿Pasar de ti? ¿A qué te refieres? Si no recuerdo mal, los dos estábamos muy ocupados.

—No, Ellis. Tú estabas muy ocupada. Dejaste de devolverme las llamadas y empezaste a responder a mis mensajes con monosílabos. Un día te dije que no pasaba nada porque me hubieras ignorado toda una semana, pues yo también había estado ocupado, pero solo fue para que no te sintieras mal por ello, y nunca volví a saber de ti. Como si al decirte que estuve ocupado unos días te hubiera dado una excusa para dejar de escribirme para siempre. —Inspira hondo y niega con la cabeza—. Me dolió, ¿vale? Sentí que estabas esperando a que te diera permiso para olvidarme. Tu regreso me pilló por sorpresa y ha destapado muchos sentimientos que tenía olvidados.

Se me cae el alma a los pies.

—Cooper…

Se encoge de hombros sin darle mayor importancia, aunque ambos sabemos que está fingiendo.

—Éramos unos críos.

—Sí que lo éramos, pero, aun así, lo siento mucho. —Trago saliva —. Pero lo que más lamento es haber estado tan ocupada que ni siquiera me di cuenta de lo que hacía. No pretendía pasar de ti.

Me mira de soslayo un instante, pero enseguida vuelve a fijar la vista en la carretera.

—No pasa nada. De verdad.

Pero esa no es la sensación que yo tengo. Siento como si hubiera estropeado algo especial. Y lo peor es que ni siquiera empecé a echarlo de menos hasta que lo volví a ver. Me había olvidado de él.

Cooper detiene el coche frente a la casa de Naomi y se gira hacia mí.

—A ver, tenemos amigos en común y por lo que parece vamos a vernos a menudo los fines de semana, así que tampoco es que pueda evitarte. —Frunzo el ceño antes de que añada—: Si te soy sincero, me estás poniendo realmente difícil seguir enfadado contigo, así que… —Sus labios se curvan en lo que parece una sonrisa sincera—. No pasa nada, Ellis. En serio. No te preocupes.

Asiento con la cabeza, pero me cuesta mirarlo a los ojos. No puedo corresponder a su sonrisa. Lo herí lo suficiente como para que siga resentido conmigo tres años después. Y no lo culpo.

—Nos vemos mañana —balbuceo al tiempo que me bajo del coche —. Gracias por traerme.

—No hay de qué.

Observo cómo pone en marcha la furgoneta y me quedo ahí de pie, llena de remordimiento, deseando poder cambiar el pasado.



Cuando subo a mi cuarto el viernes por la tarde, me encuentro el cuadro de mi madre colgado en la pared. Me desplomo en la cama, observo con detenimiento el juego de luces y sombras que ha añadido, y lo disfruto. Es impresionante la forma en que ha dado vida a un paisaje inventado, como si fueran personajes de ficción de una novela, solo que ella lo ha conseguido en una única imagen estática.

Empezó a trabajar en la tienda de manualidades la semana pasada y ha ocupado todo el tiempo libre que le queda pintando. Nunca la había visto así de feliz. Así de viva. Tal vez le esté sentando bien haber venido a Bramble Falls. Tal vez sea el paréntesis que necesitaba para volver a ser feliz en casa. Eso sí, sigo sin entender por qué tengo que estar aquí yo también.

Me pongo bocarriba en la cama y llamo a mi padre. Se me escapa un suspiro al ver que no contesta, aunque ya me lo imaginaba. Me ha enviado unos cuantos mensajes, la mayoría para excusarse diciendo que está muy ocupado y prometerme que me llamará después, pero aparte de eso, apenas hemos hablado esta última semana, pese a que lo he llamado muchas veces. Estoy muy familiarizada con su buzón de voz.

Pero esta vez no me pienso dar por vencida así de fácil. Marco la extensión de su teléfono de Street Media.

—Oficina de Brad Mitchell —responde su ayudante.

—Hola, Kara. Soy Ellis.

—Ay, hola, Ellis. ¿Cómo van esas vacaciones?

«¿Qué?».

¿En serio le ha contado mi padre a todo el mundo que estoy de vacaciones? ¡Pensarán que soy de esa clase de personas que desprecian un trabajo para irse de viaje!

—Van… bien —contesto con los dientes apretados—. ¿Está mi padre en la oficina? No atiende mis llamadas.

—Me temo que no. ¿Es una emergencia? Tal vez pueda dar con él…

—No, no es necesario. ¿Sabes cuándo volverá?

Se oye el repiqueteo del teclado.

—Tiene bloqueada la agenda hasta las cuatro, pero está en el club con el señor Gableman, a quien ya sabes que le encanta oírse hablar a sí mismo. Además, anda atareado enseñándole los entresijos del puesto a la nueva chica en prácticas, así que lo mismo tarda un poco más en volver.

Acabo de quedarme atónita.

—¿Su nueva chica en prácticas?

—Sí, se llama Talia. ¿No te ha hablado de ella? Solo lleva aquí una

semana y media, pero es fantástica. Está en su segundo año de carrera. Tiene las ideas muy claras y aprende rapidísimo.

—Ya veo —digo, aunque casi no me oigo porque me pitan los oídos.

—Ni que decir tiene que tú serás siempre nuestra favorita.

Cierro los ojos con fuerza para mitigar el escozor.

—Ya. Bueno, gracias, Kara.

—Un placer. Le diré que has llamado.

Asiento con la cabeza aunque ella no pueda verme y cuelgo la llamada.

A mi padre le ha faltado tiempo para reemplazarme. Y eso después de decirme que las prácticas estarían esperándome cuando volviera. Ha encontrado tiempo para contratar a otra persona, alguien con mayor disponibilidad porque está en la universidad, alguien fantástica y con las ideas muy claras, pero no encuentra tiempo para llamarme a mí. No ha encontrado tiempo ni siquiera para preguntarme qué tal me va por aquí, y lo cierto es que, por el momento, no va muy bien que digamos.

Pero me niego a quedarme aquí tumbada llorando. Me obligo a levantarme de la cama y bajo las escaleras. Sloane y Asher están comiendo *pop-tarts* en el salón con los apuntes desplegados ante ellos. Yo también debería estar haciendo los deberes, pero necesito distraerme y en este momento sería incapaz de concentrarme en el instituto.

—Hola —saluda Sloane ladeando la cabeza—. ¿Qué ocurre?

—Nada. ¿Os apetece salir a cenar algo?

Asher le da un golpecito a su móvil para que se ilumine la pantalla.

—¿A las tres y media de la tarde?

Me muerdo el labio.

—¿Una cena temprana?

—Hoy solo me puedo permitir cenar si alguien me lleva la cuchara a la boca mientras yo subrayo —afirma Sloane señalando los apuntes—. Esto lo he copiado todo de Asher. Llevo sin prestar atención en clase desde que empezó el instituto y tenemos el primer examen el lunes.

—Pero es viernes —replico.

—Mira quién habla —dice sonriéndome—. No vamos a tener tiempo de estudiar el fin de semana con las actividades otoñales que hay programados para ambos días, así que estamos empollándolo todo de golpe ahora.

—Lo siento —se disculpa Asher—. El señor Wilson es famoso por su dureza. No quiero meterme en un hoyo a la primera de cambio y tener que escalar para salir de él.

—No pasa nada.

Me dirijo a la puerta y me calzo las botas de piel negras.

—¿Vas a ir tú sola? —pregunta Sloane. Se le han disparado las cejas hasta el nacimiento del pelo.

Me encojo de hombros.

—Claro.

Entiendo que a Sloane le parezca sorprendente con su plétora de amigos, pero yo estoy acostumbrada a estar sola. No me importa. O, al menos, no siempre.

—No hace falta que lo hagas —dice conmocionada por la idea—. Puedo pedir comida a domicilio. Puedes quedarte con nosotros y hacer los deberes.

Le dedico una sonrisa con la esperanza de no hacer que se sienta mal y abro la puerta de casa.

—Gracias, pero estaré bien. Buena suerte con el estudio.

Tan pronto como estoy en el exterior, desbloqueo el teléfono y

busco entre mis contactos. De repente me gustaría tener más amigos en Bramble Falls. Busco hasta que doy con Cooper Verano. Ver su nombre en los contactos me recuerda todo lo que eché a perder.

Suspiro. No puedo mandarle un mensaje, sobre todo ahora que sé que en el fondo me guarda rencor. Aunque dijera que ya no le daba importancia. Además, la última vez que le sugerí que comiéramos algo juntos me dio calabazas. No soportaría que me rechazara otra vez…

Vuelvo al contacto de Jake. Si bien él no me hace sentir el mismo calorcito en el estómago que me provoca una sola mirada de Cooper, se ha comportado como un verdadero amigo desde que me mudé aquí.

Yo: Tengo hambre.

Jake Robabolis: Lol. ¿Por qué no comes algo?

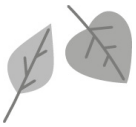
Yo: Come conmigo.

Jake Robabolis: Hora y lugar.

Yo: En cinco minutos ¿en la cafetería?

Jake Robabolis: Joder. Ok. Tardaré 15. Nos vemos allí.

Capítulo once



—¿Por qué tienes esa pinta? —pregunto al tiempo que me meto una patata *waffle* en la boca.

Jake y yo hemos llegado a la cafetería justo antes de que empezara la hora punta. Estamos sentados en el reservado del rincón cada uno con una hamburguesa *smash* en el plato. La de Jake ya casi ha desaparecido por completo, y eso que se la han traído hace apenas diez segundos.

En la gramola suena una canción *country* mientras se van ocupando las mesas que bordean las paredes, repletas de fotografías de famosos que han comido aquí a lo largo de los años. La luz de las lámparas bajas destella en el reluciente suelo ajedrezado blanco y negro.

—Acabo de salir de entrenar —dice Jake después de tragarse lo que tiene en la boca. Lleva el pelo mojado por el sudor y tiene las mejillas encendidas—. Estaba a punto de ducharme cuando has llamado. —Mojo una patata en el kétchup y asiento con la cabeza—. Aunque ha sido una agradable sorpresa.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de tu olor.

Jake se echa a reír.

—Perdona. No sé quién me ha hecho venir aquí sin apenas darme tiempo. —Coge una patata—. ¿Por qué me has mensajeado si puede saberse?

—¿A qué te refieres? ¿Acaso no tengo permiso para comer con amigos?

—¿Somos amigos? —Por su expresión, se nota que lo pregunta en serio.

Me quedo petrificada con una patata a medio camino de la boca y noto que me estoy ruborizando.

—¿No lo somos?

—No lo sé. Pasaste de mi fiesta y nunca respondes a mis mensajes.

—No era más que una fiesta —digo encogiéndome de hombros—. Y solo me has enviado un único mensaje.

—Te he mandado tres y no has respondido a ninguno. He llegado a pensar que me habías dado un número falso.

—Igual debería haberlo hecho —bromeo en un intento de deshacerme del cosquilleo de vergüenza que empieza a subirme por el cuello al darme cuenta de que me he comportado como una completa idiota. A Jake no le hace gracia—. Está bien. Siento lo de la fiesta. Y siento no haber respondido a tus mensajes. He estado ocupada. Lo que suele suceder es que veo el mensaje, planeo responderlo cuando termine con lo que sea que esté haciendo en ese momento y luego se me acaba olvidando por completo. Pero ha sido una metedura de pata ignorarte primero y luego mensajearte cuando quería algo de ti. Intentaré mejorar.

Lo digo muy en serio. Jake es el único que se ha esforzado en ser mi amigo desde mi primer día en Bramble Falls. Se merece algo

mejor, no que lo utilice como una bolsa de hielo para mi magullado ego, ya que al parecer a mi padre no le cuesta nada reemplazarme.

Jake asiente con la cabeza.

—Vale.

Una sonrisa me ilumina el rostro.

—Pero solo te he mandado el mensaje porque Sloane no podía acompañarme.

Jake no puede contener una carcajada.

—Conque esas tenemos. Soy tu segundo mejor amigo. Me parece correcto.

—Mejor dicho, mi único amigo. Adoro a Sloane, pero tiene toda su vida hecha aquí, con sus amigos y sus cosas.

—Seguro que harás más amigos. Acabas de llegar.

Los dos mordisqueamos la hamburguesa y masticamos mientras observamos a la gente. No me molesto en decirle que no se me da demasiado bien hacer amigos. O mejor dicho, que no se me da bien conservarlos.

—Tal vez ayudaría que salieras e hicieras cosas con gente —dice reclinándose en el asiento de vinilo rojo mientras se limpia las manos con la servilleta.

Me encojo de hombros.

—Puede. Tampoco es que vaya a estar aquí el tiempo suficiente para que eso me preocupe.

—¿Cuándo te marchas?

—Un poco antes de Acción de Gracias.

—Tienes tiempo suficiente para hacer amigos y pasarlo bien. No hace falta que te metas en un agujero en tu habitación y te pases el día estudiando.

—Te recuerdo que salgo de casa. He estado ayudando con las actividades otoñales.

—Es un comienzo, sí, pero no deja de ser una forma de trabajar.

—Vale. ¿Y qué sugieres que haga? ¿Cómo se sale en Bramble Falls?

Jake se queda pensativo.

—Para empezar, diría que puedes venir a mis fiestas.

Pongo los ojos en blanco.

—Creo que eso ya ha quedado claro.

—Ven a los partidos de fútbol.

Hago una mueca.

—Eso no suena divertido. No sé nada de fútbol americano.

—Yo te enseño. Después puedes venir a animarme. —Sigo sin poder borrar la mueca de mi cara y se echa a reír—. Mira, Taylor aprendió un par de cosas sobre el deporte y ahora lo adora, así que no lo descartes del todo hasta que lo hayas probado.

Enarco una ceja.

—¿Taylor?

—Swift. Obvio.

—Obvio. Supongo que no se me ocurrió que os llamabais por el nombre de pila —me río—. Lo pensaré. ¿Te vale con eso?

—Es todo cuanto pido.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Dentro de nada celebraremos el baile del instituto. Ese es un buen lugar para pasarlo bien y conocer gente.

—Nunca he ido a un baile de inicio de curso. En Nueva York no se celebra.

—Dime que estás de coña.

—No. La gente va de fiesta al apartamento que esté libre de padres esa semana porque se han ido de viaje.

—Ellis, tienes que ir. Es el último baile que celebrarás. —Se muerde el labio y se encoge de hombros como si nada—. Podrías

venir conmigo.

Enarco las cejas.

—¿Contigo? ¿Al baile?

Suelta una risita nerviosa y se queda mirando la mesa.

—Claro. ¿Por qué no?

—Yo, estooo…

Intento imaginarme esa noche. Seguro que irá todo el mundo: Sloane lo hará con Asher, Cooper con Chloe. Jake y Caracol también estarán allí. Y yo me quedaré en casa sola.

Mi cerebro hace un cálculo rápido de mis notas, de los exámenes que quedan por hacer, de mis horarios… No tengo nada planeado para esa semana. Los profesores han evitado a propósito poner exámenes durante la semana del baile. No tengo excusa para no ir.

—Vale, está bien. Hagámoslo.

A Jake se le ilumina la cara.

—¿En serio? ¿Irás conmigo?

—Claro. ¿Por qué no? —le digo sonriente al ver cómo le resplandece el rostro. Entonces me paro a pensar en la posibilidad de que Jake crea que vamos en una dirección que yo no tengo ningún interés en tomar. No con él. Por si acaso, añado—: ¿De qué te sorprendes? Vamos solo en calidad de amigos. La gente lo hace a menudo, ¿no?

—Sí, claro. —Jake se estira y coge una de mis patatas—. Supongo que pensaba que ya te lo habría pedido alguien.

—Claro, porque soy superpopular en Bramble Falls…

Se encoge de hombros.

—Porque estás buena.

Me echo a reír.

—Vale, te aviso si decido cambiarte por otro, por un pretendiente más atractivo que me lo pida en las próximas semanas.

—¿Más atractivo que yo? Sí, claro —se mofa. Le lanzo una patata y la atrapa con la boca.

Asistir al baile del instituto en mi último año no estaba entre mis planes. Y menos en Bramble Falls. Y menos aún con Jake Keller. Pero he de admitirlo: incluso aunque no tenga sentido hacer amigos aquí, estoy un poquito emocionada.



Jake y yo damos un paseo por el pueblo bebiéndonos un *latte* de la cosecha mientras me muestra una serie de lugares con los que ya estoy familiarizada. Unos lugares que albergan recuerdos con Cooper, aunque no le digo nada porque a Jake le emociona compartir su pueblecito conmigo.

Hacemos un alto junto a la librería, donde Cooper y yo solíamos sentarnos en la sección infantil de fantasía y él me leía en voz alta hasta que un empleado nos conminaba a comprar el libro o a largarnos de allí.

Visitamos la tienda de golosinas donde Cooper se atragantó una vez con una bola de caramelo rompedientes. Fue la primera y única vez que tuve que salvarle la vida a alguien, y la única vez que me abrazó.

Entramos a la tienda de discos donde Cooper y yo compramos un montón de cedés de segunda mano, a noventa y nueve céntimos cada uno, de artistas de los que jamás habíamos oído hablar. Después los escuchamos en el viejo equipo de música de su madre y los clasificamos en dos montones: «hallazgos molones» o «basura».

Aparto los recuerdos de mi mente e intento vivir el presente. Porque aquel verano hace tiempo que se terminó, igual que lo que teníamos Cooper y yo. Ya me aseguré yo de que fuera así…

Cuando empieza a verse el atardecer por detrás de la biblioteca pública de Bramble Falls y se levanta una brisa fresca, nos despedimos. Al llegar a casa de tía Naomi se ve todo a oscuras, pero en cuanto abro la puerta, tres mujeres se abalanzan sobre mí.

—¡Ellis! —grita Sloane mientras me agarra del brazo y empieza a dar saltos.

—Estooo. Valeee. ¿Qué está pasando aquí?

—Tienes una cita para el baile —chilla mi madre como si fuera una adolescente.

—Ay, Dios mío. ¿Por eso estáis así? ¿Cómo os habéis enterado? Me he despedido de Jake hace diez minutos.

—Es un pueblo pequeño, cariño. Aquí todo el mundo se entera de todo en menos de cinco —dice mi madre—. Cuéntamelo todo sobre ese chico.

—Es un regalo para los ojos —afirma Sloane—. Y está en el equipo de fútbol.

—Vale, es un buen comienzo —comenta mi madre inclinando la cabeza como si hiciera una reverencia.

—De hecho lo conoces —le digo—. Es el chico con el que estuve trabajando en la caja durante la fiesta de la recolección de manzanas.

—Ah, ya me acuerdo. Fue un encanto. Es muy mono.

—Jake es genial —añade tía Naomi—. Es un poco desmañado y un pelín irresponsable, pero es trigo limpio.

—No está mal. —Me encojo de hombros.

—Has dicho que ibas a ir al baile con él. No has ido a un baile jamás. No puede ser que simplemente pienses que no está mal.

—Vale, os estáis poniendo un poquito raras con esto —protesto mientras reculo—. No es más que un baile y vamos como amigos.

Mi madre asiente con la cabeza.

—Es solo que me alegro de que estés haciendo amigos y de que hagas cosas. —Alarga el brazo y me acaricia la mejilla con el pulgar —. Lo único que quiero es que seas feliz.

—Lo sé.

Me he mordido la lengua. No me apetece empezar una pelea en este instante, aunque me muero de ganas de decirle que si de verdad quisiera verme feliz, no me habría obligado a marcharme de Nueva York. Me habría permitido quedarme con papá. Iría a una escuela estupenda donde las clases serían mucho más exigentes, no se habría quedado con mis prácticas otra chica y papá no se habría olvidado de que existo.

—Me da la sensación de que no seréis simples amigos por mucho tiempo —comenta Sloane, en un alarde de frivolidad.

—Incluso si estuviera interesada, que no lo estoy, no voy a quedarme el tiempo suficiente para empezar nada con nadie. Además, mi objetivo sigue siendo entrar en Columbia. No me interesan los chicos.

Tía Naomi da media vuelta y se dirige a la cocina mientras anuncia por encima del hombro:

—He pedido comida china. Ven a comer con nosotras y nos cuentas cómo te lo pidió.

Mamá va detrás de ella y, justo cuando me dispongo a acudir a la cocina, pese a estar llena después de haber comido con Jake, Sloane me corta el paso.

—¿Te lo encontraste por casualidad o le mandaste un mensaje para quedar?

—¿Y eso qué importa? —Enarca las cejas y se me queda mirando, expectante. Lanzo un suspiro—. Le mandé un mensaje.

Profiere un gritito y se marcha corriendo a la cocina.

—¡Lo sabía!

—De verdad que sois agotadoras las tres —murmuro entre risas mientras la sigo.

Me siento en la única plaza libre que queda en la mesa, con la segunda cena del día ante mí, y les cuento los detalles de la tarde que he pasado con Jake como si estuviera hablando con mis amigas. Como si nosotras fuéramos las cotillas del pueblo.

Y me sienta muy bien, pese a que se emocionan sin motivo.

Capítulo doce



Mi madre gira en dirección a la pista de gravilla y conduce un kilómetro y medio hasta llegar a un arco de entrada donde se lee: HUERTO DE CALABAZAS PEARSON. A la derecha hay una pequeña charca donde se reflejan un conjunto de arces y robles arracimados. A la izquierda se extiende un terreno con los tallos de maíz crecidos. La carretera se transforma enseguida en una zona asfaltada para los coches, donde mi madre encuentra un sitio libre y aparca el suyo.

Hace un cálido día de otoño; el sol brilla alto en el luminoso cielo azul. Las esponjosas nubes blancas parecen sacadas directamente de uno de los cuadros de mamá. De camino al edificio aislado de ladrillo, pasamos por delante de un puesto donde venden café, sidra dulce y manzanas de caramelo. El aroma dulzón se mezcla deliciosamente con el olor a tierra que desprenden las hojas cambiantes. Siento el deseo de concentrarlo todo en una otoñal vela aromática.

Entramos en el pequeño recinto y nos encontramos a tía Naomi hablando con un par de voluntarios que reconozco del pueblo. Se le

ilumina la cara cuando nos ve. En cuanto termina de organizarlos, viene a saludarnos con un abrazo.

—Ellis, te he puesto a trabajar con Cooper. ¿Te parece bien? —me pregunta tía Naomi.

Si me paso el día entero trabajando con Cooper, va a ser imposible ignorar la incómoda tensión que reina entre nosotros, pero no quiero ponerle las cosas más difíciles a tía Naomi, así que me encojo de hombros y respondo:

—Claro.

—Genial. —Revisa el teléfono—. El primer grupo debe de estar a punto de llegar al huerto de calabazas, así que igual quieres acercarte a los remolques.

Me señala el lugar a donde debo ir y me dirijo hacia allí. Al llegar, me encuentro a Cooper apoyado en un árbol. Lleva una sencilla camiseta negra, unos pantalones marrón oscuro y unas Converse Chucks negras. Está hablando con Sterling, el repartidor de pizza. Se ríe de algo que le está contando Sterling y yo me quedo clavada en el sitio. ¿Por qué adoro ese sonido? ¿Por qué desearía ser yo quien lo provoque?

—¿Qué hay, Ellis? —pregunta Sterling cuando se percata de que estoy ahí observándolos.

Saludo con la mano y me acerco hasta ellas. Cerca hay una fila de gente de pie junto a un remolque lleno de balas de heno. Un remolque tirado… ¿por caballos?

—Vale. ¿A qué vienen los caballos?

—Intenté tirar del remolque yo misme, pero no conseguí moverlo, así que… —dice Sterling sonriente.

—Ja, ja —me río sin ganas—. Me refería a que si no suelen engancharse a los tractores.

Cooper se separa del árbol.

—Tal vez en otros lugares. Aquí en Bramble Falls los caballos forman parte de la experiencia del huerto de calabazas.

—Bueno, que lo pasen ustedes bien —dice Sterling en actitud ceremoniosa—. Tengo que volver al puesto. Acaba de entrar alguien.

—No me gustan mucho los caballos —le confieso a Cooper—. Tal vez pueda intercambiarme con Sterling.

—¿Te has acercado a uno alguna vez?

—Eso es irrelevante. Tienen unos dientes enormes.

—No muerden —dice con una sonrisa—. Por regla general…

Frunzo el entrecejo.

—Ya me siento mejor.

—Te prometo que no te pasará nada.

—Pero son enormes, sobre todo esos de ahí. —Señalo a los monstruos gigantescos que hay amarrados al remolque.

—Bueno, tampoco es que tengas que montarlos. Nos sentaremos en la bancada que han construido en la parte delantera del remolque. Yo llevaré las riendas. Lo único que tienes que hacer tú es sentarte a mi lado y ayudar a la gente cuando lleguemos al huerto.

Me muerdo el labio y por fin asiento con la cabeza.

—Vale, de acuerdo.

Sigo a Cooper hasta el remolque. Despliega los peldaños para que la gente pueda ir subiendo a la plataforma, repleta de fardos de hierba. Mientras él va situando a los recién llegados yo me acerco sigilosamente al frontal para ver los caballos. Son enormes, aunque tengo que admitir que también son imponentes.

Cuando era más pequeña, siempre les suplicaba a mis padres que me dejaran montar en los carros tirados por caballos que había en Nueva York en invierno. Mi padre se mofaba de la idea y decía que eso era para turistas. Mi madre me sonreía con delicadeza, pero se mostraba de acuerdo con él.

—Son Clydesdale —me informa Cooper acercándose por detrás. El caballo negro que tenemos delante cabecea—. Este se llama Tinta.

—¿Y el otro?

—Café.

Me quedo mirando al caballo marrón, del color de los granos de café.

—Son buenos nombres. —Me acerco un poco a Tinta, que tiene un ojo fijo en mí—. De pequeña quería ser amazona.

—¿Ah, sí? ¿Y ahora les tienes miedo?

Me encojo de hombros.

—A ver, de pequeña me gustaba la idea de montar a caballo, pero nunca estuve cerca de uno. Después crecí y me di cuenta de lo enormes que eran.

—Son gigantes, pero dóciles. —Da un paso a la derecha y acaricia el hocico de Tinta. Después extiende el brazo, me sujeta con delicadeza el antebrazo y me atrae hacia sí—. Acércate y acarícialo. No te morderá, ni te dará una coz, ni un pisotón, ni hará nada que pueda asustarte.

Tengo a Cooper justo detrás de mí. La cercanía de su cuerpo hace que me sienta segura. Muy despacio, titubeante, llevo la mano hacia el hocico de Tinta, justo donde lo estaba acariciando Cooper. De repente el caballo sacude la cabeza, me aparto de un brinco y dejo escapar un grito.

Oigo un «joder» tras golpear con la cabeza contra algo (o alguien). Me giro con rapidez y me encuentro a Cooper doblado sobre sí mismo cubriéndose la cara con las manos.

—¡Mierda! No sabes cuánto lo siento. —No dice nada. Su espalda sube y baja con cada respiración profunda—. ¿Estás bien?

Levanta un dedo para indicarme que le conceda un minuto.

—Coop, lo siento. —Le pongo la mano en el hombro.

—Estoy bien. Solo necesito un segundo.

Aprieto los labios y asiento con la cabeza, aunque ni siquiera me está mirando.

«Una manera estupenda de empezar a arreglar lo nuestro».

Cuando por fin se incorpora, tiene los ojos llorosos y le sangra la nariz.

—Mierda —murmuro—. Vale, espera aquí. Voy a por pañuelos o algo.

Durante lo que dura la carrera hasta el pequeño edificio donde tía Naomi ha instalado el centro de operaciones, me siento agradecida por haber tenido la audacia de ponerme las botas Frey de segunda mano, el tipo de calzado al que no le afecta un poco de heno y de tierra. Llego al edificio, cojo una caja de pañuelos de papel y vuelvo a salir a la carrera.

Cuando vuelvo al remolque, Cooper está terminando de disculparse con la gente por el retraso. Se acerca hasta mí taponándose la nariz.

Me señala los pies cubiertos de barro.

—Se te han estropeado las botas.

—No me preocupan las botas. En cuanto a tu nariz…

Saco tres pañuelos de la caja y se los paso.

—A mi nariz no le va a pasar nada —dice mientras coge los pañuelos.

Niego con la cabeza.

—De verdad que lo siento muchísimo.

—Por favor, deja de disculparte. —Se introduce un pañuelo en cada orificio de la nariz hasta que los tapona por completo y solo se alcanza a ver un poco de blanco en el exterior. Se me escapa una carcajada y Cooper sonríe—. Primero me golpeas la nariz y ahora te ríes de mí por sangrar. Joder, Mitchell. Eres despiadada.

—Per…

Me tapa la boca con un rápido gesto de su mano.

—No te atrevas.

Asiento con la cabeza y la retira.

—Supongo que tengo suerte de haberme puesto una camiseta negra.

Los dos desviamos la vista hacia la mancha oscura que se ha formado al utilizar la camiseta como pañuelo mientras esperaba a que regresara.

—De no haberlo hecho, podríamos haberle dicho a todo el mundo que se trataba de un paseo en un remolque embrujado.

Sonríe.

—Cierto. ¿Estás lista?

—Quizá sea mejor que me quede.

—No. —Me coge de la mano y tira de mí hacia la parte frontal del remolque—. Vamos a darle la vuelta a este día.

Me ayuda a subir al asiento que hay tras los caballos, después sube él y se sienta a mi lado. Anuncia a la gente que espera en el remolque a nuestra espalda que vamos a partir y toma las riendas.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces?

—¡Qué va! Esta es la primera vez que conduzco uno de estos trastos, pero seguro que salimos vivos de esta.

Me lo quedo mirando. Con los dos pañuelos y sobresaliendo de las fosas nasales y ensanchándoselas es difícil tomárselo en serio, pese a su expresión adusta.

—Deja de tomarme el pelo, Cooper Barnett.

Se echa a reír.

—Sé lo que hago. Llevo haciendo esto todos los años desde que cumplí los trece. Y antes de eso salía a montar con mi padre. Deja de preocuparte.

Me aferro a la barandilla que hay a mi lado.

—De acuerdo.

Cooper chasquea la lengua, tira de las riendas con suavidad contra los lomos de Tinta y Café, y emprendemos la marcha.

Los caballos tiran de nosotros por un camino bordeado de árboles. El suave repique de las pezuñas me hace sonreír mientras avanzamos bajo el dosel arbóreo rojizo, amarillo y naranja. Una brisa ligera peina los árboles provocando que las coloridas hojas caigan como lluvia a nuestro alrededor. Me echo a reír. Luego me giro hacia Cooper y veo que me está observando con una sonrisa.

—Pareces una niña pequeña.

—Qué va. De eso nada.

—Te sienta bien —comenta como si nada.

Me suben los colores al tiempo que le saco la lengua, y se le ensancha la sonrisa. Tengo que obligarme a apartar la mirada.

Cuando llegamos al huerto, Cooper ayuda a la gente a bajar del remolque. Cada cual se va por su lado en busca de las calabazas perfectas para la fiesta del tallado de mañana. En cuanto me percato de que una mujer trata de llevar dos calabazas ella sola, me acerco a ayudarla.

—Ya te llevo yo una —le digo mientras se la cojo.

—Muchísimas gracias —contesta la mujer.

La aviso de que la dejaré en el remolque, y después ayudo a una niña a escoger de entre las tres que ha seleccionado, y que son prácticamente idénticas, porque no se decide.

—¿Vas a llevarte una para mañana? —pregunta Cooper antes de que volvamos.

—Debería, sí.

Todos se suben al remolque mientras Cooper y yo damos una vuelta hasta que encuentro la calabaza perfecta: la que me inspira a

imaginarme el dibujo que voy a tallar en ella.

Cooper retuerce el gesto cuando la llevo de vuelta al remolque.

—De entre todas las calabazas que hay aquí, ¿por qué escoges una fea y llena de imperfecciones?

—Tendrás que esperar a mañana para averiguarlo —respondo mientras me subo al asiento.

—Qué misterio. —Toma las riendas de nuevo—. Supongo que no tengo más remedio que quedar contigo mañana.

Se me disparan los ojos hacia él. ¿Se está derritiendo por fin ese muro de hielo que había entre nosotros? ¿Me ha perdonado de verdad por haber desaparecido años atrás?

Procuro no tomármelo muy en serio. Miro al frente y contengo la sonrisa mientras él azuza a los caballos.

—Supongo que sí.

Cuando regresamos, Cooper se va a buscar hielo y a deshacerse de los pañuelos de papel sanguinolentos. Pasamos el resto del día haciendo viajes hasta el huerto de calabazas. Conforme van pasando las horas, disminuye la hinchazón de su nariz.

Al finalizar el último viaje, el sol está punto de ponerse y la temperatura ha bajado bastante.

—¿Necesitas que te ayude con algo? —le pregunto a Cooper mientras desengancha los caballos del remolque.

—Sí. Ven aquí. —Conduce a Tinta alrededor del remolque hasta colocarla al lado del asiento. Me acerco, pero guardando las distancias.

—Tienes que acercarte más para poder montar.

—¿Perdona? No me voy a subir a ese caballo. Me odia.

—Qué va a odiarte. Simplemente ha coincidido que se ha sacudido las moscas cuando ibas a acariciarlo. Esta es tu oportunidad de hacer realidad tu sueño de convertirte en amazona. O algo parecido.

Yo sostendré las riendas y caminaré a tu lado. Lo único que tienes que hacer es no caerte.

—No. De eso nada. Eso no va a ocurrir. He visto muchas películas y sé que si por casualidad hay algo que asuste a este ejemplar, soy mujer muerta.

Cooper se echa a reír.

—Vale, tú ganas. ¿Y si monto yo contigo? Solo un paseo por el sendero, ir y volver. —Me mordisqueo el interior de los carrillos mientras lo pienso—. No te voy a obligar. Si dices que no, lo dejo aquí mismo. Pero estoy seguro de que lo disfrutarías.

Montar a caballo con Cooper es una oportunidad de dar un paso adelante en nuestra amistad y olvidarnos de los errores que cometí. Además, recuerdo el calorcito que me recorrió de arriba abajo cuando me llevó a cuestas. Mentiría si dijera que no me tienta la idea de volver a estar tan cerca de él. Así que, dejando a un lado mi propia sensatez, digo:

—Vale. Hagámoslo.

Cooper sonríe lo bastante como para que aparezca el hoyuelo. Le brillan los ojos.

Lo sigo hasta el asiento y se monta en el enorme caballo. Coge las riendas y se desliza hacia delante sobre el lomo desnudo de Tinta, dejándome espacio para que monte detrás de él.

—Pasa la pierna por encima y agárrate a mí. —Me tiemblan las extremidades cuando me siento y me agarro a la parte trasera de su camiseta. Suelta las riendas, me coge las manos y las coloca en su cintura. —Me sentiría mejor si no dependieras de mi camiseta para evitar una caída.

—Entendido.

Todo mi cuerpo vibra con esa sensación electrificante que me produce estar tan cerca de él.

—¿Estás lista?

—La verdad es que no.

—No me voy a mover de aquí hasta que no estés lista.

—Está bien. Estoy todo lo preparada que puedo estar.

Asiente con la cabeza, aprieta las pantorrillas y nos ponemos en marcha. Dejo escapar un chillido y me agarro a él con más fuerza.

—¿Estás bien?

No me estoy cayendo y no me están pateando: estoy bien.

—¿Sí? —respondo, aunque suena menos convincente de lo que pretendía.

Avanzamos por el camino de gravilla hasta que Cooper gira a la izquierda en dirección al bosque.

—Estooo, ¿adónde vamos?

—A dar un paseo.

El bosque está repleto de pájaros que trinan, insectos que zumban y árboles que crujen bajo la susurrante brisa. Cierro los ojos para escuchar esa sinfonía relajante que jamás he oído en la ciudad.

Ni siquiera parece real.

Abro los ojos cuando oigo el fluir del agua. Cooper nos ha traído hasta un río orillado de árboles y maleza. Tinta avanza obediente, y nos conduce de vuelta a los establos.

—¿Cómo aprendiste a montar?

—Mi padre solía ayudar en esta granja cuando era más joven. Yo pasaba aquí todos los veranos con él. A excepción del que pasé contigo, ese año lo abandoné. En todo caso, fue él quien me enseñó. Ya no lo hago muy a menudo, más bien casi nunca.

—¿Por…?

—Nunca quise ser jinete —dice sonriéndome mientras me mira de soslayo. Se encoge de hombros—. Y empecé a estar ocupado con otras cosas.

—¿Como tu trabajo en el Gato Cafeinado?

—Sí, entre otras.

Cooper vuelve a girar a la izquierda y, en un minuto salimos del bosque y desembocamos en un campo lleno de flores silvestres que se encuentra en la parte trasera de la granja.

—Madre mía. Es precioso —exclamo.

—¿Es por eso por lo que me estás apretando tan fuerte? —me pregunta muerto de risa.

—Vaya. Lo siento.

Me aparto un poco para darle espacio. El cálido aire del otoño me parece más frío en las zonas de mi torso que ya no están en contacto con él.

—Si vuelves a pedirme perdón una vez más, te tiro del caballo.

Me echo a reír.

—Vale. Lo siento.

—¡Ellis!

—Me sale sin querer. No puedo evitarlo.

Apoyo la cabeza en su espalda cuando me río más fuerte. Su cuerpo vibra con su propia risa. Regresamos a los establos, donde un mozo se ha encargado ya de Café. Cooper se apea de Tinta y me ayuda a desmontar.

—Bueno, gracias por ayudarme a superar mi miedo irracional a los caballos.

—No hay de qué.

—Y de verdad que no siento en absoluto lo de tu nariz.

Se le forma un hoyuelo en la mejilla.

—Así me gusta.

Nos quedamos allí parados un instante. No hay nada más que decir. El día ha llegado a su fin. Pero no quiero marcharme…

—Nos vemos mañana, Mitchell.

Claro.

—Vale, sí. Nos vemos.

Salgo de los establos y recojo mi calabaza imperfecta del remolque. Después regreso al centro de operaciones de tía Naomi, donde mi madre me dijo que me esperaría al final del día. Y todo ese tiempo lo paso pensando que mañana veré a Cooper de nuevo.

Tal vez aún haya una esperanza para nuestra amistad.



Acabo de cenar y de recoger los platos cuando me vibra el teléfono en la mano. Me detengo en mitad de la escalera cuando veo que se ha iluminado el nombre de Cooper en la pantalla.

Cooper Verano: ¿Qué tal las piernas? ¿Alguna agujeta?

Le sonrío al teléfono.

Yo: ¿Me estás acosando?

Cooper verano: Nunca te habías subido a un caballo y hemos montado un buen rato. Además, estabas muy tensa. Creo que Tinta tiene las costillas magulladas. La lógica me dice que puede que te duela.

—¿Qué tal? —dice Sloane al pasar por la escalera. Levanto la cabeza, y la pillo mirándome y moviendo las cejas de forma

sugerente—. ¿Estás hablando con don Perrito Picante?

No puedo contener la risa.

—¿Don Perrito Picante? ¿De qué estás hablando?

El pelo le cae sobre la cara, ocultando sus mejillas sonrosadas.

—Perrito como un golden retiever. Ya sabes, porque mi madre describió a Jake como un «cachorrito indefenso». Y picante pues… por lo obvio. —Se mordisquea un poco el labio—. Tal vez sería mejor llamarlo Don Cachorrito Sexy.

Lanzo un resoplido.

—O también podemos llamarlo Jake.

Me vibra el teléfono.

Cooper Verano: ¿Vas a dejarme en «leído»? Ok, ya veo de qué va esto…

—Tengo que marcharme, prima.

Subo las escaleras corriendo, haciendo caso omiso de las agujetas que siento en las piernas e ignorando a Sloane, que grita a mis espalda:

—¡Dile «hola» a Jake de mi parte!

Yo: Lo siento. Estaba arrastrándome por las escaleras porque, efectivamente, mis piernas me odian.

Me tumbo en la cama y me mordisqueo las uñas mientras observo los puntos suspensivos que aparecen en la pantalla.

Cooper Verano: ¿Qué haces?

Aprieto los labios para contener la sonrisa: volvemos a mandarnos mensajes con naturalidad.

Yo: No sé. Igual me pongo una peli. Tía Naomi me trajo unos DVD. A no ser que quiera volver a ver Prácticamente magia, me toca elegir entre la versión de acción real que hicieron en los noventa de Las Tortugas Ninja, ¡Olvídate de mí! o El viaje de Chihiro.

Cooper Verano: Todas buenas opciones. Yo voto por ¡Olvídate de mí!

Yo: Pero es que es tan deprimente…

Cooper Verano: Es la peli perfecta.

Yo: No soy masoquista. Creo que me pondré Las Tortugas Ninja. Donatello está cañón.

Cooper Verano: Guau. LOL. Pones el listón muy alto.

Yo: Y tú ¿a qué te dedicas?

Cooper Verano: Me estoy quedando sobado.

Yo: No son ni las ocho.

Cooper verano: Bueno, hay quien se levanta a las cinco de la mañana para ir a trabajar al café, y encima le provocan una contusión mientras trabaja de voluntario en el huerto de calabazas.

Hago una mueca.

Yo: ¿Qué tal está tu nariz?

Cooper Verano: Bien. Solo intento que te sientas culpable.
Voy a acostarme ya. Solo quería ver qué tal estabas. ¿Nos vemos mañana?

Yo: Claro.

Cooper Verano: Que disfrutes de esa fiesta para los sentidos que es Donnie.

Me río a carcajadas.

Yo: Pienso hacerlo.

Cooper Verano: Buenas noches, Mitchell. Que no te muerdan las chinches.
Pero si capaces de morderte son, dales con un zapatón hasta que les

salga un chichón.

Sonrío al leer la rima infantil que solía escribirme años atrás, cuando era la última persona con la que hablaba cada noche.

Yo: Que duermas bien, Coop.

Capítulo trece



Al día siguiente el pueblo se reúne en la plaza para el tallado de la calabaza. El cielo se va cubriendo con un manto de nubes, y el sol del mediodía se transforma en un secreto bien guardado. En cada puesto hay manteles de plástico, bandejas de aluminio de usar y tirar, papel de cocina y también utensilios de tallado, pinturas y pinceles. Han instalado un par de altavoces y la música resuena en el cenador mientras las familias buscan un lugar donde instalarse con sus familiares y amigos.

—¿Quieres que el miércoles vayamos a comprar un vestido para el baile? —propone Sloane mientras nos dejamos caer en el mantel donde pusimos nuestras calabazas ayer por la noche—. Preeti y yo vamos a arriesgarnos a ir al centro comercial después de clase.

—Vale. Me parece bien.

No he vuelto a pensar en el baile desde que hablé con Jake el viernes, aunque supongo que necesitaré un vestido.

—Genial —dice mientras clava el cuchillo para tallar en la calabaza. Dibuja un círculo con él y tira de la raíz para retirar el

sombrero. Sigo sus pasos y clavo el filo dentado en la parte superior de la mía.

—Hola, Coop —saluda mirando por encima de mi hombro.

Casi me corto el dedo al oír su nombre.

—¿Estamos un poco nerviosas hoy? —pregunta Cooper a mi espalda.

—Pues deja de acercarte sigilosamente a la gente —murmuro sin darme la vuelta. No sé por qué de repente me siento inquieta en su presencia.

Después de los mensajes de anoche, mi cerebro se convirtió en un carrusel de ideas y sentimientos confusos que me llenaron el cuerpo de una energía infinita que necesitaba quemar desesperadamente.

En lugar de ver una película, me puse a rebuscar entre las cajas de ropa donada del desván. Descubrí una que estaba repleta de camisas de franela, que no es que sean el tipo de vestido camisero con el que suelo trabajar, pero cuyo diseño me resulta familiar.

Sin apenas darme cuenta, me puse a cortar el cuello, el canesú y las mangas de una camisa de cuadros blancos y negros, y los cosí al cuerpo de otra de cuadros azules y negros.

Me he puesto el vestido hoy, pues no me traje nada que me apetezca manchar de pulpa de calabaza. Me gusta más de lo que esperaba. La suavidad de la tela es muy distinta de los algodones más vastos con los que estoy acostumbrada a trabajar, y llevarlo puesto es una experiencia mucho más agradable de lo que pensaba. Ni que decir tiene que confeccionar una camisa es muchísimo más sencillo que tratar de desentrañar lo que siento por el chico que tengo sentado a mi lado ahora mismo.

Por fin me vuelvo a mirarlo y casi se me corta la respiración. Lleva unas gafas con montura de pasta negra que, no sé muy bien cómo, hacen que resulte aún más irresistible. ¿Desde cuándo me ponen las

gafas?

Me lanza una galleta verde al regazo. Suelto el cuchillo de tallado y la cojo para examinarla, básicamente porque necesito apartar la vista de él.

—¿Eso son cereales Fruity Pebbles? —pregunto al percatarme de los cereales de arroz inflado de colores que la recubren.

—Así es. —Me muestra un café para llevar del Gato Cafeinado—. Y un *latte* de la cosecha.

—¿Es para mí? —digo sorprendida.

Se encoge de hombros.

—A no ser que no lo quieras…

—Pues claro que lo quiero —afirmo arrebatándole el *latte*—. ¿A qué viene esto? ¿Acabas de salir de trabajar o algo así?

A Cooper se le ponen coloradas hasta la punta de las orejas.

—Estooo, sí, claro.

—¿Y bien? ¿Dónde está el mío? —pregunta Sloane.

—Había quedado con Ellis en venir a averiguar lo que iba a tallar en esta calabaza tan fea, pero no estaba seguro de que tú fueras a estar aquí.

Sloane frunce los labios.

—Y dónde iba a estar si no…

—Con Asher —contestamos Cooper y yo al unísono. Nos miramos y nos echamos a reír.

Sloane se pone colorada y masculla:

—He quedado con él dentro de una hora.

—A eso me refería. ¿Quieres que me acerque y te traiga algo?

Sloane suspira.

—No. No pasa nada.

Mete la mano en la calabaza y le saca la carne, que coloca en la bandeja.

Le acerco la galleta verde para que le dé un mordisco, ya que tiene las manos pegajosas, y me sonríe con la boca llena mientras mastica. Después la muerdo yo. Una explosión de dulzor mezcla de azúcar y ¿cerezas? me estalla en la lengua.

—Madre mía. Cereales Fruity Pebbles y cerezas. ¿Qué clase de mezcla es esta, tan rara y tan sublime?

—¿Cuál te gusta más, la roja o la verde?

—¿Cómo te atreves a hacerme elegir? Eso es una crueldad.

—¿Has probado ya la de limón? —pregunta Sloane.

—¡Qué va! ¿Dónde está mi galleta de limón?

Cooper se echa a reír.

—Ya veré qué puedo hacer al respecto.

—Por cierto, ¿dónde está tu calabaza? —le digo mientras mastico lo que queda de galleta.

Señala a mi derecha con un movimiento de cabeza, y veo a Chloe, sentada con Caracol y Jake.

—¿Por qué no te unes a nosotros? Sloane, tú también puedes venir, claro.

Mi prima se me queda mirando a la espera de ver qué decido. La verdad es que no tengo ningunas ganas de ver a Chloe y a Cooper juntos y acaramelados, aunque me niego a profundizar en el motivo. Por otro lado, si me uno a ellos no me quedaré sola cuando se marche Sloane.

—Vale.

Cooper recoge mi bandeja.

—Vosotras llevad las calabazas. Ya cojo yo el resto.

Mi prima y yo nos acercamos al grupo mientras Cooper nos sigue con las bandejas, las herramientas y mi *latte*.

—¡Ellis! —grita Jake cuando nos ve acercarnos. Da unos golpecitos a su lado—. Siéntate conmigo.

Le echo una mirada a Sloane, que me guiña un ojo. Pongo los ojos en blanco justo antes de pillar a Cooper observándonos. Dejo mi calabaza en el mantel de plástico y le cojo el *latte* a Cooper.

—Gracias.

Me siento junto a Jake. Cooper deposita nuestras bandejas y se sienta a mi lado, de modo que queda entre Chloe y yo.

—Entonces ¿vas a ir al baile con Jake? —pregunta Chloe mientras se inclina para sortear a Cooper—. ¡Qué valiente!

—¿Qué quieres decir con eso? —replica Jake.

—Quiero decir que eres inagotable. —Chloe se pone colorada—. Y no lo digo en el sentido que estás pensando.

Jake sonríe.

—Pues claro que no. Para eso tendría que ser insaciable.

Chloe se mofa de la idea mientras Caracol se ríe a su vez.

—Te deseo suerte, Ellis —dice Chloe mientras vuelve a su sitio e introduce el pincel en la pintura roja.

Termino de tallar el agujero en la parte superior de la calabaza, aparto el sombrero y le extraigo la carne.

—Te manejas como si fueras una experta —comenta Jake.

Me encojo de hombros.

—No es mi primer rodeo.

Se ríe.

—¿Ah, no? ¿Has asistido a muchas fiestas del tallado de calabazas en Nueva York?

—A ninguna. Pero siempre tuve como objetivo que mi calabaza fuera la mejor de todas las que lucían en los porches de la ciudad.

Jake enarca las cejas.

—Así que competías con gente que ni siquiera sabía que había una competición.

—Efectivamente.

—Eso tiene sentido —concluye Jake con una sonrisa—. ¿Y estamos compitiendo ahora?

Me lo quedo mirando.

—Pues claro.

Cooper se ríe a mi derecha.

—A mí se me da fatal tallar calabazas, así que no contéis conmigo.

—Te pondría a parir ahora mismo por retirarte, pero voy a dejarlo pasar porque me has traído café.

—Que es el único motivo por el que lo he hecho —afirma, al tiempo que Chloe se inclina hacia delante y observa mi *latte* de la cosecha.

Pasamos los siguientes cuarenta y cinco minutos tallando las calabazas y hablando de las clases y de las fiestas que están a punto de celebrarse, y de las cuales no sé nada. Al final Sloane se marcha a buscar a Asher y todos los demás acaban sus calabazas. Se me quedan mirando mientras le doy los últimos retoques a mi creación. Cuando se la muestro, se quedan sin aliento, provocándome una descarga de dopamina.

—Pero ¡qué narices!… ¿Cómo lo has hecho? —pregunta Caracol mientras mira embobado el manzano que he tallado en la calabaza.

Jake acerca la mano y recorre el contorno con los dedos.

—¡Has utilizado el maldito tallo de la calabaza como si fuera el tronco del árbol! Eso es propio de un genio…

Me río.

—No te pases.

Cooper sonríe.

—No bromeabas cuando dijiste que se te daba bien. —Se fija en las imperfecciones de la calabaza—. Has usado lo que parecen verrugas para hacer las copas de los árboles, dándole un toque tridimensional.

—Claro.

—Nunca pensé que diría esto pero… Jake tiene razón —reconoce Chloe—. Eres un genio.

Cooper me mira con los ojos entreabiertos como si estuviera reflexionando sobre algo. Y por fin dice:

—Vale, genia. Ahora hazme a mí.

Lo miro con las cejas enarcadas.

—¿Qué?

—¡Espera un momento! —interrumpe Jake. Desliza su calabaza hasta mí y le da la vuelta ofreciéndome la parte que está sin tallar.

—Si sabes tallar a gente, hazme a mí.

Niego con la cabeza.

—Chicos, jamás he tallado a una persona; solo personajes como vampiros o la criatura de Frankenstein. Pero nunca a nadie en concreto.

Cooper se inclina hacia delante y ladea la cabeza.

—A ver, ¿acaso Ellis Mitchell está rajándose ante un reto?

Me cruzo de brazos. Ya sé que se está mofando de mí, sé que me ha lanzado el anzuelo. Pero ¡qué narices!, está funcionando. Me están entrando ganas de intentarlo.

—Pásame tu calabaza —le pido.

Chloe se echa a reír al ver la amplia sonrisa que exhibe el semblante de Cooper.

—Pero si tienes mi calabaza justo delante —comenta Jake señalando hacia ella.

—Lo siento, Jakey, esto funciona por orden de llegada, y Cooper me lo ha pedido primero. —Jake finge que hace pucheros y le doy unas palmaditas de consolación en la pierna—. Hago la tuya después. No te preocupes.

—Ya, seguro que sí —protesta.

Cooper toma la calabaza de Caracol y me la pone enfrente.

—La mía está llena de pintura. Coge esta.

Hay un brote nudoso y grande en el centro de la parte de la calabaza que está sin tallar.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto?

—¡Oye! —protesta Caracol mirando su calabaza, donde ha tallado dos triángulos para los ojos y un rectángulo para la boca—. Esa es mi obra maestra.

—No te preocupes—le digo al tiempo que la examino, mientras hago girar los engranajes de mi cerebro—. No voy a tocar esa parte. Podrás exhibir tu tallado. Nadie querrá ver la cara de Cooper más de lo necesario —bromeo.

Todos se ríen mientras cojo el cuchillo de tallar.

—Si me estuvieras tallando a mí, no tendrías que preocuparte por eso —murmura Jake. Le doy un leve codazo en las costillas y me responde con una sonrisa juguetona y arrogante.

En cuanto me vuelvo, sorprendo a Cooper observándonos. Le lanzo una mirada pícara, porque ya se me ha ocurrido lo que voy a hacer.

El cielo está cada vez más encapotado. Una hora más tarde, la gente a nuestro alrededor empieza a recoger las bandejas y los manteles de plástico para llevarlos al cenador.

—¿Has terminado ya? —pregunta Jake suspirando exageradamente. Está tumbado a mi lado con las manos debajo de la cabeza. Chloe y Caracol están junto a él y discuten acaloradamente sobre la última canción de batalla que han lanzado dos raperos.

Y Cooper está sentado justo frente a mí. Sé que trata de ayudar, de estar disponible por si necesito una referencia. Aunque ese no es el caso, porque durante estas tres últimas semanas lo he estado

mirando más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Lo cierto es que me está distrayendo. Incluso cuando me centro en la calabaza, noto sus ojos puestos en mí; esa mirada suya, tierna y penetrante, hace que me hierva la sangre y que me ruborice. Es todo un milagro que aún conserve los diez dedos…

—Casi —le respondo a Jake—. Pásame un trozo de papel de cocina, Coop.

Cooper me pasa el rollo. Cojo dos trozos, los unto ligeramente con un poco de pintura roja y los utilizo para darle los últimos retoques antes de admirar mi creación: esto sí que es una obra maestra.

—Vale —digo apretando los labios para no estropear la sorpresa con mi risa.

Giro la calabaza para mostrársela a los demás.

Jake, Caracol y Chloe se la quedan mirando fijamente, confusos; sin embargo Cooper estalla en una sonora carcajada. Se la ha provocado el chiste que encierra, y que solo los dos entendemos y, madre mía, qué bien sienta haber sido yo la causante de esa risa.

Chloe nos mira a nosotros y luego la calabaza. Ladea la cabeza.

—Creo que me estoy perdiendo algo…

Caracol se rasca la barbilla.

—Ya. Está claro que es Cooper, pero ¿qué pinta ahí ese pañuelo de papel?

—El brote nudoso… —dice Cooper entre carcajada y carcajada. Tiene lágrimas en los ojos mientras observa los dos trozos de papel que le salen de los orificios que he creado— es mi nariz hinchada y sanguinolenta.

—Sigo sin entenderlo —admite Jake.

Es la peor calabaza que he hecho en mi vida. Sin embargo, he logrado tallar con solvencia el pelo de Cooper, y el hoyuelo que le he puesto en la mejilla izquierda lo identifica con claridad. También creo

haber plasmado a la perfección sus magnéticos ojos.

Su risa es contagiosa y, en menos de nada, estamos los dos tan ocupados partiéndonos de risa que no nos damos cuenta de que ha empezado a llover.

En cuestión de segundos el cielo se abre completamente y descarga sobre nuestras cabezas. Los escasos lugareños que quedan corren frenéticamente hacia el cenador, pero la lluvia cae en horizontal por culpa del viento y todo el que se ha refugiado allí se está poniendo como una sopa.

Chloe coge a Cooper de la mano y tira de él en dirección al Gato Cafeinado.

—¡Corre! Vamos a resguardarnos al café.

Cooper se gira hacia mí y sostenemos la mirada. Está a punto de decirme algo cuando Jake me coge de la mano.

—Tengo el coche ahí al lado. Podemos esperar allí hasta que pase.

Cooper se queda mirando a Jake. Finalmente se da la vuelta y echa a correr. Caracol los sigue más despacio con su calabaza a cuestas.

Echo una última mirada atrás mientras Jake tira de mí hacia su coche. Cooper está casi en la mitad del césped con Chloe, de la mano, dándome la espalda.

No debería importarme. Tampoco es que esté buscando salir con alguien. Y aunque así fuera, Cooper tampoco es que me guste especialmente. Entonces ¿por qué me importa tanto no esperar con él a que pase la tormenta?

Capítulo catorce



Esa misma tarde, cuando vuelve mi madre del trabajo, yo ya me he dado la ducha más caliente de mi vida, me he puesto unos pantalones de chándal y una sudadera holgada, y estoy enterrada en el desván bajo cinco mantas de invierno. Estoy viendo *Prácticamente magia* por tercera vez mientras bosquejo el diseño de un vestido inspirado en el estilismo de los noventa que tan perfectamente capturó esta película: es largo, de color negro con el escote drapeado, la espalda baja y tirantes de cordón. La oigo subir por las escaleras.

—Hola. ¿Qué tal la fiesta del tallado de la calabaza? —pregunta al entrar con su uniforme de la tienda de manualidades: pantalones negros y una camiseta amarilla, donde se lee ART ATTACK en letras mayúsculas.

Esperé sentada en el coche de Jake treinta minutos hasta que revisamos el parte meteorológico y decidimos que estábamos perdiendo el tiempo. Después de enfrentarnos a la tormenta para recoger nuestras calabazas, me preguntó si quería ir al cine con él,

pero estaba empapada y muerta de frío. Lo único que quería era echarme en la cama.

—Estuvo bien hasta que nos echó la lluvia.

—He visto tu calabaza abajo. —Se sienta a los pies de la cama—. Ese árbol es una maravilla. Creo que podría ser lo mejor que has hecho hasta ahora.

—Gracias.

Caracol se llevó su calabaza a casa pero, aun así, no puedo evitar esbozar una sonrisa al recordar a Cooper casi llorando de la risa por nuestro chiste privado. Esa es la calabaza que pasará a la historia como la mejor que he hecho. Por lo menos en lo que a mí respecta.

Mi madre le echa un vistazo a mi cuaderno de bosquejos por encima del hombro, pero lo cierro de golpe. Todavía no estoy lista para enseñarle a nadie lo que he estado diseñando. Me aterra que cualquier comentario negativo consiga explotar esa burbuja de creatividad que me envuelve desde que he llegado aquí.

Me sonríe y dice:

—Me encanta verte bosquejar de nuevo.

Diseñar y coser ropa fue siempre mi forma de escapar del peso del día a día, pero dejé de tener tiempo para evadirme. Y cuando lo encontraba, papá me recordaba que la moda era una pérdida de tiempo. Sin embargo, me encojo de hombros como si no tuviera la menor importancia y señalo la tele con la cabeza.

—Supongo que he dado con una buena fuente de inspiración.

Mi madre se gira y mira la pantalla.

—*¿Prácticamente magia?* ¿Sabes qué? Esas hermanas siempre me recordaron a Naomi y a mí.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál eras tú de las dos?

Esboza una sonrisa melancólica.

—A ver si lo adivinas. —Se levanta de la cama—. Buenas noches,

cariño.

El sonido de sus pasos se oye cada vez más lejano en las escaleras. Antes de que haya descendido del todo, sé sin lugar a dudas con qué hermana se identifica ella: con la que se marchó del pueblo y se enamoró del tío equivocado.



Cuando entro en la clase de Cálculo, me encuentro una galleta en el pupitre donde suelo sentarme. Me imagino que alguien me ha quitado el sitio y me acomodo en el de detrás. Pero al sacar mi cuaderno, observo que en el envoltorio transparente de la galleta hay una pegatina donde alguien ha garabateado «Ellis». Paseo la mirada por la clase mientras recupero mi pupitre habitual. Cooper está sentado de medio lado en su sitio, y escucha atentamente la anécdota que Chloe está contando la mar de animada.

La señora Hanby entra en clase, y mientras se prepara para empezar la lección, corto un pedacito de galleta amarilla y me la lanzo a la boca: limón. Me río para mis adentros.

Me giro para mirar a Cooper, que se está riendo mientras les dice algo a sus amigos, sin percatarse de que he descubierto la galleta. Pero tiene que ser de él.

¿Qué significa que no pare de ofrecerme galletas? ¿Quiero que signifique algo? ¿Significa algo para mí? ¿Le estoy dando demasiadas vueltas? Tal vez una galleta sea solo eso: una galleta.

—¿Ellis? —dice la señora Hanby.

Me centro en ella.

—¿Sí?

Me sonríe.

—Te he pedido que salgas a resolver esto.

Me ruborizo.

—Ah, claro.

Me libro de mis pensamientos. Y de mis sentimientos. Porque, claro está, las galletas me distraen.



Sloane tiene clase de Teatro después del instituto, así que me arrebujo en la chaqueta y cruzo las puertas dobles de la entrada. Cuanto más intenso se vuelve el follaje, más ganas tengo de estar en el exterior. Hoy hace un día luminoso, aunque el ambiente es frío. Me recuesto sobre el ancho tronco de un árbol a bosquejar cuando una sombra se cierne sobre mí. Hago visera con la mano, miro hacia arriba, y me encuentro con el rostro de Cooper.

—Hazme un hueco.

Me muevo en dirección a la enorme raíz que sale del árbol. Cooper se sienta, apretujándose en el pequeño hueco que ha quedado a mi lado, junto a otra raíz que hay a la derecha.

—¿Qué haces? —pregunta señalando con la cabeza mi cuaderno de bosquejar.

—Los deberes.

—¿De qué?

Aparto la vista.

—De Francés.

—Chloe dice que nunca os ponen deberes en Francés.

Me lo quedo mirando, y al instante me atrapa con la mirada. Enarca sus pobladas cejas, sabedor de que estoy mintiendo.

—¿Qué andas dibujando siempre en ese cuaderno, Mitchell?

—Nada.

Está tan cerca de mí que tengo que esforzarme para no perderme

en la nube de pecas que pueblan su nariz y sus mejillas, para no alzar la mano y acariciárselas con los dedos.

«¿Qué narices me pasa?».

Acerca la mano y me quita el cuaderno con suavidad, como brindándome la oportunidad de decirle que no se meta donde no le llaman. Sin embargo, lo suelto y dejo que lo coja porque, por algún motivo, confío en él. Confío en que no me destrozará.

Espero con la vista fija en la verde hierba salpicada de hojas y en los alumnos rezagados que aún quedan en el aparcamiento, mientras Cooper hojea mi cuaderno. El corazón me martillea el pecho.

—Ellis, estos diseños… —Contengo el aliento y me giro hacia él, que está negando con la cabeza mientras los observa—. Son increíbles. —Él también se vuelve y me comenta—: No sabía que diseñaras ropa.

Me encojo de hombros.

—Lo hago de vez en cuando para entretenerme.

—Tienes muchísimo talento —exclama mirándome a los ojos.

—Gracias —musito agachando la cabeza, aturdida por el cumplido.

Señala uno de los diseños: la camisa confeccionada con distintas piezas de cuadros escoceses que llevé el día de la talla de calabazas.

—¿También coses?

—Bueno, solo a veces. Aprendí a coser por mi cuenta mientras terminaba la primaria. Cuando empecé el instituto me gustaba mucho coser, pero después…

—Ya no tenías tiempo.

—Eso.

Vuelve a mirar el cuaderno y asiente con la cabeza como si estuviera decepcionado. A continuación señala el vestido negro que dibujé el fin de semana pasado.

—¿Y qué hay de este?

—La verdad es que nunca he cosido un vestido de la nada. Suelo partir de camisas ya confeccionadas. Aunque he visto *Prácticamente magia* tantas veces en los últimos días que no puedo sacarme de la cabeza el vestuario de Nicole Kidman, así que lo dibujé a modo de pasatiempo.

Me mira a los ojos, y su voz suena totalmente sincera cuando me dice:

—Es perfecto.

—Gracias —le digo ruborizándome.

—Deberías confeccionarlo.

Enarco las cejas.

—¿Tú crees? Es decir, tampoco es que tenga un motivo. ¿Dónde iba a llevar algo así?

—No sé, pero aunque solo te lo pusieras en casa de Naomi, merecería la pena. Este vestido tiene que existir.

La intensidad de su mirada me quema las mejillas. Miro hacia otro lado. De repente me siento azorada. Expuesta. Como si él me viera de verdad.

—¿Tú crees?

—Estoy segurísimo. Hazlo.

Paso los dedos por el diseño bosquejado. Tal vez lo haga…

Capítulo quince



El viernes siguiente por la tarde suena el teléfono. Tras dos semanas enteras empleando cada minuto libre del que dispongo en coser el vestido negro, acabo de terminarlo. Tengo la intención de llevarlo al baile de mañana por la noche, sobre todo porque cancelé la visita al centro comercial con Sloane la semana pasada para poder empezar a confeccionarlo.

Ha quedado mejor de lo que me habría imaginado: es atrevido y precioso. Está hecho de un tejido que imita la seda, se ajusta perfectamente a cada una de mis curvas e incluye detalles de encaje, que le aportan una elegancia singular. La verdad, es alucinante, y me muero de ganas de enseñárselo a Fern.

Cojo el teléfono del diminuto vestidor a la espera de ver su nombre en la pantalla, porque es la única que me llama. Pero es papá.

Respondo al instante.

—¡Papá!

—¿Qué tal, Ellis? —Suena optimista. Feliz. No es que desee que

esté deprimido, pero no debería sentirse así sin mamá ni sin mí.

—Llevo dos semanas intentando hablar contigo.

—Lo sé. Lo siento. He estado demasiado ocupado.

«Demasiado ocupado para tu propia hija». Eso me lo callo.

—Lo entiendo. —Me siento en el canto de la cama y procuro sonar natural cuando le digo—: A ver, cuéntamelo todo. He oído que hay una chica nueva en prácticas.

—Así es. Lo hace bien. Lo ha aprendido todo enseguida. A Edward le gusta.

—¿Ya ha conocido al señor Street?

Yo tardé meses en conocerlo.

—Sí. —Papá carraspea—. Comimos juntos la semana pasada.

—¡Vaya! Qué… bien —exclamo con la voz entrecortada.

—Vamos, Ellis. No te dejes llevar por las emociones.

—¿Qué? ¡No lo estoy haciendo! —Claro que sí. Por supuestísimo que me estoy dejando llevar. Esa chica está ocupando mi puesto—. Pero ¿no dijiste que me reservarías las prácticas?

—Seguirá habiendo algo para ti cuando vuelvas, no te preocupes. —Se oye un ruido de papeles al otro lado del teléfono—. En cualquier caso te llamaba por otro motivo.

Por lo visto, llamar para saludarme y ver cómo estoy no es bastante.

Aaarg. Trato de sacudirme de encima la negatividad de un plumazo. Odio estar enfadada con él.

—Me encontré por casualidad con Justin Erikson, un viejo amigo de la universidad. Resulta que forma parte del comité de admisiones de Columbia. Se lo conté todo sobre ti y dijo que estaría encantado de hablar contigo. Le dije que ibas al instituto en Connecticut y que sería complicado que te desplazaras durante la semana, pero aceptó quedar contigo este sábado por la tarde.

—¿Te refieres a mañana?

—Claro. ¿Te viene bien? —pregunta.

Noto una creciente ansiedad en la boca del estómago, como me sucede siempre que me pongo a trabajar en la solicitud de Columbia. La angustia va en aumento, hasta que ya no puedo oír a mi padre, porque el corazón me late en los oídos.

—¿Estás ahí?

—Estooo… Sí, suena genial —le digo. Cierro los ojos con fuerza y me masajeo las sienes aplicando movimientos circulares—. ¿Tengo que llevar algo?

—No te vendría mal tener tu currículo a mano. Ve preparada para hablar de todo lo que has incluido en él: las notas, tus logros, los trabajos, y otros compromisos que tengas. No es una entrevista de admisiones, pero sí que causarás una primera impresión, así que asegúrate de que sea buena.

«Sin presión».

—Vale. Suena bien. ¿Lo sabe mamá?

—Yo la llamo y se lo cuento. Voy a pasarle tu correo electrónico a Justin para que podáis convenir la hora y el lugar de la reunión.

—Vale. Gracias, papá. ¿Qué te parece si luego pedimos una pizza y me cuentas todo lo que ha ocurrido en Street Media? He oído por ahí que andas reuniéndote a menudo con el señor Gableman.

—Claro —dice sin comprometerse—. Ahora tengo que colgar.

—Ah, vale.

No me ha hecho ni una sola pregunta sobre mi vida aquí; sobre qué tal me va en el instituto; sobre si tengo algún amigo; sobre si formo parte del periódico escolar, que no existe. Nada. Sin embargo, sigue preocupándose por mí, y siempre podremos hablar de todos esos temas mañana por la noche.

—Nos vemos el fin de semana. Te quiero, Ellie Belly.

—Te quiero.

La llamada se interrumpe y vuelvo a dejar el móvil en el vestidor. Me dejo caer en la cama.

El vestido para el baile me mira desde su percha colgada del riel de la cortina como recordatorio de que tengo que cancelar mis planes con Jake.

Capítulo dieciséis



Unas horas después, voy vestida con unos *leggins*, calcetines azules hasta las rodillas y una camiseta de fútbol americano del instituto. Me he hecho unas trenzas rematadas por unos enormes lazos azules y Sloane me está pintando la cara de negro y azul.

—Y ya estás lista —anuncia dando un paso atrás. Lleva un conjunto a juego con el mío.

Pintarme toda la cara fue lo último a lo que accedí.

El espejo de la habitación de Sloane me devuelve mi reflejo, y no sé si estoy mona o ridícula. En un lado de la cara llevo pintado el número de la camiseta de Jake; en el otro, «¡Vamos BF!».

—¿Estás segura de que es normal ir así por un partido de fútbol? —le pregunto.

—Amiga, esto no es nada —dice Sloane—. El resto de los aficionados van a lograr que nos avergoncemos, ya lo verás.

Se oye el claxon en el exterior. Mi prima coge su bolso y me sonríe.

—¡Ha llegado la hora!

Sigo a una Sloane efervescente por las escaleras. Cuando llegamos abajo, mi madre se lleva la mano a la boca.

—¿Quién me iba a decir a mí que iba a verte así? Te miro y no me lo creo. Ellis acudiendo a un partido de fútbol. Que alguien me pellizque.

—Tiene que apoyar a Jakey —dice Sloane moviendo las cejas sugerentemente.

—Dejadlo ya.

Jake se pasó toda la semana suplicándome que fuera a ver el partido. Supuse que no habría nada de malo en ello. Al fin y al cabo Sloane también iba a ir. Reconozco que me alegró ver a Jake feliz cuando le confirmé que estaría allí, pero no lo hago por él. ¿Por qué todo el mundo se empeña en que surja la chispa entre nosotros? Para mí no hay nada de eso.

El claxon vuelve a sonar.

—Tenemos que marcharnos —dice Sloane tirándome del brazo.

Nos calzamos y trotamos hasta la furgoneta de Cooper. Hace demasiado frío para llevar solo la camiseta, pero Sloane ha insistido en que eso dará igual en cuanto lleguemos al estadio.

—Subid —nos indica Chloe desde el asiento trasero de la furgoneta. Lleva la melena rubia recogida en dos trenzas de raíz rematadas por unos lazos negros, y viste un top deportivo azul, pantalones cortos azules de elastano y calcetines también azules con rayas blancas hasta la rodilla. Lleva escrito «Bramble Falls» en la tripa, el número de equipo de Caracol en una mejilla y un número que no sé a quién pertenece en la otra. Por alguna razón, su aspecto no resulta ridículo, sino que se la ve imponente y atlética.

Una vez nos hemos montado en la furgoneta con los otros cuatro forofos que ya había pasado a buscar, Cooper nos grita que nos agarremos y se pone rumbo al instituto.

La energía que bulle en el estadio resulta electrizante. Cuando llevan tan solo unos minutos de partido, empiezo a chillar y a animar, pese a no tener ni idea de lo que está ocurriendo, solo porque es contagioso. Me fijo en Sloane, Hannah y Preeti, que están a mi derecha, para evitar mirar a Cooper, que está a mi izquierda. Si lo mirara, podría acabar cometiendo alguna estupidez, como tocarlo.

Ha tenido la osadía de presentarse desnudo de cintura para arriba. Lleva pintado un balón de fútbol en el pecho y se ha escrito «Bramble Falls» en los abdominales. Además, por si eso no bastara, se ha puesto una gorra de Bramble Falls del revés cubriendo su sedoso pelo, se ha pintado unas rayas negras en ambas mejillas y lleva unos pantalones de baloncesto azules. Lo que quiero decir es que debería estar prohibido estar así de bueno…

Algo ha ocurrido en el campo, porque todas las filas de seguidores se han puesto a lanzar vítores. Cooper me coge de la mano y levanta mis brazos y los suyos mientras grita a los jugadores. Chloe lo agarra de la otra mano y empieza a dar botes y a vociferar.

Ya me aclaró que no había nada entre ellos, pero siempre están juntos y hacen buena pareja. Estoy convencida de que aquí hay algo más.

—A ver, Mitchell. ¿Estás preparada para liderar el cántico? —dice Cooper, inclinándose hacia mí.

—Va a ser que no.

—¡Vamos! Solo tienes que volverte hacia la gente y gritar: «¡Bramble Falls, démosles lo suyo!». Y ellos ya sabrán cómo seguir.

—¡Déjate llevar, Ellis! —grita Sloane por encima del bullicio.

Suelto un gruñido.

—Está bien.

Me vuelvo para situarme de cara a las extensas gradas abarrotadas de gente.

—Espera.

Cooper se gira y se pone de rodillas.

—¿Qué haces?

Me niego a saltar a su espalda desnuda.

—Eres demasiado bajita. No se te oirá con toda esta gente, sobre todo si gritas así.

—Entonces ¿por qué no inicias tú el cántico?

Se da la vuelta y me mira directamente a los ojos.

—Ellis, súbete. Deja de ponerlo todo tan difícil. —Suspiro, pero acabo poniéndole las manos encima de los hombros y me empuja hacia arriba. Se vuelve hacia el numeroso público lleno de espectadores emocionados—. Grita todo lo que puedas.

Coloco las manos a ambos lados de la boca. El subidón de adrenalina me dispara el corazón a mil por hora.

—¡Bramble Falls! —grito tanto como puedo. La gente a mi alrededor se vuelve a mirarme—. ¡Démosles lo suyo!

La zona de la grada donde se sientan los seguidores de Bramble Falls responde al unísono:

—¡Blanca y azul! ¡Siempre ganadora!

Todo el mundo está dando patadas en las gradas, que tiemblan. Grito a pleno pulmón y me aferro con fuerza a Cooper, que también patalea. Me río a carcajadas cuando me percato de que Chloe nos está observando con una expresión que no soy capaz de desentrañar. Nuestras miradas se encuentran y me sonríe.

—¡Ay, mi madre! —chilla Sloane mientras señala el terreno de juego.

—No tengo ni la menor idea de fútbol, pero hasta yo me doy cuenta de que Jake está corriendo con el balón hacia la línea final, a toda pastilla, sorteando a los defensas.

Me pongo tensa en cuanto comprendo que está a punto de

marcar.

«¡Vamos!», murmuro para mis adentros.

Cooper me aprieta las pantorrillas como si me hubiera oído, y yo me aferro a él con más fuerza si cabe. Jamás me habría imaginado que el deporte pudiera ser tan estresante.

La multitud estalla cuando Jake se adentra en la zona final y nos pone en cabeza. Sloane se ríe mientras yo grito:

—¡Toma ya!

Sus compañeros de equipo le dan golpes en las hombreras y tratan de hacer chocar sus cascos contra el de él: una forma bastante peculiar de mostrar su apoyo que solo existe en el fútbol, creo. Sin embargo, él no cesa de mirar hacia las gradas.

Y entonces me localiza. Me mira a los ojos, me sonríe y me señala con el dedo. Tras lo cual, levanta las manos formando un corazón con ellas.

—Ay, Dios mío —dice Sloane conforme va creciendo la intensidad de las ovaciones.

Me lo tomo a broma, pues sé que se está refiriendo a Taylor, a quien nombró la primera vez que me invitó a venir a un partido. Es todo un *swiftie*. Me suelto de los hombros de Cooper y le devuelvo el corazón. En respuesta, él sonríe con más ganas antes de correr hacia la línea lateral.

Cooper se agacha. Supongo que ha llegado la hora de bajarme.

En cuanto pongo los pies en el suelo, Sloane me dice al oído:

—Así que no había nada…

—No lo hay.

—Pero si acabáis de montar un numerito delante de todo el estadio —replica.

—Es una broma entre nosotros, nada más.

Durante el resto del partido seguimos animando, riéndonos y

pasándolo bien; no obstante, el ánimo de Cooper parece haber caído en picado. Más tarde, cuando vamos de camino a la furgoneta, le doy un toquecito con el cuerpo.

—¿Estás bien?

Se me queda mirando.

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Me encojo de hombros.

—No sé. Pareces algo distraído.

Frunce el entrecejo y por fin me sonríe, atacándome con su hoyuelo.

—Todo bien, Mitchell.

—Vale.

Me siento en la parte trasera de la furgoneta y Chloe se acomoda delante con Cooper. Salimos del aparcamiento y nos dirigimos a la cafetería mientras procuro no pensar en la poca gracia que me hace ir sentada ahí.

Capítulo diecisiete



Cuando llegamos a la cafetería ya está abarrotada y tenemos que esperar veinte minutos hasta encontrar mesa para ocho. Otros diez minutos más tarde, se presentan allí Jake y Caracol duchados y sonrientes, recién llegados del victorioso partido. Sloane se ha asegurado de que quedara libre el asiento justo al lado del mío, donde se sienta Jake.

Seguro que esa era su intención.

—Bueno, ¿qué? ¿Ha sido tan terrible como esperabas tu primer partido de fútbol? —me pregunta.

—Si te soy sincera no me he enterado de nada de lo que ha ocurrido en el terreno de juego, pero me lo he pasado bien.

—Ya lo sabía. —Toma un sorbo de mi batido—. Has elegido un buen primer partido. El de bienvenida es siempre un bombazo.

Le dedico una sonrisa, pero pierde luminosidad al recordar que tengo que contarle lo del baile. Parece una mala decisión decírselo ahora, porque le arruinaré el subidón de la victoria, pero ¿mejoraría en algo si lo dejo para el final de la velada? Si se lo cuento ahora, al

menos podrá deshacerse del mal rollo con los amigos. No hay una opción buena.

Suspiro, intentando despojarme del resentimiento que siento hacia mi padre por haberme puesto en esta situación.

—En cuanto al baile…

—No sé qué pensar de ese tono. —Sonríe y prosigue medio en broma—: ¿Te estás echando atrás?

Me lo quedo mirando fijamente.

—Vaya. —Se le borra la sonrisa de la cara y se pasa la mano por el pelo mojado—. Vale. Ok.

—Lo siento muchísimo, Jake. Me ha surgido una oportunidad verdaderamente importante. Me ha llamado antes mi padre. Me ha concertado una entrevista en Nueva York con un amigo de Columbia que está en admisiones.

—¿El sábado por la noche? —pregunta en un tono inequívocamente escéptico.

—Al vivir yo aquí, no puedo quedar entre semana con él, y ese es el único día que dijo que podía quedar conmigo. Te juro que no fui yo quien eligió la hora. Ni siquiera me consultaron.

Jake no aparta los ojos de la mesa.

—Está bien.

«Puaj. Soy la tía más imbécil del planeta».

—Lo siento mucho. De verdad.

—No pasa nada. —Se encoge de hombros—. Lo entiendo.

Chloe, ajena a nuestra conversación, hace un comentario sobre los tres *touchdowns* que ha marcado Jake, y él se vuelve y empieza a charlar con ella. Probablemente lo hace para no tener que seguir hablando conmigo. Deslizo el dedo por las gotas de condensación que se han formado en mi vaso de agua, con el ánimo por los suelos.

Me siento observada, así que alzo la vista y sorprendo a Cooper mirándome fijamente. Parece cabreado. Enarco una ceja a modo de interrogante, preguntándole sin palabras por qué me mira así. Por toda respuesta tensa la mandíbula, niega con la cabeza y desvía la mirada.

¿Qué habré hecho esta vez? ¿Me habrá oído hablar con Jake? ¿Estará enfadado conmigo porque no voy a ir al baile?

Llega un camarero con nuestra comida. Procuro arrinconar la mala cara de Cooper en el fondo del cerebro y dejar que transcurra la noche entre risas y conversaciones. Durante la hora siguiente, Jake parece haber resurgido de sus cenizas más animado que nunca: se bebe tres batidos y bromea, pero me da la sensación de que no es más que fachada. Se me revuelve el estómago de la culpa…

Cada vez hay más ruido en la cafetería. No dejan de llegar grupos del partido y todo el mundo se lo está pasando en grande. Caracol le pide salir a una chica de segundo que conoce junto a la gramola; Asher aparece por allí y se sienta junto a Sloane y Preeti y, cuando empieza a sonar *Party in the USA*, se pone de pie en la silla y empieza a cantar. Todo el mundo se ríe al instante y canta a pleno pulmón. Todos menos yo, porque no puedo escapar de mi propia cabeza. Sé que la entrevista es muy importante, pero eso no hace que me sienta mejor por dejar plantado a Jake.

Me levanto con la excusa de ir al baño y me abro paso entre el gentío. Me muero por pasar unos minutos sola en cualquier parte donde no tenga que forzar una sonrisa ni fingir que no me está volviendo loca haber decepcionado a mi amigo.

Me encierro en uno de los baños y exhalo con fuerza al tiempo que me reclino un momento contra la pared para descomprimir. Me vibra el teléfono, lo saco del bolsillo y veo una notificación de Instagram: es del último post de Fern donde muestra un nuevo local

de *dumplings* en Chinatown. De repente siento tanta nostalgia por nuestras cenas de los jueves en Nom Wah que me escuecen los ojos de las lágrimas. Toco el corazón que hay en su foto. No puedo evitar fijarme en que soy el *like* número ocho mil. Por algún motivo, eso hace que me sienta aún más desconectada. Me preocupa que nuestra amistad no resista la distancia…

Intento librarme de ese pensamiento y le mando un privado para decirle que voy a casa este finde. Me vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo, abro la puerta y salgo para reunirme de nuevo con mis amigos.

Estoy saliendo del baño de chicas cuando me encuentro con Cooper, que se dirige al de chicos. Se detiene en el pasillo frente a mí, mientras espero a que me diga algo. Como no lo hace, le ofrezco una media sonrisa y lo esquivo porque, seamos sinceros, lleva sin hacerme caso una hora y ya me siento bastante mal sin tener que preocuparme de cuál es su problema.

Pero cuando estoy a punto de dejarlo atrás, me dice:

—¿Cómo has podido?

Me detengo y me giro hacia él.

—Cómo he podido ¿qué?

—Dejarlo plantado de ese modo. La noche antes del baile. —Niega con la cabeza—. ¿No te das cuenta de que no está bien hacer eso?

—No he tenido elección. Mi entrevista…

—Siempre tienes elección. Podrías decir: «La verdad es que esa noche celebramos el baile del instituto. ¿Podríamos vernos el fin de semana que viene?».

—No es tan fácil.

A mi padre le habría dado un ataque si llego a decir algo así. ¿Anteponer un baile a una entrevista con Columbia? Suena ridículo. ¿Y si por querer cambiar la fecha pierdo la entrevista?

—Sí que lo es. Y lo peor de todo es que ni siquiera parece que te sientas mal.

—Por supuesto que me siento mal. Pero… es importante, Cooper.

—¡Jake también lo es! —me suelta. Se ha puesto colorado—. Le gustas. ¿No te has dado cuenta? —me plantea bajando el tono—. Es un buen tío y estaba muy entusiasmado porque le habías dicho que irías al baile con él. En el chat del grupo no estuvo hablando de otra cosa durante días.

—No lo entiendes. —Se me quiebra la voz. Tengo miedo de echarme a llorar si sigo hablando.

Vuelve a negar con la cabeza.

—Lo que has hecho es mezquino, Ellis.

Me quedo ahí plantada, apretando los labios para que no me tiemble la barbilla y odiando la forma en que me mira.

—Y, aun así, no me sorprende —afirma antes de franquear la puerta del baño.

Se me cierra el estómago. No quiero quedarme aquí ni un minuto más. Respiro hondo unas cuantas veces antes de acercarme a Sloane.

—Me voy a ir ya —le comento en cuanto llego a la mesa.

—¿Por…? ¿Ocurre algo?

—No, nada. Simplemente estoy cansada.

Le dedico mi sonrisa más falsa, a imitación de la que emplea papá en el trabajo. Jake interrumpe la conversación con Caracol a media frase y se gira hacia mí.

—¿Te vas? Te acompaño a casa.

—No hace falta. Quédate, come, pásalo bien —le digo. Ya me siento lo bastante culpable.

—¿Estás segura?

—Claro. Siento muchísimo lo del baile.

—No le des más vueltas. Ya me lo compensarás de alguna forma —replica con un guiño.

Le paso la mano por el pelo tratando de mantener un tono juguetón a pesar de que estoy lejos de sentirme así.

—Nos vemos el lunes. Pásalo bien mañana.

—¡Mándame un mensaje para que sepa que has llegado bien a casa! —grita Sloane antes de que salga por la puerta.

Camino por la calle del Azafrán entre lágrimas, rodeada de oscuridad.

Si pudiera incluir «arruinar amistades» en la sección de habilidades de mi currículo…



A la tarde siguiente, preparo una maleta con lo imprescindible para pasar la noche fuera. He impreso el currículo y he planchado el traje pantalón gris de Veronica Beard, que es perfecto para la entrevista. Esta vez paso de las creaciones de Ellis y elijo una camisa almidonada con botones de Theory. Pese a saber que no se trata de una entrevista al uso, me he quedado levantada hasta tarde para investigar posibles preguntas que podrían hacerme en admisiones y prepararme las respuestas.

Voy a hacer que mi padre se sienta orgulloso de mí a la vez que me aseguro una plaza en Columbia. O eso espero.

El autobús sale dentro de una hora, así que lo llevo todo al piso de abajo, lista para partir. Sin embargo no es Sloane quien me espera en el salón para llevarme en coche a la estación, sino mi madre.

—¿Podemos hablar? —me pregunta.

Dejo la bolsa en el suelo.

—Vale.

—Creo que estás cometiendo un error —me dice sin ambages.

—¿De qué hablas? —contesto—. ¿Desde cuándo es un error una reunión relacionada con la universidad?

—Ese no es el error. El error es no ir al baile.

—Dios mío, qué le ha entrado a todo el mundo con este baile —protesto.

—No quiero que te arrepientas de habértelo perdido.

—Estooo, a mí me preocuparía más perderme la oportunidad de conocer a alguien de admisiones en Columbia solo porque decidí ir a un baile.

—Puedo llamar a tu padre y convencerlo de que llame a su amigo para cambiar…

—Ni se te ocurra. Voy a ir a esa reunión. Ya me has obligado a mudarme aquí. No pienso dejar que me arrebates las oportunidades que puedan surgirme de entrar en esa universidad. No insistas. Voy a ir.

Mi madre se pone de pie.

—De acuerdo. Es tu vida. Lo único que te digo es que estás cometiendo un error.

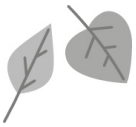
—Sí, pero se trata de mi decisión.

Cojo la bolsa y me dirijo hacia el coche, donde me espera Sloane.

—¿Ya estás lista? —me pregunta.

En cuanto subo me lleva hasta la estación de autobuses. No me comenta nada sobre lo de perderme el baile. No me comenta nada sobre dejar plantado a Jake. Tampoco es que necesite hacerlo. Sé que mi prima piensa exactamente lo mismo que los demás.

Capítulo dieciocho



Me tiembla prácticamente todo el cuerpo de la emoción mientras espero en la terminal de autobuses. Por fin voy a ver a papá, y mi habitación con la cama doble y a Fern. —Le he enviado un mensaje de camino a la estación. Quería asegurarme de que estuviera libre mañana por la mañana para desayunar juntas antes de tener que regresar a Bramble Falls.

Anoche puede que fuera una mierda, pero hoy por fin voy a volver a «mi» casa.

Me suena el teléfono cinco minutos antes de que llegue el autobús.

Jake Robabolis: Pásalo bien esta noche en NYC.
Si no lo digo, reviento: no sabes lo que te pierdes…

Llega un segundo mensaje con una foto de él vestido de traje. Apunta con el teléfono al espejo y sonríe con picardía.

Me río pese al latigazo de culpa que me fustiga como una goma elástica.

Yo: La chica que se sienta a mi lado está de acuerdo. Me acaba de pedir tu teléfono.

Jake Robabolis: ¿Es mona?

Yo: No. Pero se lo he dado de todas formas.

Jake Robabolis: Eso es una amiga de verdad.

Yo: De verdad que lo siento.

Jake Robabolis: Lo sé. No lo pienses más. Diviérteta.

Jake Robabolis: Diviérteta. LOL. ¿Dónde está el autocorrector cuando lo necesitas?

Pongo los ojos en blanco mientras me río para mis adentros y me guardo el teléfono en el bolsillo. Pero vuelve a sonar.

Papá: ¿Has recibido el email?

¿Qué email? Abro el correo electrónico en la aplicación móvil y me encuentro un mensaje sin leer del señor Erikson en la bandeja de entrada.

Ellis:

Lamento mucho hacer esto, sobre todo en el último momento, pero tengo que cancelar lo de esta noche. Espero que recibas mi mensaje antes de coger el autobús. Sigue en pie lo de reunirme contigo para hablar sobre tu futuro en Columbia y el proceso de admisión. Te escribiré pronto para concertar una reunión en noviembre, cuando tenga un poco más de tiempo libre.

Un cordial saludo.
Justin Erikson.

No me da tiempo a procesar el profundo alivio que siento antes de que vuelva a sonar el teléfono. Deslizo el dedo por la pantalla.

—Hola, papá.

—¿Lo has recibido?

—Acabo de verlo, sí.

—Qué falta de profesionalidad. Siempre fue un flojo. Debería habérmelo imaginado.

—Suena como si le hubiera surgido algo. La gente está ocupada.

—Ya, bueno.

No dice nada más al respecto.

—Acaba de llegar el autobús. Te mando un mensaje cuando esté cerca, ¿vale? —digo cuando lo veo aparecer.

—¿Qué quieres decir? ¿Para qué ibas a venir? —pregunta francamente sorprendido.

—Bueno, he pensado que todavía podemos ir a comer una pizza y pasar tiempo juntos.

—Ah, claro. Perdón, Ellie Belly. Esta noche no puedo. Tal vez dentro de unas semanas. Voy a pedirle a Kara que revise mi agenda y te busque un hueco, ¿te parece?

Va a buscarme un hueco en su agenda. Como si fuera una clienta.

—Estaremos de vuelta en casa en unas semanas —le recuerdo.

—Bueno, entonces perfecto. —Se oye el sonido de una puerta al cerrarse—. Tengo que irme. Siento lo de Justin. Te quiero.

Cuelga justo cuando el autobús está aparcando.

Me quedo mirando las bolsas, y a continuación el autobús. Volver a Bramble Falls y contarle a todo el mundo que han cancelado la reunión suena demasiado abrumador. Sobre todo después de haber expresado con tanta vehemencia lo importante que era para mí y de haber insistido tanto en que no me la podía perder.

Puedo volver a Nueva York y quedarme con Fern, o simplemente quedarme tumbada en mi propia cama, pero estar allí y no ver a mi padre hace que empeore todo. Quería pasar tiempo con él. Deseaba que él quisiera pasar tiempo conmigo, que me preguntara qué tal iba todo.

¿Qué importa eso ahora, si ni siquiera se preocupa de encontrar tiempo para mí? ¿Qué puede ser más importante que su propia hija, sobre todo un sábado por la noche? Tampoco es que tenga que trabajar. Aunque, de ser así, lo cierto es que esa sería su prioridad.

El autobús sale de la estación y yo me quedo llorando en un banco a media hora de distancia de Bramble Falls.



De camino al pueblo, el cielo parece un lienzo veteado de rosas y morados. Mamá está al volante, sin decir nada. Deja que sea la manga quien se encargue de enjugar las lágrimas que vierto en silencio. Cuando aparcamos el coche, tengo los ojos hinchados y la nariz enrojecida, y siento que podría dormir hasta el lunes. Sin embargo, una vez entramos en la casa, mi madre me sigue hasta el desván.

Me detengo en las escaleras y me giro para mirarla directamente a la cara.

—¿Qué haces?

—Te ayudaré a prepararte para asistir al baile.

—Eso hasta casi tiene gracia.

—No estoy bromeando. Trabajaste un montón en ese vestido tan espectacular, tienes con quién ir…

—Esa persona probablemente me odie ahora mismo —digo, pese a saber que no es así. O al menos no lo creo. Pero hay otro chico en el que no puedo dejar de pensar que sí me odia.

—Jake no te odia. Seguro que se pone contento en cuanto te vea aparecer. No permitas que tu padre te lo arruine.

—Tengo los ojos rojos e hinchados —susurro, y se me vuelven a saltar las lágrimas.

—Eso te irá desapareciendo mientras te peino. —Me da un empujoncito—. Ponte en marcha. Ya vas tarde.

Cuando termino de subir las escaleras y giro hacia mi dormitorio veo a tía Naomi, sentada en la cama delante de un espejo que no estaba ahí cuando me marché.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto al tiempo que entro despacio en mi improvisada habitación.

Mi tía señala unos accesorios que descansan en el tocador.

—Tu madre me ha dicho que tenemos que hacerte unos arreglos de última hora para el baile. No tenía claro si ibas a necesitar una plancha para alisar el pelo o una para ondularlo, o directamente un rizador, así que he enchufado las tres. Espero de todo corazón que no salten los plomos de esta vieja casa. —Se ríe—. Están todas calientes, así que siéntate.

Se pone de pie y da unos golpecitos en la cama. Me siento en el canto. Mi madre se sienta de rodillas detrás de mí.

—Vale, cariño, dime qué quieres.

Parpadeo para librarme de las ganas de llorar, esta vez de agradecimiento, y les explico lo que he pensado mientras tía Naomi, de pie a nuestro lado, sostiene pasadores, horquillas y un bote enorme de laca.

Cuando llega la hora de vestirme, mi madre desaparece en la planta de abajo unos minutos y vuelve con una caja de zapatos.

—No te olvides de los últimos retoques —dice mientras retira la tapa. Dentro están sus escarpines de charol negro de Louboutine So Kate.

Se me escapa un chillido agudo y la miro sonriente.

—¿Qué hay de eso de meter en la maleta solo ropa adecuada para Bramble Falls?

—Nunca sabes cuándo vas a necesitar unos zapatos de vestir —responde sonriéndome a su vez—. Los traje por si acaso.

Prácticamente le hago un placaje con mi cuerpo y se le escapa un gruñido cuando la estrecho con fuerza entre mis brazos. Mi madre también me abraza con ganas.

No recuerdo la última vez que nos abrazamos… ¿Cómo es eso posible?

—Gracias —le digo prácticamente a su pelo.

—No hay de qué.

Me da un beso en un lado de la cabeza.

Una hora y media más tarde, salimos en dirección al instituto de Bramble Falls. El sol empieza a ocultarse tras la línea del horizonte, dejando una estela de rescoldos rosas, pero cuando se detiene el coche, es una enorme luna, acompañada de un millón de brillantes estrellas, la que ilumina el cielo.

Me planteo no salir del coche. O tal vez podría salir del coche, esperar a que mi madre se marchase y caminar los tres kilómetros

que me separan de la cafetería, porque no sé si voy a ser capaz de enfrentarme a todos. Cooper está enfadado conmigo. Caracol puede que también. Y aunque Jake no lo esté, lo cierto es que debería.

—Deslúmbralos, Ellis —dice tía Naomi guiñándome un ojo.

—Diviértete, cariño —dice mi madre—. Llámame si me necesitas.

Salgo del coche con las manos temblorosas.

—Gracias a las dos por todo.

Cierro la puerta y me dirijo a los escalones de cemento de la entrada. El repiqueteo de los tacones de los zapatos de mi madre logra serenar mi pulso acelerado. Enderezo la espalda y alzo la barbilla. Pese a estar disgustada con mi padre, sus palabras resuenan en mi cabeza al cruzar la puerta: «Jamás les muestres tus debilidades, Ellis. [...] Finge hasta que sea cierto».

Capítulo diecinueve



La sala polivalente está repleta de serpentinas, y el techo, desde donde parten las luces de discoteca que rebotan por toda la sala, está cubierto de globos de helio negros y azules. Los graves del bajo hacen vibrar la pista de baile donde los críos, como sardinas enlatadas, se retuercen los unos contra los otros con los brazos en alto.

Se han llevado todas las mesas excepto tres para que quepa todo el mundo, pero muchos se encuentran en el exterior, ajenos a la multitud. Yo avanzo arrimada a la pared, alerta por si veo a alguno de mis amigos. Pero los oigo antes de verlos.

—¿Ellis? —La voz de Jake me llega por encima de la música.

A mi derecha, Jake, Chloe, Caracol y Cooper están de pie con algunos miembros del equipo de fútbol y otros amigos de Chloe y Sterling, que se ha teñido el pelo de rosa a juego con su elegante traje pantalón. Están todos sudorosos, razón por la cual los chicos se han quitado las chaquetas. Llevan las mangas arremangadas y la camisa del traje de Jake está sin abotonar, dejando a la vista la

camiseta interior blanca.

A Jake se le ilumina la cara cuando aparezco.

—¿Qué haces aquí?

—¡Ellis! —grita Caracol. A juzgar por sus ojos brillantes y rojos, y por el abrazo con que me acoge, diría que ha habido un previo antes del baile.

Aun en el caso de que sigan enfadados conmigo, soy incapaz de contener la sonrisa que se dibuja en mis labios por estar aquí con ellos.

—¿Qué tal? —pregunto cuando me suelta Caracol. Chloe me sonríe con dulzura y Sterling me saluda con un gesto de cabeza. Por fin mi vista se detiene en Cooper. Esperaba que me lanzaría una mirada de odio o que me gruñiría, pero qué va, tiene la boca abierta y observa de arriba abajo mi vestido, haciendo que me ruborice. Me vuelvo y miro a Jake.

—Las cosas no salieron como esperaba —le cuento procurando no mostrar lo que siento.

—¡Vamos! —grita—. Es decir, lo siento, pero a la vez, ¡vamos! —Me río y él se queda mirando mi muñeca—. Ojalá hubiera sabido que ibas a venir. Te habría traído una pulsera de flores.

—Eso no me preocupa. —Me encojo de hombros—. Estoy más que contenta solo con haber podido venir.

—Y yo.

—Me encanta tu vestido —me dice Chloe, que lleva uno de un flamante verde—. ¿Dónde lo has comprado? Tengo la sensación de haber buscado por todas las tiendas y no he encontrado nada parecido.

—Ah, bueno… Lo hice yo —contesto frotándome las manos.

—¿Lo dices en serio? —replica—. Eso es alucinante.

—Gracias.

—Nos encantaría quedarnos a charlar contigo, Chloe, pero tenemos cosas que hacer.

Jake me coge de la mano y tira de mí hacia la pista de baile antes de que me dé cuenta de lo que está ocurriendo. Dejamos a los demás a nuestra espalda, se detiene en un huequecito que hay en la pista y empieza a bailar; para mi sorpresa, no se le da nada mal.

Como me he quedado de pie mirándolo, me susurra al oído:

—Baila conmigo, Ellis.

Así que eso hago.

Me han rizado y cardado el pelo. Lo llevo largo y con volumen, justo como me lo había imaginado, pero ahora se me está despeinando todo al mover las caderas siguiendo a Jake. Conforme avanza la canción, me siento cada vez más acalorada y sudorosa, y me falta el aliento. Me duelen los muslos. No estoy en forma para este tipo de actividad. Me giro para ponerme frente a mi cita. Jake me levanta las manos al ritmo de una canción que habla de pantalones vaqueros Apple Bottom y después bajamos las caderas hasta el suelo al compás de la música, lo cual no deja de ser una hazaña con este vestido de sirena que llevo puesto. Estoy a punto de caerme, pero Jake me coge a tiempo y nos echamos a reír.

Cuando empieza la siguiente canción, veo por el rabillo del ojo a Cooper bailando con Chloe. No debería importarme.

No debería importarme que le ponga las manos en las caderas; su culo contoneándose pegado a él no debería provocarme ganas de quemar el edificio. Y aun así…

Me obligo a apartar la mirada. Me lo estoy pasando bien con Jake y no voy a permitir que estos sentimientos tan raros me arruinen la noche.

Seguimos bailando quince minutos más hasta que tengo la sensación de que se me van a caer los pies a pedazos. Los

Louboutin son preciosos, pero no están diseñados precisamente para actividades de alto esfuerzo físico.

—¡Tengo que quitarme los zapatos. Enseguida vuelvo! —le grito a Jake al oído.

Él asiente con la cabeza mientras yo me abro camino para salir de la pista de baile. No puedo dejar los zapatos de mi madre en cualquier sitio. Son demasiado especiales para arriesgarme a perderlos. Por eso salgo al exterior y dejo que el aire frío de la noche me refresque mientras descanso los pies doloridos.

Estoy sentada en una de las mesas metálicas de pícnic cuando oigo unos pasos que se acercan. Cooper se sienta frente a mí.

—¿Qué tal? —pregunta—. ¿Tomándote un descanso?

—Sí. Hace muchísimo calor ahí dentro.

—Al menos tú no estás obligada a llevar camisa de manga larga y pantalones hasta los tobillos. —Lleva el nudo de la corbata suelto, la camisa por fuera del pantalón y los dos botones de arriba desabrochados. Tiene el pelo sudoroso y despeinado. Está tan guapo… Se queda mirando el vestido de seda negro que llevo puesto —. No me puedo creer que lo hayas hecho tú.

—Ha sido más difícil de lo que pensaba. Hay numerosos errores, detalles que me habría gustado arreglar si hubiera tenido tiempo. Pero supongo que está bien. —Le sonrío mirándolo a los ojos—. Yo tampoco acabo de creerme que lo haya hecho.

—Estoy impresionado. Es… despampanante.

Me hincho de orgullo y me sonrojo al mismo tiempo.

—Gracias.

Saca el teléfono del bolsillo y mueve los dedos con rapidez por la pantalla antes de mirarme y decir:

—Mándame un mensaje.

—Estooo, vale.

Saco el teléfono de mi bolsito de mano y le envío un mensaje al tiempo que él coloca el suyo en la mesa, frente a mí.

Ellis Diseñadora: ¿Hola?

Me baila el corazón antes de que el cerebro lo bloquee rápidamente y empiece a notar una presión en el pecho. Cojo su teléfono y clico en el botón de editar: «Ellis periodista». Se lo devuelvo. Frunce el ceño un instante, pero enseguida cambia de expresión.

—Bueno —dice para cambiar de tema—. ¿Te lo estás pasando bien entonces? Jake me ha dicho que es tu primer baile de instituto.

—Sí que lo es.

Asiente con la cabeza. El silencio vuelve a interponerse entre nosotros. Me muero de ganas de preguntarle en qué piensa, pero entonces se quita la flor que lleva en el ojal y empieza a deshacerla, tirando de uno de los extremos de la cinta negra que envuelve la rosa roja a juego con el vestido de Chloe.

Extiende los brazos, me sujeta la muñeca con suavidad y me ata la cinta alrededor con un lazo.

—Siento haberte gritado ayer.

Desvío la mirada de los suaves dedos que me rozan la parte interna de la muñeca y lo miro a los ojos, pero está concentrado en lo que hace…

—Gracias por decirlo, aunque no estabas equivocado. Aunque sintiera que no tenía elección, eso no significa que no fuera mezquino.

—Lo fue, pero podría haberlo llevado de otra forma. —Saca los restos del montón de flores deshecho y empieza a entrelazar los diminutos tallos en la cinta. Sus delicados movimientos al añadir las

florecillas blancas me tienen hipnotizada—. ¿Qué ha ocurrido en Nueva York?

Dejo escapar un suspiro.

—Cancelaron la reunión y mi padre tenía cosas más importantes que hacer que ver a su hija.

—Lo siento.

Me encojo de hombros.

—Es lo que hay.

Me mira a los ojos.

—Sabes que tienes derecho a estar molesta, ¿verdad? No hace falta que finjas que va todo bien.

Aparto la mirada.

—No pasa nada.

—Vale.

—Es solo… Siento como si a todo el mundo le estuvieran ocurriendo cosas en Nueva York, como si, fuera de este pueblo, todo siguiera su curso mientras yo permanezco aquí estancada. Estar aquí me hace sentir como si estuviera tratando de escapar de arenas movedizas.

Asiente con la cabeza, añade una última flor y me suelta la mano. Me quedo observando su creación. Me ha fabricado una pulsera de flores. Siento un escalofrío y no tiene nada que ver con la temperatura.

Desde el interior nos llega la voz de Ed Sheeran. Cooper vuelve a ponerse la rosa roja en el bolsillo, se incorpora y me tiende la mano para que se la coja.

—¿Bailas conmigo?

—Vale.

Trago saliva y poso mi mano sobre la suya al tiempo que me pongo en pie para bailar con él. Descalza sobre la fría hierba, le

rodeo el cuello con los brazos y él me rodea la cintura con los suyos. Apoya las manos en la parte baja de mi espalda. Me estremezco cuando me toca, pero si lo ha notado no dice nada. Nos mecemos al compás de la música.

«Éramos unos críos cuando nos enamoramos».

«No sabíamos lo que estaba pasando».

—¿De verdad ha sido tan terrible? —pregunta Cooper con voz queda—. Me refiero a estar aquí en Bramble Falls.

Levanto la vista y lo miro. Él me observa con sus ojos de color miel tostada.

—No —musito—. Claro que no.

Dibuja círculos en mi espalda con el pulgar y yo me deshago en sus brazos. Apoyo la mejilla en su hombro y cierro los ojos porque es perfecto. Podría vivir en este momento para siempre. Bailamos así, bajo el cielo estrellado, con los corazones a mil por hora, desbocados. El contacto con su piel hace que se me erice el vello de la nuca y de los brazos. Hasta que alguien carraspea. Abro los ojos y me encuentro a Chloe observándonos.

—Cooper, acaban de nombrarnos rey y reina del baile. Nos esperan para subir al escenario.

Chloe vuelve a mirarme y me aparto de los brazos de Cooper.

—Bueno, eso suena… divertido. Enhorabuena —digo—. Me retiro para que puedas volver con tu cita. —Regreso al lugar donde he dejado los zapatos en el suelo, junto a la mesa—. Gracias por el baile.

—Claro —murmura.

—Vamos —lo apremia Chloe.

Me pongo los zapatos mientras un millar de enloquecidos sentimientos estallan en mi interior como si fueran fuegos artificiales. Observo a Cooper entrando en el baile de nuevo con su

reina. Es hora de decirle adiós a la negación y darle la bienvenida al descubrimiento más desafortunado y paralizante de todos: estoy loca por Cooper Barnett.

Esto no puede ser bueno…

Capítulo veinte



Cuando volví a casa anoche apenas pude conciliar el sueño. Tras presenciar cómo coronaban a Cooper y a Chloe y cómo bailaban juntos una lenta (odiando cada minuto que duró), me fui con Jake, que me acompañó hasta casa. Nos despedimos con un abrazo, y me dio las gracias con una sonrisa de lo más sincera por haber aparecido finalmente en la fiesta. Casi me sentí agradecida de que el señor Erikson hubiera cancelado la entrevista.

Me di una ducha y me tumbé en la cama para intentar procesar lo que había ocurrido en el baile; para tratar de convencerme a mí misma de que no había significado nada.

«No puede gustarme Cooper. Me voy de aquí dentro de un mes».

«Hay… algo entre él y Chloe».

«Es una distracción».

Sloane y yo nos hemos pasado el día tiradas en el sofá, curándonos los pies doloridos y picoteando mientras veíamos la tele. He hablado un rato con Fern, y en algún momento me ha llegado un mensaje de Jake diciéndome que se lo había pasado bien. Por lo

demás ha sido un día tranquilo.

Hasta las doce menos cuarto de la noche, cuando Sloane, mi madre y tía Naomi suben ruidosamente las escaleras al desván.

Me levanto de un salto de la cama.

—¿Qué ocurre?

Tía Naomi abre la ventana del desván de un empujón y mi madre saca un montón de mantas al tejado.

—Nada —contesta mi madre—. Hazte a un lado.

Mi madre me dedica una sonrisa y sale por la ventana. Extiende una de las mantas en el tejado mientras mi tía y mi prima la imitan con unos vasos de poliestireno y una jarra de café en la mano.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto al tiempo que me acerco con tiento a la ventana y me asomo. Están sentadas sobre una de las mantas y se cubren los hombros con las otras. Fuera hace mucho frío.

—Pues te aguantas. Sal de una vez —dice mi madre.

Le echo un último y anhelante vistazo a mi cálida cama y salgo por la ventana. Me siento junto a mi madre, que me pasa una manta polar en la que arrebujarme. Tía Naomi llena los vasos y nos los va pasando.

—Es sidra dulce —me aclara cuando le digo que paso de tomar café a medianoche porque quiero dormir cuando lo que sea que es esto termine.

Cojo la taza y dejo que el líquido me caliente.

—¿Va a contarme alguien por qué estamos sentadas en el tejado, con lo frío que está, y habiendo clase mañana?

—Porque… Mira al cielo, Ellis —me indica tía Naomi entusiasmada.

Observo la luna llena, que esta noche parece pertenecer a Bramble Falls.

—Es la luna de la cosecha —comenta Sloane—. Todos los años

salimos aquí con mantas y sidra cuando hay luna de la cosecha.

Mi madre suspira.

—He echado mucho de menos este ritual.

—¿Tú también solías participar?

—Claro. Naomi y yo solíamos hacer lo mismo con tu abuela —me explica mi madre—. Cuando murió, continuamos la tradición, pero al mudarme a la ciudad con tu padre… —Deja la frase a medias, toma un sorbo de sidra y alza la vista al cielo.

Tía Naomi le da un golpecito cariñoso con el hombro.

—Pero ahora estás aquí.

Sloane se tumba y se sube la manta hasta la barbilla.

—Echo de menos a papá. A él le encantaba hacer esto.

—Le gustaba mucho, ¿verdad? —replica tía Naomi. Mi madre apoya la cabeza en el hombro de su hermana.

El padre de Sloane murió súbitamente hace tres años, de un paro cardiaco. Nunca llegué a conocerlo muy bien, aunque recuerdo que siempre estaba ahí. Se involucraba en la vida de Sloane, la apoyaba en lo de la actuación, y a menudo se la llevaba de viaje, solos ellos dos. Si ya ha sido bastante duro estar separada de mi padre durante un mes, no me puedo ni imaginar su dolor.

—¿Estás contenta con cómo han ido las cosas en Bramble Falls? —me pregunta mi madre.

Tía Naomi sonríe.

—Yo sí. Todo el mundo se lo está pasando bien. No deja de ser verdaderamente mágica la forma en que se reúne el pueblo entero para que todo salga perfecto en otoño. —Suspira—. Aunque no soy capaz de encontrar la lista de la Gincana de la Cosecha, así que tendré que hacer una nueva.

—¿Qué es una gincana de la cosecha? ¿Puedo ayudar? —digo.

—Es una búsqueda del tesoro que se celebra este fin de semana.

No es nada del otro mundo. Solo tengo que hacer una lista de objetos otoñales para que los busque la gente.

—Puedo encargarme yo.

Mi madre se me queda mirando.

—¿En serio?

Me encojo de hombros.

—Claro. La tendré lista el viernes por la mañana, así tendrás tiempo de revisarla y hacer copias o lo que necesites.

—Eso sería genial, Ellis —dice tía Naomi—. Avísame si te surge alguna duda o si necesitas ayuda con algo.

Pasamos la siguiente media hora tumbadas las cuatro, hombro con hombro. Hablamos del pasado, del pueblo y de nuestros planes para el futuro. Decidimos que es hora de irse a la cama después de que tía Naomi casi se cae rodando del tejado de la risa que le ha dado al escuchar la historia de mi madre, que nos ha contado que una vez salió con un chico que conoció en la Comic-Con y que vestía como un pitufo y comía bocaditos de patata. En cuanto apoyo la cabeza en la almohada me quedo frita.

A pesar de la decepción de ayer con mi padre y de que ha sido un fin de semana muy largo, he de reconocer que me lo he pasado genial.



El Gato Cafeinado está muerto el jueves por la tarde. Cooper trabaja tras la barra, pero, aparte de tomarme la comanda, no me ha dirigido ni dos palabras. De hecho, apenas me habla desde el baile. Desconozco el motivo (aunque tampoco es que tenga tiempo de pensar en ello), pero estoy convencida de que es mejor así. A ver, los amores platónicos mueren si no les prestas atención, ¿no?

Un gato tricolor se sube de un salto a la mesa redonda donde tengo esparcidos en desorden los papeles, además del portátil. Le da golpecitos con la pata a un boli hasta que lo tira al suelo y aterriza al lado de un Maine Coon mastodóntico llamado Marty.

—Serás travieso… —murmuro al tiempo que acaricio su juguetona cabecita.

—Vamos a cerrar —dice Cooper mientras recoge el boli del suelo y lo deja sobre la mesa. Marty frota la cabecita en su pierna para llamar su atención.

Le doy un toque a la pantalla del teléfono para ver la hora: las ocho menos un minuto de la tarde.

—¿Ya? —Apoyo la cabeza en la mesa, y al hacerlo asusto al gato tricolor, que se baja de un salto—. ¿Podrías cerrar hoy a las once? Hazlo por mí…

—Ojalá pudiera. Lo único que puedo ofrecerte son unas galletas y un café para llevar.

Alzo la cabeza y me enderezo.

—¿En serio?

—Claro. —Le echa un vistazo a los papeles—. ¿En qué estás trabajando?

—Me ofrecí voluntaria para echarle una mano a tía Naomi y encargarme de la lista de la búsqueda del tesoro, pero me está costando más de lo que pensaba.

—¿No es solo una lista de objetos para que los encuentre la gente? —pregunta.

—Sí, pero he querido darle un toque distinto. Estoy pensando en pistas y acertijos que los participantes deberán resolver para averiguar lo que tienen que buscar. Tengo una versión familiar y otra para quienes prefieran un desafío mayor.

—No hay nada como dejarlo en tus manos para subir de nivel.

—Ya, pero es que le dije a tía Naomi que la tendría terminada mañana por la mañana, y no lo está ni de lejos. —Suspiro—. Tampoco quiero darme por vencida y entregarle una simple lista de objetos. Me ofrecí voluntaria para que fuera más emocionante. Significa mucho para tía Naomi.

Se me queda mirando unos segundos y por fin dice:

—Vale. Recoge tus cosas. Tengo que hacer caja, pero en cuanto termine nos vamos a mi casa.

—¿Cómo dices?

—Voy a ayudarte —dice por encima del hombro.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Por qué no? Si trabajamos juntos seguro que lo conseguimos.

Se me disparan todas las alarmas. «Mala idea, Ellis. Mantén las distancias».

—Está bien.

En mi interior, me reprocho a mí misma haber aceptado mientras recojo el ordenador y Cooper se encarga del cierre.

Esto no puede acabar bien…

Capítulo veintiuno



La última vez que estuve en la habitación de Cooper nos besamos.

Intento no pensar en ello, estando como estamos el uno al lado del otro, tirados en su cama bocabajo y apoyados en los codos.

—«Soy naranja y redondeada y vivo en la tierra» —dice Cooper. Me lo quedo mirando fijamente—. ¿Qué soy?

—Es demasiado fácil. La pongo en la lista familiar, pero se supone que tenemos que centrarnos en la lista complicada para terminarla antes de que estemos demasiado cansados para pensar. —Escribo la adivinanza en el documento—. Piensa en algo menos obvio, como…: «Soy alta de pequeña y bajita de mayor, ¿qué soy?».

—¿No encoge todo el mundo cuando envejece?

Frunzo el entrecejo.

—Es una vela, no una persona.

—Ah, claro. Igual podemos añadir una pista. No sé, como que puedes meterla en una calabaza, en Halloween.

Lo apunto.

—Lo pensaré, pero entonces tendríamos que pasarla a la lista

sencilla.

—Vale, sigamos: «Soy del color de la caca y caigo de los árboles, ¿qué soy?» —pregunta Cooper con una sonrisa.

—¿Un palo?, ¿una ramita?, ¿una rama entera?, ¿una bellota?

—Una hoja marrón, Ellis.

—Guau. Esto se te da fatal —le digo muerta de risa.

—Es una adivinanza perfectamente válida. Yo no tengo la culpa de que no la hayas adivinado. —Apoya la cabeza sobre los brazos de forma que parece que le esté hablando a la colcha y dice—: Vale, a ver qué te parece esta: «Tengo dos patas, pero no puedo andar. Tengo una boca, pero no puedo hablar. El sol no me molesta, pero llevo sombrero. Espanto a los pájaros, pero no soy un gato».

Le doy un golpecito en el hombro.

—Esa sí que está bien.

Levanta la vista y me muestra ese hoyuelo como si me lo dedicara.

—¿En serio?

—En serio. —Me obligo a centrarme en el ordenador y a escribir su adivinanza del espantapájaros—. ¿Y esta?: «¿Quién asusta pero no es un fantasma?».

Arruga el entrecejo.

—No tengo ni idea.

—El búho.

—Esa ponla en la lista complicada. ¿De verdad esperas que la gente encuentre un búho?

—No tiene que ser de verdad. Pueden ponerse creativos. Sé de buena tinta que hay un búho disecado en la ferretería, y un cuadro en la tienda de manualidades.

—Tienes razón. —Sonríe—. Vale, perfecto. Pero vamos a tener que estar atentos a la gente el sábado. Será de lo más entretenido

presenciar cómo se frustran.

—No tienes corazón —bromeo. Aunque lo cierto es que el estómago me está dando volteretas, porque estamos haciendo planes para quedar el sábado.

Una hora y media más tarde se me caen los párpados de sueño, pero aún queda mucho por hacer.

—Voy a por un tentempié a ver si nos mantiene despiertos —dice Cooper.

—Vale. Me parece buena idea.

Se levanta de la cama y sale de la habitación. Yo apoyo la cabeza en la manta y cierro los ojos para descansar.

Solo unos segundos. Hasta que vuelva.



Una alarma desconocida me arranca de un sueño profundo. Carraspeo mientras busco con la mano a mi alrededor el origen de ese sonido tan terrible para poder lanzarlo contra la pared. Pero mi mano aterriza sobre algo blando: una camisa, una espalda, una persona. Abro los ojos como platos.

En el exterior la pálida luz del amanecer tiñe el cielo de rosa con matices anaranjados ¡y yo sigo en la cama de Cooper! Mi madre me va a matar. Y con eso quiero decir que va a matarme de verdad. ¿Dónde demonios está el teléfono?

—¿Qué haces? —pregunta Cooper con la voz ronca.

—Necesito el teléfono. No me puedo creer que haya dormido aquí. Tengo que mandarle un mensaje a mi madre.

—Relájate, Mitchell —dice mientras apoya una mano en mi hombro. Me lo quedo mirando. Tiene cara de sueño, y marcas de almohada en la mejilla. Y aun así me deja sin aliento—. Anoche le

mandé un mensaje a Naomi para decirle que te habías quedado dormida mientras trabajábamos en la búsqueda del tesoro. Me respondió que ya se lo comentaría a tu madre. Está todo controlado.

Niego con la cabeza mientras él apaga la alarma.

—Ni de broma le va a parecer bien a mi madre que haya dormido en casa de un chico.

—¿Sabes qué? No soy un chico cualquiera —me replica con cara somnolienta.

Es verdad. Cooper es una persona querida en el pueblo y la gente confía en él. Además, tía Naomi es amiga de sus padres, que…

—Ay, Dios mío. ¿Dónde están tus padres?

—Supongo que abajo.

Me pongo coloradísima.

—Voy a tener que salir por la ventana.

Cooper se echa a reír.

—Saben que te quedaste a dormir. —Emito un gruñido por respuesta, y él señala la puerta con un gesto—. No pasa nada. Dejé la puerta abierta. Esas son las normas.

—Ah. ¿Y se quedan muchas chicas a dormir en tu casa? —le pregunto, como si quisiera averiguar qué hay de cierto en ello.

Cooper se sonroja.

—Tampoco es eso. Tú has sido la única.

Contengo una sonrisa, motivada en parte por esa timidez suya tan mona, y también porque me hace extrañamente feliz saber que soy la única chica que ha pasado la noche en su cama.

—Bueno. Aun así no me apetece cruzarme con ellos —le digo mientras me levanto para recoger el ordenador, que sigue abierto pero en reposo—. Tengo que marcharme ya. A lo mejor puedo terminarlo todo si me salto la primera clase. Aunque igual me pierdo un examen sorpresa, y si yo no estoy ahí, es casi seguro que Jake

suspenderá, pero…

El portátil se activa en cuanto lo muevo, así que me dispongo a apagarlo para guardarlo en la mochila.

Qué narices…

Hay veinte acertijos y pistas más escritas en el documento. Las dos listas están terminadas.

Me vuelvo de golpe y miro a Cooper, que sigue sentado, observándome.

—¿Te quedaste levantado para terminarlo?

—No me llevó tanto tiempo.

Mentira. No estábamos a punto de terminar. Tardamos dos horas en pensar los diez acertijos que teníamos.

—No me puedo creer que hayas hecho esto.

Se sienta en la cama dándome la espalda y levanta los brazos para estirarse mientras bosteza.

—No es nada.

Pero para mí sí lo es. Aunque no debería hacerlo, me sitúo a su espalda y le doy un abrazo. Noto cómo se le tensa todo el cuerpo.

—Gracias —le digo.

Baja poco a poco los brazos y me da unos golpecitos en las manos, que en ese momento tengo apoyadas sobre su tripa.

—No hay de qué. Vamos a preparar un poco de beicon.

—¿En un día de clase? —pregunto mientras me deshago del abrazo—. No hay tiempo de preparar beicon.

Cooper se pone de pie mientras recojo mis cosas.

—Siempre hay tiempo para el beicon. Puedes mandarle la lista por correo electrónico a Naomi mientras yo cocino. Después te llevaré a casa en coche para que puedas cambiarte. —Me quedo inmóvil, y él lanza un suspiro y añade—: Ellis, puse la alarma temprano para que nos diera tiempo de desayunar. Pero si sigues ahí quieta, no

llegaremos a todo.

Ya no hago más preguntas. Me limito a hacer lo que me dice porque, sinceramente, estoy demasiado estupefacta. Terminó mi proyecto y además planeó el desayuno.

En la planta de abajo, los padres de Cooper están sentados juntos a la mesa de la cocina comiendo cereales y tostadas. Ni siquiera me acuerdo de la última vez que vi a mis padres sentarse juntos a comer. O a hacer cualquier cosa, la verdad, que no fuera decirme que se iban a separar temporalmente.

—¡Ellis! Me alegro de verte —exclama la madre de Cooper.

Se me encienden las mejillas.

—Lo mismo digo, señora Barnett.

—Coop nos dijo que estabas trabajando en la Gincana de la Cosecha.

—Así es. —Le echo una mirada a Cooper, que está poniendo una sartén al fuego—. Aunque al final la ha terminado Cooper.

—Yo no he hecho casi nada.

—Ven a sentarte —dice su madre—. Y por favor, Ellis, llámame Amanda.

Me siento a su lado y saco el portátil de la mochila.

—Vale. —Abro el ordenador procurando conservar la calma, pero no puedo dejar de mover la pierna. Odio dar una mala impresión a la gente, y haber dormido en la habitación de Cooper no es que sea un buen comienzo—. Siento haberme quedado dormida sin querer.

El padre de Cooper hace un gesto con la mano para restarle importancia y me sonríe.

—No pasa nada. No podría decirte la de veces que se ha quedado dormida Amanda mientras trabajaba en algún proyecto para el Festival de la Caída de la Hoja.

Me la quedo mirando.

—¿Es eso cierto?

—Claro. Es una época del año agotadora. Siempre hay mucho que hacer. De verdad que valoramos muchísimo que hayas preparado la gincana.

—Ha sido un placer.

Adjunto el documento y le envío el correo a tía Naomi. Después guardo el ordenador.

Mientras a mi espalda chisporrotea el beicon, los padres de Cooper me cuentan lo que hay que saber sobre la Carrera de las Especias de Otoño que se celebra la semana que viene (lo cual suena demasiado atlético para mí) y sobre la Hoguera de las Botas y las Mantas, que tiene lugar por la noche. Yo les cuento lo de los intentos desesperados de Cooper con los acertijos otoñales. Casi se mueren de la risa con algunos de ellos.

—Bueno, ¿y qué planes tienes para la universidad? Estamos en temporada de solicitudes —plantea el padre de Cooper.

—Voy a ir a Columbia —les contesto sin titubear—. Ya he empezado a rellenar los papeles.

—¡Anda! —exclama Amanda—. Entonces Cooper y tú…

—Ya es hora de irnos, Mitchell —me indica Cooper apareciendo de repente a mi espalda y lanzándome prácticamente el plato—. Beicon para el coche.

—Vale. —Me echo la mochila al hombro, me pongo de pie y cojo el plato—. Ha sido un placer hablar con ustedes. Una vez más les pido disculpas por haberme quedado dormida.

—Esperamos volver a verte pronto, Ellis —dice Amanda—. Saluda a Naomi de mi parte.

Cooper y yo nos subimos a la furgoneta y devoramos el beicon durante el corto trayecto hasta la casa de Naomi. Me espera en la furgoneta mientras me cambio de ropa y me lavo los dientes. Me

horroriza lo que veo en el espejo, pero no tengo tiempo de maquillarme. Me limpio los restos de rímel de los ojos y me recojo el pelo en un moño medio despeinado.

Suelto un gruñido. No puedo presentarme así en el instituto. Cojo el neceser del maquillaje (tal vez pueda maquillarme un poco en la furgoneta) y corro escaleras abajo, donde me encuentro a mi madre sentada en el salón.

—Hola, mamá. Adiós, mamá —me despido al tiempo que abro la puerta para salir de casa.

—Espera un momento.

Este es el instante que temía…

—Qué.

—He oído que dormiste en casa de Cooper anoche.

—Sí, me quedé dormida sin querer mientras trabajábamos en lo de la gincana.

—Ya veo. —Se pone de pie—. Bueno, no lo hemos hablado hasta ahora porque nunca lo habías necesitado. Como estabas tan centrada en tus estudios en lugar de en los chicos, pero… sabes cómo usar un condón, ¿no? ¿Necesitas que te enseñe a…?

—¡Mamá, por Dios! —grito—. Por favor, no digas nada más.

Se mordisquea el labio.

—No hubo nada de eso. No tienes por qué preocuparte. Y si ocurriera algo por el estilo, tampoco tendrías por qué preocuparte. Créeme, siendo amiga de Fern sé todo cuanto necesito saber.

Asiente con la cabeza.

—Vale. Bien. Por favor, que no vuelva a pasar.

—Entendido. Adiós.

Salgo de allí pitando antes de que las cosas se pongan más raras.

—¿Estás bien? —me pregunta Cooper cuando entro en la furgoneta.

—Si ignoramos el hecho de que mi madre quería mostrarme cómo usar un condón, sí, todo va bien.

La cara de Cooper adquiere un tono rojo chillón.

—Voy a fingir que no he oído eso.

—Perfecto. Vámonos.



Cooper se ha quedado dormido en la clase de Cálculo.

Le saco una foto con disimulo y se la envío con un mensaje que dice: «Gandul». El sonido del teléfono debe de haberlo alarmado, porque abre los ojos como platos. Se lo saca del bolsillo y lo esconde debajo del pupitre para revisar el mensaje. Mientras lo lee le sale el hoyuelo y escribe la respuesta.

Cooper Verano: Si no me hubiera mantenido despierto toda la noche alguien que yo me sé…

Me vuelvo para mirarlo. Tiene las puntas de las orejas sonrosadas.

Cooper Verano: Mierda. No quería insinuar eso. Obvio.

Cooper Verano: Estoy demasiado cansado para esto. Ignórame.

Me parto.

La mitad de la clase, incluida la señora Hanby, se vuelve a mirarme.

—¿Podría compartir con todos qué le hace tanta gracia de las derivadas, señorita Mitchell?

De repente, una fina capa de sudor me cubre la cara. Nunca me habían llamado la atención en clase. Jamás.

—Nada —respondo—. Intentaba estornudar y toser a la vez. Mi cuerpo se ha hecho un lío.

Alguien se ríe en las filas de atrás: Cooper. Junto los labios con fuerza para evitar que me dé la risa a mí también.

—Vale. Igual debería ir usted a ver a la enfermera si le vuelve a suceder —dice la profesora mirando primero a Cooper y después a mí.

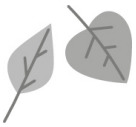
Asiento con la cabeza.

—Eso haré.

La señora Hanby retoma la explicación del problema que hay en la pizarra mientras yo me rasco la cara con el dedo corazón levantado.

Sonrío para mis adentros cuando noto que la risa disimulada de Cooper me hincha el pecho y se me queda alojada entre las costillas.

Capítulo veintidós



Entre la música y el ruido de la máquina de coser, no oigo el timbre de la puerta. Tampoco oigo los pasos en las escaleras que conducen al desván. No me entero de que hay alguien aquí hasta que me dan un golpecito en el hombro.

—¡Dame un segundo! —grito por encima de la música—. Termino de coser el dobladillo con vainica en un periquete.

—Zorrón, no he venido hasta aquí para verte coser.

Me vuelvo tan deprisa que casi derribo la silla.

—¡Fernie! —grito. Ella se echa a reír mientras yo me levanto de un salto y la abrazo con fuerza—. ¿Qué haces aquí?

—Como no conseguiste llegar a Nueva York, pensé que podría venir yo hasta aquí. —Echa un vistazo a su alrededor; al cuadro de mi madre que decora la pared; a las cortinas improvisadas; al solitario aparador y al perchero; a la vieja televisión y al reproductor de DVD. Y en cuanto lo ha visto todo se vuelve hacia mí con una expresión de pavor en la cara—: Tenemos que rescatarte de este sitio.

Suelto una carcajada.

—No es tan terrible como pensaba.

—Porque te han lavado el cerebro. Hay que poner en marcha un plan de huida.

Me río, aunque ella permanece seria. Niego con la cabeza ante su preocupación.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Anoche le mandé un mensaje a tu madre. Ella me dio la dirección. —Se sienta a los pies de la cama—. Me pilla de camino a Rhode Island, así que pensé que sería buena idea hacer una parada y pasar el día contigo.

—¿Qué se te ha perdido en Rhode Island?

Por fin sonríe.

—Estoy colaborando con Spider Spices. Iban a enviarme algunos productos para que hiciera unos vídeos en casa, pero ayer me mandaron un correo electrónico por si quería acercarme hasta allí para probar platos con sus especias en un restaurante de su propiedad. Por supuesto, no iba a dejar pasar esta oportunidad, pero, en serio, estoy superestresada. Se trata de una grandísima oportunidad. Necesito que salga todo bien.

—Guau. Suena a algo gordo.

Una parte de mí siente cierta envidia de mi amiga. Le están pasando cosas importantes; colaborar con una empresa tan popular le podría abrir muchas puertas en el futuro. Pero, por primera vez en mi vida, otra parte de mí aún mayor se siente aliviada de no ser yo. Ha sido agradable saber que mi mayor preocupación estos últimos días ha sido si me iba a dar tiempo de escribir los acertijos, o si el Gato Cafeinado estaba abierto por si me entraban ganas de tomarme un *latte* de la cosecha.

Todas ellas son cosas que no implican estresarme porque mi

futuro dependa de ellas.

—Lo es. Estoy muy emocionada. —Señala la máquina de coser con la cabeza—. ¿En qué estás trabajando? No sabía que habías vuelto a coser.

—Lo hago a veces. —Señalo un vestido corto que hice la otra noche—. Mi madre no me dejó traerme mucha ropa, así que he estado diseñándome algún conjunto mono con ropa donada.

A Fern casi se le salen los ojos de las órbitas al ver el pichi corto de cuadros blancos y negros que le he señalado.

—¡Es supermono! Me encanta que vuelvas a crear. Deberías publicitar tus creaciones en mis vídeos.

—Eres una crítica culinaria, Fern —le recuerdo.

—Podría hablar de comida y de ropa.

Desestimo la idea con un gesto de la mano.

—Es una propuesta simpática, pero no vale la pena. Solo se trata de un *hobby*. —Me pongo de pie y la cojo del brazo—. En todo caso, tenemos que salir ya. No queremos llegar tarde.

Se me queda mirando confusa mientras tiro de ella hacia las escaleras.

—¿Adónde vamos a llegar tarde?

—A la gincana —le anuncio con una sonrisa—. Pero primero necesitamos provisiones.

En menos de quince minutos ya estamos entrando en el Gato Cafeinado. Fern casi se cae de culo cuando se le acerca Marty.

—Joder. ¿Qué les dan de comer a los gatos en este sitio? ¿Por qué tiene esa cosa el tamaño de un taxi?

Me río al tiempo que me agacho a acariciar a mi descomunal gato favorito.

—Es un Maine Coon.

—No tengo ni idea de lo que significa eso —reconoce

sacudiéndose los pelos de gato de los pantalones negros—. ¿Podemos pedir un café y largarnos de aquí?

—No sabía que odiaras tanto a los gatos —le digo mientras avanzamos hacia la barra.

—Solo los odio en persona. Me encanta ver vídeos sobre ellos en TikTok. Por ellos sé que son unos cabrones impredecibles, con muchos reflejos, que parecen disfrutar fastidiando a la gente.

—Ya. No está mal como definición.

Cuando llegamos a la barra, me sorprende ver a Cooper trabajando.

—Hola. Pensaba que habíamos quedado para observar a la gente —le digo tratando de disimular mi decepción.

—No te preocupes, Mitchell. Salgo en media hora. —Mira por encima de mí, a Fern, y abre mucho los ojos. Es una tía imponente, así que no me sorprende. Y me niego a ponerme celosa de mi amiga —. Cooper, esta es mi amiga…

—Fern Berry —dice él, interrumpiéndome. Se me queda mirando con la mandíbula casi rozando el suelo—. ¿Eres amiga de Fern Berry?

Fern le sonríe, coqueteando descaradamente con él.

—Encantada de conocerte, Cooper. Ellis es mi mejor amiga.

—Encantado. —Vuelve a girarse hacia mí—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Por qué iba a contarte algo así? ¿Cómo iba yo a saber que te interesaría? ¿O que sabrías quién era?

—Tienes razón. Vale. ¿Qué queréis? Invito yo.

¿Qué está ocurriendo aquí?

—No nos vas a invitar tú, Cooper.

—Se trata de Fern Berry, Ellis. Invito yo. Y ya sé lo que quieres tú,

así que, Fern, ¿qué te pongo?

Fern se me queda mirando.

—Me gusta este chico.

Procuro no poner los ojos en blanco mientras le pide lo suyo. En cuanto acaba de hacerlo nos movemos al final de la barra, a esperar nuestro pedido.

—¿Quién es? ¿De qué lo conoces? Según parece he interrumpido los planes que tenías con él.

No lo había pensado, pero sí. Supongo que así es. Y ahora que sé que Cooper la ha reconocido y está claramente impresionado, incluso un poquitín encandilado con ella, el día se me hará muy largo teniendo que fingir que no me importa.

—Es un amigo de la familia. Y no has interrumpido nada. Preparamos juntos la gincana, así que nuestros planes eran quedar y observar cómo la gente resuelve los acertijos.

—Suena… ¿divertido? —comenta. Aunque por la cara que ha puesto sé que no lo piensa.

Cooper deja nuestras bebidas en la barra junto con una galleta de limón extra.

—¿Nos vemos en el cenador?

—Vale —respondo, y aprovecho para darle unos golpecitos en la cabeza a un viejo gato gris. Fern y yo cogemos nuestros cafés y me despido de Cooper.

—Entonces —dice Fern cuando salimos— ¿estáis saliendo o algo así?

—¿Quién? ¿Cooper y yo? Qué va. —Niego vigorosamente con la cabeza—. De eso nada.

—Ya veo —susurra Fern sin mucho convencimiento.

—¿Qué? Es cierto.

—La química que hay entre vosotros parece insinuar otra cosa —

afirma con picardía—, pero vale.

Bebo un sorbo de mi *latte* para tratar de esconder que sin duda me he puesto colorada.

Fern inspecciona el pueblo: contempla a la gente que pasea con sus bebidas calientes y sus sonrisas afables, sosteniendo los papeles de la gincana en la mano; las tiendas que exponen sus mercancías en las aceras cubiertas de hojas; la plaza mayor llena de carteles que anuncian la Gincana de la Cosecha.

—Estoy de acuerdo contigo en que este sitio es estúpidamente encantador. Pero es tan diminuto… ¿Hay algo que hacer aquí?

Cruzamos la carretera hasta el cenador.

—He pasado la mayor parte del tiempo ayudando con el festival que dirige mi tía. Por lo demás, me limito a quedar con gente.

—¿Tú? ¿Quedar con gente? —Me da un golpecito cariñoso en el hombro, que me hace poner los ojos en blanco.

—El instituto no es que sea muy exigente, así que no tengo tanto que estudiar. Y he hecho buenos amigos que me están sacando de mi zona de confort. —Le sonrío—. Hasta me convencieron de ir a un partido de fútbol.

Se gira como un látigo, haciendo ondear su indomable melena pelirroja bajo la fresca brisa.

—¿Qué? ¿Cómo ha llegado a suceder algo así?

—Iba todo el mundo. —Me encojo de hombros—. Además, jugaba uno de mis amigos, así que fui a animarlo.

Niega con la cabeza, divertida.

—¡Mi madre! Ellis Mitchell quedando con gente y acudiendo a partidos de fútbol. Creo que aquí le echan algo al agua.

Nos sentamos en los escalones del cenador. Parto la galleta de limón por la mitad y le doy su parte mientras le cuento las actividades otoñales de Bramble Falls. Le pega un bocado y se

queda petrificada. Me agarra del brazo, con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupada por si se ha atragantado.

—No —responde, pero empieza a masticar. Su cara es la viva imagen del placer. Se traga la galleta y se vuelve hacia mí con el pedazo que aún le queda en la mano—. Joder, Ellis. Esto no puede ser real.

Sonrío.

—A que no.

—Igual tengo que volver para hacer una reseña de este sitio —comenta mientras se mete el resto de la galleta en la boca. Cuando por fin se la termina, le da un sorbo a su bebida, se limpia los restos de galleta de la camisa y se vuelve hacia mí—. Creo que ya lo entiendo, de verdad. Creía que iba a tener que montar una operación de rescate, pero te lo estás pasando en grande a la vieja usanza.

Mi instinto me indica que debería decirle que está equivocada. Que me muero de ganas de volver a casa. Pero ya no estoy del todo segura de que eso sea cierto.

Pego mi pierna a la suya y rodeo sus hombros con el brazo.

—No voy a fingir que no echo de menos Nueva York, y no hay duda de que me estresa pensar cómo todo esto afectará a mi solicitud en Columbia y a las prácticas. Pero, no sé… —Me encojo de hombros—. Estar aquí no es lo peor que me podía haber pasado.

Al pronunciar estas palabras en voz alta el peso que me oprimía parece disminuir un poco por primera vez desde que mis padres se sentaron conmigo para contarme que se iban a separar.

Fern me sonríe con ternura.

—No te tomes a mal lo que voy a decirte, pero te sienta bien Bramble Falls. Tal vez necesitabas tomarte un descanso. —Se pone

seria—. Aunque no cabe ninguna duda de que tu lugar está conmigo en Nueva York, así que no te encariñes mucho con este sitio. No quiero tener que buscarme otra compañera de piso para el curso que viene.

Finge que le entran escalofríos y me echo a reír.

—Eso no sucederá. No te preocupes. El plan sigue siendo ir a Columbia. Dentro de unos pocos meses vamos a tener que vender todas tus cosas para que quepan las mías —bromeo.

Fern se encoge de hombros.

—Tu ropa es más mona que la mía. Suena a excusa perfecta para quedármela toda.

Un rato después, Cooper sale del café y se me disparan los ojos en su dirección.

—Está muy bueno —murmura Fern mientras lo vemos acercarse. Lleva una sudadera de color óxido, vaqueros oscuros y botas marrones.

—Ya.

—Ojalá me quedara más tiempo. La de cosas que podría hacer con tu amiguito de la familia.

—¡Fern!

Se echa a reír.

—¿Qué pasa? Tú también lo piensas.

—¿Pensar en las cosas que harías con él? Ni de coña.

—Sabes perfectamente que no me refiero a eso.

—¿Y bien? —dice Cooper al acercarse—. ¿Ha venido alguien a quejarse de tus acertijos?

—Todavía no. Pero dales tiempo.

Fern se aparta para dejarle sitio entre las dos, y él se acerca sin prisas y se sienta en el hueco que le hemos hecho.

—¿Has venido a visitar a Ellis o por negocios? —le pregunta a

Fern.

—He venido para ver a esta preciosidad —contesta sonriente.

Cooper me mira durante una milésima de segundo y asiente. Sé que no importa lo que opine de mí, pero mi cerebro traidor se pregunta si está de acuerdo con que soy preciosa. Si está tan embobado conmigo como lo estoy yo con él. Pero al instante compruebo que no aparta la vista de mi mejor amiga, así que supongo que la respuesta es que no.

Carraspeo y desestimo esa idea.

—Fern ha hecho un alto en el camino antes de asistir a una reunión con Spider Spices.

Cooper enarca las cejas.

—¿En serio? Eso es genial.

Me recuesto en el escalón y suspiro. Lo único que estoy logrando es que Fern suene más guay.

—¡Ellis!

De repente, un cuerpo pequeñajo trepa por mi espalda y unos dedos pegajosos que asoman a través de unos guantes negros con unas presillas para los pulgares me rodean el cuello. Solo puede tratarse de un renacuajo que yo me sé. Me pongo de pie con el intruso aún colgado de mis hombros.

—Madre mía, chicos. ¿No llevaré a Batman pegado a mi espalda?

—Ay. Madre. Creo que sí —exclama Cooper siguiéndome el juego —. No sabía que Batman viviera por aquí.

El cuerpecito me suelta, se deja caer al suelo y se quita la máscara.

—Pero ¡si soy yo!

—¡Harley! —grita Dorothy, acercándose por detrás—. Te he dicho mil veces que tienes que dejar de saltarle a la gente a la espalda. Lo siento mucho, Ellis.

—No pasa nada —digo mientras le revuelvo el pelo a Harley.

Dorothy agita el papel que lleva en la mano.

—Por cierto, esta gincana no es para pusilánimes. Algunos acertijos son muy difíciles.

—¿Por qué no optaste por la versión más sencilla? —le pregunto con una sonrisa.

La abuela de Harley responde alzando la barbilla:

—Porque mis chicas eligieron la difícil, y por nada del mundo voy a dejar que me pongan en evidencia. Estoy empeñada en acabar la búsqueda del tesoro antes que ellas.

—Eso puedo entenderlo —admito sonriente, y me acerco a ella con aire conspiratorio—. ¿Quieres que te sople las respuestas?

Ella sonríe a su vez, pero niega con la cabeza.

—No, no. Tengo que ganar con todas las de la ley.

—De acuerdo. Bueno, un buen reto nunca le ha hecho daño a nadie. Aunque te daré una pista: una de las respuestas es un animal.

Baja la vista hacia el papel y frunce el ceño.

—Hummm. Vale. Vamos a buscar un animal, supongo. Que tengas un buen día, Ellis.

Dorothy camina hasta Harley, que vuelve a ponerse la careta y recupera su condición de superhéroe.

Cuando me giro descubro a Cooper hablando animadamente con Fern sobre lo mucho que disfruta de su canal. Le habla entusiasmado de la última repostería que reseñó y le pregunta sobre distintos barrios de Nueva York. Fern le contesta complacida.

Cuando ya me he unido a ellos de nuevo, Cooper saca el teléfono del bolsillo para comprobar la actividad. Se da la vuelta, me mira y se despide:

—Bueno, os dejo que os pongáis al día.

—Ah, vale —digo, disimulando mi decepción—. ¿Va todo bien?

—Sí. Jake acaba de mandarme un mensaje. Está con Caracol y con Chloe, así que voy a reunirme con ellos. Y vosotras podréis hablar de vuestras cosas sin que siga dándole la tabarra a Fern.

Asiento con la cabeza.

—Vale. Está bien.

Yo querría pasar el día con él, embriagarme de su sonrisa y ahogar un suspiro cada vez que le asomara el hoyuelo, pero no puedo decir que no esté contenta de que haya interrumpido su conexión con Fern. Aunque saber que va a pasar el día con Chloe puede que sea peor…

—¿Hablamos después? —me pregunta.

Me obligo a sonreír.

—Suena bien.

Se despide por última vez de Fern y cruza el césped en dirección a la avenida del Gorrión, donde vive Chloe. Intento despojarme de los celos, porque no está bien sentirlos, y me centro en que tengo delante a mi mejor amiga, aquí, en Bramble Falls: es un pedacito de mi hogar al que quiero aferrarme con todas mis fuerzas mientras esté conmigo.

—Bueno —exclamo dirigiéndome de nuevo a Fern—, cuéntame todo lo que me he perdido.

Sonríe y empieza a relatarme encantada los últimos acontecimientos vividos en Nueva York.

Fern y yo comemos en la cafetería, que describe con las siguientes palabras: «Para chuparse los dedos». Se la presento a tía Naomi cuando nos la encontramos de camino a la librería; entramos en los comercios del pueblo y hacemos una parada en la tienda de manualidades para ver a mi madre. Nos encontramos con Jake, que ha ido a buscar una pizza para todos, y Fern no puede evitar

comérselo con los ojos. Antes del mediodía ya está convencida de que hay algo en el agua de este pueblo que hace que todos los tíos estén buenos, que los gatos engorden, que la comida esté deliciosa y que la gente sea extrañamente afable.

Cuando dan las cinco, Fern tiene que partir. Es como si acabara de llegar. Se me rompe el corazón al abrazarla. Deseo desesperadamente que se quede en Bramble Falls. Aunque tenerla aquí me ha dejado claro que, por mucho que las cosas sigan adelante sin mí en Nueva York, al menos sé que mi relación con Fern no cambiará. Le deseo suerte antes de que se libere de mi interminable abrazo.

—Disfruta de ese amigo de la familia —me dice con picardía. Se sube al Uber y la veo alejarse del pueblo en dirección este.

Voy de camino a casa cuando recibo un mensaje de Sloane.

Ven a casa de Jake. Vamos a jugar a los bolos. Tráete a tu amiga.

Le dedico una sonrisa al teléfono y tuerzo a la izquierda, en dirección a la calle del Pino, donde vive Jake. Cuando llego, están todos esperándome fuera.

—¡Mitchell! —grita Coop cuando me ve entrar en el aparcamiento.

—Prima, ya has llegado.

—Ahí está —anuncia Jake con una amplia sonrisa mientras se me acerca al trote. Suelto un gritito cuando me levanta por los aires y me lleva en volandas hasta el grupo de amigos. Me deja en el suelo, junto a su SUV, y dice:

—Subid, perdedores.

—Yo elijo la música —se pide Asher en cuanto abre la puerta.

—Sigue soñando, Ash —le replica Jake—. Elige el conductor.

Asher suspira.

—Supongo que ya sabemos lo que vamos a escuchar…

Jake le da una palmada en el hombro.

—A la mismísima diosa.

Cuando Chloe, Hannah, Sloane, Asher, Preeti, Caracol y Jake se han montado, Cooper se vuelve y me pregunta:

—¿Qué tal has pasado el resto del día con Fern Berry?

—Para mí es solo Fern —puntualizo con una sonrisa—. Lo hemos pasado genial. Ha sido todo un detalle presentarse aquí por sorpresa. —Enarco una ceja—. No me había dado cuenta de que seguías siendo todo un comidista.

Abre la boca para responder, pero lo interrumpe el bocinazo del coche.

—¡Venga, Coop! —grita Chloe desde la ventanilla delantera, por encima de Jake—. Sube de una vez. Tengo que sentarme encima de ti. No hay suficientes asientos.

Cooper sube por fin al SUV. Chloe se sienta encima de él y yo ocupo el asiento libre que hay junto a Jake, que pone a todo volumen su lista de reproducción favorita y todos, incluido Asher, empiezan a bailar en sus asientos y a cantar a voz en grito *Getaway Car*. Me giro y los observo; este grupo de amigos, que he hecho aún no sé bien cómo, me hace reír con ganas. Chloe me acerca el teléfono a la boca instándome a cantar. Me uno a ellos entre risas y simulo que estoy cantando frente a un micrófono.

Cuando cruzo la mirada con Cooper, él me sonríe, me guiña un ojo, y yo me derrito.

Ay, ay, ay. Estoy pillada hasta los huesos.

Capítulo veintitrés



El sábado siguiente me arrastro con Sloane hasta la plaza mayor, donde los críos chillan y se ríen desde el interior del laberinto de heno que nos pasamos toda la noche construyendo. Estuvimos preparando las actividades infantiles hasta las dos de la madrugada y volvíamos allí a las siete de la mañana, a fin de dejarlo todo preparado para la Carrera de las Especias de Otoño. Una cantidad infinita de nubes grises cubre el sol del mediodía.

Y todavía no he conseguido mi dosis de *latte* de la cosecha.

Una fresca brisa otoñal me pellizca la piel y forma remolinos de hojas a nuestro alrededor, pintando el suelo de naranjas, amarillos y rojos. Ese olor a tierra tan familiar se entremezcla con el aroma de la sidra dulce y de los dónuts que despiden los puestos ambulantes y las gastronetas que hay por el césped. Escondo la barbilla en la bufanda roja y me arrebujo en la chaqueta.

Tras mi conversación con Fern el fin de semana pasado, es difícil no darse cuenta de hasta qué punto el otoño de Bramble Falls ha conseguido llenar, no sabría decir cómo, el agujero en forma de

Nueva York que había en mi corazón.

—¿A qué viene estar tan contenta? —masculla Sloane entre bostezos—. Yo estoy demasiado cansada para sentirme feliz.

La miro con los ojos entreabiertos.

—¿Qué te hace pensar que me siento feliz?

—Pues que no paras de sonreír de un modo un tanto rarito.

—Ah. —Uy—. No sé. El otoño aquí es diferente por alguna razón. No me malinterpretes: me encanta el otoño en Nueva York; hay mercados ecológicos fantásticos por toda la ciudad, la moda es de primera y Central Park se convierte en un lugar de ensueño. Pero aquí es como si lo destilaran, o algo por el estilo. Es tan acogedor… No hay nada comparable.

—Exacto. Eso es lo que quería decirte —afirma lanzando los brazos al aire—. Vienes a recolectar manzanas y a tallar calabazas, pero te quedas por su calidez.

Le sonrío mientras entramos a la plaza mayor.

—Oye, que yo estoy aquí nada más que por los *lattes* de la cosecha.

—Y por el chico que los prepara.

Me quedo sin aliento de golpe.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Cooper?

—El mismo —dice haciendo una mueca.

Me quedo blanca del todo. Si Sloane se ha dado cuenta de que me gusta, eso significa que todos se han podido dar cuenta también. Él ha podido darse cuenta. Este no es un tema que me apetezca abordar ahora mismo. Y menos con él o con mi prima.

—¿De qué hablas? Cooper y yo somos amigos. Hace unas semanas decías lo mismo de Jake y de mí.

—No suele ocurrirme, pero me equivocaba. Está claro que le gustas a Jake, pero tu corazón pertenece al chico de las galletas.

—¿El chico de las galletas? —Niego con la cabeza—. No tengo ni idea de lo que estás diciendo. Literal.

—No te esfuerces en negarlo; lo sé. —Me sonríe—. Nunca aparta los ojos de ti.

Suspiro.

—Déjalo ya. No hace eso.

De ser así lo sabría, pues soy yo la que no deja de mirarlo a él.

—Lo que tú digas.

—¡Atención, residentes y visitantes de Bramble Falls! —grita por el megáfono tía Naomi desde el cenador—. Os damos la bienvenida a las actividades de este fin de semana. La Carrera de las Especias de Otoño dará comienzo en cinco minutos. Los y las participantes deben acercarse ya al cenador.

—Ahí está Asher —anuncia Sloane, indicando con un movimiento de cabeza el lugar donde la espera. Van a correr juntos—. Ven a animarnos.

Sigo a Sloane hasta el cenador y me aparto hacia uno de los lados, deseando desesperadamente haber venido veinte minutos antes para que me hubiera dado tiempo de parar a por un café antes de la carrera.

De pronto el teléfono empieza a vibrar en mi bolsillo.

Jake Robabolis: ¿Vas a venir esta noche? 💀 🍆 😉

La Hoguera de las Botas y las Mantas es esta noche. Nunca he estado más agradecida de no tener que montar nada. Lo más seguro es que me quedara dormida echando un tronco al fuego. En el mismo instante en que acabe la carrera, voy a echarme una siesta hasta que me apetezca, o al menos hasta que Sloane me saque de

la cama para volver aquí.

Yo: Claro, allí estaré.

Vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo.

Estoy observando cómo Sloane le sonríe con timidez a Asher mientras este le cuenta algo, cuando se me acerca tía Naomi.

—¿Vas a participar en la carrera? Hay lugar para un equipo más.

—Oh, no. —Niego con la cabeza—. Categóricamente no. Ni siquiera tengo pareja. Yo…

—¡Escuchad! —grita Naomi por el megáfono. Casi me estallan los tímpanos—. ¿Hay algún corredor individual por aquí? ¿Alguien que necesite pareja?

La multitud guarda silencio y mira en derredor.

—Tía Naomi, de verdad que no…

—Mi sobrina necesita pareja —anuncia, ignorándome por completo—. ¿Hay algún voluntario?

Miro al suelo y procuro taparme la cara con la mano para evitar las miradas que sin duda me están dedicando.

—¡Cooper Barnett! ¡Mueve tu culo hasta aquí! —chilla tía Naomi.

Giro la cabeza de golpe en dirección al puesto del Gato Cafeinado. Cooper y yo nos miramos mientras la mujer mayor que trabaja con él le dice algo. No hace el menor amago de moverse, así que la señora le da un empujoncito. Cooper niega con la cabeza mientras la mira, y por fin se quita el delantal y sale del puesto, ganándose las ovaciones de algunos de los presentes.

Me quiero morir.

—A ver, Mitchell —dice con una sonrisa mientras se aproxima—. ¿Estás preparada para ganar esta carrera?

—De verdad que no hace falta que seas mi pareja —le aseguro.

Estira los brazos a lo largo del cuerpo como si estuviera calentando para correr un triatlón en lugar de una tonta carrera local.

—¿Eso crees? Si quieres puedes decírselo tú a tu tía. Y, ya puestos, a Betty Lynn,—dice señalando el tenderete con el pulgar—. Estoy convencido de que me hubiera despedido si no me presto a correr contigo.

—Qué se le habrá perdido a la gente de este pueblo en los asuntos de los demás… —murmuro.

Cooper frunce el ceño.

—La gente de este pueblo está emocionada.

Me estremezco al notar por el tono de su voz que se ha molestado.

—No quería decir… —suspiro—. Lo siento. Tienes razón. Estoy muy cansada.

Y además, el comentario que ha hecho Sloane me ha calado hondo y ha logrado ponerme de los nervios.

—No pasa nada. —Suelta los músculos como si estuviera sacudiéndose de encima mi comentario sarcástico—. Que conste en acta que no me importa correr, pero no me gusta perder, al igual que no te gusta a ti.

Me dedica una de sus sonrisas de medio lado para que me quede claro que me ha perdonado. O al menos que no merece la pena darle más vueltas. Espero que sea lo primero.

—Vale, perfecto. Entonces no nos queda otra que ganar.

Se le forma el hoyuelo en la mejilla mientras yo estoy de pie con las manos en las caderas proyectando una falsa imagen de seguridad en mí misma. Porque lo cierto es que soy igual de atlética que una jirafa recién nacida.

Tía Naomi levanta el megáfono de nuevo y grita a la multitud:

—¡Este año, los y las participantes correréis en parejas y habréis de completar tres pruebas! —Se gira hacia los equipos—. Una vez lleguéis a la zona de descarga del final del laberinto, correréis hasta la primera prueba: os tendréis que envolver en papel higiénico de la cabeza a los pies, dejando al aire solo la cara. Cuando ambos participantes os hayáis momificado, saldréis pitando hasta mi prueba favorita: morder la manzana. En parejas, tenéis que sacar cinco manzanas. Cada miembro deberá sacar una como mínimo. La prueba final es la carrera por parejas. Os colocáis al lado de vuestra pareja, os atáis la pierna del uno a la del otro con un cordel y corréis hasta la línea de meta. Si se os suelta el cordel, tendréis que parar y atároslo de nuevo. El primer equipo que aplaste la calabaza del fondo gana.

La gente da gritos de alegría y aplaude mientras nos dirigimos a la línea de salida: unas balas de heno colocadas en forma de escalones. Dejo la bufanda encima de las hojas que hay a nuestro lado mientras los siete equipos restantes se suben a sus respectivas balas. Sloane y Asher chocan los cinco.

Cooper me da un empujoncito con el hombro.

—Esto está hecho.

Asiento con la cabeza mientras procuro centrarme en el obstáculo que tengo delante en lugar de en su ojos color miel.

—Preparados, listos… —grita tía Naomi—. ¡Ya!

Cooper sale como un tiro, abarcando con sus largas piernas los inestables e improvisados escalones de dos en dos. Cuando llega arriba, me ofrece la mano en lugar de saltar desde el borde. Le cojo la mano, tira de mí, ayudándome a salvar los dos últimos escalones y por fin llego a la repisa donde él se encuentra.

—Más rápido, Mitchell —me insta al tiempo que me suelta y salta desde el borde aterrizando con elegancia.

Sigo sus pasos, pero yo caigo a plomo sobre las hojas.

—¿Estás bien?

Se ríe.

—Estoy genial.

A ambos lados los equipos avanzan de manera caótica y se chillan para ir más deprisa. Definitivamente he subestimado la seriedad con que la gente se toma esta carrera.

—Céntrate —me dice Cooper—. Pon la vista en el objetivo, no en los otros equipos.

Me lo quedo mirando. Es decir, hago lo contrario de lo que acaba de decirme. Me pongo de pie y me sacudo las hojas del culo.

—Vale. Vamos.

Salimos corriendo hacia la primera prueba, pero resbalo en la hierba con mis fieles botas Frye.

—¡¿Necesitas que te lleve yo?! —grita Cooper por encima del hombro.

—Cierra el pico. Tampoco soy tan lenta —repongo casi sin aliento.

Él corre por delante y yo lo sigo a cierta distancia. Porque, la verdad sea dicha, sí que soy tan lenta. Cuando por fin llego al montón de rollos de papel higiénico, Cooper me espera con una rodilla en el suelo.

—Estamos perdidos —declara mientras me enrolla el papel por los pies.

—De eso nada. Vamos a ganar.

—Flipas.

Ahora me está subiendo el rollo de papel por la pierna.

—Solo soy optimista.

—Eso. Tú cuéntate eso a ti misma, Mitchell —dice incorporándose —. Levanta las manos y empieza a girar sobre tu eje. Así es más rápido.

Doy unas cuantas vueltas mientras él sujeta el rollo de papel higiénico, que se desenrolla a la altura de la cintura y el torso. Siento un chispazo cuando me roza las costillas con las manos, excitando cada una de mis terminaciones nerviosas y poniéndome la piel de gallina. Coge otro rollo de papel y empieza a cubrirme los brazos a una velocidad vertiginosa. Al estar tan cerca el uno del otro, puedo apreciar su familiar aroma a azúcar, limón y detergente para la ropa. Es el mismo aroma de cuando cabalgamos juntos, y el del baile y el de su colcha. Si pudiera embotellarlo…

Una vez ha terminado con los brazos, sigue con la cabeza. Me cubre la frente con el papel, lo enrolla por detrás de la nuca, corta el sobrante y remete el final a la altura del cuello mientras yo me dedico a memorizar sus rasgos en secreto.

—Te toca. Tal vez esto se te dé mejor que correr.

—Ja, ja.

Cojo un nuevo rollo de papel, me agacho y comienzo a envolverlo tan rápido como puedo, en parte porque quiero ganar, pero sobre todo para evitar mirar ese rostro que tantas ganas tengo de besar. Cuanto más tiempo paso cerca de él, menos confianza tengo en que no acabe cometiendo alguna estupidez.

Dos de los equipos que hay a nuestra derecha corren hacia la segunda prueba. Los demás los siguen unos segundos después.

—Mierda —mascullo.

—Date prisa —me apremia Cooper.

Sostengo la punta del nuevo rollo a la altura de su cintura y empieza a girar sobre sí mismo. En cuestión de segundos ya le he cubierto el torso y comienzo con los brazos a la velocidad del rayo.

—Madre mía, vas a lesionarte —dice Cooper riéndose.

—No pienso perder. —Empiezo con el siguiente brazo, y después el cuello, pero tengo que acercarme más a él y ponerme de puntillas

para poder envolverle la cabeza. Nos miramos a los ojos mientras coloco el papel higiénico por su espesa melena, muerta de ganas de pasarle los dedos. Tengo su cara a tan solo unos centímetros de la mía; él baja la vista hacia mis labios y vuelve a levantarla enseguida, dejándome sin aliento.

Sería tan fácil vencer esa distancia que nos separa, inclinarme un poco hacia delante y besarle los labios…

—¿Has acabado? —pregunta con voz ronca.

—Ay, sí.

Carraspeo y aseguro el final del papel higiénico antes de apartarme.

Vamos los últimos, así que salimos pitando en dirección a las bañeras de acero inoxidable llenas de manzanas flotantes verdes y rojas.

—¡Nunca antes he atrapado manzanas con la boca! —grito.

—¿En serio?

—Deja de juzgarme —le replico en broma.

Nos arrodillamos uno a cada lado de la bañera.

—Pon las manos a la espalda. Solo se puede usar la boca. Es más difícil de lo que parece.

—Creo que me las arreglaré.

Me inclino hacia delante y apunto a una manzana verde que tengo justo enfrente. Intento morderla, pero la envío al fondo de la bañera antes de que vuelva a subir a la superficie, lejos de mí. Ignoro las risas de Cooper y lo intento con otra, aunque esta vez me muevo más despacio y con más convicción. Aun así, la manzana se hunde bajo el agua escapando a mi mordisco.

Me incorporo con el pelo chorreando agua y me cruzo de brazos.

—¿Me vas a ayudar o crees que podemos ganar esto quedándote ahí sentado con tu cara bonita?

—Oooh, ¿crees que soy guapo?

—Increíble —refunfuño, y lo salpico con el agua—. Ayúdame, anda.

Se ríe entre dientes antes de inclinarse sobre la bañera. Un par de segundos más tarde saca la cabeza con el agua cayéndole en cascada por el pelo y una manzana verde cubriendo su inmensa sonrisa.

Niego con la cabeza y vuelvo a intentarlo, solo que esta vez, convencida de que conseguiré hacerme con la manzanita roja, una presa fácil en apariencia, me acerco demasiado al barreño y pierdo el equilibro. Acabo con la cabeza totalmente sumergida en el agua, hasta que logro recuperar la estabilidad apoyando una mano en el fondo.

En cuanto emerjo de la bañera, boqueando a causa del frío, a Cooper le da tal ataque de risa que apenas puede respirar. Lo fulmino con la mirada.

—Así que te parece gracioso…

—Lo siento mucho, pero sí. Es graciosísimo.

—Vamos a perder, y perder no tiene nada de gracioso.

Él sumerge la cabeza y coge otra manzana como si fuera lo más fácil del mundo.

—Solo perderemos si no eres capaz de coger una manzana —dice mientras dispone su segunda presa al lado de la primera.

Vuelve a intentarlo y coge una tercera. La coloca junto a las otras.

—He nacido y me he criado en Bramble Falls. Podría pasarme el día entero haciendo esto. —Se encoge de hombros y me sonríe con una mezcla de arrogancia y una pizca de guasa—. Venga, chica de ciudad. Nuestro equipo depende de ti.

Frunzo el entrecejo y elijo otra manzana flotante. Intento morderla, pero no lo consigo. Tampoco esta vez.

El último equipo se aleja de las bañeras y corre hacia donde están los cordeles para la carrera por parejas. A la mayor parte de los equipos no parece que se le dé muy bien. Me pregunto si podremos alcanzarlos. Señalo con la cabeza a los equipos que van por delante.

—Creo que todavía podemos conseguirlo. ¿Cuál es el truco para atrapar la manzana?

—Yo no lo llamaría un truco, simplemente no tienes que hacerlo ni con delicadeza ni despacio. Así solo conseguirás empujarla. Debes sumergirte con ganas.

Me vuelvo a arrodillar a su lado, lo suficientemente cerca como para notar el calor que emana de su cuerpo. Cojo aire y me sumerjo con rapidez a por la manzana roja que había elegido. Y esta vez consigo atraparla entre los dientes.

—¡Toma ya! Así se hace —chilla Cooper.

Ha sido un golpe de suerte, pero ya es mía. No puedo dejar de sonreír. La dejo con las demás. Cooper atrapa una última manzana, chocamos los cinco y nos dirigimos a la siguiente prueba.

—¡Rápido! —le grito a Cooper cuando ya tenemos el cordel. Está de pie junto a mí y me tiende la mano, pero en lugar de darle la cuerda, la ato yo misma alrededor de nuestras piernas con un perfecto nudo marinero.

—Guau —exclama mientras tira del nudo para confirmar que esté bien hecho—. Así que nunca has cogido manzanas con la boca pero sabes hacer esto.

—Fui scout de pequeña.

Enarca las cejas, sorprendido.

—¿En serio? Estás hecha una tipa dura.

—Deja los cumplidos para luego —le replico, tratando de acallar las mariposas que siento en el estómago—. Hay que ponerse en marcha. Empezaremos por la pierna interior.

Damos un paso adelante, acompasados. Pierna interior, pierna exterior, pierna interior…

No tardamos en tener por delante solo al equipo de Sloane y Asher, pues a los demás no para de soltárseles el nudo.

—¡Vamos a por ti, primita! —le grito a Sloane.

Esta se vuelve y grita entre carcajadas.

—Acelera, Asher.

—Tienes las piernas demasiado cortas. No puedo correr más deprisa. —Oigo que le dice.

—Oh, cállate y corre.

Ellos aceleran y Cooper se me queda mirando.

—¿Lista para darlo todo?

Asiento con la cabeza y nosotros también aceleramos.

Sloane y Asher, que aún van por delante, se paran para volver a atarse el nudo.

—Igual hasta lo conseguimos —afirmo.

—No te vengas arriba —me advierte Cooper—. Si te dejas llevar por la emoción, puede que…

De repente, tropiezo con una rama caída que quedaba oculta bajo las hojas y nos caemos los dos. Aterrizamos en el suelo como si fuéramos un amasijo de extremidades retorcidas. Cooper gruñe al caerse encima de mí.

Tiene la mejilla aplastada contra el lateral de mi cabeza. De pronto le entra un ataque de risa incontenible y empieza a temblarle todo el cuerpo. Nos quedamos ahí tirados, muy juntos, muriéndonos de risa hasta que nos duele el estómago.

Los equipos nos van adelantando uno tras otro. Cooper se apoya en el costado y se cierne sobre mí. Tiene los ojos brillantes y llorosos. Se le forman unas pequeñas arrugas en las comisuras mientras me mira con esa sonrisa que me deja sin aliento. Me

escuecen los dedos de todo lo que deseo apartarle el pelo de los ojos, seguir el contorno de la línea de su mandíbula, acariciarle el hoyuelo de la mejilla…

A unos metros de distancia, Sloane y Asher aplastan su calabaza en la línea de meta, y por fin me sacan del trance. Sloane da volteretas en la hierba y Asher celebra la victoria con un bailecito absurdo, una especie de mezcla de la coreografía del vídeo de *Single ladies* de Beyoncé y del baile de Jenna Ortega en *Miércoles*. Tras ello los dos amigos se funden en un abrazo.

Cooper suspira.

—Bueno. Hemos perdido.

—No me digas —comento en tono jocoso.

Cooper maniobra para apartarse de mí. Si pudiera retroceder en el tiempo y darle a la pausa… Nos sentamos y desato el nudo para liberar las piernas. Cuando levanto la vista, pillo a Cooper observando mi rostro como si me estuviera inspeccionando. Nuestras miradas se cruzan, y es como si la sangre que bombea mi corazón no supiera hacia dónde dirigirse; me pongo coloradísima. Bajo la barbilla en un arrebato de timidez, y lucho contra el impulso de rehuir su mirada.

—¿Qué pasa?

No me responde.

Se limita a acercar la mano a mi pelo, retira una hoja que se me había quedado prendida y la tira al suelo. Un reguero de agua desciende por sus mejillas y gotea barbilla abajo; traga saliva, sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento. Entonces, muy despacio, se inclina hacia mí. Contengo la respiración y me pregunto si me lo estoy imaginando todo. ¿Me estoy imaginando lo que está a punto de ocurrir?

—¡Ha sido la carrera más ajustada de los últimos años! —grita

Sloane mientras se nos acerca corriendo con la medalla en la mano.

Cooper se endereza, desvía la vista y se pasa la mano por el pelo mojado.

—Tengo que volver al puesto.

Abro la boca con la intención de hablar, pero no sé qué decir. Sloane no deja de charlar mientras yo me centro en el chico que se aleja. Porque, en serio, ¿qué acaba de ocurrir?

Capítulo veinticuatro



Sloane y yo pasamos el resto del día recuperando el sueño perdido. Cuando despierto, me siento una persona nueva con una idea muy clara de lo que sucedió al final de la carrera. Que Cooper se inclinara hacia mí fue, a todas luces, producto de mi imaginación. Lo que pasó es que andaba falta de sueño y estaba agotadísima y malinterpreté la situación.

Aun así, dedico más tiempo del habitual a arreglarme el pelo con el rizador, formando unas ondas no muy marcadas que caen en cascada sobre el jersey holgado de Babaá que llevo puesto. También me aplico una sombra de ojos de tono ahumado, un rosado en los labios y bajo las escaleras.

—Joder. Eres consciente de que estará oscuro, ¿verdad? —comenta Sloane—. Nadie apreciará lo imponente que estás.

—Me he pasado toda la tarde cubierta de tierra, hojas y papel higiénico mojado. Necesitaba sentirme humana.

—Entendido. ¿Estás lista?

Sloane coge la chaqueta y salimos afuera. Hace un frío cortante.

Miro el cielo, que debe de haberse despejado mientras dormíamos, porque da la sensación de que, desde el camino del Azafrán, puede verse, cada una de las estrellas del firmamento, relucientes y titilantes, como si se comunicaran en código morse. La imponente extensión negra parece un lienzo salpicado de luces refulgentes.

Este cielo inmaculado será una de las cosas que echaré de menos cuando esté de vuelta en Nueva York.

—Al parecer, Cooper y tú, hoy os lo habéis pasado muy bien juntos —comenta Sloane mirándome de soslayo.

—¿Y…?

—No sé. Dices que solo sois amigos, sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué? Voy a volver a Nueva York enseguida —le recuerdo—. Además, estoy segura de que hay algo entre Chloe y él.

A Sloane mi afirmación le parece ridícula.

—Por favor, si le gustara Chloe creo que ya se le habría insinuado. Simplemente es una amiga.

—Igual que yo. Y por los pelos. Hasta hace bien poco no era más que una conocida. Hace unas semanas Cooper no soportaba estar en la misma habitación que yo. Casi no lo conozco. O al menos no sé cómo es ahora.

—Has pasado más tiempo con Cooper este último mes del que he pasado yo en los dos últimos años. Claro que lo conoces. Aunque he decidido aceptar tus endebles excusas y lo dejaré estar por esta noche.

—Gracias.

—Pero mañana no te prometo nada.

Pongo los ojos en blanco, le doy un codazo afectuoso en el costado y se echa a reír.

Cuando llegamos a la plaza abro la boca exageradamente. En apenas unas horas los voluntarios la han transformado en un lugar

de ensueño. El cenador está cubierto de bombillas de colores, y en el interior han instalado unos altavoces enormes de los que sale una canción tradicional. La hoguera es gigantesca y la han rodeado de bancos de madera y sillas plegables. Han puesto hileras de farolillos entre los árboles y en los postes para iluminar el camino hacia las mesas donde está la comida y la bebida. Para darle un aspecto más otoñal si cabe, han esparcido por el césped cubierto de hojarasca calabazas vaciadas con velas en el interior. La Hoguera de las Botas y las Mantas es absolutamente mágica.

Nos encontramos con Asher junto a las mesas de la comida, cogemos unas tazas de sidra dulce y caliente, y los tres nos dirigimos hacia la hoguera. Nos apretujamos en un banco largo y bebo sidra mientras Sloane habla de la próxima obra del instituto.

Estoy sumida en mis pensamientos cuando Cooper, desde el lado opuesto de la hoguera, se acerca con Caracol y otros chicos de la clase de Cálculo. Lleva el pelo despeinado, una sudadera negra y pantalones del chándal grises, que se ven de color naranja por el reflejo del fuego. Inclina la cabeza hacia atrás al reírse de un chiste que ha contado uno de sus amigos. No puedo despegar los ojos de él.

Cooper se pone la capucha y se queda mirando el fuego. Las llamas bailan en sus ojos, tras los cristales de esas gafas suyas de montura negra que me vuelven loca. Sonríe. Observo la curvatura del labio superior y la forma en que uno de sus caninos monta ligeramente sobre el diente de al lado. Me fijo en la cicatriz que tiene en la ceja izquierda y saboreo el modo en que se le marca el hoyuelo con mayor profundidad cuando se muerde el labio inferior.

Admirar a Cooper Barnett puede que sea mi actividad favorita de Bramble Falls.

Casi como si pudiera intuir que lo observo, la mirada de Cooper se

cruza con la mía. El fuego crepita y restalla entre nosotros, reduciendo la leña a ceniza. Un único pensamiento me inunda la mente: ¿y si fuera verdad que se inclinó para besarme?

—¿Tú qué opinas? —me pregunta Sloane a mi derecha. Despego los ojos de Cooper y los fijo en mi prima.

—Perdón. ¿Qué me decías?

—Que vamos a dar una vuelta, a ver quién hay por aquí. ¿Quieres venir con nosotros? —repite.

—No, gracias. Hace muchísimo frío. Prefiero quedarme un rato más junto al fuego.

Asher y Sloane se escabullen hacia el cenador y me dejan sola en el banco. Echo una miradita al otro lado de la hoguera, pero Cooper ya no está. Me froto las manos para calentármelas. El aliento forma una nube blanca al contacto con el aire frío. Un grupo de chicas se anima al sonar una de las canciones de *Fearless*. Al parecer, la lista de reproducción ha corrido a cargo de un *swiftie*. Otra cosa con la que Bramble Falls ha acertado esta noche. Estoy tatareando la canción cuando alguien se deja caer a mi lado.

—Hola, compañera —dice Cooper, depositando un plato con comida en el banco, a su derecha. Saca mi bufanda del bolsillo de la sudadera—. Antes te dejaste esto.

Cambia de postura para poder verme bien la cara y envuelve la prenda con delicadeza alrededor de mi cuello. Me quedo sin aliento cuando noto sus dedos rozándome la clavícula.

—Gracias —susurro mirando sus ojos ambarinos. Trago saliva y desvío la mirada. Tranquilízate, Ellis—. ¿La has llevado ahí todo el día?

Se encoge de hombros y mira la hoguera.

—Me imaginé que acabaría viéndote. Siempre vamos a los mismos sitios. —Me muestra el plato que tiene a su lado—. Te he traído unos

dulces.

—Vaya, gracias.

Cojo el plato, plenamente consciente de que me está tocando con el muslo y con el hombro, a pesar de que hay espacio de sobra en el banco.

—Bueno, a ver. ¿Qué opinas de todo esto? —me pregunta moviendo el brazo para señalar cuanto nos rodea.

—Es precioso. Muy… evocador. Aunque hace un frío que te mueres.

—¡A que sí! —Se inclina hacia mí un poquito, y al hacerlo me noto más caliente el costado gracias al calor que irradia su cuerpo. Nuestros meñiques se rozan sin querer, y de repente se me disparan todas las terminaciones nerviosas—. No me puedo creer que haya olvidado la manta.

Una suave brisa mece los árboles y aviva el fuego. Hundo la barbilla todo lo que puedo en la bufanda.

—¿Quieres que te deje la sudadera?

—Te vas a morir de frío sin ella. No me hace falta, gracias.

—¿Vas a comerte eso?

Señala con un movimiento de cabeza el plato que me ha preparado, lleno de postres variados: *macarons*, galletas, *brownies*, bollos ingleses y *cupcakes.*

—Claro, aunque puedo compartirlo. Hay un montón —respondo, ofreciéndole el plato.

—No hace falta, gracias.

Cojo una galleta de naranja salpicada de trocitos de oreo.

—Esta aún no la he probado.

—Lo sé. Es mi favorita. Crema de oreo.

Ignoro si el hecho de saber que es la favorita de Cooper hace que esté más rica, pero me quedo sin palabras en cuanto le doy el

primer bocado.

—Ay, Dios mío —digo con la boca llena—. Cooper, esto es lo más rico que he comido en mi vida.

Le doy otro bocado y la masa aterciopelada y dulce se me deshace en la lengua.

—¿La comida más sexy que has comido nunca? —bromea.

—Eso mismo.

Asiente con la cabeza. Al esbozar una sonrisa tímida se le forma el hoyuelo en la mejilla.

—La he hecho yo.

Dejo de masticar.

—¿Cómo?

—Las galletas, o mejor dicho, todos los pasteles del Gato Cafeinado. Los hago yo.

Me lo quedo mirando fijamente. Miro la galleta y vuelvo a mirarlo a él.

—¿Lo dices en serio?

Se echa a reír.

—No debería sorprenderte tanto. Estoy casi seguro de que nos conocimos en uno de mis momentos más frikis, cuando solo hablaba de hornear.

—Vale, sí. Eso es cierto —admito. Estaba obsesionado—, pero hornear como *hobby* no es lo mismo que hornear para clientes de verdad.

Echo la vista atrás, durante este último mes, y revivo todas las veces que le pedí una galleta en el café, o todas las veces que él me trajo una, o las veces que he hablado con entusiasmo de ellas delante de él.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Supongo que disfrutaba al ver tu reacción tan sincera. Me

encantaba que a alguien le gustaran tanto sin saber que las había hecho yo. —Se encoge de hombros—. Me gustaba saber que no lo decías por ser amable.

—Créeme, nadie habla bien de tus galletas por mera amabilidad.

Cooper se pone colorado a la luz de la hoguera.

—Gracias.

—Esto explica tantas cosas… —Como que estuviera maravillado con Fern, y que mi prima lo llamara el chico de las galletas—. No me puedo creer que Sloane nunca me lo contara. Vaya con la niña.

Se echa a reír.

—Probablemente pensó que lo sabías. Todo el mundo lo sabe. No me puedo creer que no lo hayas descubierto hasta ahora.

—Por lo que parece no soy muy observadora. —Me giro hacia él—. Es genial que no dejaras de hornear con el tiempo —le comento, y me pregunto cómo debe de ser tomarte tu pasión tan en serio que se te acabe dando tan bien como se le da a él; disponer del tiempo necesario para llegar a ser tan bueno.

—Me encanta hacerlo —dice sin más—. Mi idea es entrar, o eso espero, en el IEC cuando acabe el instituto.

Me lo quedo mirando, perpleja.

—¿El IEC?

—Sí, son las siglas del Instituto de Educación Culinaria. Ya sabes, en Nueva York. Me encantaría abrir mi propia pastelería en el futuro.

—Guau. —Un millón de pensamientos se me agolpan en el cerebro. El primero de todos: Cooper planea mudarse a Nueva York, mi ciudad. Y segundo—: Así que piensas dedicarte profesionalmente a la repostería.

—Claro. —Ladea la cabeza—. Lo dices como si fuera algo malo.

—No, lo que pasa es que la repostería parece más bien un *hobby*, ¿sabes qué quiero decir? No parece una salida profesional muy

realista.

—Eso díselo a «Horneado por Melissa» —responde, desviando la mirada hacia el fuego.

—Bueno, claro. Por supuesto que hay gente con estrella. Pero eso no te garantiza que vayas a ser uno de los pocos que triunfe. ¿Sabías que la mayoría de las pequeñas empresas cierran durante los primeros cinco años de actividad?

Niega con la cabeza y vuelve a mirarme fijamente.

—Mira, lo único que sé es que no pienso pasarme el resto de mi vida dedicándome a algo que no me apasiona. Sobre todo sabiendo que tengo la opción de entregarme a lo que adoro. Ninguna salida profesional te garantiza nada, así que lo mejor es seguir mis sueños.

Asiento lentamente, tratando de hacerme a la idea de que existe gente que se toma su futuro con semejante tranquilidad, que confía en que todo irá bien, aunque sus sueños no sean precisamente realistas. ¿Cómo es posible que a Cooper no le dé miedo fracasar?

—Bueno —dice poniéndose de pie—. Pásalo bien esta noche. Seguro que nos vemos por ahí.

—¡Espera! —Lo cojo de la mano sin pensarlo. Fija la vista en mis dedos, que ahora están rodeando los suyos, y me mira a los ojos—. Lo siento. No era mi intención hacer que te sintieras mal. Lo que hagas con tu futuro no es asunto mío.

—No estoy disgustado. —Me estrecha la mano un instante y la suelta. Esboza una media sonrisa, pero no le sale del corazón.

Está claro que miente y, mientras lo observo volver con sus amigos, siento un dolor frío y punzante en el pecho.

«Guau. Eso sí que es portarse como una gilipollas y arruinar la noche, Ellis».

Aparto el plato: ya no tengo hambre. Al otro lado de la hoguera, Chloe se une a Cooper. Le dice algo y este se ríe, y Chloe apoya la

cabeza en su hombro.

Ufff. No puedo seguir aquí.

Saco el teléfono y le envío un mensaje a Sloane para avisarla de que me voy a casa. Cuando me pongo de pie, Cooper se vuelve y me mira. Agacho la cabeza y tiro la basura.

Camino sola a casa, aterida de frío, subo al desván y me pongo el pijama. Me desmaquillo, me meto en la cama y paso unos treinta minutos mirando el móvil, dándole un *like* a las fotos de la hoguera de los demás y a las fotos de mis amigos de antes y sus fiestas en Nueva York.

Estoy como ausente. Me estoy planteando escribirle a Cooper para pedirle perdón de nuevo cuando el teléfono vibra en mi mano, y aparece su nombre en la pantalla.

Cooper Verano: ¿Estás despierta?

Yo: Sí.

Cooper Verano: Sal afuera.

Me incorporo como un rayo. ¿Significa eso que está aquí?

Yo: ¿¿¿Ahora???

Cooper Verano: Sí.

Suelto un gruñido al ver lo que llevo puesto. Mi camiseta holgada y los pantalones de franela puede que sean las prendas menos favorecedoras que tengo, pero no hay tiempo de cambiarse si ya está fuera.

Cuando llego a la planta baja me calzo unas botas, me pongo la chaqueta Barbour de hombre que compré en una tienda de segunda

mano hace unos años y salgo al frío, lista para que Cooper me eche en cara lo idiota que soy. Lista para que me diga que no quiere volver a hablar conmigo nunca más. Lista para disculparme por comportarme… como mi padre. Lista para aceptar que ha llegado el final de una prometedora amistad.

Encuentro a Cooper apoyado en la farola, con los brazos cruzados. La luz cenital le acentúa los rasgos en forma de sombras. Cierro la puerta tras de mí. Él se aparta de la farola y se acerca a la acera.

—Hola —saludo con un hilo de voz. Le doy una patada a una solitaria hoja roja de arce mientras observo su largo tallo en lugar de al chico que tengo delante—. Pensaba que no volverías a hablarme. Después de lo que dije…

El silencio se prolonga unos segundos antes de que suspire y diga:

—Tenías razón. Estaba dolido.

Al fin alzo la vista, y el estómago se me cierra de golpe al oír su confesión.

—Lo sé. Lo siento tanto… Yo…

Cooper levanta la mano.

—No he terminado de hablar. —Cierro la boca y asiento con la cabeza. Él se mordisquea el interior de los carrillos antes de seguir —: Estaba dolido, pero he estado pensando y no creo que esto tenga que ver conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Creo… Creo que te han criado en un mundo donde lo único que importa es el dinero y el estatus social, y por eso tienes una versión distorsionada de lo que debería ser el futuro, cuando, en realidad, el futuro puede ser como tú quieras. Aunque no creo que aún lo hayas comprendido. —Arrugo el entrecejo; él sigue hablando—: No te lo digo en plan pulla. Creo que eres brillante, que estás motivada y puedes hacer literalmente lo que te propongas, Ellis. Pero no parece

que te lo creas. —Se encoge de hombros—. Así que ya no estoy dolido. No pienso dejar de ser tu amigo —dice haciendo una mueca —. Eso sí, voy a tener que demostrarte que soy uno de esos elegidos que triunfan, y que el futuro puede ser como tú quieras.

Me lo quedo mirando fijamente. En mi interior se agita un torbellino de alivio, incredulidad y admiración. No estoy de acuerdo con él. No creo que el futuro pueda ser como uno quiera solo porque pongas empeño y pasión, sobre todo cuando ese futuro que imaginas se basa en expectativas poco realistas y en sueños grandilocuentes que no son nada prácticos. Hace que suene tan fácil como arrancar una profesión de un árbol y decir que es tuya. Pero el mundo no funciona así. Por supuesto que se requiere determinación y perseverancia, pero también suerte y contactos, y has de prepararte para el éxito siendo realista.

Pero no está molesto conmigo, y eso es mucho más de lo que podía pedir esta noche. Por lo demás, puedo apoyarlo en la consecución de su sueño sin que importe lo que yo opine.

—Ahora ya puedes hablar —dice con su sonrisa de hoyuelo mientras se mete las manos en los bolsillos de la sudadera.

—Vale. A ver. Quién sabe. Igual demuestras que me equivoco. La verdad es que tus galletas están de muerte.

Se ríe y sacude la cabeza.

—Gracias.

—Sigo sintiéndolo mucho.

—Lo sé. Te perdono.

—Gracias. ¿Por eso has venido hasta aquí? ¿Para decirme que ya no estás enfadado?

—Pues no, la verdad. He venido a acompañarte a la siguiente actividad.

Lo miro extrañada.

—¿A qué te refieres? No hay ninguna actividad apuntada en el calendario de la nevera.

Curva los labios y esboza una sonrisa pícara.

—Esta es una actividad no autorizada que celebramos cada año. No la encontrarás en el calendario de actividades de Bramble Falls de tu tía.

—Ah.

—¿Qué, te apuntas? —me pregunta con impaciencia, y la vivacidad de su mirada aún despierta más mi curiosidad.

La brisa nos trae la voz de Taylor Swift desde la hoguera, que está a dos manzanas.

«And I never saw you coming…».

Suelto el aire con fuerza. «Yo tampoco lo vi venir, Taylor. Yo tampoco…».

—Vale —acepto—. Pero tengo que cambiarme de ropa.

—No hace falta.

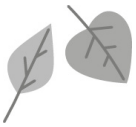
—Sí que hace falta, a no ser que nos dirijamos a un contenedor.

Su sonrisa se vuelve más amplia, y eso hace que me derrita por dentro. Me coge de la mano y me olvido de respirar en cuanto noto cómo se me eriza la piel al contacto con la suya. De pronto ya no me importa lo que llevo puesto.

—Así estás perfecta . Vámonos.

Tira de mí por la acera en dirección al centro sin soltarme, pese a que lo sigo sin oponer resistencia.

Capítulo veinticinco



—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto a Cooper cuando nos bajamos de la furgoneta en el instituto.

—Ya lo verás.

Lo sigo por uno de los laterales del edificio, desde donde se distinguen luces de colores en movimiento a cierta distancia y nos llega un sonido de risas a través de la fría brisa. Nos adentramos en el bosque oscuro que hay detrás del instituto. Las copas de los árboles se van volviendo más espesas y la oscuridad más densa. Yo me agarro cada vez con más fuerza al brazo de Cooper. No me suele asustar la oscuridad, pero este sitio da miedo.

Llegamos a un claro del bosque donde hay un grupo de estudiantes de último curso con varitas luminiscentes alrededor del cuello y de las muñecas.

—¿Y esto qué es? —pregunto.

—Una partida amistosa de fantasmas en el cementerio con varitas luminiscentes —me explica Cooper—. Cada año lo preparan los de último curso después de la hoguera. Es una tradición.

Niego con la cabeza. A esto se refería Jake cuando me preguntó si iba a ir esta noche. Lo localizo entre los demás, hablando con una pelirroja que conozco del instituto. Cuando me ve, me sonríe y me saluda con la mano.

Cooper me compaña hasta una caja llena de varitas y me pone dos pulseras rosas y un collar verde tras golpearlos para que se enciendan. A continuación golpea un collar amarillo, se lo coloca en el cuello y me pasa una pulsera azul neón para que se la ponga yo. Ni siquiera sé si se da cuenta de que le estoy rozando el interior de la muñeca con el dedo, pero este contacto tan sutil casi me paraliza el corazón. Uno el extremo de la varita al broche de plástico, con la esperanza de que Cooper no se percate de que me tiemblan las manos por estar tan cerca de él.

«¿Qué me está pasando?».

—Vale, escuchadme —grita Kayla McIntire, la delegada de clase. Cooper me pasa una minilinterna que ha sacado de otra caja. Todo el mundo guarda silencio para escuchar a Kayla—. Bienvenidas y bienvenidos a la décima noche de fantasmas en el cementerio. Dentro de un minuto sacaré un nombre de este sombrero. —Señala un sombrero de copa que sostiene la tesorera de clase—. En su interior están los nombres de todos los alumnos y alumnas de último curso. El nombre que saque será el fantasma y tendrá que esconderse de los demás. Si sale el de alguien que no ha venido, sacaré otro. El perímetros del campo de juego está delimitado con cinta de precinto amarilla. El fantasma no debe cruzarla o se saldrá de la zona de juego. El resto se quedará en la base de operaciones y contará hasta la medianoche. En ese momento nos dispersaremos e iremos en busca del fantasma.

»Si lo encontráis, tenéis que gritar: "¡Fantasma en el cementerio!". En ese instante, todo el mundo deberá volver aquí, procurando que

el fantasma no lo toque. Como podéis observar —dice mientras señala los árboles que circundan el claro— la base de operaciones está claramente señalizada; hemos iluminado los troncos de los árboles con varitas luminiscentes para que sea fácil de reconocer. Si te toca el fantasma, te conviertes en el nuevo fantasma. ¿Alguna pregunta?

Nos miramos los unos a los otros, pero nadie pregunta nada.

—Muy bien, pues, ¡comencemos!

Kayla introduce la mano en el sombrero y revuelve los nombres. Todos parecen agitados por el suspense que genera el momento. Saca un papelito y lo despliega.

—Cooper Barnett —lee—. ¿Estás por ahí, Cooper?

Se vuelve hacia mí.

—¿Estarás bien sola?

—Pues claro. —Señalo con la cabeza en dirección a Jake, que está enfrente—. Siempre puedo unirme a Jake.

Mira a su amigo.

—Cierto. —Levanta la mano—. Estoy aquí.

A algunos les da por aullar; otros cuchichean, emocionados.

—Acércate —dice Kayla al tiempo que devuelve el papelito al sombrero.

Antes de irse con Kayla, se acerca tanto a mí que su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Sé que no te gusta nada perder. Veamos si puedes encontrarme antes que nadie.

Dicho lo cual, se marcha para que lo nombren fantasma.

—¡Reto aceptado! —le grito.

Me sonríe por encima del hombro.

—Buena suerte.

Cooper se desprende de las varitas luminiscentes y se adentra en

la espesura mientras yo me quedo con mis compañeros contando hasta que sea medianoche. Decido no ir con Jake, porque lo cierto es que quiero encontrar a Cooper, y sé de buena tinta que Jake hará ruido y se lo tomará todo a broma. A decir verdad, Jake es como un cachorrillo nervioso.

Me arrepiento en cuanto nos dispersamos todos. Oigo el sonido de una ramita al partirse a mi derecha. Ilumino con la linterna en la dirección de la que provenía el sonido al tiempo que oigo un susurro a mi izquierda. Este bosque es pavoroso. ¿Cómo voy a distinguir si los ruidos que oigo son de mis compañeros o de algún animal?

Deambulo sin rumbo fijo, preguntándome si seré capaz de encontrar el camino de vuelta a la base de operaciones por más que esté iluminada. También me pregunto si Cooper habrá diseñado alguna estrategia. Estoy segura de que no se ha subido a ningún árbol porque le dan miedo las alturas. Pero si está en el suelo, ¿dónde habrá pensado que no mirará nadie?

Hago un barrido visual del bosque. ¿Adónde habría ido yo si estuviera en su lugar? Giro a la izquierda y vuelvo a la línea de árboles donde han colocado el precinto amarillo para marcar el perímetro. Me paso los siguientes diez minutos caminando en silencio mientras busco montones de hojas apiladas donde pudiera haber alguien escondido, o un tronco hueco donde pudiera ocultarse una persona si fuera lo bastante valiente. Estoy completamente sola en la oscuridad y me cuesta no ceder a la tentación de hacer ruido para espantar a las criaturillas de la noche.

El objetivo del juego es encontrar al fantasma antes de que me toque, así que espero ver a Cooper antes de que me vea él a…

Me quedo paralizada en cuanto observo que alguien está cruzando el camino que tengo enfrente; alguien que no lleva varitas luminiscentes. A la luz de la luna, entre las enmarañadas ramas

desnudas, distingo el contorno de su cara; una silueta que tengo grabada a fuego en el cerebro.

—¡Fantasma en el cementerio! —grito lo más fuerte que puedo, justo antes de que Cooper se abalance sobre mí. Doy la vuelta y echo a correr, pero solo consigo dar tres zancadas antes de que me rodee la cintura con sus fuertes brazos, me atraiga hacia sí, me levante del suelo y me dé la vuelta.

Me río mientras él me deja de nuevo en el suelo, frente a un árbol.

—¿Cómo me has encontrado tan rápido? Eres una tramposa.

Levanto la barbilla con expresión desafiante.

—No he hecho trampas, pero no pienso desvelar mi secreto.

Se acerca un poco más a mí.

—No hay nadie más en los alrededores. Necesito saber cómo se te ha ocurrido venir hasta aquí —dice señalando el lugar en el que nos encontramos, justo donde se unen la cinta de precinto que delimita el frontal y uno de los laterales del campo de juego—. ¿Te separaste del grupo y me seguiste cuando se supone que tenías que estar contando?

—Eso sería hacer trampas.

—Ya.

—Entonces sabes que no ha sido así. —Me cruzo de brazos. Él sigue ahí plantado, mirándome, a la espera. Finalmente lanzo un suspiro y le explico—: Al disponer de tanto terreno para esconderte, parecía lógico que la mayoría empezara a buscar por la zona más cercana a la base de operaciones. Por eso pensé que si fuera yo la que tuviera que esconderse, me quedaría cerca del perímetro, porque parece el sitio menos apropiado para buscar. Está tan cerca del precinto que la gente tiene menos terreno donde buscar y, en consecuencia, menos oportunidades de encontrarte.

—Muy lista —replica Cooper, impresionado.

—Un poco de lógica y un montón de suerte. —Me encojo de hombros—. Además, la mayoría estaba apuntando con las linternas a las copas de los árboles, pero yo sabía que no estarías ahí porque te dan miedo las alturas.

—Yo no…

—Sí que lo tienes —le interrumpo sin darle tiempo a terminar—. Te negaste a sentarte en el tejado de la casa de tía Naomi conmigo para ver los fuegos del Cuatro de Julio.

Da un paso hacia mí y sonríe.

—¿No te podías haber olvidado de ese detallito de nada?

—Jamás.

Trato de sonreír. Trato de darme la vuelta y dirigirme a la base de operaciones. Es lo más sensato. Pero como lo tengo tan cerca y me está mirando con esos ojos que me dejan sin oxígeno en los pulmones, de repente me siento incapaz de poner un pie delante del otro. Y tampoco se me ocurriría marcharme de allí aunque pudiera.

En ese instante, ocultos por la oscuridad de la noche con el pelo de Cooper despeinado y ondeando bajo la brisa, no se me pasa por la cabeza callarme lo que estoy pensando.

—Lo recuerdo todo de ti, Cooper Barnett —susurro—. Eres mi asignatura favorita.

Cooper abre los ojos como platos. Doy un paso hacia él. El sonido que hace al inspirar profundamente resuena en el silencio. El ambiente se ha vuelto denso, pesado, espeso.

—Antes, al final de la carrera —digo, hecha un manojo de nervios —. ¿Ibas…? ¿Ibas a besarme?

A lo lejos, alguien grita el nombre de Cooper. Todos lo están buscando (nos buscan a los dos), pero he sido yo quien ha empezado esto, y necesito saber cómo acaba.

Tiene la voz ronca y responde con un susurro:

—No debería… No importa.

—Tal vez sí que importe —replico—. Dímelo.

—Pero Jake… —Niega con la cabeza—. No puedo hacerle esto.

—¿Qué pasa con Jake? —pregunto, confusa.

—Le gustas.

—Vale, pero él a mí no.

—Eso no lo has dejado del todo claro.

—De hecho, sí que lo he dejado claro. Le dije exactamente que solo éramos amigos.

Frunce el entrecejo.

—Bueno, él no ha perdido la esperanza.

Guardamos silencio un instante.

—Dímelo, Coop —le susurro.

Suspira y se pone la capucha, como si tratara de esconderse de mí.

—Está bien. Puede que estuviera pensando en besarte. Pero no debería haberlo hecho.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla sin saber muy bien qué responder, pese a haber sido yo la que le ha pedido que me lo dijera. Al parecer está intentando ordenar sus ideas. Mira al suelo y prosigue:

—Ya te conté que me hiciste daño cuando volviste a Nueva York y dejaste de hablarme. Eso es verdad, aunque no fue tan sencillo. —Cierra los labios como si no supiera si debía seguir adelante. Me noto el corazón acelerado—. Sé que éramos unos críos, pero ese verano me enamoré de ti. —Alza la vista y me mira a los ojos—. Has sido la primera y la única chica que me ha roto el corazón.

De pronto, el bosque se vuelve más oscuro y silencioso.

—¿Qué? —pregunto con un hilo de voz.

—Me enamoré de una chica preciosa, divertida y despreocupada

que siempre quería probar cosas nuevas y que me hacía sentir como si fuera capaz de todo; que podía ser quien yo quisiera, que no necesitaba ser diferente. Me sentía como si fuera la mejor versión de mí mismo cuando estaba contigo. Y entonces desapareciste y me quedé hecho polvo.

—Cooper…

—¿Te acuerdas de aquel día que te sentaste frente a mí en mi habitación y me propusiste que nos diéramos el primer beso?

—Claro que me acuerdo.

Tenía la sensación de que era la única chica de mi escuela a la que nunca habían besado. Quería volver a casa sin tener que mentir sobre eso.

—Dijiste que solo querías averiguar lo que era besarse antes de empezar el instituto, saber a qué venía tanto jaleo. Puede que para ti no significara nada, pero yo sabía que nunca me iba a sentir así con ninguna otra chica. Aquel beso lo significó todo para mí. —Enarca las cejas—. Incluso cuando dejaste de responder a mis mensajes pensé que, si esperaba a que regresaras al verano siguiente, las cosas volverían a ser como antes. Pasaríamos otro verano juntos, te contaría cómo me sentía y con un poco de suerte tú acabarías por sentir lo mismo que yo.

—Pero nunca regresé —concluyo con un hilo de voz.

Asiente con la cabeza.

—Hasta ahora. Y eres distinta, pero en muchos aspectos sigues siendo la chica que conocí. En demasiados, si he de serte sincero.

Doy un paso hacia él, hasta que nuestros pies casi se tocan. Despacio, vacilante, levanto la mano y le acaricio el rostro siguiendo la línea de la mandíbula. Le paso el dedo pulgar sobre la mejilla, donde se oculta el hoyuelo. Él sigue mirándome a los ojos. Me pongo de puntillas, le bajo la capucha y le paso los dedos por el

pelo, que tanto deseo acariciar.

—Conseguí olvidarte, Ellis —admite en voz baja.

—Me parece bien. No me gustaría que tuvieras el corazón roto para siempre —le digo. Me inclino hacia él hasta que estoy a punto de rozar mi nariz con la suya, hasta que respiramos el mismo aire y el corazón me late desbocado como si estuviera en medio de una tormenta. A Cooper le falta el aliento—. Pero ¿sigue siendo así? —Le acerco los labios mientras mis manos se posan en su nuca y presiono mi cuerpo contra el suyo.

Cooper emite un gemido y da un paso atrás. En cuanto dejo de sentir la calidez de su cuerpo me quedo fría, pasmada, presa del desconcierto.

—No voy a besarte.

—Ah.

—No es que no quiera —me aclara. Se le escapa una risa forzada —. Llevo queriendo besarte desde la primera vez que te vi.

—¿Entonces…?

—Es que ya va a ser suficientemente duro verte marchar dentro de un mes.

Tiene los músculos rígidos, y veo determinación en su rostro. Yo lo dejaría correr si me hubiera dicho que no le gusto, si no estuviera interesado, si hubiera interpretado mal las señales; pero lo dice por miedo, para protegerse, y esta vez no pienso romperle el corazón.

—Ya pensaremos en algo. —Doy otro paso hacia él—. No volveré a ignorarte.

Bajo la luz rosa de mi collar, percibo en la mirada de Cooper la lucha que está librando consigo mismo, mientras fija sus pupilas en mis ojos, primero en uno, después en el otro. Por fin me acaricia la mejilla con delicadeza, se acerca a mí lentamente y me besa en los labios. Es un beso tímido, nervioso y cargado de vacilación. Con los

ojos cerrados, separo los labios, invitándolo a seguir; Cooper gime, y el beso se vuelve más hambriento y apremiante, como si llevara toda la vida esperando este momento.

Me pasa los dedos por el pelo y me conduce hasta un árbol, donde me quedo atrapada entre su cuerpo y el tronco. Entrelazamos nuestras lenguas, Cooper se aprieta contra mí y siento cómo sus músculos presionan las suaves curvas de mi cuerpo. Ambos nos quedamos sin respiración, pero ¿quién necesita respirar cuando un beso es así de mágico? Recorre el contorno de mi rostro con los dedos, como si estuviera tratando de memorizarla de la misma forma que yo lo he memorizado a él. A continuación las desliza por debajo de mi abrigo y de mi sudadera hasta que siento sus dedos fríos en mi cintura. Se me escapa un gemido en cuanto siento el contacto de su piel contra la mía. Trato de acercarlo más a mí, como si eso fuera posible… Poco a poco, el beso se va volviendo más medido, deliberado y suave. Si me muriera ahora mismo en este bosque, lo haría feliz, en brazos de este chico tan perfecto.

Cooper se aparta levemente de mí y me pasa el pulgar por el labio inferior.

—Eso ha sido… —No consigue terminar la frase.

—Deberíamos volver a hacerlo —le sugiero con una sonrisa.

Pero Cooper cierra con fuerza los ojos, como si algo lo atormentase.

—¿Cuál es el problema? —le pregunto cogiéndole la mano.

—No debería haberte contado todo eso. Y sobre todo no debería haberte besado.

—¿Qué dices?

Niega con la cabeza.

—Es muy difícil estar a tu lado y fingir que no siento nada. Lo lamento.

Enarco una ceja.

—¿Qué quieres decir, Cooper?

—Lo que quiero decir es que esto —nos señala a ambos con la mano— no puede suceder. No podemos estar juntos.

—No podemos. —Se me cierra el estómago—. ¿Por?

—Primero porque no quiero hacerle daño a mi amigo. Y además no me fío de ti.

—¿Cómo?

—Te irás pronto, Ellis. —No aparta la mirada del oscuro suelo cubierto de hojas—. No me creo que no vayas a pasar página cuando te marches. Dejaremos de vernos y te olvidarás de mí, como la última vez.

—Nunca volvería a hacerte algo así, te lo juro. —Siento una presión en el pecho. Se me está escurriendo de entre los dedos. Voy a volver a perderlo justo ahora que sé cómo podrían ser las cosas.

Cooper da otro paso atrás y me suelta la mano.

—¿Podríamos… olvidarnos de que ha ocurrido?

Ni de coña voy a olvidarme. Besar a Cooper quedará grabado en mi cerebro para siempre. Será un recuerdo esencial e inamovible que formará parte de mis sueños. Todos los besos que me den en el futuro los compararé con este.

Pero si él no quiere estar conmigo, ¿qué puedo hacer yo al respecto? No puedo obligarlo a desearme.

—Por favor, Ellis —dice con la voz ronca.

Me pellizco el puente de la nariz, luchando por no ceder al llanto y dando rienda suelta al dolor para que alimente mi ira.

—Está bien. Entonces deja de ser tan estúpidamente amable conmigo.

—¿Quieres que sea desagradable contigo? —me pregunta, confuso.

—Quiero que dejes de traerme galletas y *lattes*. Quiero que dejes de sujetarme cuando me caigo de una escalera. Quiero que dejes de pasarte toda la noche despierto para ayudarme. Y quiero que dejes de prepararme beicon.

Intenta contener la risa, pero no puede evitarlo.

—Nada de beicon. Apuntado.

—Lo digo en serio, Cooper. Si dices que esto no puede ocurrir, así será. Lo respeto. Pero tienes que dejar de hacer esas cosas que hacen que cada vez me enamore más de ti.

Se le borra la sonrisa.

—Me parece justo.

—Vale —asiento—. Pues entonces haremos como si no hubiera ocurrido.

Cooper exhala profundamente. A mí se me está rompiendo el corazón y él parece sentirse aliviado. Pestañeo para alejar las lágrimas, y en ese instante oímos a alguien llamando a Cooper a nuestra izquierda.

—Parece que han enviado un dispositivo de búsqueda —dice.

—Eso parece. Será mejor que volvamos.

Paso por su lado con la esperanza de que el recuerdo de sus labios se pierda para siempre en la oscuridad del bosque.

Capítulo veintiséis



—Despierta, Sloane.

Mi prima protesta mientras la sacudo. Parpadea varias veces.

—¿Qué? ¿Qué hora es?

—Las tres de la madrugada.

He intentado seguir jugando a fantasma en el cementerio. He intentado fingir que no ha pasado nada, pero ha sido imposible, así que al final he caminado los tres kilómetros de vuelta a casa con este frío helador mientras los demás seguían con el juego.

—¿Las tres de la madrugada? Déjame, psicópata —me suelta, cubriéndose la cabeza con una almohada.

—Te necesito —le digo procurando que no se me quiebre la voz de la misma forma que se me ha roto el corazón.

Se incorpora con tanto ímpetu que me hace botar en la cama. Se aparta la almohada de la cara y baja las piernas por uno de los laterales, ahora ya totalmente despierta.

—Vamos.

—¿Qué? ¿Adónde?

—Hace unos años googleé cómo deshacerse de un cadáver por si un día ocurría esto. Yo te ayudo. Sin preguntas.

Pese a la mierda de noche que he pasado, y contra todo pronóstico, su salida me provoca una carcajada.

—Estás loca.

—No estoy de broma. Conozco tres métodos bastante fiables y otros dos un poco más discutibles. Estoy dispuesta a probarlos todos. —Se mordisquea el labio—. Aunque para uno de ellos necesitamos más refresco de lima del que tenemos a mano.

Apoyo la cabeza en su hombro sin poder evitar que se me escape un sonido muy embarazoso, a medio camino entre una risa y un ronquido.

—No necesito deshacerme de ningún cadáver. Al menos de momento.

—Vale. Entonces ¿para qué me despiertas a estas horas? ¿Qué necesitas?

Alzo la cabeza y la miro a los ojos.

—¿Puedo dormir contigo?

—Vale.

Sloane frunce el entrecejo, pero se vuelve a meter en la cama y se tapa con el edredón. Yo me acomodo a su lado.

—Lo siento, es que no tengo ningunas ganas de estar sola ahora mismo.

—¿Vas a contarme lo que te pasa?

Sigo con la vista una grieta del techo hasta que se pierde en la pared.

—Tenías razón.

—Por supuesto. ¿Sobre qué?

—Sobre Cooper. —Trago saliva—. En lo de que me gusta Cooper.

—¡Lo sabía! Pero ¿qué hay de malo en eso? —Inspira

profundamente—. Espera. ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

—Podría decirse que sí. —Me vuelvo y la miro a los ojos—. Nos hemos besado.

Sloane suelta un gritito, y yo le tapo la boca con la mano.

—Vas a despertar a nuestras mamás.

—Perdón —susurra—. Pero es que… madre mía. —Se cubre la cara con la almohada para sofocar otro grito—. Vale —dice, volviendo a colocársela bajo la cabeza—, ya estoy lista. ¿Qué tal fue?

No tengo que pensar la respuesta.

—Perfecto.

—Entonces ¿cuál es el problema? ¿O me has despertado solo para contármelo? Porque estoy lista. Desembucha.

—Me pidió que me olvidara de que había ocurrido.

—¿Cómo? —Se incorpora de golpe—. ¿Por qué?

Le cuento que le preocupa Jake y, mientras se vuelve a arrebujar a mi lado, le explico que no quiere que vuelva a romperle el corazón.

—Entiendo por qué lo dice. Pronto me marcharé de aquí. Es uno de los motivos por los que intentaba autoconvencerme de que no me gustaba. Pero él se irá a estudiar a Nueva York el año que viene. En menos de un año estaremos viviendo en la misma ciudad. No tiene por qué ser un escarceo amoroso de un mes con el que todos acabemos sufriendo.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Buscas algo serio y a largo plazo con él?

—Eso creo. —Y la fuerza de la verdad me golpea como un tsunami. Es la excepción que confirma la regla. Apoyo la cabeza en el hombro de Sloane—. Me gusta de verdad.

—Por lo que parece, tú también le gustas a él.

—Puede, pero no importa. No quiere estar conmigo.

—Lo siento mucho. —Apoya su cabeza en la mía—. Aún tenéis

tiempo. No te marchas hasta dentro de un mes. Tal vez cambie de opinión.

—Sí, puede ser.

Sé que no lo hará. Sloane me coge la mano por debajo de las mantas.

—Peor para él, primita.

Cierro los ojos e intento convencerme de que tiene razón.

Pero, si es así, ¿por qué siento que he sido yo quien ha salido perdiendo esta noche?



No sé cómo comportarme con él. Es lo único en lo que puedo pensar mientras me pongo los vaqueros Khaite, me paso el jersey Rowe beige de cuello alto por la cabeza y me calzo las botas Stuart Weitzman. ¿Qué podría hacerme sentir peor que saber que también he fastidiado nuestra amistad? Las cosas ya nunca serán lo mismo que antes de anoche.

Me paro delante del espejo. El maquillaje está perfecto, sin mácula, y el pelo ondulado hace que parezca que todo va bien. Incluso genial. Como si no hubiera perdido ni un segundo de sueño por lo que ha pasado, por aquello que no volveré a recuperar jamás.

Enderezo los hombros y respiro hondo. «Estás bien, Ellis. Todo está controlado», me digo a mí misma.

Según Sloane, todos los años Bramble Falls vende calabacitas de plástico huecas en la plaza. Quienes están planeando pedirle a alguien que vaya al Baile de la Calabaza con ellos compran una y meten dentro un papelito con la petición. Durante las dos semanas siguientes, la gente va encontrando minicalabazas en el porche, en el buzón, en la mesa del trabajo o del instituto, o en los coches. El

baile de disfraces es la forma que tienen en Bramble Falls de celebrar un segundo baile.

Otra oportunidad para mí de ir a un baile sin Cooper. Genial.

Sloane y yo nos dirigimos a la plaza, donde ya han preparado las mesas. Nos presentamos voluntarias hace semanas para vender las calabazas, a pesar de que es lo último que desearía hacer hoy.

—Se te ve bien —me dice mirándome de arriba abajo.

—Esa es la idea.

—¿Cuál? ¿Ponerte guapa para que se arrepienta?

—No, ponerme guapa para levantarme el ánimo —replico de camino al Gato Cafeinado.

—¿Y funciona?

—Puede que un poco. —Nos detenemos frente a la vidriera del café gatuno—. Pero no lo bastante como para entrar ahí. ¿Puedes entrar tú por mí? Cooper trabaja hasta mediodía.

Y no es que haya memorizado su horario…

—Claro —dice.

—Gracias.

Sloane entra en el café y justo cuando me dirijo a la mesa de la rifa, la vista me traiciona y echo una miradita al interior a través de la cristalera, donde Cooper le está sonriendo a Sloane, antes de mirar detrás de ella, como si buscara a alguien. A continuación dirige la mirada hacia la cristalera, y me ve a mí.

Salgo de allí pitando. Cruzo la calle con la caja del dinero en la mano y me siento en la mesa que nos corresponde. Cinco minutos después, Sloane se une a mí y me planta el *latte* de la cosecha delante.

—Él también finge que va todo bien —dice con un suspiro.

—Es probable que esté bien de verdad.

—Por lo que me has contado, lo dudo mucho.

Le paso la caja del dinero para que la abra, y justo en ese momento llega nuestro primer cliente. Bebo un sorbo de café tratando de fijar la vista en el hombre moreno que tengo delante, en lugar de en el edificio de enfrente.

—¿Crees que podría librarme de ir al instituto las próximas semanas hasta que me vaya de aquí? —le pregunto a Sloane cuando se marcha el cliente—. Podría decir que tengo mononucleosis.

—Ellis, te quiero mucho, pero no vas a modificar tu vida por un chico. Irás al instituto, sacarás todo sobresalientes, seguirás siendo la favorita de los profesores y saldrás con Jake.

Escupo el café de golpe.

—Perdona, ¿qué?

—Demuéstrale a Cooper que no te vas a quedar enganchada a él. Tal vez podáis volver a ser amigos.

—Vale, veo la lógica, pero no. —Niego con la cabeza—. Daría la sensación de que trato de ponerlo celoso.

Se encoge de hombros.

—Supongo que ponerlo celoso sería un aliciente.

—No quiero jugar con esto. Solo quiero superarlo.

—Entonces supéralo con Jake.

Suspiro. Mi prima no lo entiende. Cooper es la excepción. Ni quiero ni necesito a un tío al que adular. Si él no quiere estar conmigo, lo único a lo que aspiro es a sobrevivir las próximas semanas y volver a casa de una pieza.

Durante tres horas vendemos decenas de minicalabazas. Si he aprendido algo en Bramble Falls, es que los lugareños se toman muy en serio las actividades de otoño. Y esta no es una excepción. Sloane me ha dicho que es una de las actividades más esperadas del año y, conforme avanza el día, no hago más que confirmarlo. La emoción se palpa en el ambiente.

Estamos tan ocupadas cobrando, entregando calabazas y hablando con la gente, que no me doy cuenta de que ya es mediodía. Tampoco me fijo en que Cooper se ha puesto en la fila. Nuestras miradas no se cruzan hasta que llega su turno. Ninguno de los dos dice nada. ¿Qué podríamos decir?

Sloane carraspea.

—¿Necesitas una calabaza?

Se dirige a ella en todo momento y le da el dinero.

—Sí, gracias.

Se la entrego yo, a pesar de que siento que me acaban de hacer papilla el corazón. Al cogerla me roza los dedos. Siento náuseas, pero soy hija de mi padre, así que le dedico una sonrisa que parece sincera.

—Espero que Chloe y tú lo paséis bien en el baile.

Levanta las cejas, sorprendido.

—Yo…

—Márchate, Cooper —le ordena Sloane, espantándolo con un gesto de la mano—. Siguiente.

Se la queda mirando, probablemente persuadido de que Sloane sabe lo de anoche y asiente con la cabeza.

Le estoy dando lo que me pidió. Aunque me cueste el alma, voy a fingir que lo de anoche no ocurrió. Lo mínimo que puede hacer él es darme un poco de espacio. Me lanza una última mirada que no puedo descifrar y se marcha con su calabaza para pedirle a alguien que lo acompañen al baile.

Capítulo veintisiete



Durante la siguiente semana procuro pasar desapercibida en el instituto. Cuando Jake me manda un mensaje a la hora del almuerzo para preguntarme dónde estoy, le contesto que con la orientadora hablando de la universidad, o que estoy tutorizando a los alumnos y alumnas de primer año que tienen sesión de estudio a esa hora. La verdad es que prefiero saltarme el almuerzo y me voy a la biblioteca a hacer los deberes. No miro a Cooper ni una sola vez.

Estoy convencida de que cuando me pidió que me olvidara de que nos habíamos besado su intención era que siguiéramos siendo amigos. Y no es que yo quiera sacarlo del todo de mi vida, es que no sé cómo hacerlo. Las cosas han cambiado, por mucho que él pretenda lo contrario. Lo más sencillo es evitarlo hasta que vuelva a la ciudad.

Pero Jake es muy persistente y, el viernes, tras cuatro días sin parar de suplicarme y de quejarse, vuelvo a la mesa del comedor.

—Contamos contigo esta noche, ¿no? —pregunta el viernes cuando se sienta a mi lado con su comida. Cooper se acomoda en el

banco de enfrente, al lado de Caracol.

—¿Al autocine? —Me encojo de hombros—. Puede. No he ido a uno desde… —Cooper y yo nos miramos. ¿Se estará acordando de *Liberad a Willy*?—. Bueno, desde el cole.

—Solemos echar un colchón en la parte trasera de la furgoneta de Cooper y lo cubrimos de mantas y almohadones. Lo pasamos bien —dice Jake rodeándome los hombros con su brazo—. Piensa en ello como en una nueva oportunidad para pasar un rato con tu persona favorita.

Miro de soslayo a Cooper, que no aparta la vista de su bandeja y afirma:

—Deberías venir.

—Vale —asiento, ya que no se me ocurre una excusa para no ir que no implique gritar a los cuatro vientos que será demasiado duro sentarse allí con Cooper, sabiendo lo que siento después de besarlo y sabiendo que no volverá a ocurrir.

Jake me sonríe.

—Perfecto. Pasaremos a buscarte por casa.

Cuando acaban las clases, Sloane, en lugar de esperarme en el mástil de fuera, viene a buscarme a la taquilla para decirme la mar de emocionada que Asher y ella irán juntos al Baile de la Calabaza.

—Como amigos, por supuesto —me aclara.

Le sonrío porque me alegra verla feliz, a pesar de que yo me siento como un deprimente saco de patatas. Entonces me fijo en Cooper, que avanza por el pasillo detrás de ella. Borro rápidamente la sonrisa y oculto la cara tras la puerta abierta de mi taquilla.

—Valeee, ¿qué estás haciendo? —me pregunta Sloane cuando estoy a punto de meterme dentro.

—¿Se ha ido ya? —susurro, escondiéndome aún más.

—¿Quién?

—No, no se ha ido —contesta Cooper—. Él tiene la esperanza de que podáis hablar.

—Bueno, yo… os dejo solos —informa Sloane.

Cierro los ojos y suspiro. Saco el cuerpo de la taquilla y me enfrento a Cooper. A su espalda, mi prima se va alejando con una mueca mientras pronuncia un «lo siento» silencioso. Cierro la taquilla, me echo la mochila al hombro y centro mi atención en Cooper.

—¿De qué quieres hablar?

—No sé. —Se encoge de hombros—. De lo mucho que odio que las cosas estén tan raras entre nosotros; del motivo por el cual no dejas de evitarme.

—No sé qué decirte.

—Yo tampoco, pero ¿no deberíamos intentarlo? Porque esto de no hablar, de no ser amigos, es una mierda.

Lo miro a los ojos y la sinceridad de su semblante me llega al corazón.

—No es que me divierta esquivarte, Coop. Y tampoco es fácil, aunque estar contigo es todavía peor. —Agacha la cabeza y me siento culpable, a pesar de que fue él quien dijo que no quería nada conmigo. Suspiro—. Supongo que, como ya dijiste tú el mes pasado, es imposible evitarnos, sobre todo teniendo amigos en común y por ser este pueblo de tamaño bolsillo. —Cooper esboza una sonrisa—. Así que voy a dejar de esquivarte e intentaré fingir que todo va bien. ¿Te parece?

Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y mira al suelo. Se le ha borrado la sonrisa.

—Preferiría que no tuvieras que fingir.

—Yo también. —Me encojo de hombros—. Tal vez un día de estos deje de hacerlo, cuando te supere igual que me superaste tú a mí.

Cooper me mira fijamente como si quisiera decirme algo. No lo hace. El tictac del reloj de la pared llena el silencio que existe entre nosotros, y que ahora también reina en el pasillo.

Al final asiente con la cabeza.

—Te dejo que vuelvas con Sloane.

—Vale. Nos vemos esta noche.

Noto un dolor en el pecho cuando nos miramos y él se esfuerza en sonreír.

—Claro. —Da media vuelta, dispuesto a marcharse—. Nos vemos, Mitchell.



Me paso las siguientes horas en casa, temiendo lo de esta noche.

—Necesitas relajarte —afirma Sloane, echada en mi cama—.Todo irá bien. Ignorarás a Cooper, y si está Chloe, ni siquiera los mirarás.

—Porras. ¿Crees que irá? —Pues claro—. ¿Cómo se supone que voy a ser capaz de resistir viéndolos acurrucados durante la peli?

—No los verás. Como acabo de decir, vas a ignorarlos. Te centrarás en pasártelo bien con Jake. Por más que no te guste de del mismo modo, es un tío divertido. En el peor caso, puedes decirle que la parte trasera de la furgoneta está demasiado llena, coger una manta y sentaros fuera lejos de Cooper.

—Vale, tienes razón. Debes venir con nosotros. Te necesito allí.

—Lo siento, ya he hecho planes con Asher.

Me pongo los pantalones de Agolde de cintura baja y le lanzo una miradita.

—Vale. ¿Cuándo me vas a contar lo que hay entre Asher y tú?

Sloane se pone muy colorada.

—No hay nada que contar. Llevamos toda la vida siendo mejores

amigos.

—Ya veo.

—Ay, déjalo ya.

Hago como que me cierro los labios con cremallera. Si no está lista para contármelo, puedo esperar. Ya tengo bastante con mis propios problemas. Como, por ejemplo, la voz de Jake, que oigo desde las escaleras.

—Venga, Ellis. ¡Vámonos!

—Si te mando un mensaje con el 112, espero que vengas a rescatarme —le digo a mi prima.

—Eso está hecho.

Jake y yo nos montamos en la parte trasera de la furgoneta, y una vez arriba me cuenta que, debido a la falta de espacio, solo iremos los cuatro: él y yo, Chloe y Cooper.

«Fantástico».

Cinco minutos después, aparcamos en el autocine, donde han programado una sesión doble de pelis de terror: primero *Scream*, seguida de *Hereditary*. No he visto ninguna de las dos. Cooper maniobra para aparcar la furgoneta en una plaza de aparcamiento de modo que la parte trasera quede frente a la pantalla. Chloe y él se bajan de la parte delantera, Jake se acomoda en la esquina, pegado al lateral de la furgoneta, y yo me pongo a su lado.

Cooper acopla el altavoz a la furgoneta y, sin mirarme a los ojos, se sienta a mi lado. Chloe se apretuja junto a él y yo quedo como una hamburguesa entre Cooper y Jake.

—Lo siento —se disculpa.

Jake levanta el brazo para ganar algo de espacio, me lo pasa por encima de los hombros y me atrae hacia sí. No se me escapa que Cooper no hace lo mismo con Chloe (pasarle el brazo por los hombros) para no estar tan apretados. Tengo el brazo

completamente pegado al de Cooper y noto un hormigueo por todo el cuerpo porque quiero más. Dios, cómo odio esto. ¿Por qué demonios acepté esta tortura?

—¿Estamos todos cómodos? —pregunta Jake mientras nos tapa con las mantas.

—Sí —decimos Cooper y yo al unísono.

—Yo no. Estoy aplastada —protesta Chloe. No soy capaz de distinguir si realmente lo está pasando mal o si solo quiere que Cooper le rodee los hombros con su brazo. En cualquier caso, Cooper se limita a acercarse un poco más a mí. Para cuando nos hemos acomodado todos y empieza la película, nadie tiene más espacio que Chloe.

Apoyo la cabeza en el hombro de Jake y recuerdo las palabras de Sloane: «Ignorarás a Cooper y, si está Chloe, ni siquieras los mirarás.» Claro que eso es más difícil de lo que pensaba, puesto que todos estamos como sardinas en lata.

Al cabo de un rato empiezo a temblar por efecto del aire frío que se cuela a través de mi jersey de cachemir de rayas. Cooper no se gira para mirarme ni me dice nada, pero recoloca la manta para que nos cubra a ambos la parte superior del cuerpo. Después vuelve a bajar el brazo.

Bajo las mantas, en el espacio casi inexistente que hay entre nuestras piernas, me roza con los nudillos antes de posar ahí su mano.

Y ya no la retira.

Cierro los ojos. Casi no nos rozamos, solo es el envés de nuestras manos, pero ya es algo. Debería apartarla. Debería decirle a Jake que quiero sacar una manta fuera de la camioneta, donde no pueda ver a Cooper, pero no soy capaz, porque aunque duela recibir tan solo las migajas, al mismo tiempo sienta muy bien. Así que vemos el

resto de *Scream* manteniendo ese contacto.

Cuando se acaba la peli, Jake anuncia que necesita estirarse. Cooper aparta la mano antes de retirar la manta y todos nos apeamos de la parte trasera de la furgoneta. Voy al baño y hago una cola kilométrica para comprar palomitas con vistas a la próxima peli. Después regreso a la furgoneta, donde me esperan Cooper, Chloe y Jake. Hay una minicalabaza en la puerta trasera.

Me detengo cerca de la furgoneta y los observo. Cooper mira la pantalla negra del cine, mordisqueándose el labio, Chloe pasea la mirada del uno al otro y Jake me mira nervioso mientras se cruje los nudillos. Me acerco despacio.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Ábrelo —dice Jake señalando la calabaza.

—¿Es para mí? —pregunto. Miro a Cooper de soslayo, que parece estar evitando mi mirada.

—Por supuesto —responde Jake sonriente.

«Oh, no». Ahora sería el momento perfecto para que se me tragara la tierra.

Apoyo las palomitas en la parte trasera de la furgoneta, pero no se sostienen y se caen unas cuantas. Qué más da.

Abro la calabaza con manos temblorosas. Saco el papelito y lo abro:

Querida chica nueva:
Las rosas son rojas.
Y tú eres preciosa.
¿Vendrás conmigo al Baile de la Calabaza
si no te vas a Nueva York presurosa?
Jake.

Está escrito en papel morado con tinta morada. Arrugo el

entrecejo. Sé de buena tinta que solo le dejé papel aquel día, y vi cómo escribía en él. Madre mía.

—¿Escribiste esto la primera vez que nos vimos? ¿Cuando me pediste prestado un boli? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Soy un cerebrito. El día que nos conocimos ya sabía que nada me impediría invitarte al baile.

No puedo evitar reírme. A Taylor Swift le encantaría Jake Keller.

—Pero si me tiré todo el día trabajando en la mesa y tú no viniste a por ninguna calabaza.

—Señala a Cooper con la cabeza.

—Envié a mi chico de los recados para que no sospecharas nada.

Ay. Mi. Madre. El día después de que nos besáramos, Cooper tuvo que ir a por una calabaza para que Jake pudiera invitarme al baile. Esto no está bien.

—¿Y bien? Me estás matando…

Ay.

—Estooo…

Cooper por fin me mira directamente mientras espera con Chloe mi respuesta. Quiero ir al baile con Cooper. Quiero que llevemos un traje a juego y pasarme toda la noche bailando con él. Quiero besarlo y reírme con él y cogerlo de la mano camino de casa. Pero dejó bien clarito que eso no iba a ocurrir nunca.

Trago saliva y miro a Jake.

—Vale. Está bien. Vayamos juntos al baile.

—¡Toma ya! —grita con una sonrisa de oreja a oreja que ilumina su lindo rostro—. Venga, recoge las palomitas y siéntate conmigo.

Cooper se hace a un lado para dejarme sitio y empieza la peli. Esta vez no hay pequeños gestos amables ni caricias robadas bajo la manta. Lo único que hay entre nosotros es la certeza de lo que

podría haber ocurrido si no hubiera dejado de hablarle hace tres años.

Capítulo veintiocho



Empieza otro día nublado de otoño en Bramble Falls. Octubre ha llegado casi a su fin y sopla una brisa fría mientras tía Naomi, mi madre, Sloane y yo paseamos por la granja Lively, donde se desarrolla la actividad anual del laberinto de maíz. Incluye un tobogán de sacos de patatas, una noria y una casa encantada, además de otras atracciones de feria que se han instalado en un claro junto a las interminables hectáreas del maizal.

Podría decirse que ha acudido Bramble Falls en pleno, y todos saludan a tía Naomi. Es alucinante ver cuánta seguridad en sí misma transmite esta mujer, y cómo se hace cargo de todo. Street Media parece ser alérgica a que las mujeres ocupen puestos de responsabilidad en la empresa. Tengo el propósito de revertir esta situación, aunque puede que mi estancia aquí haya jugado hasta cierto punto en mi contra.

Tía Naomi y Sloane hacen cola para comprar perritos empanados con maíz, y mi madre me sonríe.

—¿Qué pasa?

—He visto la ropa en la que has estado trabajando.

Me pongo colorada.

—Ah.

—Está muy bien.

—Gracias.

—Te juro que no estaba fisgando. Entré en tu habitación para dejarte la ropa limpia y tenías el cuaderno de dibujo abierto en la cama. Esos diseños son increíbles, Ellis.

—Están bien —respondo mirando al suelo.

—¿Por qué eres la persona con más confianza en sí misma que conozco hasta que hablamos de este tema? —me pregunta—. Son diseños únicos y hermosos; no sé si esa era tu intención, pero reflejan la idea del otoño que se respira en este pueblo.

—¿Tú crees?

Una sonrisa ilumina mi rostro. Esa era exactamente mi intención.

Asiente con la cabeza.

—Son perfectos.

—Gracias, mami.

Apoyo la cabeza en su hombro y ella se ríe.

—Hacía diez años que no me llamabas «mami». Lo echaba de menos.

—Tal vez tenga que empezar a hacerlo de nuevo.

—Por mí, encantada, pero puede que a la gente le parezca un poco raro. —Levanto la cabeza, y ella se gira y me mira a los ojos—. ¿Sigues sintiéndote desgraciada en este lugar?

Niego con la cabeza, y estoy siendo sincera.

—No. Me lo he pasado bien.

Eso no significa que no esté lista para volver a la gran ciudad, ahora más que nunca, después de lo que ha pasado con Cooper. Estoy preparada para retomar las prácticas, para regresar a mi vida

de verdad, sin dramas, y encarar mi futuro. Solo un par de semanas más…

Al cabo de unos minutos aparece Sloane dando saltos, seguida por su madre.

—¿Quieres montarte en alguna atracción? —me pregunta mientras se traga el perrito de un bocado.

—Claro.

—Tal vez algo que no dé muchas vueltas. No me apetece vomitarme encima con esta camisa tan mona que me has regalado —dice mirándose la camisa de cuadros que corté para ella. Me coge de la mano y me conduce a las atracciones.

—¡Pasadlo bien! —grita mi madre desde atrás.

Como tía Naomi y la familia Lively encontraron bastantes voluntarios y no nos necesitan, Sloane y yo nos pasamos las siguientes horas montándonos en todas las atracciones, bebiendo limonada y comiendo oreos fritas. A lo largo del día nos encontramos con Asher, y al final coincidimos con Jake y Caracol. Vemos juntos el espectáculo de la cabra y la exposición de arte comunitario. Me cuesta la vida abstenerme de preguntar dónde está Cooper. A las cuatro y media, Jake y Caracol se acercan hasta el concurso de comer pasteles mientras que Sloane, Asher y yo cogemos un mapa y nos adentramos en las doce hectáreas del laberinto de maíz.

—Si usáis mapas sois unos tramposos —les digo.

—Hazme caso, nos conviene llevar un mapa. La cosa puede ponerse bastante intensa. El laberinto es enorme y resulta muy fácil perderse. Por no mencionar que rara vez hay cobertura —agrega Sloane.

Tiene razón con lo de la cobertura. Llevo todo el día sin ella. Esta granja es como una zona muerta. Pero…

—Es un laberinto. Se supone que ha de ser un reto.

Sloane mira a Asher.

—Ciérralo —ordena él encogiéndose de hombros—. Lo usaremos en caso de necesidad. Veamos si somos capaces de hacerlo sin su ayuda.

Sloane suspira, pero cierra el mapa y se lo guarda en el bolsillo. Finalmente nos ponemos en marcha.

Avanzamos entre los gigantescos tallos de maíz, adentrándonos cada vez más en el enrevesado laberinto a cada paso que damos, alejándonos de los gritos y las risas de los asistentes al festival, que se pierden en la distancia.

Tras una hora caminando, Sloane empieza a quejarse.

—Me duelen los pies.

—Quejica —refunfuño.

Me da un golpecito en el hombro.

—Cállate. No a todos nos motivan los retos.

—Puede que no, pero ¿no te motiva la idea de salir de aquí para poder tirarte en el sofá?

—Ahí sí que tienes razón. —Llegamos a un callejón sin salida y Sloane señala a la derecha—. Por aquí.

—No, por ahí ya hemos pasado —objeto.

Asher mira hacia la derecha.

—¿En serio?

Señalo un tallo de maíz retorcido.

—Sí, me suena ese tallo.

Sloane se echa a reír.

—Estás de coña, ¿no?

—No. ¿Por…?

—Ellis, estamos rodeados de miles de plantas de maíz. Literalmente.

—Exacto, y yo he ido memorizando las raras para asegurarme de

que no avanzamos en círculos —le explico.

Sloane alza los brazos.

—Es muy probable que haya más de un tallo retorcido. —Me coge de la mano y trata de llevarme hacia la derecha—. Vamos. Las dos sabemos que te orientas fatal.

Le suelto la mano.

—Eso es cierto, pero de esto sí estoy segura. Vayamos por la izquierda.

—Eso sería ir en dirección contraria. Solo nos adentraríamos más en el laberinto.

—Puede. Pero a veces hay que adentrarse para encontrar el camino correcto —insisto.

Se queda mirando a Asher.

—¿Tú qué opinas, Ash?

Nos mira alternativamente a la una y a la otra mientras se frota la nuca.

—No estoy seguro… Lo siento, Ellis, creo que Sloane tiene razón esta vez.

Me burlo de ellos.

—Vale, perfecto. Vosotros vais por ahí y yo me voy por aquí. Veremos quién sale antes.

Sloane niega con la cabeza.

—No voy a permitir que vagues tú sola por el laberinto al atardecer.

—Tengo la linterna del móvil si la necesito. Aunque no hará falta, porque seréis vosotros dos los que necesitaréis usar el mapa para salir de aquí cuando os deis cuenta de que estáis avanzando en círculos.

Sloane enarca una ceja y se lleva las manos a las caderas.

—Vale. Haremos una carrera. Pero solo porque necesitas que te

bajen los humos, señorita sabelotodo.

Sonrío.

—Genial. Nos vemos a la salida, si es que lo conseguís…

Ella me responde con una sonrisa impostada:

—Nos vemos, primita. Vámonos, Asher.

Se marchan por el camino de la derecha, y yo tomo el de la izquierda.

Vuelvo a girar a la izquierda, y de nuevo a la derecha, luego a la izquierda… Enseguida me doy cuenta de que soy yo la que está andando en círculos.

El sol empieza a ponerse y en el cielo se entremezclan intensas tonalidades naranjas y nubes oscuras. El laberinto está prácticamente vacío a estas horas, a excepción de unas cuantas familias que deambulan por ahí, y que he dejado atrás.

—Porras —susurro entre dientes. Saco el teléfono, pero sigue sin cobertura. Estiro el brazo, a ver si consigo una rayita cuando menos, pero nada.

Me guardo el teléfono en el bolsillo, y al girar por una esquina, me doy de bruces con alguien: Cooper.

—Ay, esto… Hola —tartamudeo.

Mira a mi alrededor.

—¿Estás aquí sola?

—Sí, le estoy echando una carrera a mi prima a ver quién sale antes.

—¿Y cómo va?

—Bien —miento—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Mi madre no me ha dejado quedarme en casa, así que he pensado que si no me quedaba otra que venir, al menos en el laberinto podría estar a solas.

—Vaya —digo cambiando el peso del cuerpo sobre la otra pierna,

incómoda—. En ese caso, te dejo solo. Buena suerte…

Paso por su lado y lo dejo atrás, pero me llama.

—Espera. —Me giro. Ahora estamos frente a frente—. Estoy muy perdido. ¿Te importa si te sigo?

Me quedo quieta sin saber muy bien cómo decirle que no. Y luego está el pequeño y molesto detalle de que en realidad no quiero decir que no, a pesar de que estar a su lado me entristezca.

—Claro que no.

Me doy la vuelta y sigo adelante, fingiendo que sé lo que hago, que tengo un plan. «Finge hasta que sea cierto».

Tras unos minutos de incómodo silencio, Cooper se aclara la garganta.

—Me han dicho por ahí que has hecho tú la camisa que lleva Sloane.

Después de la semana pasada, me resulta casi imposible mantener una conversación intrascendente con él, pero dije que lo intentaría, así que…

—Es cierto. ¿Te la has encontrado?

—Sí, los he visto hace unos veinte minutos y…

—Ah —digo interrumpiéndolo—. ¿Estaban usando el mapa?

Cooper se mofa de lo competitiva que soy haciendo una mueca.

—No, aunque parecían muy perdidos.

—Bien —exclamo con una sonrisa pérfida.

Cooper se ríe al tiempo que niega con la cabeza.

—En fin. Estaba fardando de camisa con Asher. Creo que le ha hecho muchísima ilusión.

—Qué guay, aunque también lo hice por mí —le confieso mientras giramos a la derecha.

—¿Qué quieres decir?

Me encojo de hombros.

—Lo hago por placer, pero últimamente he estado probando con distintas telas y diseños, así que me ha servido para practicar. Además, estuvo bien hacer algo para otra persona en lugar de quedármelo yo. Es mi primera vez.

—¿En serio? Bueno, no deja de ser un gesto bonito. —Cooper le da una patada a una cascarilla de maíz del suelo y me pregunta—: ¿Te has planteado alguna vez no hacerlo solo por placer?

Es una pregunta tan inocente… Tengo que esforzarme para no echarme a reír.

—No. Voy a ser periodista.

—¿Porque lo es tu padre? Creo que eso es lo que me contaste hace años.

Asiento. Los dos adoramos y odiamos a partes iguales lo fácil que nos resulta ser los mismos de siempre.

—Solía serlo. Ahora es presidente de Street Media. Y, sí, supongo que es en parte por eso. He crecido en la empresa. Mi padre me ha enseñado todo lo que sabe. Y se me da bien.

—También se te da bien diseñar ropa.

Me lo quedo mirando.

—Gracias, pero no es más que un *hobby*. ¿Sabes cuántos aspirantes a diseñadores de moda hay en Nueva York?

—Me imagino que muchísimos. Aun así, creo que podrías conseguirlo.

Le sonrío. Sé que no lo entiende. Incluso si consiguiera que mi padre me apoyara, lo cual es inconcebible, no conozco a nadie en el ya de por sí saturado mundo de la moda. Sería demasiado arriesgado que mi futuro dependiera de la esperanza de éxito cuando tengo un trabajo asegurado como periodista.

—He hablado esta mañana con mi tía Naomi del desfile —digo para cambiar de tema—. Y he pensado que deberías preparar tu

propia carroza.

Me mira alzando una ceja.

—¿Para…?

—Para tus delicias horneadas. Podrías modificar la furgo y usarla para promocionar tu negocio de galletas. «Galletas sexis S. A.». —Se echa a reír y yo también sonrío—. Vale, igual hay que darle una vuelta a lo del nombre, pero lo digo en serio. No creo que a Betty le importara encargarse ella de la carroza del Gato Cafeinado si tú tuvieras una propia. Podría confeccionarte un disfraz de galleta esta semana.

Me mira de arriba abajo, sonriente.

—El disfraz tendrías que llevarlo tú.

—Eso sí que no. No pienso llevar un ridículo disfraz delante de todo el pueblo —le replico con una sonrisa—. Pero para ti lo hago encantada.

—¿Y quién iba a conducir la furgo? Tú no tienes carnet de conducir.

—Jake lo hará.

Asiente con parsimonia, pensativo.

—Vale, está bien. Hagámoslo.

Está tratando de mostrarse indiferente, pero puedo leer a este chico como a un libro abierto. Está emocionado.

Media hora más tarde volvemos a girar a la derecha. Ya ha oscurecido y hemos dejado de oír las atracciones y el alboroto de la granja.

—No tienes ni idea de adónde vamos —dice Cooper por fin.

—Ni la más remota idea.

—Ellis —protesta.

Me echo a reír.

—Lo siento. Ya estaba perdida cuando nos hemos encontrado. Y

no tengo mapa.

Cooper suspira.

—Sé que no llevas mapa, pero parecía que sabías lo que hacías.

—Claro que lo sabía. La idea era deambular hasta encontrar la salida.

—Vale, y ahora ¿qué?

—Pues seguimos deambulando hasta que encontremos la salida —sugiero.

—Podríamos atravesar los tallos y seguir todo recto hasta que salgamos de aquí. Incluso si acabamos al otro lado de la granja, al menos habremos salido del laberinto.

Echo un vistazo a las oscuras plantas de maíz.

—Ni de broma.

—Es mejor plan que el tuyo.

—Ya, pero el tuyo da mucho miedo.

—¿Por…? Tampoco es que vayamos a toparnos con unos críos sedientos de sangre. Te lo prometo —bromea.

—Puede que haya coyotes. O linces. En la gran ciudad no me tengo que preocupar por los coyotes ni por los linces.

—No, basta con que te preocupes por las ratas.

Me encojo de hombros.

—Bueno, en Nueva York las ratas son básicamente como los gatos callejeros. Estoy acostumbrada a ellas.

—Qué asco —exclama, negando con la cabeza—. Pero, vale. Si no quieres atravesar el maizal, creo que lo mejor será que nos sentemos.

—¿Aquí mismo? ¿En el suelo?

—También puedes quedarte de pie si lo prefieres. Sloane sabe que estás aquí y es probable que haya avisado y te estén buscando. Por eso será mejor que nos quedemos quietos para no alejarnos sin

querer del equipo de rescate —dice—. En algún momento nos encontrarán.

—Parece más probable que encontremos nosotros la salida antes de que nos encuentren ellos.

Frunce el ceño.

—Llevamos horas aquí dentro.

—Vale —asiento haciendo un mohín.

Cooper y yo nos sentamos con las piernas estiradas en el suelo. Hace frío y nos envuelve el silencio. Trato de no pensar en lo cerca que están sus dedos de los míos mientras nos recostamos, apoyados en las manos. Trato de no observar la línea perfecta de su nariz y sus pestañas rizadas o sus labios carnosos a través de los cuales exhala su cálido aliento.

—Tal vez deberíamos seguir caminando —digo, desesperada por distraerme—. Hace muchísimo frío.

Me da un golpecito en el pie con el suyo.

—No. Este es un buen plan, aunque no sea tuyo.

Suspiro y me apoyo en la espalda. Si cierro los ojos no podré verlo. El suelo está duro y frío, pero deja de importarme cuando se tumba a mi lado y me levanta el brazo. Abro los ojos y arrugo la frente, confusa, mientras él me sube la manga.

—¿Qué estás haciendo?

Me toca una peca del brazo y recorre con el dedo la distancia hasta la siguiente peca. Después sigue hasta la siguiente.

—¿Te acuerdas de aquel verano, cuando descubrimos que teníamos una constelación de pecas a juego?

Sonrío al recordarlo.

—No me acordaba —admito mientras recorro el dibujo que forman las pecas en su brazo—. Ahora sí. Recuerdo que pensé que era extrañísimo.

Vuelve la cabeza.

—Yo debería de haber pensado lo mismo, pero no lo hice. Pensé que eso significaba que estábamos predestinados o algo así. Como si hubiera conocido al amor de mi vida en secundaria.

—Amor, ¿eh? —susurro.

Sonríe.

—Tenía catorce años y me abrumaban los sentimientos.

—¿Y ahora?

Se le borra la sonrisa de un plumazo. Me mira a los ojos.

—Ahora tengo casi dieciocho años y me abruman los sentimientos.

De verdad que desearía que ahora mismo saliese un coyote de entre el maizal y acabara con este suplicio. Carraspeo y le doy la espalda. No puedo hacer esto.

—Odio que vayas al Baile de la Calabaza con Jake —confiesa con voz queda, aunque no deja de despertar cada uno de mis sentidos.

—Bueno, tampoco es que fueras a pedírmelo tú.

Me baja la manga de nuevo.

—Debería haberlo hecho.

Me doy la vuelta y cierro los ojos.

—No puedes decir estas cosas, Cooper. No es justo.

—Lo sé. Lo siento.

—Sobre todo cuando estás con Chloe —le digo mirándolo de nuevo, frustrada.

—Ya te he dicho que no hay nada entre Chloe y yo. No te habría besado si estuviera con ella.

—¿Y entonces de qué va lo vuestro? Porque está claro que hay algo.

Lo digo como si quisiera saberlo.

La verdad es que no es que quiera, sino que necesito averiguarlo.

Suspira.

—Chloe y yo estuvimos saliendo un par de semanas en segundo. Pero me dejó por Caracol.

No puedo evitarlo: suelto una carcajada.

—Venga ya. No puede ser. —Niego con la cabeza—. Te lo estás inventando.

Caracol es muy majo, pero ni de coña.

—No me lo invento —afirma sonriente—. Pero él le dijo que no saldría con ella porque los amigos no se hacían eso entre ellos. A la semana siguiente quiso volver conmigo. Me dijo que se había equivocado, pero le dije que no.

—¿Por…? Está claro que le gustas. Tal vez solo fue un error.

Hay tanta seriedad en su mirada que casi me paralizo.

—Porque no eras tú. Porque no sentí nada cuando cortó conmigo. Porque pensé que, si no me sentía devastado como me pasó contigo, de qué servía.

Se me cierra el estómago, se me encoge el corazón y me derrito por dentro.

—Ah.

—Tampoco es que importase. Al final se dio cuenta de que no le interesábamos ni Caracol ni yo, ni los demás chicos. —Titubea antes de proseguir—. Porque le gustan las chicas.

Abro los ojos desmesuradamente.

—¿Chloe es lesbiana?

Cooper asiente con la cabeza.

—Todavía no ha salido del armario. Solo lo sabemos sus amigos más íntimos. Aunque me dijo que te lo podía contar si confiaba en ti.

—No diré nada, lo prometo.

—Ya lo sé.

—No sé por qué le parece bien que yo sepa su secreto, la verdad. Nos llevamos bien, pero tampoco somos tan íntimas.

—Porque no quería que nuestra amistad te echara atrás. No he salido con nadie desde que lo hice con ella, y me dijo que se notaba que tú y yo nos gustábamos. —Se encoge de hombros—. Le daba miedo que pensaras que había algo entre nosotros.

Hago una mueca al pensar en lo celosa que me he puesto. Tenía mucha razón. Es una lástima que este descubrimiento no afecte a lo que hay entre Coop y yo.

Me doy la vuelta y contemplo el cielo nocturno mientras pienso en lo injusto que es todo; entretanto, Cooper me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Me estás confundiendo —le digo sin mirarlo.

—Lo siento.

—Estoy tratando de hacer lo que me pediste. Estoy tratando de fingir que no pasó nada. Intento deshacerme de mis sentimientos y que volvamos a ser amigos, pero me lo estás poniendo muy difícil.

—Llevo toda la semana arrepintiéndome de aquella noche.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya lo sé, Cooper. Tampoco hace falta que me lo recuerdes.

—No —matiza—. No me refiero al beso. —Me giro y lo miro a los ojos. Tengo la cara apenas a unos centímetros de la suya—. Lo que quiero decir es que me arrepiento de haberte dicho que no podía haber nada entre nosotros. Me arrepiento de haberte pedido que lo olvidaras. —Se le mueve la nuez—. No quiero arrepentirme de dejarte marchar de nuevo, de que te vayas, sabiendo que esta vez podría haber sido diferente.

—¿Qué quieres decir, Cooper?

Me mira a los ojos un segundo antes de cerrarlos, se acerca cuanto puede y se inclina para besarme. Lo hace con lentitud, con reservas. Alzo la mano que tengo libre, le acaricio el cuello con los dedos y los deslizo por entre su pelo.

Cuando termina de besarme, me suelta la mano y cambia de postura para apoyar el peso sobre el codo mientras me observa. Yo recorro su oreja con el pulgar y desciendo por la mandíbula con la yema de los dedos. Luego le acaricio la ceja, porque no puedo dejar de tocarlo. Puede que esté algo obsesionada…

—Dijiste que no te fiabas de mí —le susurro.

Asiente con la cabeza.

—Lo sé. Pero esta semana ha sido una tortura. Actuar como si no te deseara es angustioso. Contigo hay riesgo de fuga y no quiero que me hagas daño, pero… —Su mirada me tiene en vilo mientras espero a que termine la frase—. Creo que el riesgo merece la pena.

Un millón de bengalas se encienden en mi interior, hasta el punto de que creo que voy a entrar en combustión. Entonces me acuerdo de un problemilla que no es precisamente insignificante.

—¿Y qué pasa con Jake?

De pronto, el rostro de Cooper expresa inquietud.

—La verdad es que no lo sé. Esto va a destrozarlo. Y sé que se cabreará. Me siento fatal por ello.

—Yo también. —Tiro del cuello de su sudadera—. Aunque creo que eso podemos solucionarlo mañana.

Sonríe mientras me deja que tire de él y volvemos a besarnos. Me roza con su lengua y relaja el peso de su cuerpo sobre el mío al agacharse. Busco con las manos el punto por donde se le ha salido un poco la camiseta y memorizo con los dedos el tacto de su cálida piel, que se le ha puesto de gallina. Le acaricio los músculos de la espalda mientras él me pasa los dedos por mis costillas, provocándome una sensación de calorcillo en la boca del estómago. Arqueo la espalda sin querer, y al hacerlo aún me acerco más a él. Ambos tenemos la respiración alterada mientras nos sumergimos el uno en el otro.

De pronto, algo nos ilumina.
—Pero ¿qué coño…? —dice alguien.
El corazón se me paraliza.
Es Jake.

Capítulo veintinueve



Cooper se levanta de un salto. Yo me incorporo justo cuando aparece Caracol por la esquina. Nos mira alternativamente a ambos mientras la enorme linterna de Jake nos ilumina como si fuera un foco.

—Mierda —murmura.

Incluso con la oscuridad reinante soy capaz de ver la mandíbula tensa de Jake, el aleteo de sus fosas nasales. Niega con la cabeza, sin decir palabra, hasta que por fin saca un silbato del bolsillo y empieza a pitar, supongo que para alertar a los demás de que nos ha encontrado.

—Vámonos —ordena mientras examina el mapa, probablemente para evitar mirarnos a nosotros.

Cooper da un paso hacia él.

—Jake…

—Aquí no —le dice mientras me fulmina con la mirada y se da la vuelta. Me noto el pecho agarrotado.

No tendría que haberse enterado de esta forma.

Cooper me mira de soslayo antes de seguir a Jake, unos pasos por detrás. Yo camino junto a Caracol. Pasan los minutos y todos permanecemos en silencio, hasta que…

—Y pensar que me he preocupado muchísimo cuando me ha llamado Sloane para decirme que no encontraban a Ellis —comenta Jake, por fin, rompiendo el silencio—. Y al final resulta que estaba en buenas manos.

Cooper suelta un suspiro de angustia.

—Yo no quería…

—No, Cooper. No tienes derecho a decir nada. Esta noche no.

A mi lado, Caracol niega con la cabeza, pero ya nadie vuelve a hablar durante el trayecto.

Hay unas quince personas esperándonos cuando salimos del laberinto. Mi madre se abalanza sobre mí y me abraza.

—Gracias a Dios. Estaba preocupadísima.

—Estoy bien. No es más que un laberinto de maíz en Bramble Falls. Tampoco es que pudiera ocurrirme nada.

Me suelta.

—Hace mucho frío. Además hay coyotes y linces por los alrededores.

Si a Cooper no se lo viera tan hecho polvo ni a Jake tan enfadado, me habría reído de lo mucho que nos parecemos mi madre y yo.

Pero ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea en que mi vida acaba de implosionar.

Sloane se acerca corriendo.

—Ahora que sé que estás viva, puedo exclamar llena de emoción: «¡Te lo dije!». —Se echa a reír, pero cuando ve que no la secundo (soy incapaz de hacerlo) se le borra la sonrisa—. Oh, no. —Mira a los chicos—. ¿Quieres dormir en mi habitación esta noche?

Asiento moviendo la cabeza mientras mi madre nos observa con

suspicacia.

—¿Y eso por qué? ¿Qué está ocurriendo? ¿Me he perdido algo?

—Qué va —contesta Sloane—. Vámonos a casa.

Cruzo una mirada con Cooper cuando por fin su madre acaba con su abrazo. Doy media vuelta y sigo a la mía y a Sloane hasta donde nos espera tía Naomi. De allí caminamos hasta el coche. Salimos del aparcamiento y apoyo la cabeza contra la fría ventanilla. ¿Cómo puede ser todo tan maravilloso y tan horrible a la vez?



A la mañana siguiente voy hasta la plaza, donde he quedado con Jake. Preferiría comerme mi propia mano antes que mantener esta conversación, pero debo hacerlo. Además, pronto regresaré a Nueva York. No quiero marcharme dejando las cosas así de mal. No puedo hacer mucho en lo que respecta a su amistad, pero tampoco es que quiera marcharme dejando las cosas así de mal entre ellos.

Jake me espera sentado en los escalones del cenador, mirando el móvil. Lleva puestos unos vaqueros y una chaqueta negra sobre una camisa de franela roja y negra. No se molesta en alzar la vista cuando me siento a su lado.

Me mordisqueo el labio, nerviosa. No importa las veces que haya repasado lo que quiero decir. Ahora que estoy aquí, se me ha quedado la mente en blanco.

—Di lo que tengas que decir, Ellis —Jake me conmina a hablar y apaga por fin la pantalla del móvil, que deja en el suelo, a su lado.

—No sé qué decir —confieso—. Solo que lo siento.

—¿Y qué sientes exactamente?

—Cooper y yo tendríamos que haberte contado que nos gustábamos.

—No. Cooper es uno de mis mejores amigos. Él debería haberme contado que estaba interesado en ti. Tú no me debías nada. Solo eres una chica que ha pasado un tiempo aquí —dice encogiéndose de hombros.

«Auch».

—Puede, pero yo te sigo considerando un amigo.

Mis palabras lo hacen reír.

—Ya, bueno, lo dejaste bien clarito cuando aceptaste venir al baile conmigo en plan amigos. Supongo que fui un estúpido por pensar que con el tiempo podríamos ser algo más.

—Lo siento mucho. Nunca quise darte pie.

Niega con la cabeza.

—El caso es que no lo hiciste. Lo estuve pensando anoche y me cuesta mucho enfadarme contigo porque no hiciste nada malo. Nunca me dijiste que te gustaba. Nunca hiciste nada que me llevara a pensar que podía gustarte. Supongo que me aferré a una esperanza infundada. —Por fin se da la vuelta y me mira—. No tenías por qué aceptar venir al Baile de la Calabaza conmigo.

—Quería ir contigo —le digo. Es una mentira a medias. No podía ir con Cooper, así que quería ir con Jake. Me lo paso muy bien con él… como amigos.

—Ellis, te gusta otro chico. No pienso obligarte a ir conmigo.

—No voy a dejarte plantado otra vez, Jake. No lo hago por obligación.

—Ya lo sé. Pero es que me gustas. Y no pasa nada si yo no te gusto a ti; ahora bien, pasar la noche del baile con alguien que preferiría estar con otra persona no es mi idea de pasármelo bien, la verdad.

Asiento con la cabeza.

—Vale —musito.

Jake apoya los codos en las rodillas.

—¿Cuánto tiempo lleváis…?

—Nada —contesto al instante—. Conocí a Cooper un verano que pasé aquí. Nos hicimos muy buenos amigos y luego nos distanciamos. Entonces, yo…

Jake se pone tenso.

—Espera. ¿Tú eres esa chica?

—¿Perdona?

Jake se lleva las palmas a los ojos.

—No me jodas.

—¿Qué está pasando?

—No me lo puedo creer. —Jake niega con la cabeza y se me queda mirando—. Me mudé aquí en tercero. Cooper y yo no teníamos mucho en común, pero era un tío amable y se hizo amigo mío, me presentó a todo el mundo. Pero de lo único que hablaba era de esa chica con la que había pasado el verano. Era superpesado. —Se ríe—. Pero después se volvió taciturno y triste porque ella había dejado de mandarle mensajes. Me alegré de veras cuando empezó a salir con Chloe, porque pensé que lo sacaría del pozo. Pero no fue así. Hizo falta mucho tiempo para que se recuperara.

Me miro los pies, avergonzada por lo mal que me porté.

—¿Por qué no me dijo que tú eras esa chica?

—Porque te gustaba. No quería hacerte daño. No quería arruinar vuestra amistad.

—Pero si me lo hubiera dicho al principio…

—Nuestra relación era bastante inestable y complicada. No quiso dejarte al margen. Solo quería que estuvieras contento. —Miro los ojos azules como el hielo de Jake—. No pretendíamos enamorarnos.

—Tú puedes decirlo, pero para Cooper no había otra opción. —Jake desvía la mirada hacia el Gato Cafeinado—. Esto no está bien.

—Ya. —Me anudo la bufanda un poco más—. ¿Me odias?

Jake se me queda mirando con ojos tiernos.

—Ni siquiera estoy enfadado contigo. Solo desearía haber sabido que no tenía ni la más mínima oportunidad.

—Lo siento.

—No hay nada que lamentar.

—¿Seguimos siendo amigos o prefieres que mantenga las distancias hasta que vuelva a casa? Porque de verdad que no me gustaría que fuera así, pero lo haré si eso es lo que tú quieres.

Jake ladea la cabeza. Cada segundo que tarda en responder es como si se me clavara otra esquirla en el pecho. Odio esta situación.

Por fin deja escapar un suspiro.

—Será una mierda verte a ti y a Cooper juntos, pero no, no guardes las distancias. No pienso echar por la borda una amistad solo porque yo no te guste. —Me sonríe con dulzura y añade—: Lo cual no tiene ningún sentido, porque soy un partidazo.

Sonrió y noto cómo se aligera el peso que llevo sobre los hombros.

—¿Sabes qué? Sí que lo eres. Si no existiera Cooper…

—¿Ah, sí? Pues porque es uno de mis mejores amigos, que si no lo mataba ahora mismo.

Me río de la ocurrencia y Jake me sonríe a su vez.

—No lo hagas, por favor —le pido tras un instante de silencio; choco su hombro con el mío—. Gracias por entenderlo.

—No hay de qué —responde. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Vas a hablar con él?

—¿Con Cooper? Hoy solo me ha llamado y mensajeado unas seiscientas veces. Supongo que podría darle un toque.

—Cuando tú quieras.

Se mordisquea el interior de las mejillas y lanza una mirada al otro

lado del césped.

Le doy un toque con el codo.

—¿Te he dicho ya que lo siento?

—Sí, por favor, no vuelvas a decirlo.

—Vale.

Nos vamos cada uno por su lado. Jake se dirige al Gato Cafeinado y yo me voy a casa. Espero poder hablar con Cooper por primera vez después de lo de anoche. Cruzo los dedos para que, cuando llame, no sea para decirme que nos hemos vuelto a equivocar.

Capítulo treinta



Estoy cenando con Sloane, mi madre y tía Naomi cuando me llega un mensaje de Cooper.

Cooper Verano: ¿Puedes venir?

Yo: ¿Ahora?

Cooper Verano: Cuando puedas.

Yo: Depende. ¿Vas a darme malas noticias?

Cooper Verano: Tú limítate a venir, Mitchell.

—Ha llegado la hora de la verdad —anuncio tras un suspiro, y dejo el teléfono sobre la mesa. Se lo conté todo anoche de camino a casa, después de lo del laberinto. No entraba en mis planes, pero estaba un poco histérica, así que nos detuvimos junto al puesto de zarzaparrilla, subimos a tope la calefacción del coche y bebimos cubos enteros mientras les resumía los dos últimos meses. Más

tarde, mi madre y tía Naomi bajaron al salón todas las mantas que encontraron y las cuatro celebramos una fiesta de pijamas al estilo clásico. Volvimos a ver *Prácticamente magia* mientras esperábamos el mensaje de Cooper, que nunca llegó.

Mi madre suspira profundamente.

—Vale, vete. Pero vuelve antes de las diez. Mándame un mensaje si necesitas que pase a buscarte.

—Buena suerte, cariño —me dice tía Naomi.

—Si te suelta que Jake es más importante para él, dile que se acuerde de que sé cómo hacer desaparecer un cadáver —me aconseja Sloane.

Cojo la chaqueta y recorro las manzanas que me separan de la casa de Cooper. Estoy a punto de llamar a la puerta cuando se abre el portón del garaje y Cooper sale a mi encuentro. Nos quedamos de pie, mirándonos el uno al otro unos instantes.

—¿Has hablado con Jake? —le pregunto así sin más, como si me arrancara una tirita.

—Sí. —Señala el garaje—. Ven.

Lanzo un suspiro. Esto de no saber a qué atenerme con él me está matando. Coge una bolsa que hay en la entrada y lo sigo al garaje, donde está aparcada su furgoneta. Pulsa un interruptor situado en la pared y cierra el portón. En cuanto se ha cerrado del todo avanza hacia mí, me levanta la barbilla con el pulgar y el dedo índice, y me besa.

—Solo nos hemos besado en el exterior y a oscuras. Había que solucionar eso.

Lo miro a través de las pestañas.

—Nada que objetar.

Me sonríe, pero me cuesta devolverle la sonrisa porque no sé qué está ocurriendo exactamente.

—¿Eso significa que has aclarado las cosas con Jake?

Suspira.

—Están todo lo bien que cabría esperar, creo. —Eso desearía yo—. Con el tiempo creo que todo volverá a la normalidad.

—¿Qué te dijo?

—Que debería haberle contado que me gustabas… y tiene razón. —Se pasa la mano por el pelo, despeinándoselo—. Y que debería habérselo dicho cuando empecé a pensar en actuar. Ahí también tiene razón. Metí la pata.

—Era una situación complicada.

—Solo tenía que ser honesto. Eso no era nada complicado. —Se vuelve y se apoya en la furgoneta—. Pero como al parecer tú ya habías hablado con él… Ayudó que supiera quién eras y lo que significaste para mí años atrás.

—Entonces ¿qué hay de lo nuestro?

Frunce el ceño.

—¿Qué hay de lo nuestro?

Fijo la vista en el suelo.

—No sé. Jake te ha preocupado desde el principio. Si está molesto…

Cooper se aparta de la furgoneta y se planta frente a mí. Me recoge el pelo detrás de la oreja y me alza la barbilla con suavidad para que lo mire a los ojos.

—Ya te lo he dicho. No pienso dejarte marchar sin saber hasta dónde llegará esto.

—Vale, pero…

Me pone el dedo en el labio.

—Ya vale, Jake estará bien. Lo superaremos.

Asiento con la cabeza y él retira el dedo.

—Bueno, te he hecho venir por algo.

—Por otra razón además de para que se me pase el ataque de pánico…

—Así es. —Señala unas bolsas de plástico puestas en fila al lado de la pared—. He ido a la tienda y he comprado… he comprado de todo.

—¿Para…?

—Para el desfile. ¿No íbamos a maquear la furgo?

—Ay, sí. Vale.

—Pero no sé ni por dónde empezar.

Me acerco a las bolsas y empiezo a sacar los accesorios que ha comprado.

—Vale, a ver. Yo nunca he decorado una carroza, pero me gusta diseñar cosas.

—Exacto. Necesito esa mirada creativa.

—Creo que lo mejor será envolver la furgoneta con esta tela verde floreada —propongo, cogiendo un paquete del suelo—. Empecemos por ahí. Después podemos ribetear el bastidor con papel de aluminio y vinilo.

Cooper se me queda mirando.

—Me he perdido después de lo de la tela floreada.

Pongo los ojos en blanco y sonrío al ver su cara de perplejidad.

—Vale, tú limítate a quedarte ahí y ve pasándome las herramientas.

—¿Como un niño bueno?

—Efectivamente.

Abro el paquete de la tela.

—Lo normal es que usáramos grapas para sujetar la tela, pero eso no funciona con el metal. ¿No tendrás por casualidad algún tipo de cinta adhesiva industrial que pegue por las dos caras?

—No compré, aunque puede que haya algo por casa. Enseguida

vuelvo.

Cooper entra a por el adhesivo mientras yo voy forrando el contorno del coche con el ribete plateado. Cuando vuelve con un rollo nuevo, envolvemos la furgo con la tela verde floreada. Después revestimos los bajos con papel de aluminio. Una vez hemos terminado, la furgoneta tiene cada vez más pinta de carroza.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta Cooper.

—No estoy segura. Me encantaría darle un toque enigmático y divertido, pero… —De repente respiro hondo y abro muchísimo los ojos: se me acaba de ocurrir una idea—. Ya lo tengo. —Empiezo a retirar la franja plateada de la furgoneta.

—¿Qué haces? ¿No acabábamos de ponerla?

—Pásame ese papel marrón de ahí.

—A la orden, jefa —dice, aunque parece escéptico.

Cambiamos el ribete plateado por el marrón y damos un paso atrás.

—Vale —concedo mientras señalo la furgoneta con los dedos—. El marrón es el camino de tierra, el verde es la hierba, donde (redoble de tambores, por favor)… —Cooper sonríe y niega con la cabeza, aunque al final hace lo que digo y finge que toca el tambor sobre los muslos— se alza la casita de jengibre, cubierta con tus delicias horneadas. De gran tamaño, de mentira, gigantes, claro.

—¿Cómo? —Cooper se ríe satisfecho—. ¿Quieres que construyamos una casita de jengibre?

—En efecto. O algo que se le parezca. Podemos utilizar bloques de gomaespuma pintados para construirla. Convenceremos a Sloane y Asher para que nos ayuden a crear los postres gigantes y los pegaremos por encima a la casa. Después —añado sonriente— llegas tú con tu disfraz por detrás de la casa, repartiendo galletas, y Jake puede ir disfrazado de bruja y conducir por el pueblo. Si para

entonces ya está todo arreglado, quiero decir.

Cooper se echa a reír.

—Vale. Me has convencido. Pero aunque las cosas ya se hayan arreglado para entonces, sabes que Jake dirá que es demasiado guapo para disfrazarse de bruja. Me parece estar oyéndolo… —imita a Jake lo mejor que puede—: ¡Eso espantará a las chicas, tío!

Tiene toda la razón.

—Vale. Ya convenceré a Sloane de que lo haga ella. Será muy divertido. Eso sí, vamos a tener que trabajar un montón si lo queremos tener todo acabado en dos semanas.

Cooper se encoge de hombros.

—Creo que lo conseguiremos. Podemos quedar aquí todos los días después de clase.

—A excepción de los miércoles, porque trabajas.

Una divertida sonrisa ilumina su rostro.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Hago un gesto de no conocer la respuesta.

—Eso son detalles.

Cooper avanza un paso hacia mí.

—Sigo sin creerme que esté pasando.

Doy un último paso hasta él y le rodeo el cuello con los brazos.

—A mí me sucede lo mismo.

Se inclina y me besa en los labios, pero antes de que nos perdamos en el beso, retrocedo un paso.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Me ruborizo antes incluso de empezar a hablar.

—¿Eres… eres mi novio?

Enarca las cejas y esboza una media sonrisa.

—¿Quieres que lo sea?

—Eso depende. Ahora que ya no viviremos la emoción que nos procuraba andar persiguiéndonos a todas horas, ¿dejarás de aparecer por ahí con galletas?

—A ver, la persecución no tenía nada de emocionante. Como ya he dicho, fue una verdadera tortura no estar contigo. Además, me prohibiste traerte más galletas. Y prepararte beicon.

—Eso era antes. Ahora quiero todas las galletas y el beicon —le anuncio.

—Vale. Cuenta con todas las galletas y el beicon que puedas zamparte. —Apoya su frente en la mía y sonríe—. Y sí que puedes considerarme tu novio.

Tengo la sensación de que se me va a partir la cara por la mitad de lo mucho que estoy sonriendo.

—Vale. Eso está bien.

Se acerca para besarme.

—¿Cooper? —lo llama su madre desde el interior de la casa.

Se detiene y emite un ruidito mitad gruñido, mitad quejido.

—¿Acaso no sabe que estoy intentando besar a mi novia?

Me río.

—De todas formas, debería marcharme ya.

La puerta que hay detrás de Cooper se abre, pero yo sigo bien pegada a él. Su madre nos sonríe con picardía.

—Lo siento —se disculpa—. Solo quería cerciorarme de que seguías vivo.

—Vivito y coleando, mamá. Voy a acompañar a Ellis a casa.

—Me alegro de verla, Amanda —digo.

—Lo mismo digo, Ellis. Espero verte más a menudo por aquí —responde al tiempo que me guiña un ojo antes de desaparecer en el interior de la casa.

—Me juego algo a que se lo has contado a tu madre.

Se encoge de hombros.

—Sí. Mi madre es mi mejor amiga. Se lo cuento prácticamente todo.

Ay, Dios mío. Y yo que pensaba que no podía gustarme más…

—¿Qué pasa? —me pregunta, confuso, porque sin darme cuenta me lo he quedado mirando fijamente.

—Nada. Solo estaba pensando en que eres lo mejor que me ha pasado, Cooper Barnett.

—Lo mismo digo, Mitchell.

Me pongo de puntillas y lo beso.

Diez minutos más tarde, cuando conseguimos separarnos, ebrios de sentimientos empalagosos y con la novedad de lo nuestro, Cooper me coge de la mano y no me suelta hasta llegar a casa de tía Naomi.

Sé que es demasiado pronto para pronunciar la palabra que empieza por «A», pero está ahí presente, rasgando las costuras, suplicando que la mencionen. Cuando Cooper se despide con un beso junto a la puerta, entierro la palabra en las profundidades del estómago, junto con el enjambre de mariposas que siento revolotear.

Y la dejo allí hasta que llegue el momento oportuno, tal vez cuando lleve más de dos horas siendo mi novio.

Capítulo treinta y uno



Cuando entro en el comedor el jueves me encuentro a Caracol sentado en mi sitio. Hasta ahora había seguido sentándome con Jake para guardar las distancias con Cooper, que sigue comiendo al lado de Chloe, en la otra esquina de la mesa, como solía hacer cuando intentaba evitarme. A pesar de que las cosas han cambiado entre Cooper y yo, decidimos evitar que Jake nos viera juntos.

Los cuchicheos que circulan por el instituto ya son suficiente tortura.

—Levántate de mi sitio —le digo a Caracol, que mira a Jake antes de responder.

—Ahora mi sitio es este. Puedes sentarte por ahí —me sugiere, señalando con la cabeza la que fuera su anterior plaza.

—Espera un momento… —Frunzo el ceño y me vuelvo hacia Jake —. ¿Ya no quieres que me siente contigo?

Se ha mostrado bastante taciturno esta semana, pero pensaba que todo iba bien entre nosotros. O al menos eso creía.

—No. Quiero que te sientes ahí —dice señalando con la cabeza el

lugar vacío que tiene enfrente.

Aprieto los labios. Odio esto. Pero no le puedo negar nada en este momento. Y si lo que necesita es espacio, pues qué le vamos a hacer, aunque no dejo de sentirme como si me estuvieran clavando un puñal en el corazón.

Me dirijo hacia mi nuevo puesto en la mesa cuando oigo a Cooper a mi espalda.

—¿Qué ocurre aquí?

Echo un vistazo por encima del hombro y lo veo de pie frente a Jake, sosteniendo su comida. Me mira a mí y luego a Jake.

—Vamos, tío, no le hagas esto —le recrimina Cooper.

Jake pone los ojos en blanco y suspira.

—No le estoy haciendo nada. Siéntate, Cooper —le ordena, señalando el espacio que queda libre frente a Caracol.

—No, no, yo me siento allí. Solo…

—Solo querías asegurarte de que no estaba molestando a tu novia. Entendido —dice Jake. A Cooper se le encienden las mejillas —. Pero al parecer te han quitado el sitio, así que, te sentarás ahí.

Mira por dónde, una de las amigas de Chloe está sentada donde se suele sentar Cooper. Parece como si todo estuviera planeado.

Cooper y yo nos miramos, incómodos. Y por fin nos sentamos.

—Perfecto —exclama Jake—. Y a partir de ahora, esto es lo que va a suceder cada día hasta que se marche Ellis.

—¿Qué dices? —pregunto.

—Estoy cansado de que andéis con pies de plomo por mi culpa —contesta Jake—. De verdad que aprecio que no me lo restreguéis por la cara, pero ya no aguanto más estas comidas tan incómodas. Sentaos ahí, hablad, comed, comportaos con normalidad. Os lo pido por favor. —Sonríe—. Creedme, ni de lejos soy tan patético como Cooper tras tu marcha cuando erais unos críos.

Le dedico una sonrisa tímida, porque es lo único que me sale, y Cooper asiente con la cabeza. Es difícil actuar como si no hubiera pasado nada, aunque sea él quien nos lo pida. Pero, si es eso lo que quiere, lo intentaremos.

Después de la comida Cooper me acompaña hasta la taquilla. Mira a su alrededor mientras introduzco el pin y me da un piquito.

—Oye. Habíamos dicho que nada de besarnos en público.

—No he podido evitarlo. Además, es una norma absurda. —Le aparece el hoyuelo en la mejilla—. Te vas en un par de semanas. Deberíamos besarnos todo lo que podamos hasta entonces.

—Mmm. Eso es cierto.

Se acerca y vuelve a besarme.

—Cierto y verdadero.

—Vale, pero llego tarde a clase, así que vete —le digo con una sonrisa—. Te llevaré el disfraz de galleta a casa después de clase.

—¿Ya lo has terminado?

—Bueno, no del todo, pero casi. Y me muero de ganas de enseñarte lo que tengo. Es fantástico. Te quedará genial.

Se echa a reír.

—Me das miedo.

—Bien por ti.

Sonríe mientras se aleja caminando hacia atrás.

—Nos vemos en clase de Econo, Mitchell.

Esta semana ha sido como un sueño. Un sueño que ha dado mucho trabajo, pero un sueño al fin y al cabo. Cooper y yo hemos estado trabajando todos los días hasta las diez en su furgoneta, aunque, para ser sinceros, una buena parte de ese tiempo la hemos pasado robándonos besos y caricias. Sloane y Asher vinieron el martes para ayudar a construir y pintar la casita de jengibre mientras Cooper y yo fabricábamos dulces con gomaespuma de

colores. Lo único que queda por hacer es pegar los dulces a la casita y dar los últimos retoques esta noche. Y una vez terminado el disfraz ya no tendremos que preocuparnos de nada para el desfile de la semana que viene.

Las dos clases siguientes parecen no acabar nunca. Las paso atendiendo y tomando apuntes hasta que por fin llega la clase de Econo, donde me espera Cooper.

Saca un lápiz de la mochila.

—Me he enterado de que hay examen sorpresa.

Se me hiela la sangre.

—¿Ahí dentro?

—Sí.

Intento recordar la última vez que revisé los apuntes de esta asignatura. ¿Ya hace dos semanas?

El señor Davis da unos golpecitos en la mesa con los nudillos cuando suena el timbre.

—Dejad sobre el pupitre solo un lápiz.

—Cooper —le susurro—, no he estudiado nada.

—Te irá bien. Eres la persona más lista que conozco.

—¡Porque estudio! —me invade el pánico.

—Relájate, Ellis. Te saldrá bien.

El señor Davis reparte los exámenes. Yo respiro hondo y me pongo recta. «Tú puedes, Ellis».

Me quedo mirando las diez preguntas del examen. Está claro que no me va a salir bien. Tenemos quince minutos para acabarlo antes de que el señor Davies nos diga que pasemos a otra cosa, así que respondo lo mejor que sé y se lo entrego. No consigo concentrarme durante el resto de la clase.

—¿En qué puedo ayudarte, Ellis? —me pregunta el señor Davies cuando me acerco a él después de que suene el timbre, y todos,

incluido Cooper, ya se han ido.

—Ya sé que no es algo que suela hacer usted, pero me preguntaba si podría corregir mi examen —le pido—. Ahora, quiero decir.

Debe de notar mi preocupación, porque rodea la mesa del profesor y coge el montón de exámenes que le hemos entregado.

—He estado trabajando en cosillas para el desfile… —digo, movida por la necesidad de darle explicaciones antes de que descubra que he suspendido.

—Ah, entiendo. Uno de los riesgos de vivir con tu tía, supongo. —Se ríe. Saca mi examen del montón y revisa las respuestas—. Buenas noticias, solo has fallado tres.

Creo que voy a vomitar.

—Eso es un siete.

—Fallar solo tres está bien, señorita Mitchell.

Me quedo mirando al vacío mientras asiento con la cabeza.

—Gracias.

Salgo de la clase con la mochila al hombro y los ojos llenos de lágrimas. Recojo los libros de la taquilla y me dirijo al mástil, donde he quedado con Sloane, Asher y Cooper.

—¿Qué hacías? —me pregunta Cooper.

—He sacado un siete —balbuceo sin poder creérmelo.

—¿Ya te lo ha corregido? —pregunta Cooper, sorprendido—. Bueno, podría haber sido peor. Pensaba que te iba a salir fatal.

—Yo no saco sietes. Ni siquiera he sacado un ocho en mi vida. —Niego con la cabeza—. ¿Crees que podéis arreglaros con la carroza sin mí? Necesito estudiar.

Cooper me coge la mano.

—Ellis, ese examen sorpresa no te bajará la media. Seguirás teniendo un sobresaliente. Puede que en lugar de un diez acabes

con un nueve con noventa y nueve.

—Ese no es el problema. He estado distraída, Coop. Ya queda poco para que se acabe el plazo de las solicitudes de ingreso a la universidad. No me puedo permitir que mis notas empeoren casi al final.

—Vale —dice lanzando un suspiro.

—Te mandaremos fotos —apunta Sloane.

—Buena idea —contesto.

Cooper me aprieta la mano cariñosamente mientras nos acomodamos en los asientos traseros del coche de Sloane. Pero no hay nada que pueda hacer para que me sienta mejor. No me puedo creer que me haya olvidado de Columbia. Tengo que concentrarme.

Capítulo treinta y dos



El viernes por la tarde lo paso con mi madre, tía Naomi y Sloane regalando caramelos a los críos que juegan a truco o trato y tostando malvaviscos en una hoguera que hemos encendido a la entrada. En cuanto apagamos la luz del porche y el pueblo recupera la calma, me dirijo a mi cuarto a estudiar. Justo he acabado de repasar los apuntes de Física cuando oigo un golpecito en la ventana del desván. Echo un vistazo y ahogo un grito al descubrir un rostro al otro lado.

Me llevo la mano al pecho e inspiro a fondo: es Cooper. Me acerco rápidamente a la ventana y la abro.

—¿Qué haces aquí? —le susurro.

Parece petrificado de miedo, ahí agachado con su pijama y las gafas puestas.

—He subido por el emparrado.

Le sonrío.

—Pero ¿por qué? Has dicho que te ibas a la cama. Son casi las once.

—Porque casi no te he visto desde que sacaste una nota normalita.

—Quieres decir desde ayer. —Me echo a reír.

Cooper frunce el entrecejo.

—Bueno, has comido en la biblioteca y en clase estabas superconcentrada. Y lo entiendo, en serio. Pero es que te vas a ir en unos días. ¿Por qué no vemos una peli juntos?

—¿Ahora? —pregunto—. Mañana por la mañana tienes que trabajar.

—Por favor, ¿me dejas pasar antes de que me caiga del tejado? No te preocupes por mañana. Estaré bien. —Doy un paso atrás y lo dejo entrar por la ventana. Una vez en la habitación, se incorpora con una sonrisa—. Acabo de superar mi miedo a las alturas gracias a ti.

—Creo que lo que has superado gracias a ti mismo.

—Vale. Dejémoslo en que lo he superado gracias a los dos. Lo que no sé es cómo voy a bajar, porque creo que he roto esa cosa.

Lo atraigo hacia mí y le doy un beso.

—Suena a problema que podemos solucionar más tarde.

Sonríe con los labios pegados a los míos.

—Si sigues besándome, no llegaremos a ver la peli.

Me encojo de hombros.

—Tampoco es que me guste tanto el cine.

Se echa a reír.

—Ellis, elige una película.

Hago un puchero.

—No puedes presentarte aquí con esas gafas y esperar que no me entren ganas de besarte.

Alza una ceja.

—Entonces ¿el problema son las gafas?

—Pues claro. Eres irresistible con ellas puestas.

—No tenía ni idea. Lo apunto para el futuro —dice con una sonrisa.

Se quita los zapatos con los pies y se sube a la cama mientras yo introduzco el viejo DVD de *Speed* en el reproductor.

—¿Qué has puesto? —pregunta cuando empieza.

Se acomoda unos almohadones en la espalda, levanta el brazo y me hace una seña para que me una a él. Me tumbo a su lado, en el espacio que queda entre su brazo y su cuerpo, y me acurruco entre sus brazos con la mejilla apoyada en su pecho.

—¿Nunca has visto *Speed*? Es un clásico. La combinación perfecta de romance y acción.

—Vale. —Nos cubre a ambos con la manta—. Estoy intrigado.

Permanecemos acurrucados en la cama durante una hora y media viendo la película, yo aguantándome las ganas que tengo de besarlo mientras él me recorre suavemente el brazo con la yema de los dedos.

Cuando aparecen los créditos, me aparto un poco para poder mirarlo a los ojos.

—Ojalá pudieras quedarte. Me encantaría quedarme dormida así.

—A mí también. —Me besa en la frente—. Pero ya nos estamos arriesgando bastante.

—Lo sé —suspiro.

Me incorporo y Cooper me atrae hacia sí para besarme.

—¿Cuál es el plan entonces? —me pregunta—. ¿Tengo que saltar desde el tejado? Si es eso lo que tengo que hacer, será mejor que me mates aquí mismo.

—Te acompaño abajo. Ellas están durmiendo, así que puedes salir por la puerta.

Nos bajamos de la cama, Cooper coge los zapatos y me sigue

escaleras abajo. Avanzamos sigilosos por el pasillo y bajamos el siguiente tramo de escaleras. Justo cuando llegamos a la puerta de entrada oímos un carraspeo. Cooper y yo nos volvemos como un rayo, y allí está mi madre, de pie, con los brazos cruzados.

—Cooper —dice—. Me alegro de verte… en mitad de la noche.

Cooper se ha quedado de piedra.

—Solo ha venido a entregarme una cosa para el desfile —le suelto.

—Ya veo. Seguro que es algo de vital importancia.

Suspiro.

—Hemos visto una película. Eso es todo.

—Ya. —Se dirige a mi novio—. Buenas noches, Cooper. Que llegues bien a casa.

Cooper asiente y se marcha rápidamente.

—No puedes traer chicos a casa de tía Naomi a escondidas —dice mi madre una vez se ha marchado.

—Ya lo sé.

—Mañana mismo te dejaré unos condones en la mesilla.

—Mamá —refunfuño—, no…

Levanta la mano para que no siga hablando.

—No me importa. Ahora vete a dormir.

Asiento con la cabeza y subo de vuelta al desván. No voy a discutir si el peor castigo que me espera por meter a un chico en casa a hurtadillas es que me dejen condones en la mesilla.

Vuelvo a meterme en la cama, y percibo el aroma cítrico de Cooper, a azúcar y a detergente para la lavadora. Suena el teléfono.

Cooper Verano: Ya te echo de menos.

Yo: Pues vuelve.

Clico en «Contactos» y le doy al botón de editar.

Cooper Otoño: Creo que tu madre nos mataría. Siempre nos queda el Baile de la Calabaza de mañana.

Yo: Me muero de ganas. ♥

Entierro la cara en la almohada, que huele a Cooper, y sonrío. Pero ¡qué lujo de vida es esta!

Capítulo treinta y tres



El día siguiente amanece soleado, aunque también sopla un aire frío que nos acompaña hasta que entramos en el Gato Cafeinado.

—Deberíamos haber venido en coche. Hace muchísimo frío —se lamenta Sloane.

—Esto no es nada. Tendrías que venir a visitarme a Nueva York y tratar de caminar unas manzanas.

La temperatura puede que sea la misma, pero hay algo en la gran ciudad que hace que parezca que hace más frío.

—Me encantaría ir a verte. Podría ir durante las vacaciones de Navidad.

—Genial, así experimentarías lo que es el invierno en Nueva York.

—¿Podremos ir al centro Rockefeller a patinar sobre hielo? ¿Y pasar la Nochevieja en Times Square? —pregunta cada vez más emocionada—. Ay, ay, ay. ¡Dime que sí! Será superdivertido.

—Bueno, suena bastante turístico, pero vale.

—Es que no dejo de ser una turista. Nunca he estado en la gran ciudad. Y ya puestos, también deberíamos ir a ver la Estatua de la

Libertad y el Empire State.

Me echo a reír.

—Podemos, si es eso lo que quieres.

—Y Central Park.

—Bueno, haz una lista y visitaremos todo lo que podamos cuando vengas.

En cuanto dejamos atrás la librería, Dorothy sale de la floristería.

—Sloane, Ellis. Acabo de enterarme de la buena noticia. —Mi prima y yo intercambiamos una mirada. Sloane se encoge de hombros—. Lo de tu madre, que ha hecho una oferta por la casa de la calle Apple Blossom —añade Dorothy.

—¿Mi madre? —pregunto, perpleja. Niego con la cabeza y me echo a reír—. Disculpa, pero suena a bulo. Será mejor que no lo vayas contando por ahí.

—Bueno, me lo ha contado el mismísimo Joe Mercer —replica Dorothy.

—No sé quién es ese, pero se ha equivocado. —Miro a Sloane, que está inusualmente callada. Tiene los ojos abiertos como platos de la sorpresa.

—Es el dueño de la inmobiliaria de Bramble Falls… —murmura bajito.

—¿Qué?

Alguien está equivocado. Tiene que tratarse de un error. Mi madre no compraría una casa en Bramble Falls. Se supone que hemos de estar de vuelta en casa para Acción de Gracias.

Y, aun así, se me cierra la boca del estómago.

—Tengo que irme —creo que digo.

Salgo disparada hacia casa con Sloane pisándome los talones.

—Ellis, relájate. No sabemos si es cierto.

Es la adrenalina la que me impulsa avanzar por las dos manzanas

hasta llegar a casa. Abro la puerta de golpe e irrumpo en la cocina casi sin aliento. Mi madre aparta la mirada del café y de la revista de arte que está leyendo.

—¿Qué ocurre? —dice mientras deja la taza sobre la mesa con expresión preocupada.

—¿Vas a comprar una casa en Bramble Falls? —le pregunto.

Mi madre se queda pálida. Se pone en pie lentamente, como si se estuviera acercando a un animal asustadizo.

—Iba a contártelo mañana. Solo quería que disfrutaras del baile.

—¿Y qué ibas a contarme exactamente?

—He hecho una oferta. Eso no significa que vayamos a comprar la casa.

—¡Qué narices! ¿Para qué ibas a hacer una oferta aquí? Vamos a volver a casa enseguida. —Oigo el rumor de la sangre en mis oídos, que aumenta en un crescendo paralelo al pánico que me invade—. ¿Os vais a divorciar papá y tú?

Mi madre desvía la mirada al suelo.

—No puedo volver con él, Ellis.

Se me desencaja la mandíbula.

—¿De qué estás hablando? Se supone que era algo temporal.

—Ya lo sé, cariño. Lo era. Pero aquí somos felices, ¿no te parece? —la pregunta suena cargada de esperanza. Me pone furiosa.

—No, mamá. —Esto es por mi culpa. La he inducido a pensar que podría ser feliz aquí. Pestañeo para limpiarme las lágrimas que amenazan con inundar la habitación—. Quiero volver a casa. Es verdad que Bramble Falls ha estado bien. No ha sido tan terrible como esperaba y me he divertido. Pero necesito volver a mi instituto y retomar las prácticas. Y necesito volver con papá. Dios, llevo casi dos meses sin apenas hablar con él. Lo echo de menos. ¿No te das cuenta?

—Nunca te prohibiría visitar a tu padre, Ellis.

—No quiero ir a visitarlo, quiero volver a casa, donde vivimos, donde iré a la universidad el año que viene.

Me cuesta respirar.

—Mudarte aquí no implica que no entres en Columbia —dice.

Niego con la cabeza. No entiende lo que significa para mí mudarme aquí: significa que mis padres se van a divorciar; significa que no tendré acceso a las mismas oportunidades que si viviera en Nueva York, oportunidades que necesito si quiero que me admitan en Columbia; significa que nunca veré a mi padre porque siempre está trabajando; significa que la nueva chica de prácticas ascenderá en la empresa y se olvidarán de mí, tanto papá como el señor Street; significa decir adiós a la vida tal y como la he conocido.

Y no me sorprendería que mi madre me pidiera que renunciara a ir al instituto en la ciudad. Probablemente este era su plan desde el principio.

—No me puedo creer que me hagas esto —digo con la voz entrecortada.

—No te estoy haciendo nada, cariño —repone, avanzando un paso.

—Eres muy egoísta.

—¿Cómo?

—Me llevas lejos de casa, lejos de mis objetivos, para que tú puedas sentarte en tu dormitorio a pintar. Me estás castigando porque odias a papá. Y para que no se me ocurra querer ser como él en lugar de como tú. —Rechino los dientes y doy un paso atrás—. Haz lo que quieras, mamá, pero yo no pienso mudarme aquí. Ni lo sueñes.

Me giro hacia Sloane, que me mira fijamente, sin dar crédito. Paso por su lado como una exhalación. Tan pronto como se cierra la

puerta tras de mí, doy rienda suelta a las lágrimas. Y me acompañan durante todo el trayecto hasta el Gato Cafeinado. A Cooper se le ilumina el rostro cuando entro, hasta que se da cuenta de que estoy llorando. Betty Lynn lo sustituye en la caja registradora y él me acompaña afuera.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué ha ocurrido? —pregunta mientras me abraza, pero solo consigue que me entren más ganas de llorar.

Mi padre estaría tan decepcionado… «Déjate de sensiblerías, Ellis».

Me limpio la cara, carraspeo y doy un paso atrás.

—Me voy.

—¿Adónde?

—A casa.

A Cooper le cambia la expresión del rostro.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Tu madre no te ha avisado con tiempo? ¿Así sin más? ¿Te vas? —pregunta como si fuera algo inconcebible.

—Mi madre ha hecho una oferta para comprar una casa en Bramble Falls.

Veo el remolino de preguntas que pasan por el semblante de Cooper.

—Estoy muy confundido. O sea, que hace un depósito para comprar una casa aquí, pero os volvéis a la ciudad…

—Ella se queda, la que se va soy yo.

—¿Y piensas regresar?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Tendré que volver a recoger mis cosas, pero intentaré hacerle entender la situación a mi padre. Necesito que arregle lo que sea que ha pasado entre ellos. En el peor de los casos, necesitaré que convenza a mi madre de que me

deje quedarme en la ciudad con él, ya que ella parece pensar que esto es permanente.

Cooper se mordisquea el labio.

—¿Y eso sería tan terrible? ¿Acabar aquí el instituto? ¿Conmigo?

—Coop, este no es mi sitio.

—¿Qué estás diciendo? La gente aquí te conoce y te quiere. Claro que es tu sitio. Ya pensaremos qué hacer más adelante, juntos. —Me coge la mano—. No te vayas, por favor.

—Debo hacerlo. Todo esto está mal. Saqué un siete y…

Cooper suelta un gruñido.

—¿De qué me estás hablando? No me digas que todo esto es porque sacaste un siete, Ellis.

—No es por la nota. Es por lo que eso significa. Me he acomodado demasiado.

—¿Y…? Eres feliz. Te has permitido pasártelo bien por una vez en tu vida. ¿Qué tiene eso de malo?

—Cooper, siento como si el futuro se me estuviera escurriendo entre los dedos.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Qué hay de nuestro futuro?

—Podemos hacer que funcione. Ese era el plan desde el principio, ¿no? Desde el principio iba a volver a la ciudad.

—Porque no había más remedio. Pero ahora no hace falta. Puedes elegir. Has dejado huella en este sitio, Ellis. Si este no es tu lugar, entonces estoy segurísimo de que yo no pinto nada en Nueva York contigo.

—¿Qué quieres decir? Vas a ir a la universidad allí el curso que viene.

—Así es, y seré la pieza que sobra del puzle. ¿Dónde encajo yo en tus planes de futuro? —Niega con la cabeza—. En ningún sitio.

—No puedes pedirme que elija entre tú y mi futuro, que cambie

todos mis planes por ti.

—No, Ellis, lo que te estoy pidiendo es que cambies tus planes por ti misma —dice exasperado—. Lo nuestro va bien. Es extraordinario, aunque pueda que no sea suficiente para ti.

—Venga, Coop.

—Quédate.

Me escuecen los ojos.

—Tengo que irme. Y si quiero tomar el próximo autobús tengo que salir de aquí ahora mismo.

Desvía la mirada hacia el suelo, pero no sin que antes logre ver que está a punto de llorar. Asiente para sí mismo, como si estuviera sopesando sus palabras.

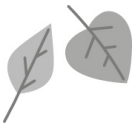
—Entonces supongo que esto es un adiós. —Me mira a los ojos y me suelta la mano—. Esta es la última vez que me despido de ti, Ellis.

—Cooper… —pronuncio su nombre con un hilo de voz.

—Disfruta de tu vida —son sus últimas palabras. Da media vuelta y entra en el café.

Cuarenta y cinco minutos más tarde me encuentro en la parte trasera del autobús con el teléfono móvil y la cartera como único equipaje, sollozando, mientras Bramble Falls se desdibuja en la distancia.

Capítulo treinta y cuatro



Utilizo la llave que guardo en la cartera para entrar en el apartamento. La luz solar ilumina el inmaculado salón. Tan inmaculado que parece falto de vida. No hay prueba alguna de que papá haya estado viviendo aquí desde que nos fuimos.

Mi madre siempre fregaba los platos, y sin embargo no hay ni un plato sobre la encimera o en el fregadero. Ella hacía la colada, y sin embargo no hay ninguna camisa sucia en el respaldo del sofá o apilada en un rincón. Ella sacaba la basura, y sin embargo el cubo no está a rebosar. No me imagino a mi padre haciendo ninguna de esas cosas. Quizá haya contratado a alguien…

La nevera está prácticamente vacía, con la salvedad de algunas salsas. No me pilla por sorpresa, porque casi seguro que ha estado pidiendo comida a domicilio al no estar mamá para cocinar, pero me muero de hambre.

Llamo a mi padre por enésima vez mientras voy de camino al dormitorio. Sigue sin contestar. Mi madre no ha parado de llamarme y de mandarme mensajes desde que me marché del pueblo, pero no

tengo nada que decirle. Sloane me envió un mensaje preguntándome si estaba bien, pero no lo estoy, y no tengo ganas de fingir, así que no le contesto. Elijo unas prendas para cambiarme de ropa y me meto en la ducha, porque el autobús daba asco.

Quince minutos después empiezo a vestirme mientras rememoro la conversación que he mantenido con Cooper como si se tratara de una canción que escuchas una y otra vez. Cuando llego a esa parte en la que dice que no forma parte de mi vida aquí, se me saltan las lágrimas, exactamente igual que todas las veces que he pensado en ello durante las tres horas que ha durado el trayecto.

¿Qué habría sucedido cuando regresara dentro de unas semanas? ¿Habría dicho lo mismo? ¿Su intención desde el principio era cortar conmigo cuando me fuera? ¿O no le gustó que lo sorprendiera con mi repentina marcha? ¿Acaso eso importa? Me lanzó un ultimátum: él, o el futuro por el que llevo años trabajando.

Entro en una espiral de pensamientos y noto un gran vacío en el pecho, hasta que me sorprende el sonido de la puerta del apartamento al cerrarse. Salgo al pasillo para que mi padre vea que estoy aquí. ¿Sabrá que mi madre va a comprar una casa en Bramble Falls? ¿Seré yo la única que no sabía nada?

Casi he llegado al salón cuando me llega el sonido de una risa de mujer. ¿Quién viene aquí un sábado por la tarde? ¿Tal vez la que limpia la casa? Cuando doblo por el pasillo, me encuentro a mi padre de pie detrás de una mujer rubia que me resulta familiar. Le rodea la cintura con el brazo y le está susurrando algo al oído. Me quedo clavada en el sitio y me concedo unos segundos para determinar qué está ocurriendo… Es inútil. La única explicación que se me ocurre es demasiado desoladora para ser cierta.

Mi padre baja los brazos y le sonríe.

—Voy a coger algo de ropa y nos vamos.

Se da la vuelta y se da de bruces conmigo. Nunca lo había visto tan agobiado.

—Ellis —dice por fin—. ¿Qué haces aquí?

Me cuesta Dios y ayuda destensar la mandíbula para responder:

—¿Qué estás haciendo tú?

Se gira hacia la mujer.

—¿Recuerdas a Catherine Howe? Os conocisteis en la gala.

Ah, claro, la productora ejecutiva que llevaba aquel vestido dorado tan despampanante.

—¿Tienes una reunión de trabajo el sábado en casa? —le pregunto sin molestarme en saludar a su «compañera».

Mi padre se tira del cuello de la camisa.

—¿Sabe tu madre que estás aquí?

Me encojo de hombros.

—Ni lo sé, ni me importa. ¿Sabe ella lo tuyo? —inquiero, señalando a ambos con el dedo.

—Será mejor que espere fuera —murmura Catherine.

Mi padre no me responde. No deja de mirarme hasta que ella se ha ido. Tan pronto como se cierra la puerta, dice:

—Tu madre lo sabe, sí.

—Así que pensaste que, como no estábamos aquí, no pasaba nada por tener una aventura. —Él se me queda mirando, pero no contesta. Inspiro profundamente, y al fin comprendo—: Ay, Dios. Ya tenías la aventura. Por eso nos fuimos.

«No. No. No. No».

—Por favor, dime que me equivoco —le suplico con la voz entrecortada. Necesito equivocarme.

Mi padre se pasa la mano por el pelo.

—No te equivocas.

—Pero ¿por qué? Quiero decir… ¿Desde cuándo? ¿Cómo has

podido…?

—Las cosas entre tu madre y yo no iban bien desde hacía tiempo. Ya lo sabes.

—Bueno, ya, porque te acuestas con otra.

Mi padre suspira.

—Llevábamos mucho tiempo en crisis. Llevábamos en crisis desde que te tuvimos, si he de serte sincero.

Se me disparan las cejas hasta el nacimiento del pelo.

—No te cortes, papá, sé honesto. Por favor, cuéntame cómo mi existencia arruinó tu matrimonio. Me muero por saberlo.

—No quería decir eso, Ellis. ¿Podemos sentarnos?

—Puedes sentarte si quieres, pero yo no pienso sentarme contigo. Ni siquiera puedo mirarte a la cara.

Durante un instante parece dolido, pero al final asiente con un gesto. Él tampoco se sienta, y sigue explicándose:

—Lo que quería decir es que no era consciente de que tu madre cambiaría tanto después de que los dos decidiéramos que dejara el trabajo y se quedara en casa a cuidarte.

Me vienen a la mente imágenes de mi madre estos dos últimos meses. Ha sido tan feliz trabajando en la tienda y pintando de nuevo… No me la imagino queriendo dejar su trabajo, que adora.

—¿Estuvisteis los dos de acuerdo? ¿O la obligaste a dejar su trabajo?

Mis palabras le arrancan una sonrisa burlona.

—Pues claro que no la obligué. Solo le dije que lo mejor sería que se centrara en ti a jornada completa. ¿Por qué iba a cuidarte una niñera si tu madre podía encargarse de ello?

—No puedes estar hablando en serio. —Entorno los ojos—. ¿En ese caso por qué no fuiste tú el que abandonó su carrera para criarme?

Vuelve a reírse con sarcasmo.

—Ella trabajaba en una galería de arte, Ellis. No ganaba lo suficiente para mantenernos a todos. No ganaba mucho más que cuando vendía sus cuadros.

—No me lo digas: también la hiciste renunciar a eso.

—Insisto, yo no la obligué a hacer nada. Ambos estuvimos de acuerdo en que la pintura no era más un *hobby*, y que lo importante era conseguir un trabajo de verdad. Por eso trabajó en la galería hasta que te tuvimos.

Me lo quedo mirando. De repente me siento una extraña entre mi propia familia. Como si fuera un espectador contemplando a vista de pájaro mi propia vida, apreciándola desde una perspectiva diferente, descubriendo la verdad que se esconde tras la relación de mis padres. Creo que voy a vomitar…

—Vale, solo para que quede claro: conseguiste que abandonara todo lo que le importaba, todo lo que la hacía feliz, y más tarde decidiste que ya no te gustaba en qué se había convertido mientras se dedicaba en cuerpo y alma a criarme y a mantener esta familia porque tú se lo habías pedido. Y después tuviste una aventura con una mujer más joven que estaba labrándose una carrera profesional.

El silencio que inunda nuestro aséptico apartamento me está asfixiando. En mi mente se arremolina todo lo que le dije a mi madre. La he tratado fatal.

—Ellie Belly… —Mi padre avanza un paso en mi dirección.

—No. Te he admirado toda mi vida, papá. Cuando estabas demasiado ocupado trabajando, yo aún era pequeña, me interesé por lo que hacías para que me prestaras atención. He tratado de llamar tu atención desesperadamente desde que tengo memoria. Me esforzaba para que te sintieras orgulloso de mí. Quería ser como tú. —Dejo que corran las lágrimas porque estoy cansada de ocultar mi

vulnerabilidad por él—. Soy tu hija y, aun así, en cuanto nos marchamos, empezaste a tratarme como a un cliente. Qué narices, si fuera un cliente probablemente habrías hablado conmigo por teléfono más de tres minutos. Y lo peor de todo es que me he convertido en una molestia para ti, porque estás obsesionado con tu novia. Fue por ella por quien me dijiste que no viniera a visitarte aquella noche cuando te lo propuse, ¿no?

Mi padre mira al suelo sin decir nada.

—Eso pensaba.

Me acerco a la encimera y cojo mi teléfono y mi cartera.

—¿Adónde vas?

—No lo sé. A cualquier sitio con tal de salir de aquí.

—Quédate conmigo. Puedo cancelar mis planes con Catherine.

—No te molestes.

Mi padre me sigue hasta la puerta.

—Tu madre me ha dicho que va a comprar una casa en Connecticut. Sé que estás furiosa conmigo, Ell, pero, por favor, no dejes que ese lugar te desvíe de los objetivos por los que has trabajado tan duro.

Me detengo junto a la puerta. De espaldas, con los ojos cerrados, y tengo que hacer esfuerzo para no gritar.

—Has destrozado a esta familia, y lo único que te preocupa es que me admitan en Columbia. —Me doy la vuelta y lo miro a la cara. Por primera vez no me parece el hombre invencible y lleno de confianza en sí mismo que he conocido siempre. Me parece… patético. Siento que por primera vez veo a mi padre como quien es realmente.

Avanza otro paso hacia mí.

—Ellis…

—No, papá. No me interesan tus consejos, no, si eso ha de conducirme al lugar en el que te encuentras tú ahora. —Niego con la

cabeza mientras giro el tirador—. Espero que, ahora que nos has perdido a mamá y a mí, nos eches de menos. Pero, claro, no creo que se pueda echar de menos a alguien al que no se conoce de verdad.

Salgo al pasillo y cierro de un portazo, dejando atrás a la persona que me he pasado la vida adorando más que a nadie en el mundo.

Capítulo treinta y cinco



Espero junto a la puerta del apartamento de Fern durante cuarenta y cinco minutos, hasta que por fin sale del ascensor y empieza a pedirme perdón una y otra vez por tardar tanto en conseguir comida. En cuanto veo los táperes del Burro Nervioso que lleva en las manos me echo a llorar.

—Ay, cariño. ¿Qué te pasa? —me pregunta arrodillándose a mi lado.

—Tengo tanta hambre… Y me has traído comida…

Sonríe con ternura.

—Me acordé de que dijiste que querías probar este sitio. A juzgar por los mensajes de pánico que me enviaste, me imaginé que este era el mejor momento.

—Gracias —le digo; me sorbo los mocos, me levanto del suelo y Fern abre la puerta.

Una vez dentro, nos desplomamos sobre el sofá de terciopelo negro y Fern deja la comida en la mesita de café. Se me escapa un gemido ahogado mientras enciende una vela de aroma otoñal que

me recuerda a Bramble Falls y todo lo que he echado a perder allí al huir a Nueva York.

—Oh, no —exclama abriendo mucho los ojos. Al instante acude en mi ayuda y me da un abrazo—. Sea lo que sea que haya ocurrido, se solucionará —murmura cerca de mi pelo. Asiento con la cabeza, aunque no las tengo todas conmigo. Me suelta y me observa—: De verdad. Te lo prometo. —Me alcanza una caja de pañuelos de papel que hay en su lado de la mesa—. Vamos a comernos esta suculenta comida y después hornearemos galletas. También podemos…

«Galletas». Me tapo la cara con una mano tratando de ocultar el desastre lloriqueante en que me transformo cada vez que pienso en Cooper.

—Ellis —dice Fern mientras me acaricia la espalda—. Me estás asustando. Cuéntame qué sucede.

Me sueno la nariz y respiro hondo unas cuantas veces mientras mi amiga espera paciente y me mira preocupada.

Le cuento entre sollozos un resumen del desastre que ocurrió entre Cooper, Jake y yo. Le cuento, a lágrima viva, lo de la pelea con Cooper y que ha roto conmigo. Le cuento lo de que mi madre va a comprar una casa y todas las cosas horribles que le dije. Y luego le cuento lo de mi padre, sobre cómo me ha ignorado y me ha tratado como si no existiera estos dos últimos meses, sobre su aventura, sobre cómo le pidió a mi madre que renunciara a una buena parte de lo que era.

Fern se reclina en el sofá y niega con la cabeza.

—Son muchas cosas, Ellis. Lamento de corazón que estés pasando por todo esto a la vez. —Acompaño mi sollozo con un hipido. Fern me tiende la mano y me da un apretón cariñoso—. Si he de serte sincera, tu padre es un gilipollas, y esto no es nuevo. —Me la quedo mirando, sorprendida. Mi padre y Fern siempre se han llevado muy

bien—. Nunca te lo había dicho porque lo adorabas, pero desde el principio tuve la sensación de que no era trigo limpio. Creo que lo que ha sucedido es que finalmente te has dado cuenta de cómo te manipulaba.

Termino la caja de pañuelos y lanzo un suspiro.

—Vale, lo acepto, aunque ya es demasiado tarde. Lo he echado todo a perder y todo el mundo me odia.

Fern levanta la pierna y se gira para poder mirarme de frente.

—Puede que ahora te parezca todo negativo, pero nunca te has encontrado en una situación de la que no pudieras salir. Así que, sin tener en cuenta los sueños de los demás dime, Ellis: ¿tú qué es lo que quieres?

—Yo…

¿Cómo voy a responder a esa pregunta? Ya no tengo ni idea de nada.

—Piénsalo —dice Fern mientras desenvuelve la comida y me pasa los cubiertos de plástico—. Imagínate que pudieras vivir tu vida como tú la deseas, ¿cómo sería? ¿Estarías aquí, en la ciudad? ¿O estarías en ese pueblecito?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Ni siquiera sé si aquí queda algo para mí.

—Bueno, estoy yo, cariño. Pero pongámoslo de esta manera: en esa vida ideal, ¿estaría Cooper?

Asiento sin dudarlo.

—Al cien por cien.

Fern me pasa algo parecido a un *walking taco*.

—Entonces tenemos que ver cómo arreglar las cosas con él —dice al tiempo que coge un táper que contiene un burrito gigante—. Sé que todo está muy reciente pero… ¿forma parte tu padre de esa vida ideal? ¿Con el tiempo?

Las lágrimas me escuecen en los ojos al contestar:

—No sé cómo me sentiré dentro de un tiempo. Por ahora la respuesta es no.

—Una cosa menos que hacer. Aunque debo recordarte que sin tu padre quizá no tengas la posibilidad de elegir entre la ciudad o Bramble Falls, a no ser que tu madre te deje mudarte conmigo.

—Eso no va a ocurrir.

Fern niega con la cabeza.

—No te va a dejar. Por lo menos hasta el año que viene. Así que vas a tener que decidir si merece la pena arreglar las cosas con tu padre para poder estar aquí. —Fijo la vista en el suelo. Ni siquiera puedo imaginarme hablar con él de nuevo—. Decidas lo que decidas, lo más seguro es que tengas que arreglar las cosas con tu madre, ¿no crees?

—Sin duda —respondo—. He metido la pata hasta el fondo con ella.

—Vale, pues por lo que parece el plan es volver a Connecticut y arreglar las cosas con los de allí. Después, cuando haya pasado un tiempo, puedes decidir qué hacer con tu padre y con Nueva York.

Tiene razón. Es lo único que puedo hacer en este momento. No puedo preocuparme por Columbia, por Nueva York, por Street Media ni por mi futuro si antes no arreglo las cosas en Bramble Falls.

—¿Qué vas a hacer el resto de la tarde? —me pregunta.

Había planeado quedarme aquí. Pensé que comeríamos algo, que lloraría hasta que no me quedaran lágrimas y que pondríamos una peli. Pero ahora que veo con claridad lo que debo hacer, la idea de perder el tiempo regodeándome en la miseria me pone de los nervios.

—Me vuelvo a Bramble Falls. Tengo cosas que hacer.

—¿Estás segura? Puedes quedarte aquí si quieres.

Le da un mordisco a su burrito.

El corazón se me pone calentito al escucharla y le sonrío. Dios, qué agradecida estoy de tenerla, de saber que siempre me cubrirá las espaldas, igual que yo haré yo con ella. Incluso si paso un tiempo sin mi padre, Fern es uno de los motivos por los que mi hogar está en Nueva York. Sigo teniendo un vínculo que me mantiene conectada a la ciudad y que me ayudará levantarme de nuevo cuando llegue el momento. Pero por ahora necesito ir hacia el norte.

—Ya lo sé —contesto—. Pero prefiero marcharme. Gracias por todo. —Levanto mi *walking taco*—. Sobre todo por la comida. Es perfecta para mi viaje de vuelta al redil.

—Tiene sentido. Llámame para contarme cómo ha ido todo.

Nos despedimos con un abrazo y, mientras la ciudad se sume en la noche, me subo a un autobús con destino a Connecticut, dispuesta a abandonar mi antigua vida y deseando con todas mis fuerzas llegar antes de que acabe el Baile de la Calabaza.



A mi llegada, el pueblo está tranquilo. No quedan parejas rezagadas con disfraces, ni elementos decorativos sin recoger, ni música ni pista de baile portátil en la plaza.

Es demasiado tarde para presentarme en casa de Cooper, pero tampoco es que pueda hacer nada hasta que hable con él. Necesito arreglar las cosas, así que, pese a lo intempestivo de la hora, me dirijo a su casa.

La luz de su cuarto está apagada, pero la televisión no.

Yo: ¿Estás despierto?

Espero su respuesta, pero deja el mensaje en «visto». Vale.

Yo: Sal afuera.

Unos segundos más tarde, aparece en la ventana. Al principio parece sorprendido de verme, pero después le cambia la cara y parece molesto.

Cooper Otoño: Márchate.

—¡No me voy a marchar, Cooper. Sal aquí fuera! —chillo sin importarme que se despierte la manzana entera.

Pone los ojos en blanco y se aparta de la ventana. Al cabo de unos segundos, nos encontramos en la puerta de su casa.

—Hola —saludo en voz baja.

—¿Qué quieres?

—Hablar.

—No tengo anda que decirte.

—Entonces escucha.

Se cruza de brazos para marcar las distancias.

—Tampoco tengo ganas de escucharte.

—Por favor, Coop. Siento muchísimo haberte dejado colgado y haberme perdido el Baile de la Calabaza. Siento muchísimo no haberme quedado. Fue un error.

—No fue nada que no me esperase.

Siento una punzada en el corazón.

—No digas eso, por favor.

—¿Y qué quieres que diga? Llevo todo el día dándole vueltas a todo lo que podía haber hecho de otra manera, Ellis, y lo único que se me ocurre es que no debería haberte hablado. No debería haberte dejado entrar en mi vida de nuevo. —Tiene la mirada vacía,

igual que yo me siento en este instante—. Ya sabes lo que dice el refrán: «La primera impresión es la que cuenta».

—Pero he vuelto —digo con un hilo de voz.

—Y qué más da eso —grita—. No me puedo fiar de que te quedes, en vista de que te gusta tanto marcharte. No te preocupas por nadie ni por nada si no te resultan útiles para acercarte a tus objetivos. ¿Y sabes qué es lo peor? Estás tan centrada en lo que hay al final de ese camino que te han marcado que ni siquiera te preocupas de la gente que está a tu lado. En lugar de eso, nos pisoteas y nos tratas como si fuéramos una piedra en el camino. Como si fuéramos un inconveniente o un obstáculo que tuvieras que salvar para alcanzar el sueño de tu padre. Porque, seamos claros, trabajar en esa empresa no es tu sueño, Ellis. Todo aquel que te conoce lo sabe. Pero no importa, porque a pesar de que en el fondo tú también lo sabes, te niegas a aceptarlo, a seguir tu propio camino. —Sacude la cabeza, con la vista fija en las hojas que hay esparcidas por el suelo —. No me interesa ser uno más en tu vida, al que trates como si fuera un alto en el camino. Alguien que no importa.

El peso de sus palabras me cala hondo. Me siento hundida en la miseria, porque no se equivoca.

Me acerco a él con la barbilla temblorosa.

—Lo siento mucho. Quiero…

—No me importa lo que quieras. Y no me importan tus disculpas huecas. Ya he entendido que preferirías no estar aquí, por eso te enfadaste cuando tu madre compró una casa. Pero no pienso estar con nadie que se larga de aquí a la primera de cambio sin plantearse cómo eso afecta a los demás. —Se encoge de hombros, como si se diera por vencido, como si ya no supiera qué decirme—. Solo te preocupas por ti misma, pero ya no me importa. No pienso cometer el mismo error. Así que déjame en paz.

Da media vuelta y se dispone a entrar de nuevo en su casa. No me molesto en detenerlo. ¿Para qué iba a hacerlo? Siempre he querido ser como mi padre, y finalmente lo he conseguido.

No me merezco a Cooper Barnett.

Capítulo treinta y seis



Lloro un buen rato en el cenador de Bramble Falls antes de entrar a hurtadillas en casa de tía Naomi. Está todo oscuro. Cierro la puerta con cuidado tras de mí y percibo un movimiento proveniente del sillón: mi madre acaba de levantarse de un salto.

—¡Estaba tan preocupada…! —exclama—. Tu padre me ha dicho que no sabía dónde estabas; Fern me contó que te habías marchado hacía cinco horas y nadie te había visto por aquí. No puedes hacer estas cosas, Ellis.

—Lo siento. —No se me ocurre qué otra cosa decir. Ya no me quedan fuerzas.

Mi madre se relaja y suaviza la mirada.

—Tu padre me ha dicho que te has enterado…

—Sí, pero ahora no puedo hablar de eso. ¿Te importa que hablemos por la mañana?

—Claro, estaré aquí cuando estés lista.

Me voy al desván, me ovillo en la cama y lloro hasta que me quedo dormida, con la cara hundida en la almohada empapada, que

aún conserva el aroma cítrico de Cooper.

A la mañana siguiente, me despierto con Sloane sentada en mi cama y un plato de *pop-tarts* de chocolate. Me lo acerca mientras me incorporo.

—Me he enterado de que hablaste con Cooper anoche —dice—. Pensé que ibas a necesitar chocolate. Solo he encontrado esto.

Le doy un mordisco a la *pop-tart*.

—Es perfecto, gracias.

—¿Cómo estás?

Dejo el plato a mi lado.

—No muy bien. —Asiente con la cabeza para reconfortarme. Yo jugueteo con un hilillo de la colcha—. ¿Estás enfadada conmigo?

—¿Qué? No. Me molestó un poco que hablaras como si este fuera el último lugar de la tierra donde querrías estar, pero, no sé, parece que el problema lo tienes tú. Creo que todo el mundo te ha acogido con los brazos abiertos, así que no creo que nadie aquí pueda hacerte cambiar de idea.

—Yo no odio este sitio. Al contrario. Todo el mundo se ha portado genial conmigo. Tienes razón cuando dices que el problema lo tengo yo. Entré en pánico y me largué a Nueva York. No fue la mejor forma de enfrentarme a ello. Aunque eso no es todo… —Trago saliva mientras me quito el esmalte con las uñas—. He descubierto que mi padre tiene una aventura.

—¡Cómo! —La expresión de Sloane es una mezcla de asombro y furia desatada.

No me sorprendería encontrármela cualquier día deshaciéndose del cuerpo de mi padre en una bañera rebosante de refresco de lima.

—Quise volver en cuanto lo descubrí. No supe apreciar este sitio. Ni a Cooper. A él tampoco me lo tomé en serio.

Se mordisquea el labio y hunde los hombros.

—Cooper no lo está pasando nada bien. Me imagino que ya lo sabes.

—Sí. Lo eché todo a perder.

—Lo que pasó entre los dos es cosa vuestra. No lo olvides cuando la gente empiece a cotillear y a elegir bando.

—Esta semana va a ser una mierda.

—Es un pueblo pequeño, así que me temo que sí. Lo siento. Pero pasará. —Se pone de pie—. He quedado con Cooper para ir a comprar un disfraz de bruja para el desfile. ¿Quieres venir con nosotros? Fue tu brillante idea…

—No, creo que será mejor que me quede aquí revolcándome en la miseria. Aunque gracias por seguir adelante con la idea.

—Claro. Es el papel de mi vida —dice con una sonrisa.

Cuando mi prima se marcha para preparar el desfile de la semana que viene, veo por el rabillo del ojo el vestido a medio hacer que cuelga de los rieles de la cortina. Le doy un último bocado a la *pop-tart*, aparto la manta, saco la caja de camisas de cuadros y empiezo a coser, porque eso es lo único que puede aportarme un poquito de felicidad entre tanto sufrimiento.



Paso el resto de la semana escondida en mi habitación o en la escuela. Los rumores de que lo he echado todo a perder se esparcen por el pueblo con rapidez. No puedo ir a por un café o caminar por la acera sin que la gente me mire como si hubiera arruinado su bien más preciado.

Porque eso es lo que he hecho. Por segunda vez.

Solo que en este caso no me faltaba información: sabía cómo se

sentía Cooper y sabía que le daba miedo que volviera a abandonarlo. Y esta vez me suplicó que no me marchara. Quería que resolviéramos lo que estaba pasando entre los dos. Y, aun así, me marché. Le hice daño. No culpo a nadie por odiarme…

En la entrada en forma de U del instituto es imposible evitar a Cooper, pero mantengo la vista fija en el suelo. En clase, procuro darle espacio y no mirar en su dirección, aunque soy consciente de que se ha cambiado de sitio, en la fila del fondo, con Chloe, donde se solía sentarse cuando trataba de evitarme.

No me arreglo el pelo ni me maquillo. No duermo y me cuesta comer. Soy como una canción de desamor con patas, y ni siquiera me importa.

El viernes a la hora de la comida estoy en mi taquilla cogiendo los libros para llevármelos a la biblioteca cuando Jake se detiene a mi lado y se apoya en la taquilla contigua a la mía.

—Hola —dice.

No hemos intercambiado una palabra esta semana, y a estas alturas ya no sé qué decirle a nadie. Si la gente siente que debe elegir un bando, sé que optará por el de Cooper. No querría que Jake se sintiera raro o culpable por ello.

—Tienes una pinta horrible.

Enarco una ceja, sorprendida.

—Es cierto, pero eso no quita para que sea desagradable decirme algo así.

—Perdón. Lo único que quiero decir es que estás fatal. Cooper también. ¿No podrías estar fatal juntos?

—No. —Cierro la taquilla—. A él le encantaría estar hecho una mierda tan lejos de mí como fuera posible.

—Se está portando como un idiota.

—No es cierto. No debería haberme marchado de esa forma.

—Eso es cierto, pero estabas enfadada.

—Le hice daño.

—Vale, pero ahora estás aquí. Y por lo que he oído, parece que vas a quedarte.

¿Es eso cierto? Todavía no me he decidido. Por el momento me centro en sobrevivir mientras mi mundo se desmorona.

—Qué más da. Me odia.

Jake suspira, exasperado.

—Él te quiere, Ellis. Lleva enamorado de ti desde los catorce.

Me entran ganas de llorar al punto. Debería haberle dicho que lo quería en el mismo instante en que lo sentí. En lugar de eso, lo he echado todo a perder.

No sé cómo responder, ni siquiera sabría qué decir, porque, de intentarlo, me echaría a llorar ahí mismo, en el pasillo del instituto de Bramble Falls. Jake debe de habérmelo notado, porque me abraza.

—Lo superaréis —me dice con voz serena.

Asiento, aunque sé que esa posibilidad ya se ha esfumado.

—Será mejor que te vayas a comer antes de que te vean confraternizar con la persona más odiada del pueblo.

—A la mierda. Me voy a la biblioteca contigo.

—¿Por…?

Se encoge de hombros.

—Porque eres mi amiga. —Sus palabras logran que se me escape una lagrimita. Me la limpio con rapidez.

—Deja de hacerme llorar, idiota.

Jake se echa a reír.

—Perdón. —Me coge los libros y me los lleva hasta la biblioteca—. Por otro lado, si la cosa no funciona con Cooper, estás de suerte, porque todavía no me han echado el lazo. Tal vez te dé una segunda

oportunidad…

Por primera vez en toda la semana, se me escapa una carcajada.

Entrelazo mi brazo con el suyo.

—Demasiado pronto, Jakey. Demasiado pronto.

Capítulo treinta y siete



Cuando vuelvo del instituto, la casa de tía Naomi está sumida en el caos. De la cocina salen unas voces estresadas que pugnan por imponer su criterio a gritos en relación con algún tema del presupuesto. Echo un vistazo a través de la puerta y reconozco a unos cuantos miembros (incluida la madre de Cooper) del Comité de Turismo. Si están todos aquí en lugar de en el ayuntamiento, deber de ser porque se trata de una reunión de emergencia.

Por suerte, nadie se percata de mi presencia, así que me escabullo al desván. La música clásica inunda el pasillo cuando paso por la puerta del dormitorio de mi madre. No creo que nunca llegue a estar preparada para afrontar la conversación que tenemos pendiente, pero si sigo posponiéndola, jamás recuperaré lo que teníamos la semana pasada. Si quiero arreglar las cosas con ella, tenemos que hablar.

Llamo con los nudillos, pero no me oye, así que entro en el dormitorio de mi madre, y la encuentro sentada en su lugar favorito, frente a la ventana, tarareando. Un lienzo gigantesco captura una

fría noche de otoño en Bramble Falls. Una de las calles está cubierta por un dosel arbóreo de hojas rojas y amarillas, e iluminada por unas farolas negras que perfilan la acera. La luz se refleja en la calle húmeda resaltando a una pareja que pasea. La chica rodea al chico con su brazo. Son diminutos, meras formas, pero el pelo de la chica es del mismo color que el mío, y un trazo marrón me recuerda el modo en que le cae el pelo a Cooper por encima de la oreja. De repente siento un gran peso en el pecho.

—Es precioso —digo, tragándome un sollozo que pugna por escapar.

Mi madre se lleva un buen susto, y se vuelve hacia mí como un rayo.

—No sabía que estabas ahí.

—He llamado a la puerta, pero tiendes a desconectar del mundo cuando pintas, así que…

Deja el pincel y se acomoda en la silla.

—¿Cómo estás?

Me encojo de hombros y me siento en la cama.

—Supongo que bien. Básicamente es todo una mierda, pero poco a poco lo voy aceptando. —Hago una pausa para pensar cómo sacaré a relucir el tema. Y finalmente digo—: Siento mucho haberme puesto del lado de papá de una forma tan injusta.

—Yo nunca te lo he tenido en cuenta. Pusimos tu mundo patas arriba.

—¿Por qué no me contaste lo de la aventura?

Mi madre suspira.

—Tu padre siempre ha sido un héroe para ti. No quería romperte el corazón.

—¿Y no creías que acabaría averiguándolo?

—¿La verdad? Esperaba que no lo hicieras —me confiesa, mirando

al suelo.

Me la quedo mirando unos instantes mientras reflexiono sobre lo generosa que ha sido al tratar de protegerme de algo que le estaba causando tanto dolor, y encima mientras yo no dejaba de echarle la culpa a ella. Después de saberlo todo sobre mi padre, le debo más que una disculpa por haberlo protegido cuando tendría que haber sido yo quien la protegiera a ella.

—Mamá —le digo con un hilo de voz. Ella alza la mirada—. Siento mucho haber actuado como si tú nunca hubieras tenido ninguna ambición. Y también lamento haber hecho esos comentarios tan bordes acerca de que no tuvieras trabajo. No lo decía en serio.

Se inclina hacia mí y me coge la mano.

—Mira, necesito que entiendas algo. Sé que renuncié a mi carrera, pero…

—No hay disculpa posible. Nunca tendría que haber dicho lo que dije. No me debes ninguna explicación ni tienes que justificarte.

—Déjame hablar, Ellis. —Asiento y guardo silencio—. Que renunciara a mi carrera no significa que criarte no lo haya sido todo para mí. Me proporcionó un objetivo cuando se esfumaron mis sueños de ser pintora. Y si he de serte sincera, fue bastante duro.

»Ser madre significa tener que tomar cientos de decisiones a diario. Preocuparte todo el tiempo por si estás haciendo lo correcto, culparte por todo, ponerte triste cuando tu hija está triste y preocuparte por su futuro. Es una experiencia muy gratificante, no me malinterpretes, pero también resulta agotadora. Y tu padre nunca movió un dedo. Nunca estaba ahí para compartir esto conmigo, para celebrar o para consolarnos, para debatir lo que debíamos hacer cuando Libby Pricket empezó a difundir rumores sobre ti, o cuando decidiste que querías teñirte el pelo de rojo. No había nadie a mi lado a quien sonreírle cuando ganaste tu primer

concurso de deletrear o, un poco más tarde, tu primer debate. Nunca estuvo ahí, y yo lo acepté.

»Pero cuando me enteré de que estaba teniendo una aventura, simplemente… No pude continuar. Necesitaba tiempo para procesarlo, ¿entiendes? Te juro que mi intención era volver. Las dos íbamos a volver. Pero estando aquí… —niega con la cabeza— me di cuenta de lo mucho que tu padre me había arrebatado. Me fue robando piezas, poco a poco, hasta que dejé de reconocerme a mí misma. Hasta que empecé a vivir la vida que él quiso para mí en lugar de la que yo quería: una vida llena de arte y belleza y diversión. Y presencié cómo hacía lo mismo contigo, aunque no supe cómo cambiarlo ni detenerlo. Estabas tan empeñada en que se sintiera orgulloso de ti, en reclamar la atención que nos había negado mientras crecías, en hacer realidad los sueños que él tenía para ti y así hacerlo feliz…

»Cuando vinimos aquí vi cómo te transformabas en ti misma, en lugar de en su reflejo, y dejaste de ser su sombra. Me he pasado los últimos dos meses tratando de averiguar qué hacer, porque, si bien es posible que tú no te dieras cuenta, nunca te había visto tan feliz. Y todos esos diseños que has creado aquí, la confianza que te ha dado hacerlos, la forma en que te has dejado llevar por la pasión… Ha sido muy inspirador.

—Tú también me has inspirado a mí con tus cuadros. —Le cuento entre sollozos—. Siento tanto que te hayas diluido a lo largo de estos años… Ojalá hubiera sabido que esto formaba parte de quién eras.

—Es cierto que me perdí a mí misma, pero siempre te tuve a ti, así que mereció la pena —me dice, apretándome la mano—. Comprar una casa aquí fue otra de esas decisiones increíblemente complicadas que debes tomar cuando tienes hijos, y que he tenido que asumir yo sola. Tomé esta decisión pensando en las dos.

Entiendo que sigas enfadada. He hablado con tu padre y me ha dicho que puedes mudarte con él si lo deseas. Y ni que decir tiene que lo que quieras hacer con tu futuro es decisión tuya. Te apoyaré en lo que decidas. Lo único que quiero es que no te arrepientas.

Debería suspirar aliviada, porque me está ofreciendo todo lo que he querido desde que me senté con ellos en el salón y me contaron que me iba de la ciudad. Pero las cosas han cambiado. Yo he cambiado.

—Antes de que nos mudáramos aquí tenía muy claro lo que quería. No tenía la menor duda.

Mi madre asiente con la cabeza.

—Lo sé, pero la vida es así: impredecible. Puede ocurrir cualquier cosa en cualquier momento. Por eso deberías vivir tu vida de la forma que te haga más feliz. Que te ilumine por dentro. La verdad, siempre he tenido la sensación de que el periodismo convertía tus tonalidades azules en grises.

—Eso solo se le puede ocurrir a una artista.

Sonríe.

—Tu vida solo puedes vivirla tú, Ellis. Tu padre es el protagonista de la suya. ¿Por qué no te conviertes en la protagonista de tu historia en vez de conformarte con desempeñar un papel secundario en la suya?

—¿Y qué pasa si fracaso?

—¿Y si no fracasas? ¿Y si dejas huella en el mundo? Crecer da miedo, pero está lleno de oportunidades. No puedes centrarte solo en lo que puede salir mal.

Tiene razón. La idea de dedicarme a la moda me da miedo, pero… Tal vez no debería alejarme de lo que me hace feliz, de la misma forma que no debería haber intentado que mi madre volviera a una vida que no la hacía feliz.

—¿En qué estás pensando? —pregunta.

Seguro que se me nota en la cara cómo me siento: emocionada y a la vez muerta de miedo.

—No sé. Pienso en que estudiar moda es arriesgado, pero también emocionante.

—A veces merece la pena arriesgarse. —Se me hace un nudo en el estómago. Cooper dijo algo parecido sobre mí en el laberinto: «Eres un riesgo que estoy dispuesto a correr»—. Guau, no sé qué acaba de pasar, pero tienes la cara descompuesta.

—Nada, estoy bien.

Mi madre frunce el entrecejo.

—No hagas eso, vamos. No pasa nada por sentirte como te sientes. No hace falta que estés bien. Voy a arriesgarme, y diré que tiene que ver con Cooper.

Mantengo la vista fija en el suelo mientras ella se recuesta en la silla.

—No te equivocas. Me dijo que tenía miedo de que me marchara, pero que iba a arriesgarse. Le he hecho daño y ahora me odia.

—No te odia, mi vida. Solo necesita que le demuestres que te importa tanto como le importas tú a él. Que tú también te arriesgarás por él.

—¿Y cómo hago eso?

—No puedo responder por ti. Ojalá pudiera. Pero ya se te ocurrirá algo. Puede que te lleve un tiempo, pero, por suerte, no parece que él se vaya a ir a ninguna parte.

—Supongo que no.

Mi madre se pone de pie.

—Voy a limpiar los pinceles y le echaré una mano a Naomi si te parece bien.

—Sí, tranquila. ¿Qué está sucediendo ahí abajo?

—Es una reunión sobre el presupuesto. No han recaudado tanto dinero como esperaban con el festival.

—¿Y cómo afecta eso a tía Naomi?

—Bueno, creo que va a tener que ponerse algo creativa para financiar el festival del año que viene, pero ya la conoces. Siempre cae de pie. —Y añade con una sonrisa—: Igual que tú.

Salgo de la habitación tras ella. Antes de enfilar las escaleras se da la vuelta y me dice:

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Claro. Yo también te quiero.

Me da un abrazo y baja las escaleras en dirección al griterío de la cocina. Yo subo al desván, pensando en lo que me ha dicho. Cooper necesita saber que me preocupo por él, que lo tengo en cuenta y que estoy arrepentida.

Al llegar al último escalón, fijo la vista en la máquina de coser, y a continuación en el alocado disfraz de galleta de Cooper, que acabé hace un par de noches. Se me ocurre una idea, y al instante se fragua un plan (potencialmente ridículo) en mi cerebro. Saco el teléfono del bolsillo y le envío un mensaje a Fern.

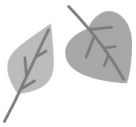
Yo: ¿Qué posibilidades hay de que puedas acudir al Festival de la Caída de la Hoja de Bramble Falls mañana?

Me siento frente a la máquina de coser, pero, antes de comenzar, mando otro mensaje, esta vez a Sloane:

Vuelve rápido a casa. Te necesito (y no, no hay cadáver).

Si esto sale bien, tal vez pueda recuperar lo que he perdido.

Capítulo treinta y ocho



Después de pasarme toda la noche en vela, quedo con Sloane en el instituto junto con el resto de las personas que van a participar en el desfile.

—La gente se te queda mirando —me dice sonriente mientras me acerco a ella andando como un pato. Contempla mi atuendo de arriba abajo: se compone de un círculo enorme de color naranja chillón recubierto de una tela plegada y cosida que imita la textura de las oreo, y con brazos y piernas de elastano naranja. Voy disfrazada de la galleta favorita de Cooper: la de crema de oreo.

—Ya me doy cuenta —digo, ruborizada. De entre el gentío, se oye la voz de tía Naomi avisando de que quedan diez minutos.

—¿Dónde está? Esto está a punto de empezar.

—Dijo que nos veríamos aquí temprano para poder ponerse el disfraz de galleta —comenta mientras busca su furgoneta por el aparcamiento—. Llega tarde, pero seguro que aparece en cualquier momento. No se lo perdería por nada del mundo. —Se le despega un poco la nariz postiza verde de bruja cuando sonríe—. Todavía no

me puedo creer que estés haciendo esto.

Me río.

—Yo tampoco, la verdad.

—Seguro que merece la pena.

—Eso espero.

Sloane me da un abrazo.

—En el peor de los casos, acabaremos el día comiendo *pop-tarts* de chocolate y viendo *Prácticamente magia* por quincuagésima vez.

Le devuelvo el abrazo.

—Gracias. Por todo.

—Tú harías lo mismo por mí —responde.

Me emociona oírle decir eso. Significa tanto para mí que lo sepa… No sé si era cierto cuando llegué al pueblo, pero este lugar y su gente se han vuelto importantes para mí. Haría lo que fuera por ellos. Y espero que Cooper sea capaz de verlo hoy.

Al cabo de unos minutos llega Cooper con su furgoneta y aparca en el espacio reservado, granjeándose las miradas de todos. La gente rodea la furgoneta, la señala y sonríe al observar la peculiar decoración que tanto trabajo nos dio. Cooper se baja de la furgoneta con el pelo aún húmedo de la ducha. Viste unos pantalones de chándal grises y la sudadera del instituto.

«Está guapísimo».

—Llegó la hora —dice Sloane con voz aguda—. Tú puedes.

De repente me empiezan a sudar las manos y el corazón me late a mil por hora. Tengo que forzarme a poner un pie delante del otro para acercarme a él.

Se sube en la carroza y busca entre la multitud, supongo que a Sloane, que era quien tenía que traerle el disfraz. Cuando me ve, se queda paralizado. Si no estuviera bamboleándome con su disfraz puesto, estoy segura de que saldría pitando de allí para evitarme.

Pero en lugar de huir, se me queda mirando con una expresión entre molesta y divertida.

Cuando por fin llego hasta él, me mira y suspira.

—¿Qué estás haciendo, Ellis?

—Esperaba que me concedieras tres minutos de tu tiempo. Tengo una cosa que decirte. Después te prometo que te dejaré en paz, si es lo que quieres.

—No queda nada que decir —declara evitando mirarme a los ojos —. ¿Por qué no lo entiendes?

—Por favor, Coop.

Estoy a un paso de ponerme de rodillas y suplicarle, aunque espero que no sea necesario.

Duda, pero al final accede:

—Vale. Tienes dos minutos.

—¿Te importa bajar aquí? —le pido. Se me queda mirando con la mandíbula tensa, inmóvil.

Vale.

Respiro hondo, tratando de mantener a raya los nervios, que se me han concentrado en la boca del estómago.

—Tenías razón en todo lo que dijiste sobre mí. Me he pasado la vida sin saber quién era de verdad. En lugar de eso, he sido la persona que pensaba que debería ser, esforzándome por alcanzar un sueño que ni siquiera me pertenecía a mí. Me he portado muy mal con la gente que me ha ayudado desde el principio y nunca me he comprometido con nadie ni con ningún plan que pudiera echar al traste mi objetivo. Hasta que llegué aquí.

»Una vez me dijiste que había que perseguir lo que se anhelaba. Me llevó demasiado tiempo darme cuenta de que yo no lo estaba haciendo. Porque lo que realmente quiero es estudiar Diseño de Moda, no Periodismo. Quiero quedarme en Bramble Falls hasta que

me vaya a la universidad. Y quiero estar contigo, la persona más considerada y más salvajemente leal que he conocido nunca. Sueñas a lo grande. Te enfrentas a tus miedos y te arriesgas aunque puedas fracasar, incluso a riesgo de acabar con el corazón roto. Tú me inspiras para ser mejor persona y más valiente. No dejaría de perseguirte nunca si eso significara que podrías llegar a perdonarme por haberme marchado, por arruinar lo que teníamos.

»Lo he echado todo a perder y sé que debo asumir las consecuencias. Aunque tengo la esperanza de que eso no signifique que te he perdido para siempre. Si es demasiado tarde, si es lo que quieres, dejaré de intentarlo. Pero no creo que el Cooper de catorce años se equivocara con nosotros. Espero que no renuncies a mí. Todavía no.

Cooper se ha quedado mudo. Cuando se dispone a hablar, de repente me acuerdo de que llevo algo en la mano.

—Espera. Solo una cosa más. Perdón. Te prometo que después de esto ya termino. Te he hecho una cosa. Doy un paso hacia él y se lo entrego.

Lo coge y lo sacude para desplegar la tela y ver su regalo.

—Un delantal nuevo.

Asiento con la cabeza.

—Un delantal nuevo con el logo de la empresa. —Me mira primero a mí, y a continuación el logo de Cooper's Cookie Co—. No sé cómo vas a llamar a tu empresa, pero pensé…

Me interrumpe el graznido metálico del altavoz. Los dos nos asustamos, y nos giramos al mismo tiempo hacia el lugar de donde procede el sonido.

—Atentos, todos. Queda un minuto para el comienzo —anuncia tía Naomi.

—Fui muy duro contigo —admite Cooper ignorando el aviso de mi

tía.

—Todo lo que dijiste era cierto.

—El caso es que… —Se muerde el labio—. No creo que seas egoísta ni que solo pienses en ti. Has participado en un montón de actividades del festival de tu tía este otoño; has dejado que Jake copie de tus exámenes durante estos dos meses para que no suspenda por vago; me ayudaste con la carroza y, ahora, esto —dice mostrándome el delantal—. Estaba dolido y no quería decir lo que dije. Lo siento.

Niego con la cabeza.

—No tienes que disculparte por nada, Coop. Y si me vuelves a pedir perdón, te tiraré de la carroza en cuanto nos pongamos en marcha.

Sonríe mientras se escucha la voz cantarina de tía Naomi dando el último aviso: últimos segundos. De pronto frunce el ceño.

—Espera. ¿Qué quieres decir con lo de ponernos en marcha?

—Bueno, si me aceptas. Por algo llevo este traje…

Se fija en el disfraz que llevo puesto.

—Tienes una pinta ridícula.

—Lo sé. —Me río mirando de soslayo a Sloane, que está ocupando el asiento del conductor.

—Dijiste que no te lo pondrías para el desfile porque te daba vergüenza —me recuerda Cooper.

—Me da vergüenza —reconozco—. Pero merece la pena hacerlo por ti.

Los ojos ambarinos de Cooper reflejan una tormenta de pensamientos y emociones indescifrables. Por fin dice:

—No quiero que sigas persiguiéndome.

Me quedo allí plantada, aturdida. Se me acaba de romper el corazón en mil pedazos, aunque vine preparada por si ocurría lo que

creo que está sucediendo.

—Vale, lo entiendo —respondo pestañeando con rapidez para no llorar. Porque, aunque mi madre tenga razón y no pase nada por sentirme como me siento, me niego a llorar delante de la mitad del pueblo, ataviada con un ridículo disfraz de galleta naranja—. Ya te dejo en paz. Buena suerte con el desfile.

La furgoneta se pone en marcha. Sloane asoma la cabeza por la ventanilla y me grita:

—¡Lo siento, Ellis. Mi madre me matará si retraso el desfile!

Asiento con la cabeza mientras y retrocedo un paso. Doy media vuelta, dispuesta a marcharme, porque Cooper tenía razón, no queda nada que decir. No hay nada que pueda hacer.

Pero al cabo de unos segundos alguien rodea mi cintura con el brazo. Me giro como un rayo: es Cooper.

Miro la carroza que avanza poco a poco por la avenida del Roble y abro los ojos como platos.

—El desfile avanza sin ti. ¿Qué estás haciendo?

Los labios de Cooper se estrellan contra los míos y de repente ya nada importa: ni el desfile, ni el hecho de que lleve puesto un disfraz disparatado ni los gritos de las carrozas que nos adelantan. El tiempo se ha detenido. La tierra se mueve bajo nuestros pies. Se me cierra la boca del estómago y se me derrite el corazón.

Se separa un poco, y apoya su frente en la mía.

—Lo que trataba de decirte es que no quiero que me persigas, porque no quiero seguir corriendo. Lo que quiero es estar contigo.

—¿En serio? —inquiero esbozando una sonrisa incrédula.

—Siempre.

Vuelvo a besarlo pese a que no puedo dejar de sonreír.

Me aparta nuevamente y le cojo el delantal de la mano. Se lo paso por la cabeza y me responde enarcando una ceja.

—Ve a la carroza y ponte esto —le digo—. Te dará publicidad. Además, se te ve más profesional si repartes las galletas con el delantal puesto, sobre todo si cubre ese chándal que llevas.

—En mi defensa, he de decir que no esperaba que me robaran el disfraz.

Me encojo de hombros.

—Me alegro de que haya sido así. Te queda muy bien el chándal.

Me dedica una de sus sonrisas con hoyuelo incluido, y vuelve a atraerme hacia sí para darme otro beso antes de darse la vuelta y ponerse de rodillas.

—¿Qué haces?

—Tenemos que alcanzar la carroza y repartir las galletas —dice—. Súbete.

Me subo a su espalda entre risas. Procuro acomodarme lo mejor que puedo para no estropear el disfraz, me sujeta de las piernas y echa a correr hacia la furgoneta.



Una hora después, con el desfile ya finalizado, nos encontramos en la plaza sin los disfraces.

—¿Lista para ver el festival? —me pregunta Cooper, que aparece por detrás y me coge de la cintura.

Mientras yo trabajaba sin descanso toda la noche en el delantal de Cooper, decenas de voluntarios transformaban la plaza en un paraíso otoñal. Hay calabazas por todas partes, y han montado un zoológico de mascotas junto al cenador decorado con guirnaldas de hojas. Hay un DJ en uno de los extremos del césped que acepta peticiones. Hay multitud de puestos que venden sudaderas, bufandas y calcetines del Festival de la Caída de la Hoja; sidra dulce, café y pasteles. En el

césped y por toda la acera hay actividades y juegos, como Atrapa la manzana y Pintacaras.

Es precioso, pero lo mejor de todo es la gente. No sé si voy a poder superar lo mucho que he llegado a querer a esta pequeña comunidad.

—Vale, pero primero tengo que encontrar a Fern.

Cooper señala hacia donde se encuentra; está sentada con Jake en una mesa de pícnic, en una calle cortada, y nos acercamos hasta allí.

—¿A qué ha venido? —me pregunta.

Va a grabar un vídeo del Festival de la Caída de la Hoja.

—¿Por…?

—Porque el turismo da dinero y los vídeos de Fern siempre se hacen virales. Acaba de calificar Bramble Falls como destino de obligada visita. —Me vuelvo y lo miro a los ojos—. Por eso le pedí que hiciera un vídeo sobre tus galletas.

—¿Qué has dicho?

—No lo ha grabado por hacerme un favor —me apresuro a dejárselo claro—. Te juro que desde que vino a verme, Fern no ha dejado de hablar de la galleta de limón que le diste. Así, cuando estés dispuesto a venderlas fuera del Gato Cafeinado, la gente conocerá tu nombre. Ya verás cuando abras tu propia pastelería.

Me sonríe y se acerca para besarme.

—Dios, cuánto te quiero. —Pero al instante se le borra la sonrisa y da un paso atrás—. Quiero decir…

—Yo también te quiero —lo interrumpo sin darle mayor importancia.

Abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—Siempre.

Me sonríe de nuevo y vuelve a besarme.

—Dejadlo ya, vosotros dos, que me están entrando ganas de vomitar —protesta Fern en tono jocoso mientras se nos acerca.

Cooper me suelta y yo me centro en Fern.

—Gracias, Fernie —le digo, abrazándola con fuerza—. Te debo una.

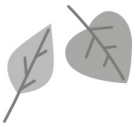
Me da un buen achuchón antes de soltarme, y cuando me mira reconozco un brillo familiar en sus ojos. Mi mejor amiga está en su salsa.

—¡¿Que me debes una, dices?! —exclama—. Debería agradecértelo yo a ti. La gente se está volviendo loca con este contenido. Ya se han hecho virales dos vídeos, y solo llevan colgados desde esta mañana. Voy a exprimirle hasta la última gota a este sitio, empezando por las galletas de Cooper.

Dicho lo cual, se lo lleva del brazo hasta la carroza. Él me mira por encima del hombro y me guiña un ojo, despertando esas molestas mariposas que habitan en mi estómago. Sonrío abiertamente y cierro los ojos, tratando de saborear el momento: la brisa fresca en la piel, las crujientes hojas bajo los pies, el aroma a canela y manzana, el sonido de la risa… De verdad que no recuerdo la última vez que fui tan feliz…

Y mientras Fern hace posar a Cooper para las fotos, yo abro los ojos y disfruto de ese chico guapo de Bramble Falls que me robó poco a poco el corazón durante los días de otoño.

Epílogo



Acción de Gracias en la calle de la Flor de la Manzana no se parece a ninguna celebración a la que haya asistido antes. Está a rebosar de amigos y risas y familia. En el piso de abajo, tía Naomi, mi madre, Amanda y la madre de Asher se gritan las unas a las otras en la cocina. Tía Naomi propuso una partida amistosa de Rummi, pero, por lo que parece, es posible que yo haya heredado el espíritu competitivo de mi madre. Ha perdido las dos últimas partidas y se niega a servir la cena hasta que gane aunque sea una sola.

Así que Cooper, Sloane, Asher y yo estamos en mi habitación a la espera de nuestra ración de puré de patatas frío y maíz, porque tía Naomi no le deja ganar ni una partida.

—No me puedo creer que estéis trabajando en vuestra solicitud de ingreso en la universidad durante las vacaciones —dice Sloane, mientras le lanza una concha roja a Asher en plena partida (esta sí que es amistosa) de Mario Kart—. Teniendo en cuenta el mes que hemos pasado, deberíais estar descansando, como hace la gente normal.

Tía Naomi prolongó el Festival de Otoño otro fin de semana más para capitalizar toda la atención que a Bramble Falls había suscitado gracias a los vídeos Fern, que se habían hecho virales. Tuvimos que ayudarla a organizar la prolongación de las actividades, y después nos presentamos voluntarios para sustituir a aquellos que no pudieron repetir. Me pasé dos días pintando calabazas y fantasmas en las caras de los niños, mientras Asher y Sloane repartían sidra dulce caliente y Cooper trabajaba en su propio puesto de Cooper's Cookies Co.

Todo el esfuerzo que hicimos ese fin de semana mereció la pena, pues el pueblo facturó el doble de lo que se precisaba para financiar el festival del próximo año.

Cooper, que está terminando de escribir algo en su portátil, dice:

—Si vamos a morirnos de hambre, mejor ser productivos mientras nos marchitamos.

—Oh, no. ¡Suenas igual que Ellis! —bromea Asher. Le lanzo un almohadón a la cara, y mi ataque provoca que su Yoshi se caiga por un precipicio—. ¡Vale ya!

—Qué más da. Ibas a perder de todas maneras —dice Sloane justo cuando cruza la línea de meta. Asher le da un golpecito cariñoso y yo intercambio una mirada cómplice con Cooper.

Las últimas semanas han pasado volando. Desde que terminó el festival, he trabajado sin descanso para crear un portfolio digno de enviar al FIT, y aunque todavía queda bastante tiempo para que termine el plazo, estoy contenta con el resultado. Me he percatado de que, tanto con los diseños que creé en primero y segundo curso como con los nuevos de este otoño, estoy contando una historia. El cambio de las camisas Oxford a la tela de cuadros simboliza el cambio en mi familia y en mis cimientos. He estado trabajando en un par de proyectos que sintetizan las dos tendencias, incluido un

vestido largo que empieza siendo una camisa Oxford blanca almidonada y se transforma en franela drapeada desde la mitad del torso hasta los pies.

Incluso creo que es posible que me acepten…

Mi padre ha llamado unas cuantas veces, pero todavía no estoy preparada para hablar con él. La semana pasada me dejó un mensaje de voz donde decía que mi madre le había contado lo de Cooper y que quería conocerlo. Nos propuso quedarnos con él durante las vacaciones de Navidad, pero incluso si Cooper se viene conmigo y con Sloane de turisteo a la ciudad, no me quedaría con mi padre.

Si he de ser sincera, no tengo ni idea de cuándo estaré lista para perdonarlo (o para ver su cara de decepción cuando se entere de que no voy a enviar la solicitud para entrar en Columbia). Por lo visto, me llevará algún tiempo superar eso de querer hacerlo feliz.

—Vale. No puedo más. Ha llegado la hora de asaltar los dados de queso que hay en la nevera —dice Sloane poniéndose de pie—. Y tal vez de hostigar a tu madre con lo de la cena.

—Por mí no te cortes —repongo mientras termino el apartado de la solicitud referente a la experiencia en voluntariado. Incluir el Festival de la Caída de la Hoja me parece hacer trampas. Ayudé, sí, pero creo que yo me beneficié más de esa experiencia que tía Naomi.

—Sí, preferiría no morir en el suelo de la habitación de Ellis —añade Asher.

Sigue a Sloane escaleras abajo y Cooper me lanza una sonrisa, con su espesa melena cayéndole por la frente y su hoyuelo, que me enciende una chispa en la boca del estómago.

—¿Qué? —pregunto.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Le sonrío.

—¿Por…?

Señala mi portátil con la cabeza.

—Es un gran paso.

Me encojo de hombros, aunque tiene razón.

—Supongo que sí lo es.

Se acerca y me besa, lo cual es algo de lo que no creo que vaya a cansarme nunca.

—Vale, vosotros dos, apartaos.

Me separo de Cooper, al girarme veo a Jake de pie en el umbral de la puerta, con un plato tapado.

—¿Qué traes ahí?

—Jamón asado. Mi madre me dijo que si iba a venir aquí por Acción de Gracias debía traer algo.

—Puedes dejarlo en la cocina —le sugiero.

—¡Espera! —chilla Cooper—. Tráelo aquí.

—Vale.

Jake se acerca y se lo pasa a Cooper, que lo deja sobre la cama. Yo le envío un mensaje a Sloane: «Ven rápido».

Cooper destapa el plato y salivamos ante los filetes de jamón asado recién cortados. Sloane y Asher entran corriendo en la habitación con un paquete de dados de queso.

—Acción de Amigos —anuncio.

Nos sentamos todos en la cama y comemos directamente del plato mientras Jake nos cuenta su dramática cena de Acción de Gracias, durante la cual no ha parado de intercambiar mensajes con Fern, y que está casi seguro de que va a sacar su primer sobresaliente. En Física, claro.

Justo antes de que acabemos de dar buena cuenta del jamón asado y del queso, Sloane grita:

—¡Quietos todos!

Nos quedamos congelados, casi con el último bocado en la boca.

—Cada uno de nosotros tiene a dar las gracias por algo —propone —. Recordad que estamos en Acción de Gracias.

—Vale. Empiezo yo —dice Asher—. Doy las gracias por aprobar Lengua Española.

—Amén —contesta Jake. Chocan los dados de queso como si fueran copas——. Yo doy las gracias por mis padres…

—Oooh —exclamo, impresionada por la sinceridad de su agradecimiento.

—No me has dejado terminar —señala Jake—. Doy las gracias por mis padres, porque sus increíbles genes hicieron que fuera tan guapo.

Lo miro con el ceño fruncido y se echa a reír. Cooper pone los ojos en blanco y Sloane parece decir «razón no le falta» con la mirada.

—Vale, ahora voy yo —dice Cooper—. Doy las gracias por estar rodeado de gente que me apoya… y porque Ellis al final recuperó la cordura y se enamoró de mí.

Todos se ríen.

—Lo siento, *bro*, creo que eso precisamente demuestra que perdió la cordura —salta Jake. Le doy un golpecito en el brazo y él se lo frota, como si le hubiera dolido.

—Me toca —anuncia Sloane, que se vuelve y me mira—. Doy las gracias porque mi prima viniera a Bramble Falls, pese a las circunstancias tan poco halagüeñas que la trajeron aquí. —Le sonrío —. De verdad que no sé qué voy a hacer sin ti el año que viene.

—Asher seguirá aquí —le recuerdo.

Apoya la cabeza en su hombro y suspira.

—Supongo. Pero él no arrastra consigo tantos dramas como tú.

—Pues yo creo que eso es algo bueno.

—Sin duda —asegura Asher, mirando a los otros dos chicos. No puedo evitar reírme.

Me giro, observo a mi grupo de amigos y siento un pellizco en el corazón. No sé qué me deparará el futuro, si volveré a sentirme unida a mi padre, si me aceptarán en el FIT o si tendré una carrera exitosa en la moda, pero tampoco me preocupa tanto como antes, porque sé que tengo los mejores amigos con los que podría contar, y que estarán ahí pase lo que pase.

—Supongo que me toca a mí —comento con la voz entrecortada por la emoción que he ido acumulando—. Ante todo tengo que daros las gracias a todos vosotros…

Jake me pasa el pañuelo de papel que ha estado utilizando de servilleta.

—Toma, te gotean los ojos.

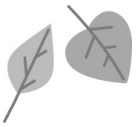
Lo cojo y me río.

—Gracias, Jakey.

Cooper me frota la espalda en círculos, y antes de que nos comamos el último bocado de nuestros aperitivos de Acción de Amigos, apoyo la cabeza en su hombro y digo la frase más sincera y que jamás pensé que diría:

—Y estoy superagradecida de poder llamar tanto a Bramble Falls como a Nueva York mi hogar.

AGRADECIMIENTOS



Para empezar, quiero agradecerle este libro a mi marido, David Wilson. Ni un millón de contratos editoriales importarían si no estuviera él. Cuida de nuestros hijos, me escucha cuando necesito desahogarme o exponerle mis ideas para que me dé su opinión, prepara la cena, soporta mis cambios de humor, me masajea las manos agarrotadas tras pasarme doce horas al día escribiendo el borrador. Siempre está ahí, apoyándome en todo. Es mi mejor amigo, y no compartiría esta experiencia editorial tan sinuosa con nadie más. Gracias, David, por soñar conmigo a lo grande (ansío con todas mis fuerzas ganar nuestros primeros millones y comprar la casa de nuestros sueños); por lo que has sacrificado para que yo tenga tiempo de escribir; por hacerme reír; por abrazarme cuando estoy estresada o cuando lloro; por soportar mi ansiedad, por ser un marido que bien merecería el papel protagonista de un romance (ja, ja); por ser el mejor padre; por entender mi obsesión y adicción al trabajo; y, sobre todo, por prepararme la cena, porque, si no, me moriría.

Gracias a mi agente, Daniel Lazar, y a su ayudante, Torie Doherty-Munro, a quien considero mi segunda agente. Sin ellos este libro nunca habría existido. Jamás os podré agradecer lo suficiente que velarais por mí en el indomable mundo editorial. A lo largo de los años os he mandado ideas y propuestas para todas las edades y para diversos géneros, y siempre las habéis contemplado, aunque no fueran de vuestro interés. No podría pedir mejores defensores, ni a nadie que fuera más comunicativo ni se mostrara más interesado. Gracias, gracias, gracias.

Gracias a mi editora, Kate Prosswimmer. ¡Fíjate lo que hemos creado juntas! Te estoy agradecidísima por haberme dado la oportunidad de crear a Ellis y a Cooper en Bramble Falls. Muchísimas gracias por haberme dado la oportunidad de escribir este libro y por tus ideas, tus puntos de vista, tus comentarios y tu ayuda con la moda (ja, ja. Aunque lo digo en serio…). Ha sido un placer trabajar contigo. Y gracias a Andrenae Jones por tu contribución y por todo lo que haces entre bastidores. De verdad que te lo agradezco.

Muchas gracias a Amber Day por la ilustración tan hermosa de la portada. Has conseguido capturar increíblemente bien a Cooper y a Ellis, y además en tiempo récord; hiciste muy feliz a este corazoncito impaciente.

Gracias a Karen Sheerman, Jen Strada, Tatyana Rosalia y Elizabeth Blake-Linn por dejaros la piel para que este libro sea como es. Sin vosotras no serían más que frases torpes en un documento de Word. Gracias por ayudarme a transformarlo en algo legible y bonito.

Gracias a Jess Burkhart. ¿Dónde estaría yo sin ti? (lo pregunto en serio). Gracias por escuchar mis quejas durante todo el día sobre cualquier cosa; por hacerme reír; por estar ahí cuando lloro (lo cual me pasa muy a menudo); por apoyarme en todas mis aventuras; por hacerme trabajar cuando no tengo ganas; por cotillear conmigo; por

leer cualquier cosa que te mande en estado de pánico y por comentarla con honestidad; por tus consejos; por responder a todas mis preguntas relacionadas con los caballos y con Nueva York. Qué ganas de envejecer contigo en un apartamento en Nueva York (cuando muera David, que no está dispuesto a mudarse allí). Illy, mi mejor amiga.

A Jessica James y a Lynn Painter, gracias por permitirme gritar por privado sobre cualquier cosa, todo el tiempo. Gracias por vuestro apoyo durante todo el proceso de escritura del libro (y fuera de este). Me siento feliz de poder llamaros amigas.

A mi grupo de escritura de Do The Words, que incluye a Erica Davies, Dea Poirier, Isabel Sterling, Vanessa Monalban, Ameinda Berube y Shelly Page. Gracias por vuestros consejos y por escucharme. Habéis sido todas increíbles y me habéis apoyado mientras no dejaba de hablar de las fechas de entrega (cuando trabajaba en tres libros diferentes a la vez) y de mis proyectos futuros. Me proporcionasteis un lugar seguro donde gritar. Os lo agradezco de verdad.

Gracias a Nora y a Fiona, que crecen demasiado rápido. Me hacéis reír cada día y sois lo mejor que hay en mi vida. Gracias por vuestra paciencia, comprensión y amor incondicional. Más os vale no parar nunca de darme abrazos y mimos.

Gracias al resto de mi familia por vuestro apoyo y entusiasmo. (Me refiero sobre todo a vosotras, mamá, Leah y a Marisa; y a papá D por ser el mejor comercial, aunque a veces avergüence a Debi). Un gracias enorme para mi madre, Debi y a Dave por hacer de canguro cuando os necesitaba. Habéis hecho posible que me convirtiera en autora. ♥

Gracias a mi pequeño «club de lectura» (también conocido como «mis amigas», con las que hablo de libros cuando quedamos):

Joanna Cammel, Carolyn Tomello, Tammy Noska y Laney Noska. Gracias por vuestro apoyo todos estos años, por vuestro entusiasmo cuando traigo noticias librescas y por comprar mis libros y hacer que se corra la voz. ¡Sois las mejores!

Gracias a los libreros y educadores. Sois auténticos héroes. Gracias por conseguir que los libros lleguen a manos de los niños. Gracias por darles justo lo que necesitan, cuando lo necesitan. Los libros son puertas a mundos nuevos, experiencias nuevas, perspectivas nuevas, y a menudo vosotros sois la razón por la que descubren lo que hay ahí fuera. Gracias por fomentar el amor por la lectura.

Gracias a los *bloggers*, *instagramers*, *booktokers* e *influencers*. Vuestro apoyo lo significa todo para mí. Nada vende más libros que el boca a boca, y sois vosotros quienes trabajáis en ello. No tenéis ni idea de lo mucho que los autores apreciamos vuestra labor. Muchas gracias por gritar a los cuatro vientos el título de los libros que os encantan.

Gracias a los empleados del café Nervous Dog por ser siempre amables conmigo y por abastecerme de *lattes* mientras me sentaba durante horas cada día en un rincón a escribir el borrador de este libro. Y gracias por inspirarme a crear el *latte* de la cosecha del Gato Cafeinado.

Gracias a la empresa Ohio Cookie Co/Ohio Pie Co. por hornear las mejores galletas que existen. Sirvieron de inspiración para las galletas sexis de Cooper. Recomiendo encarecidamente a quien esté leyendo esto que haga un pedido online de inmediato.

Gracias a *Las chicas Gilmore* y a *Doctora en Alabama* por inspirarme para crear un pueblo pequeño y un confort infinito. A Taylor Swift, Ed Sheeran, Gracie Abrams y Lewis Capaldi por sacar todos esos bombazos con las vibras que necesitaba mientras

escribía.

Y a todas mis lectoras, a las que todavía no he mencionado. Gracias. Sois la razón por la que puedo dedicarme a escribir. Gracias por comprar mis libros o sacarlos en préstamo de la biblioteca. Gracias por vuestro amor a la lectura, por vuestro entusiasmo, por vuestro apoyo, por contarle a un amigo lo que estáis leyendo. Gracias a vosotras, los autores podemos publicar. Os queremos. Gracias. Gracias.

Amor, otoño y un café latte. El cosy romance otoñal de Montena.

Una *rom-com* en la que una joven de ciudad, atrapada en un pintoresco pueblecito, debe enfrentarse a su futuro y a un antiguo amor.



Ellis lo tiene todo planeado: va a pasar su último año de instituto preparando la solicitud para entrar en la Universidad de Columbia, donde quiere estudiar Periodismo para sentar las bases de un prometedor futuro profesional. Es por eso que sus padres no podían haber elegido peor momento para contarle que se van a separar y que tiene que marcharse de Nueva York para irse a vivir con su tía y con su prima a Bramble Falls, Connecticut, donde solía pasar los veranos.

Idílico y encantador, el pueblo está también repleto de distracciones, como el barista local, Cooper Barnett, quien fue su mejor amigo y con quien se dio su primer beso, pero que ahora no quiere saber nada de ella.

Ellis se ve arrastrada a participar en cada una de las actividades llenas de encanto del festival, como la recolecta de la manzana o el tallado de calabazas, de forma que no puede evitar encontrarse con Cooper ni enamorarse del pintoresco pueblecito y de sus peculiares habitantes. La vuelta a Manhattan se va posponiendo y Ellis acaba atrapada entre dos lugares muy diferentes y el futuro que representan para ella.

Misty Wilson es autora del premiado libro de memorias gráficas *Play Like a Girl*. Es profesora, enfermera titulada y lectora voraz. Le encanta ver series de televisión y adora las comedias románticas. Vive en el noreste de Ohio con su marido y sus dos hijas.

Título original: *Falling Like Leaves*

Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Simon & Schuster, LLC.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Miriam Lozano Sobrino, por la traducción
Imágenes del interior: iStockphoto

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Penguin Random House UK
Ilustración de portada: © Amber Day

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún

fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87809-18-8

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un otoño en Bramble Falls
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Misty Wilson
Créditos